

Barcelona - 2, 3 y 4 de mayo de 2008

*Actas del Primer Congreso
Internacional de
Christifideles Laici
"Fieles Laicos para la Nueva Evangelización"*



PRESENTACIÓN

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en Él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor” (Ef 1, 3-4)

El presente volumen recoge las Actas del Primer Congreso Internacional de Christifideles Laici, celebrado los días 2, 3 y 4 de mayo en el Aula Magna de la Universidad Abat Oliba de Barcelona bajo el lema *Fieles Laicos para la Nueva Evangelización*. A este respecto incluye tanto las intervenciones de los diferentes preladados, sacerdotes y fieles laicos que fueron presentadas oralmente durante las diferentes sesiones del evento como aquellas comunicaciones escritas oportunamente durante la fase de preparación y que no fue posible exponerlas por limitaciones de tiempo.

Este Primer Congreso Internacional se encuadra en un contexto de numerosas conmemoraciones. Veinticinco años antes, el 9 de abril de 1983 el Santo Padre Juan Pablo II acuñaba la expresión *Nueva Evangelización* en su célebre discurso a la Conferencia Episcopal Latinoamericana en Port au Prince, Haití. Y ese mismo día, providencialmente, el Padre Francisco Navarro Bustamante se hacía cargo como Consiliario de la comunidad de fieles laicos a partir de la cual el Arzobispado de Barcelona con posterioridad erigiría canónicamente esta Asociación Privada de Fieles. El Congreso se desarrolla asimismo a los veinte años de la publicación de la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici*, enlazando en el tiempo a manera de preludeo con la celebración del Año Santo Paulino promulgado por el Santo Padre Benedicto XVI, en una suerte de singular coincidencia entre el nombre y el Santo Patrón de esta nueva realidad eclesial.

Múltiples son también los motivos de celebración de este evento: vivencia gozosa de Jesucristo, experiencia de comunión entre comunidades físicamente distantes, profundización en el carisma, jornadas de oración, estudio y reflexión, puesta a disposición a la Iglesia Universal. El Padre Navarro lo manifestaba expresamente al definir el Congreso como *“una llamada e incluso una responsabilidad, porque desde ahora tendremos que trabajar para dar esos frutos que la Iglesia y el mundo necesitan”*. En ese sentido las palabras del Santo Padre Juan Pablo II, autor de la Exhortación Apostólica, al proponer la Nueva Evangelización como nueva *“en su ardor, en sus métodos, en su expresión”* autorizan a presentar este Congreso como un nuevo método para evangelizar.

En esta publicación de conferencias, comunicaciones y ponencias se encuentra plasmado el esfuerzo de muchos hermanos para explicitar los rasgos de identidad del Fiel Laico y en particular de aquellos llamados a evangelizar en un Movimiento de Iglesia. Se han agrupado en varios núcleos temáticos. El primero es la comunidad y la vida de unión con Dios y los hermanos. En segundo lugar, las características propias del carisma. La tercera parte trata de la acción evangelizadora y el compromiso cristiano. La cuarta aborda la evangelización y sus métodos, desde el cursillo de evangelización propiamente dicho hasta la evangelización en la parroquia, la universidad, el mundo de la cultura..... Y en la última parte, desde el un estilo propio y específico, se recogen vivencias y testimonios

Deseamos que la lectura de estos textos sirva para una mayor comprensión del contenido y carisma de Christifideles Laici, Movimiento para la Nueva Evangelización. Que leyéndolas los Fieles Laicos nos reconociéramos, y conociéndonos con mayor profundidad nos diéramos la oportunidad de intimar, junto con nuestro Padre y Amigo, para ser constructores de nueva humanidad, humanidad con anhelo de santidad, humanidad con los pies en la tierra, la mirada en el cielo y en nuestras manos las manos de nuestros hermanos.

Barcelona, 25 de enero de 2009

Fiesta de la Conversión del Apóstol San Pablo





Oración del Congreso

Señor Jesucristo,
que para redimir a los hombres
quisiste asumir nuestra condición humana,
y un día enviaste a tus discípulos
a proclamar la Buena Nueva por todo el mundo;
hoy, en los inicios del tercer milenio
renovando su empuje misionero,
la Iglesia ha confiado a los Pastores y fieles
la Nueva Evangelización.

Ante el primer Congreso Internacional
de nuestro Movimiento,
tus fieles laicos te pedimos Señor,
unidos a nuestros Pastores
y guiados por el Espíritu Santo,
ahondar en nuestro Carisma
y Misión en el mundo,
viviendo la responsabilidad de tu mandato:
"Id por todo el mundo y proclamad
a Buena Nueva a toda la Creación".

Unidos a María,
te encomendamos y te pedimos por la Santa Iglesia,
por las vocaciones, por las familias,
por los niños, por los jóvenes
y por todas nuestras Comunidades
para seguir con fidelidad tus enseñanzas.

Concédenos las virtudes
de fortaleza y caridad fraterna
para cumplir la Misión encomendada
con el testimonio de nuestras vidas.

Amén



PALABRAS DE BIENVENIDA

A cargo del R. P. Francisco Navarro Bustamante
Consiliario General del Movimiento Christifideles Laici

Eminentísimo y Reverendísimo Cardenal Lluís Martínez Sistach, Arzobispo Metropolitano de Barcelona.

Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor Jesús Sanz Montes, Obispo de Huesca y Jaca.

Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor Eduardo María Taussig, Obispo de San Rafael (Argentina).

Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor Antonio Juan Baseotto, Obispo Emérito Castrense de la República Argentina.

D. Rafael Valdés, Presidente del Movimiento Christifideles Laici.

Ilustrísimo Dr. Jaume Brufau Prats, consiliario de la Universitat Abat Oliba, que generosamente nos cede sus locales para la celebración de este acto.

Miembros del Movimiento Christifideles Laici que, venidos de distintas ciudades de Argentina y España, os encontráis con los hermanos de la sección de Barcelona para participar en este Primer Congreso Internacional.

Congresistas que os habéis reunido hoy aquí para tomar parte en los trabajos de estas sesiones compartiendo vuestros conocimientos, experiencia y amistad.

En 1983 el Papa Juan Pablo II, dirigiéndose a los Obispos del CELAM reunidos en Haití, dijo: *“La conmemoración del medio milenio de Evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso de ustedes como Obispos, junto con su presbiterio y fieles; compromiso no de reevangelización, pero sí de una Nueva Evangelización: nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión”*. Al mismo tiempo en Barcelona iniciábamos,

con esa misma intuición, una experiencia junto a laicos marcados por un encuentro profundo con Jesucristo y que sentían la llamada a comunicar a otros el don que habían recibido. Se verificaba así el impulso apostólico que brota de manera espontánea en quienes se han encontrado con Cristo. Así lo indica en una reciente nota la Congregación para la Doctrina de la Fe: *“es propio del hombre el deseo de hacer que los demás participen de los propios bienes. Acoger la Buena Nueva en la fe empuja de por sí a esa comunicación”*. (Nota sobre la evangelización 7-Diciembre-2007, nº 7)

Veinticinco años más tarde, y tras el reconocimiento de aquella iniciativa por la jerarquía eclesiástica competente como *“Movimiento Christifideles Laici para la nueva evangelización”*, nos reunimos en este Primer Congreso Internacional con la intención de ahondar en el carisma y comprender mejor la misión evangelizadora a la que estamos llamados en la Iglesia.

Los carismas -señaló Juan Pablo II- *“son siempre gracias del Espíritu Santo que tienen, directa o indirectamente, una utilidad eclesial, ya que están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo... Los carismas se conceden a la persona concreta; pero pueden ser participados también por otros y, de este modo, se continúan en el tiempo como viva y preciosa herencia, que genera una particular afinidad espiritual entre las personas”* (Christifideles Laici, 24)

En la experiencia de estos veinticinco años se ha comprobado la validez del Cursillo de Evangelización como medio para acercar a Jesucristo al hombre de hoy. Benedicto XVI en la Homilía pronunciada en el inicio de su pontificado señaló: *“nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a otros la amistad con Él”*. (Homilía del 24 de abril de 2005: AAS 97 (2005) 711). Y eso es lo que, de manera continua, en distintos lugares y sucesivamente se realiza en un Cursillo de Evangelización. La sorprendente acción de la gracia, que se vale de instrumentos que confunden a la *“sabiduría de este mundo”*, sigue actuando de manera desproporcionada a través de personas concretas que configuran en el presente el rostro de la Iglesia, que es el de Jesucristo.

Pero también se ha visto que el entusiasmo y conversión radicales que acompañan a ese encuentro singular ha de ser cuidado en el seno de la comunidad. De ahí que se hayan propiciado instrumentos para garantizar la perseverancia en el don recibido y el cuidado de la amistad con Jesucristo en el seno de la Iglesia. Diversos medios como el Encuentro, los Grupos de Perseverancia o las diferentes escuelas se ordenan a ese fin, siendo posible constatar en esas reuniones de cristianos, no sólo un medio para una misión hacia fuera sino también el cuidado de la relación personal con Jesucristo, sintiendo en los hermanos y hermanas de la comunidad la realidad de la Iglesia que se hace concreta para cada uno de nosotros y nos permite entender mejor nuestra vinculación real con el Obispo diocesano y con la Iglesia Universal. La Congregación para la Doctrina de la fe, en la Nota antes aludida indica: *“cualquier movimiento libre del corazón humano hacia Dios y hacia su Reino conduce, por su propia naturaleza, a Cristo y se orienta a la incorporación en su Iglesia, que es signo eficaz de ese Reino. La Iglesia es, por lo tanto, medio de la presencia de Dios y, por eso, instrumento de una verdadera humanización del hombre y del mundo”* (nº. 9)

También podemos decir que en los Encuentros semanales, al igual que en los Grupos de Perseverancia a los que se incorporan los cursillistas, se constata lo que Benedicto XVI ha señalado respecto de la esperanza: *“de la esperanza de estas personas tocadas por Cristo ha brotado esperanza para otros que vivían en la oscuridad y sin esperanza. En ellos se ha demostrado que esta nueva vida posee realmente sustancia y es una sustancia que suscita vida para los demás. Para nosotros, que contemplamos esas figuras su vida y su comportamiento son de hecho una prueba de que las realidades futuras, la promesa de Cristo, no es solamente una realidad esperada, sino una verdadera presencia”*. (*Spe Salvi*, nº 8) Esas personas que alimentan nuestra esperanza no son sólo los santos y las grandes figuras de la Iglesia sino también aquellos cristianos que junto a nosotros nos muestran la acción de Dios en sus vidas y no dejan de mostrarnos cómo Dios nos da el ciento por uno ya ahora.

En línea con lo anterior quiero recordar cómo en el Decreto sobre el Apostolado Seglar del Concilio Vaticano II se indica el impulso misionero que es inherente a la

condición de bautizado: *“La Iglesia ha nacido con el fin de que, por la propagación del Reino de Cristo en toda la tierra, para gloria de Dios Padre, sean partícipes de la redención salvadora todos los hombres, y por su medio se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo. Todo el esfuerzo del Cuerpo Místico, dirigido a este fin, se llama apostolado, que ejerce la Iglesia por todos sus miembros y de diversas maneras; porque la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado”* (Apostolicam Actuositatem, 2)

Profundizar en esa tarea es otro de los objetivos de este Congreso de modo que podamos hacer nuevos, como pedía Juan Pablo II el fervor, el método y la forma de expresión en la comunicación de aquello que da sentido a nuestra vida y nos mantiene unidos. Se trata de tomar conciencia en nosotros y en los demás de la razón de ser cristianos tal como lo ha expresado Benedicto XVI: *“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello una orientación decisiva”* (Deus caritas est, n° 1).

En esta época podemos contemplar con gozo y esperanza el surgimiento y crecimiento de otros movimientos en la Iglesia. Ellos, junto con el florecimiento de otras realidades eclesiales son signo de la vitalidad de la esposa de Cristo, continuamente fecundada por el Espíritu Santo. No sólo ante el mundo sino también para nosotros mismos es necesario reforzar los vínculos afectivos con la Iglesia toda. En el siglo XII escribía san Bernardo respecto a la pluralidad de órdenes religiosos de entonces: *“Yo las admiro todas. Pertenezco a una de ellas con la observancia, pero a todas en la caridad. Todos tenemos necesidad los unos de los otros: el bien espiritual que yo no poseo, lo recibo de los otros [...]. En este exilio la Iglesia está aún en camino y, si puedo decirlo así, es plural: una pluralidad múltiple y una unidad plural. Y todas nuestras diversidades, que manifiestan la riqueza de los dones de Dios, subsistirán en la única casa del Padre que contiene tantas mansiones. Ahora hay división de gracias, entonces habrá una distinción de glorias. La unidad, tanto aquí como allá, consiste en una misma caridad”* (Apología a Guillermo de Saint Thierry, IV, 8: PL 182, 903-904)

Nos ha de ser fácil aplicar la afirmación de ese gran santo

— | | —

y Doctor de la Iglesia a nuestra situación actual.

En este Primer Congreso seremos ayudados por conferenciantes expertos y por aportaciones nacidas de la vida dentro del Movimiento. Nos sostendrá también la oración común y el hecho de convivir unos con otros testimoniando que somos una verdadera familia. Que todo ello sea cauce para que Dios nos ilumine en la consecución de los objetivos que nos hemos propuesto.

— | | —





Intervenciones





**LA VIDA DE UNION CON DIOS EN LA VOCACIÓN
Y MISIÓN DEL FIEL LAICO**

**Conferencia a cargo del Eminentísimo y
Reverendísimo Sr. Lluís Martínez Sistach, Cardenal -
Arzobispo de Barcelona**

Barcelona, 2 de mayo de 2008

Participo con sumo gusto en este primer Congreso Internacional organizado en nuestra ciudad de Barcelona por el movimiento Christifideles Laici en torno al tema "*Fieles laicos para una nueva evangelización*", acogido a la amable hospitalidad de la Universidad Abat Oliba CEU.

Como pastor de esta Iglesia local, creo que es mi deber – como ya lo he hecho en la celebración de la eucaristía - dar la bienvenida a todos cuantos habéis venido a Barcelona para participar en este Congreso y desearos una feliz estancia y un buen trabajo entre nosotros. Deseo que os sintáis como en casa, acogidos también cordialmente por esta Iglesia local que es la Iglesia madre de vuestro movimiento.

En este sentido, deseo también expresar mi saludo fraternal y lleno de afecto a los señores obispos que nos acompañan y que van a tener una participación activa en este Congreso.

Un saludo especial al Padre Francisco Navarro Bustamante, Consiliario general de Christifideles Laici, a su Presidente, don Rafael Valdés, y a su Consiliario local, P. David Amado. Y a todos cuantos formáis parte de este movimiento en esta archidiócesis. Quiero expresar, en este momento inicial, el sentido de Iglesia y el sentido de diócesis que veo en vuestro movimiento, en especial cuando – como en la pasada solemnidad de la Pascua - os he visto muy cerca del altar mayor de la catedral participando junto al arzobispo en la celebración de la mayor fiesta cristiana del año litúrgico.

El tema que me ha sido asignado trata de la vida de unión con Dios en la vocación y misión del laico. Es, por tanto, un

tema que se centra en la importancia de la espiritualidad en la vida del laico activo en su fe y, en un segundo punto, de la importancia de esta espiritualidad en la vida y la misión de los laicos. Nos situamos, así, en la relación entre la espiritualidad y la vida apostólica del laico.

1. El bautismo, unión con Cristo y participación en la vida de la Iglesia

La participación de los laicos en la misión de la Iglesia empezó a adquirir mayor margen eclesial debido a aquellas estimulantes palabras de Pío XII pronunciadas en el año 1946: *“Los laicos están en la vanguardia de la vida de la Iglesia, gracias a ellos, la Iglesia es el principio animador de la sociedad humana. Por eso, ellos, en particular, deben tener una conciencia cada vez más clara, no sólo de que pertenecen a la Iglesia, sino también de que son la Iglesia”*.¹

El Concilio Vaticano II ha puesto de relieve, de un modo singularísimo, lo que era patente en la vida y en la doctrina de los primeros siglos del cristianismo: la igualdad fundamental o radical de todos los fieles por virtud del sacramento del bautismo². La Constitución dogmática *Lumen gentium* colocó un capítulo II común a todos los bautizados, que lleva por título *“El pueblo de Dios”*, capítulo que antecede a los dedicados a la jerarquía, a los laicos y a los religiosos. Acerca de este pueblo de Dios, en el número 9 de aquel documento conciliar, se dice cuanto es común a todos los miembros afirmando lo siguiente: *“la identidad de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Su ley es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo nos amó. Su destino es el Reino de Dios.”* Y más adelante se afirma: *“Aun cuando algunos por voluntad de Cristo, han sido constituidos doctores, dispensadores de los misterios y pastores, para los demás, existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del*

¹ Discurso, de 20 de febrero de 1946.

² Cf. J. Fornés, *“Comentario al canon 204”*, en *Comentario exegético al Código de Derecho canónico*, vol. II/1, 2ª ed. (Pamplona 1997) 34.

Cuerpo de Cristo.”

Esta igualdad radical en la dignidad se complementa con una diversidad entre los miembros del pueblo de Dios. Tal distinción aparece bien explícita en los capítulos que siguen al del Pueblo de Dios de la *Lumen gentium* y se recoge en el c. 207 del Código de Derecho Canónico. Esta norma establece que *“por institución divina, entre los fieles hay en la Iglesia ministros sagrados, que en derecho se denominan clérigos; los demás se denominan laicos”*.

Los laicos participan de la misión de la Iglesia. Conviene tener muy presente que la misión de la Iglesia es única. El decreto conciliar sobre el apostolado de los laicos lo afirma en estos términos: *“Hay en la Iglesia diversidad de ministerios, pero unidad de misión”*³. Los laicos, partícipes de la misión sacerdotal, profética y real de Cristo, por el sacramento del bautismo, cumplen en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde en la misión de todo el pueblo de Dios⁴.

No se puede olvidar que el deber y el derecho de los laicos al apostolado derivan de su misión única con Cristo cabeza. Incorporados por el bautismo al Cuerpo místico y fortalecidos con la fuerza del Espíritu Santo por medio de la confirmación, son destinados al apostolado por el mismo Señor.

Siguiendo el Concilio Vaticano II, Juan Pablo II ha afirmado que *“los pastores han de reconocer y promover los ministerios, los oficios y las funciones de los laicos, que tienen su fundamento sacramental en el bautismo y en la confirmación y, además, para muchos de ellos, en el matrimonio”*⁵.

En mi primera carta pastoral a la archidiócesis, titulada *“Enviados para dar fruto”*, decía algo que me parece que puede ayudar a nuestra reflexión hoy: *“Cada día estoy más convencido de que nuestra primera misión en este tiempo de la historia de los hombres es la de proponer el Evangelio de la vida y de la salvación que Dios anuncia y realiza enviando a su Hijo único. Ha venido para que tengamos vida sobreabundante y nos envía*

³ N. 2.

⁴ Cf. *Lumen gentium*, 31; *Apostolicam actuositatem*, 2.

⁵ *Christifideles laici*, 23

para que los hombres y las mujeres tengan vida sobreabundante y el mundo sea salvado”.

Por el bautismo somos hechos hijos de Dios en su Hijo Unigénito, Cristo Jesús. El Espíritu Santo es quien constituye a los bautizados en hijos de Dios y, al mismo tiempo, en miembros del Cuerpo místico de Cristo. Se lo recordó Pablo a los cristianos de Corinto: *“A todos nosotros nos bautizaron con el mismo Espíritu para formar un solo cuerpo”*⁶. Así el apóstol puede decir a los bautizados: *“Vosotros sois cuerpo de Cristo, y cada uno por su parte es miembro”*⁷, y también: *“La prueba que sois hijos, es que Dios envió a nuestro interior el Espíritu de su Hijo”*⁸.

La conciencia cada día más viva de ser hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, templos del Espíritu Santo y miembros de la Iglesia llena de gozo nuestro corazón y da un sentido más pleno a nuestra vida. Es el gozo, la paz y la felicidad que se van consiguiendo más al conocer, amar e imitar a Cristo. Es una opción que se toma en el bautismo, que se renueva en la confirmación y que se enriquece constantemente en la eucaristía y la penitencia.

2. La necesidad de una espiritualidad sólida: la vid y los sarmientos

Nadie pone en duda que todos los servidores del Evangelio de Jesucristo tenemos necesidad de una espiritualidad sólida. La llamada que el Señor nos hace para que demos fruto culmina en su discurso sobre la vid y los sarmientos, que tiene su punto culminante en aquella afirmación. *“Sin mí no podéis hacer nada”*.

Efectivamente, hay algo imprescindible para poder dar fruto. Jesús, vid verdadera, nos dice que *“lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí”*.

⁶ 1 Co 12, 13

⁷ 1 Co 12, 27

⁸ Ga 4,6; Rm 8, 15-16

Quien ha encontrado a Cristo no puede guardarlo para sí mismo, sino que ha de anunciarlo. Benedicto XVI, en el inicio de su encíclica *"Dios es amor"*, nos dice que *"no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva"*⁹. El publicano Mateo, al ser llamado por Jesús a seguirlo, dejó su trabajo de recaudador de impuestos *"y sucedió que estando él en la mesa en casa de Mateo, vinieron muchos publicanos y pecadores, y estaban a la mesa con Jesús y sus discípulos"*¹⁰. San Beda el Venerable comenta este hecho diciendo que *"la conversión de un publicano sirvió de estímulo para la conversión de muchos publicanos y pecadores"*¹¹.

Toda la acción evangelizadora pide que los cristianos tengamos como centro a Jesucristo. Conocer, amar e imitar a Cristo, aquí radica la esencia de la vida cristiana y de aquí surge el dinamismo que impulsa a los cristianos a dar testimonio personal y comunitariamente de las maravillas que el Señor realiza en su vida al servicio de la Iglesia y del mundo.

El secreto profundo de la vida cristiana lo encontramos en aquellas palabras de Jesús: *"Quien come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él"*¹² y: *"Que sean todos uno, como tu Padre estás en mí y yo en ti; que también ellos estén con nosotros, para que el mundo crea que tu me has enviado"*¹³ La inhabitación de la Santísima Trinidad en los cristianos es la realidad y la expresión profunda de la vida cristiana.

La espiritualidad cristiana ha de ser trinitaria y eclesial, alimentada por la palabra de Dios y los sacramentos. Una espiritualidad sólida ha de huir de los dos extremos que se dan hoy: el espiritualismo y el secularismo. Evitando estos dos extremos, se logra vivir una espiritualidad contemplativa y activa, propensa a la alabanza a Dios y a la plegaria, y abierta a las responsabilidades y a los retos de

⁹ Núm. 2

¹⁰ Mt 9, 10

¹¹ Hom. 21: CCL 122, 149-151

¹² Jn 6, 56

¹³ Jn 17, 21

cada situación personal, social y eclesial.

La fe cristiana es conversión a Jesucristo, adhesión plena y sincera a su persona y decisión de avanzar en su seguimiento. Esto exige el compromiso permanente de pensar en él, de juzgar como él y de vivir como él lo hizo. Así, el creyente se une a la comunidad de discípulos y hace suya la fe de la Iglesia. Seguir a Jesús es identificarse con él, adherirse a su persona y dejarse configurar por él en la relación filial con Dios y en el amor y el servicio al prójimo.

Cuando se alcanza esta adhesión personal, generosa y gozosa a Jesucristo, los cristianos y las cristianas van tomando mayor conciencia de su vocación evangelizadora y misionera, y esto no por imposición sino por convencimiento y por deseo, ya que se sienten unidos a la obra redentora de Jesucristo y guiados por el Espíritu Santo, que a nosotros, hombres frágiles y olvidadizos, nos dejó Jesús como garantía de la *"memoria passionis et resurrectionis Christi"*, de los que la tradición entiende como los *"acta et passa Christi"*, algo que es esencial para la verdadera identidad cristiana de todas las generaciones cristianas que han de vivir en el tiempo intermedio entre la Ascensión y la Parusía de nuestro Señor.

El seguimiento de Jesucristo comporta una exigencia de radicalidad. La llamada del Señor a seguirle pide una plena disponibilidad. Este seguir a Jesús está impregnado del espíritu de las bienaventuranzas, elemento que contrasta permanentemente con los valores dominantes en nuestra sociedad. Esto comporta en nuestra vida unir mística y compromiso, contemplación y acción.

Entonces el cristiano entiende mejor estas palabras del Señor: *"No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca"*¹⁴.

¹⁴ Jn 15,16

3. La santidad, vocación fundamental de todo bautizado

La reflexión sobre la espiritualidad nos conduce a una reflexión sobre la santidad. La santidad es la primera y fundamental vocación de todo bautizado. Esta es una afirmación basilar del cristianismo en el siglo XX, que, como saben los presentes, la debemos al Concilio Vaticano II, el cual, en su documento central, la constitución sobre la Iglesia *"Lumen Gentium"*, dedica todo un capítulo –el quinto– a *"la vocación universal a la santidad en la Iglesia"* *"Esta santidad de la Iglesia se manifiesta sin cesar y debe manifestarse en los frutos de la gracia que el Espíritu produce en los fieles"*¹⁵.

La santidad es la perfección de la caridad, que comporta la conjunción de los dos primeros mandamientos –que en realidad son uno solo para el cristiano: el amor– amar a Dios y amar a los hermanos. El Concilio Vaticano II dice que esta santidad la produce Cristo entre sus seguidores, ya que *"Él envió a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente y así amen a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todo el espíritu y con todas sus fuerzas, y se amen unos a otros como Cristo los amó... El bautismo y la fe los ha hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por tanto, realmente santos"*.

El Concilio Vaticano II sabía que, en este tema, estaba ante una de sus decisiones más fecundas y por eso las palabras de los padres conciliares tiene una especial solemnidad al decir: *"Para todos, pues, sea claro que todos los cristianos, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor."*

Y resulta muy sugestivo ver que el Concilio pasa en seguida a la consideración de lo que podríamos llamar las *"consecuencias sociales de la santidad"*, al decir: *"Esta santidad favorece también, en la sociedad terrena, un estilo de vida más humano... De esta manera, la santidad del Pueblo de Dios producirá frutos abundantes, como lo muestra claramente en la historia de la Iglesia la vida de los santos"*¹⁶.

Si para el mundo la santidad cristiana ofrece modelos y

¹⁵ *Lumen Gentium*, 40

¹⁶ *Ibid.*

frutos más humanos, para la Iglesia la santidad de los fieles es fuente de la verdadera renovación. Una vez más, os pido me sea permitido, reproducir aquí unos pasajes de una carta pastoral mía a mi diócesis, pero los cito porque –como podrán ver– tiene sin ninguna duda un alcance universal: *“Hay que recordar aquella afirmación de contenido histórico, que es muy actual y que tiene perspectivas de futuro: ‘Los santos y las santas han sido siempre fuente y origen de renovación en las circunstancias más difíciles de la historia de la Iglesia. Hoy tenemos una gran necesidad de santos que hemos de implorar asiduamente a Dios’ (Sínodo episcopal extraordinario de 1985. Relación final, II, A, 4). De la santidad es de donde nace la auténtica renovación de la Iglesia, el enriquecimiento de la inteligencia de la fe, la fecunda reactualización vital del cristianismo que va al encuentro de las necesidades de los hombres y una renovada forma de presencia en el corazón de la experiencia humana”*¹⁷.

Benedicto XVI dijo a los jóvenes participantes reunidos en la explanada de Marienfeld: *“Los santos son los verdaderos reformadores... Sólo de los santos, sólo de Dios, proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo”*¹⁸.

4. El carácter secular propio de los laicos

A la luz del Concilio Vaticano II, Juan Pablo II, en la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici*, ofrece lo que se podría denominar la *“teología del laicado”*, poniendo de relieve que la secularidad de los laicos en la Iglesia es un elemento constitutivo de aquello que les es peculiar en el seno del pueblo de Dios¹⁹. Tajante fue la *Lumen gentium*, en el capítulo dedicado a los laicos: *“El carácter secular es lo propio y peculiar de los laicos”*²⁰. Los laicos tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios. A ellos de manera especial les corresponde iluminar y ordenar todas aquellas realidades a las que están estrictamente

¹⁷ *Enviados para dar fruto*, capítulo “La santidad, fuente de renovación”, Barcelona 24 de septiembre de 2006, 23-24

¹⁸ Jornada Mundial de la Juventud, 20 de agosto de 2005

¹⁹ Cf. Ll. Martínez Sistach, “Trabajemos con alegría en la viña del Señor. Carta Pastoral”, en *Església de Tarragona*, octubre de 1998, 406.

²⁰ N. 31.

unidos, de tal manera que lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean alabanza del Creador y del Redentor.

Los laicos han de dar prioridad a la presencia cristiana en el orden temporal. Pablo VI, en la *Evangelii nuntiandi*, afirma taxativamente: “El trabajo primero e inmediato de los laicos no es la institución ni el desarrollo de la comunidad eclesial —esto es función específica de los pastores—, sino que es la realización de todas las virtualidades cristianas y evangélicas escondidas, ciertamente, pero ya presentes y operantes en las realidades del mundo”²¹.

Si consideramos la primitiva comunidad cristiana vemos que vivió la experiencia de “estar en el mundo sin ser del mundo”. En medio de la incomprensión y de la persecución, los primeros cristianos tuvieron conciencia que eran “lo que el alma es en el cuerpo”, y que estaban llamados a vivificar según el Espíritu de Dios todas las realidades temporales en las que vivían, presentes y forasteros a la vez. A los fieles laicos, de una manera especial, les compete hacer que la Iglesia, manteniéndose en su identidad, no llegue a ser irrelevante cultural y socialmente, ya que la fe verdadera tiende a evangelizar todas las culturas y a enriquecerse con sus valores, purificándolos, si es preciso, mediante un diálogo respetuoso y fructuoso²².

La antigua comparación del alma y del cuerpo de la *Carta a Diogneto*, obedece a una expresión análoga del Evangelio: la parábola de la levadura y la masa. La Iglesia ha de actuar en medio del mundo como la levadura. Esto significa que los cristianos no se han de aislar de la cultura ni de la vida social o política, sino todo lo contrario, para que puedan ofrecer a estas realidades los valores cristianos que las ennoblecen y las perfeccionan.

El Concilio Vaticano II no ignora el influjo del pecado en el mundo, pero subraya que el mundo es bueno en cuanto fue creado por Dios y salvado por Cristo. Se comprende, por consiguiente, que el mundo, considerado en su lado positivo, constituye “el ámbito y el medio de la vocación cristiana

²¹ N. 70.

²² Cf. *Concilio Provincial Tarraconense 1995. Documentos y Resoluciones* (Barcelona 1996) 76.

de los laicos, porque él mismo está destinado a dar gloria a Dios Padre en Cristo”²³. Por eso, los laicos, lejos de huir del mundo, están llamados a trabajar en él para santificarlo. Estos, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyen a la santificación del mundo desde dentro, a modo de fermento.

La índole secular de los laicos cristianos no ha de ser definida solamente en sentido sociológico, sino sobre todo en sentido teológico. El carácter secular ha de ser entendido a la luz del acto creador y redentor de Dios, que ha confiado el mundo a los hombres y a las mujeres para que participen en la obra de la creación, lo liberen de la influencia del pecado y se santifiquen en el matrimonio o en el celibato, en la familia, en la profesión y en las diversas actividades sociales²⁴.

5. La santidad de los laicos: santificarse en el mundo

Ahora les invito a reflexionar sobre la santidad específica de los laicos. Lo haré brevemente, porque me basta remitirme y remitirles a ustedes al capítulo primero de la exhortación apostólica de Juan Pablo II “Christifideles Laici”, título que ha dado nombre a su movimiento.

“Todos en la Iglesia, precisamente por ser miembros de ella reciben y, por tanto, comparten la vocación común a la santidad. Los fieles laicos están llamados, con pleno derecho, a esta vocación común, sin ninguna diferencia con respecto a los otros miembros de la Iglesia”²⁵.

Ahora bien, dice Juan Pablo II – y esta es una cuestión que, como saben tiene sus raíces claras en la doctrina del Vaticano II - que *“la vocación de los fieles laicos a la santidad implica que en ellos la vida según el Espíritu se expresa particularmente en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas”*.

²³ *Christifideles laici*, 15.

²⁴ Cf. *Proposición 4*, del Sínodo Episcopal de 1987.

²⁵ *Christifideles laici*, 16

Es la índole secular de la condición del laico cristiano – hombre o mujer -, sobre el que hemos reflexionado con frecuencia en las Asambleas Generales del Pontificio Consejo de los Laicos.

Y deseo referirme a algo que me preocupa personalmente, algo que repito con frecuencia en mi ministerio episcopal: es admirable la colaboración de los laicos, hombres y mujeres, en las tareas eclesiales, desde la catequesis hasta la labor social eclesial. Pero existe un déficit de presencia de los laicos cristianos en las realidades temporales. Es un campo que no podemos abandonar, entre otras razones porque es el campo específico y propio de los cristianos laicos.

El Concilio Vaticano II afirma que *“ni la atención a la familia, ni los demás deberes seculares han de ser algo ajeno a la orientación espiritual de la vida del laico”*²⁶. Y la exhortación apostólica que nos ocupa añade a este respecto que *“la unidad de vida de los fieles laicos tiene una gran importancia. Ellos, en efecto, han de santificarse en la vida profesional y social ordinarias. Por tanto, para que puedan responder a su vocación, los fieles laicos han de considerar las actividades de la vida cotidiana como una ocasión de unión con Dios y de cumplimiento de su voluntad, así como también de servicio a los demás hombres, llevándoles a la comunión con Dios en Cristo”*²⁷.

La vocación a la santidad –dice también Juan Pablo II- *“está íntimamente unida a la misión y a la responsabilidad confiadas a los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo”*²⁸.

6. El sostenimiento de los fieles laicos en el compromiso eclesial en la Iglesia y en el mundo

La comunidad cristiana ha de ayudar a los cristianos a mantener su compromiso bautismal y su acción apostólica y evangelizadora en el seno de las comunidades y movimientos eclesiales y también en la sociedad. Esta ayuda la ofrece la Santa Madre Iglesia alimentando la vida nueva de hijos

²⁶ *Apostolicam actuositatem*, 4

²⁷ *Christifideles laici*, 17

²⁸ *Ibid.*

e hijas de Dios que nos ha concedido por el sacramento del Bautismo, con la Palabra de Dios y los sacramentos, especialmente el de la eucaristía y el de la penitencia.

Los cristianos necesitamos alimentarnos con la oración personal individual, familiar y comunitaria. Es preciso mantener un diálogo constante y generoso con el Señor mediante la plegaria. Como afirmaba Santa Teresa de Jesús, la oración es *“estar con quien sabes que te ama”*. Hay que dedicar diariamente momentos generosos de silencio para estar con el Señor que nos ama y a quien amamos.

La oración personal y diaria nos prepara para abrirnos generosamente al Señor con el fin que sea Él quien nos diga qué quiere de nosotros, qué espera de nosotros, de cada uno de nosotros; para que nos lo pueda decir con toda claridad y para que le podamos escuchar y entender bien el contenido de su llamada. La oración es absolutamente necesaria para que Jesús nos ayude con su gracia para que podamos dar el fruto que espera de cada uno de nosotros, ya que ha sido Él quien nos ha escogido y enviado a dar fruto abundantemente y que perdure.

Maria, íntimamente vinculada a la obra salvadora de su Hijo, nos invita constantemente a que realicemos en nuestra vida todo aquello que Jesús nos dice. Éste fue el consejo que dio a aquellos que servían las mesas en las bodas de Caná, y aquellos hicieron caso de María y de Jesús, ya que realizaron cuanto el Señor les dijo – llenaron las tinajas de agua –, y se obtuvo un resultado óptimo, excelente, el mejor vino del banquete. El rezo del rosario y de otras oraciones marianas nos acerca más y más a nuestra Madre del cielo, ella que, como en Caná de Galilea, observa como nadie nuestras necesidades e intercede eficazmente ante el Hijo de sus entrañas virginales.

El Movimiento Christífidos Laici, así como otros movimientos eclesiales, constituye una excelente ayuda para los cristianos laicos para mantener vivo el compromiso apostólico y evangelizador. No podemos caminar solos en medio de nuestro mundo con unas actitudes y una cultura de indiferencia religiosa, *“como si Dios no existiera”*, tal como nos ha recordado el Papa Benedicto XVI. Necesitamos la ayuda de la comunidad parroquial y del movimiento eclesial. En

la comunidad y en el movimiento nos sentimos acogidos, amados, compartimos la fe, la esperanza y la caridad, nos unimos para orar, para profundizar en el conocimiento de los contenidos de la fe cristiana, para enriquecernos mutuamente con el testimonio de nuestra vida cristiana. Sin duda, las reuniones periódicas de la comunidad, del grupo, del movimiento estimulan, dan coraje y ayudan a vivir más fielmente el compromiso eclesial en la Iglesia y en la sociedad.

Deseo subrayar ahora que la comunidad cristiana tiene el deber de sostener a los fieles laicos que asumen sus tareas en la vida pública, en los diversos campos de las realidades temporales de la sociedad, de la cultura, de la economía, de la política, etc. La Conferencia Episcopal Española, en diversas ocasiones, se ha interesado por ofrecer –en diversos documentos- criterios sobre la acción de los fieles laicos en su compromiso temporal, sea profesional, social o político, en concreto la instrucción pastoral titulada “*Los católicos en la vida pública*”, publicada por la Comisión Permanente el 22 de abril de 1986²⁹.

“Los cristianos –dice el referido documento episcopal- que deciden dedicarse a la vida pública y política tienen necesidad y derecho de ser ayudados y acompañados por la misma Iglesia que urge su compromiso. Ésta, por su parte, ha de ofrecer en sus actitudes y comportamientos comunitarios posibilidades reales para que quienes se comprometan en la vida pública encuentren en ella (es decir, en la Iglesia) las condiciones y las ayudas de orden espiritual que les serán sin duda necesarias”³⁰.

Por eso son válidos para todos los miembros de la comunidad cristiana estos consejos espirituales que el documento citado dirige a los jóvenes especialmente: “*Vivid intensamente vuestra relación personal con Jesucristo, creen profundamente en Él, asimilad y vivid su Evangelio, participad intensamente en la vida de la Iglesia, buscad en la experiencia cristiana integral la inspiración y la fortaleza para asumir responsablemente vuestros compromisos en la vida social*”³¹.

²⁹ Cf. Ecclesia, n. 2265-6, del 3 y 10 de mayo de 1986

³⁰ *Los católicos en la vida pública*, 173

³¹ *Ibid.*, 193

7. Los fieles laicos y las vocaciones sacerdotales y religiosas

Llego al término de mi exposición y lo hago de nuevo con la exposición de una preocupación y un motivo de gratitud, con los que voy a terminar.

El motivo de preocupación es el futuro de las vocaciones en la Iglesia, pensando sobre todo en las exigencias de la nueva evangelización. A este tema de las vocaciones sacerdotales he dedicado una carta pastoral a la archidiócesis de Barcelona, con el título "*Las vocaciones sacerdotales, don de Dios*" publicada el 24 de septiembre de 2007.

Pensando en la nueva evangelización, no se puede olvidar la participación de los religiosos y religiosas (aunque de esto les hablaré en especial el Sr. Obispo de Huesca y Jaca). Los religiosos y religiosas realizan una tarea eclesial muy importante y muy necesaria viviendo con fidelidad el propio carisma.

También el ministerio de los sacerdotes y los diáconos es indispensable en la Iglesia. Si falta el presbítero, la comunidad cristiana se encuentra privada de la presencia y de la función sacramental de Cristo, cabeza y pastor, que es esencial para la vida de la misma comunidad. El sacerdocio ministerial es absolutamente insustituible.

He dicho repetidamente en mi diócesis actual – y también en las anteriores de Tortosa y de Tarragona – que la obligación de fomentar las vocaciones recae en toda la comunidad cristiana. Por ello, es muy necesario que todos – obispos, presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas, laicos y laicas – sientan muy suya la pastoral vocacional y sean muy sensibles ante la necesidad de presbíteros.

La experiencia muestra que las vocaciones sacerdotales y las vocaciones de laicos cristianos siguen el mismo camino ascendente o descendente, como un líquido en vasos comunicantes: cuanto más se desarrolla el apostolado de los laicos, más fuertemente se nota la necesidad de disponer de sacerdotes bien formados; cuanto más se profundiza en la vocación propia de los laicos, más evidente resulta aquello que es propio de los sacerdotes. Para que la Iglesia disponga de un laicado muy activo al servicio de la nueva

evangelización, es indispensable el ministerio presbiteral y diaconal³².

He de concluir esta exposición. Lo quiero hacer poniendo de relieve la eficacia de la oración con lo cual subrayo la importancia de la espiritualidad en la vocación y misión del fiel laico. Todos tenemos muy presente la presencia de María, la Madre de Dios, en las bodas de Caná, en donde también fueron invitados Jesús y los Apóstoles. La presencia de María tiene unas características importantes. Se trataba de una presencia amorosa, atenta, solidaria y de fe. Deseo fijarme en esta presencia de fe propia de María. Ella acudió a Jesús para pedirle que diera solución al problema que tenían aquellos esposos, dado que se acababa el vino del banquete. Jesús entendió que se trataba de una petición y avanzó su hora y convirtió en el mejor vino del banquete el agua de las tinajas. La eficacia de la oración, de la petición de María, la eficacia de la oración, de la petición de cada uno de nosotros. Jesús nos ha dicho que todo lo que pidamos al Padre en su nombre, nos lo concederá.

Y ahora llego a la expresión de mi gratitud y al punto final: es mi agradecimiento al movimiento "*Christifideles Laici*" por su atención a las vocaciones religiosas y sacerdotales, lo que ha producido que entre mi presbiterio y en mi diócesis de Barcelona pueda tener sacerdotes, y religiosos y religiosas, que provienen de este movimiento. Doy, por ello, gracias a Dios y a todos ustedes.

³² Cf. *Las vocaciones sacerdotales, don de Dios*, 7-8



CONSAGRADOS PARA LA NUEVA EVANGELIZACION

**Conferencia a cargo del Excelentísimo y
Reverendísimo Sr. Jesús Sanz Montes
Obispo de Huesca- Jaca**

Barcelona 2 de Mayo de 2008

Muchísimas gracias. Hermanos Obispos, querido Padre Navarro, sacerdotes, hermanos y hermanas. Y como decía el Señor Cardenal yo también agradezco de corazón la invitación que me cursaron para participar en este Primer Congreso Internacional sobre la evangelización de los laicos, con motivo de este encuentro de este querido Movimiento Christifideles Laici.

Algunos compañeros míos de estudios eclesiásticos llegaron a Toledo desde Barcelona, y comencé a apreciar y querer lo que después ha sido esta preciosa realidad cristiana, que tengo el honor y la gracia inmerecida de ver que nace también en la diócesis que el Señor me ha confiado en Huesca, desde que soy obispo hace cuatro años. Por tanto como hay deudas que son de amor, se pagan con la gratitud, y para mi es un regalo poder estar esta mañana compartiendo lo que se me ha asignado en la ponencia, que yo decía al ver lo que es el íter de este congreso, lo que son los destinatarios e integrantes de un movimiento laical, que para introducir una especie de cuña sobre los consagrados para una Nueva Evangelización, me tuve que preguntar si se refiere a que los laicos tienen que consagrarse para que evangelicen de una manera nueva, o mas bien me están pidiendo que presente a los consagrados no como rivales sino como colaboradores en la única Iglesia del Señor.

Era tan complicado ciertamente dilucidar ese adjetivo de consagrados, y si se refería a los laicos o a los que siguen al Señor de otra forma. Yo quiero comenzar diciendo como idea de lo que tenía preparado, y que teniendo en cuenta el tiempo del que dispongo no voy a leer, que en un caso y en otro todas las vocaciones se completan y se reclaman. Y

aunque he hecho una opción, por el hecho de ser presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada en la Conferencia Episcopal Española y en este momento dirigir una cátedra en la Facultad de Teología de Madrid de San Dámaso, de esta cuestión teológica que es la vida consagrada, me parecía que era oportuno el decir algunas claves de la Nueva Evangelización, que tiene tan clara la misión de quienes han sido llamados por el Señor en la vida consagrada, estando tan fielmente unidas, ya que son claves que tienen que ver con cualquier vocación bautismal. Es el mismo Señor quien nos crea, es el mismo Señor quien nos inserta en su Iglesia por el bautismo, por la consagración bautismal, es el mismo Señor quien nos hermana dentro de su pueblo, es el mismo Señor quien nos envía a una tarea común, como ha dicho muy bien el Cardenal de Barcelona, una tarea que es vocacionalmente distinta pero complementariamente común.

Porque tenemos delante un mundo al que anunciar la misma Buena Noticia, quienes formamos parte del pueblo de Dios. Esto lo intuyó Juan Pablo II, cuando tras aquellos primeros años de su feliz pontificado, él quiso poner esto que estoy narrando en el centro de la mirada de la Iglesia, y quiso sacudir algunos de los fundamentalismos que oscurecían la Teología, la Liturgia y la Pastoral de la Iglesia en aquellos años post-conciliares todavía demasiado convulsos. Y Juan Pablo II entendió y entendió bien que, para evitar los fundamentalismos, había que volver a lo fundamental, y por eso nos dedicó sus tres primeras Encíclicas a recordarnos a Dios, ese Dios que nos revelado Jesucristo filialmente, hablándonos del Padre por doquier y a ese Dios que cuando Él regresa al Padre continua acompañándonos con el envío del Espíritu.

Esa trilogía teológica que es fundamental en Dios, en el Dios cristiano, en el período convulso de un post Concilio no asimilado y tal vez equivocadamente leído, si es que se leyó, y a veces no siempre inteligentemente y fielmente aplicado, nos permitió volver la mirada, que es lo que significa la conversión, la mirada del corazón que encuentra de nuevo su norte y la belleza a la que dirigir nuestros ojos, para encontrar ese quicio en el que seguir caminando.

1. La Iglesia como comunión

San Agustín en su célebre tratado “De Trinitate”, hablará del Dios cristiano diciendo que es la historia de un eterno Amante, el Padre, que quiere a un eterno Amado, el Hijo, en un eterno Amor, el Espíritu. Un Amante, un Amado y un Amor. Esto es Dios. Y a esa historia, hemos sido nosotros incorporados desde el momento del Bautismo.

El Papa decía que habiendo explicado esto en la Iglesia, parecería que se ha dicho ciertamente lo más importante, pero: ¿está dicho todo? Se podrían así sacar las consecuencias teológicas, litúrgicas, pastorales, espirituales para que todo el pueblo de Dios comprenda este mensaje y lo tome en serio, sin estridencias y sin ninguna disidencia. Y entonces el Papa Juan Pablo II, introduce una segunda trilogía que no va a ser teológica sino eclesiológica. Corría el año ochenta y cinco, 1985, y el Papa convoca en Roma un importante Sínodo Extraordinario para, a los veinte años de la Clausura del Concilio Vaticano II, preguntar a la Iglesia qué hemos leído de aquella magna asamblea eclesial, qué nos queda como fruto de aquel Santo Concilio. Y el Papa acuña con los Padres Sinodales una nueva formulación que describe el misterio de la Iglesia, de entre tantas verdades que en la historia cristiana se han ido aduciendo y que han ido iluminando a los cristianos en cada época con el gusto generador de la investigación teológica.

Aquellos padres sinodales en el año 1985 dicen que la idea central que en el Concilio Vaticano II se dio y que la Iglesia se propuso a sí misma es la Eclesiología de Comunión. La Eclesiología de Comunión es la idea central y fundamental de los documentos del Concilio. La Iglesia es una Comunión. ¿Comunión en que?

El Papa propondrá tres ciclos, que van a ser paradigmáticos para, desarrollados no con el estilo propio de una carta encíclica, sino cambiando de género literario y también de género teológico a través de Sínodos y después con las Exhortaciones Apostólicas resultantes, ayudar a que comprendamos qué significa que la Iglesia es un misterio de comunión vocacional. Un auténtico misterio de comunión vocacional.

Serán tres grandes ciclos y tres grandes documentos resultantes. El primero y ciertamente se ha dicho ya varias veces en esta mañana, está estrechamente relacionado con el nombre de vuestro Movimiento sobre la misión y la identidad de los laicos en la Iglesia y para el mundo. La Exhortación Apostólica resultante fue *Christifideles Laici*. Después el Papa convocará un segundo sínodo para dirigirse a los consagrados y la Exhortación resultante será *Vita Consecrata*. Y antes había convocado un Sínodo pensando en el ministerio ordenado, los sacerdotes, cuya Exhortación resultante fue *Pastores Dabo Vobis*. De manera que el Papa además de darnos lo fundamental, que es Dios, él nos lo aplica a la Iglesia para que miremos a este Dios vocacionalmente, para recordarnos no solamente el quicio en donde se ajusta la historia de este pueblo, sino para que además sea un ajuste que tenga una identidad propia, que no la haya seguido caprichosamente cada cual sólo porque que lo ha elegido otro desde siempre. Para que, simplemente, descubramos la elección en donde cada uno está por su bautismo, y descubra su lugar dentro de la Iglesia. Fíjense que en el Sínodo primero y en la exhortación *Christifideles Laici*; este aspecto el Papa lo intuye, por lo cual voy a leer un párrafo de *Christifideles Laici*, de los que al menos en este movimiento se debería saber de memoria. Incluso creo que al final del Congreso habrá un examen, de tal forma que el que no lo apruebe no será invitado al segundo congreso, al que si Dios quiere seguiremos viniendo. Dice así, este texto de la *Christifideles Laici* número 55:

Obreros de la viña somos todos los miembros del Pueblo de Dios: los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, y los fieles laicos, todos a la vez objeto y sujeto de la comunión de la Iglesia y de la participación en su misión de salvación. Todos y cada uno trabajamos en la única y común viña del Señor con carismas y ministerios diversos y complementarios.

Vale la pena detenerse en esta expresión: todos y cada uno

Así el estado de vida laical tiene en la índole secular su especificidad y realiza un servicio eclesial testificando y volviendo a hacer presente, a su modo, a los sacerdotes, a los religiosos y a las religiosas, el significado que tienen las realidades terrenas y

temporales en el designio salvífico de Dios.

Dicho de otra manera. los laicos son para los religiosos y los sacerdotes un recuerdo del Redentor, una "Memoria Christi"

A su vez, el sacerdocio ministerial representa la garantía permanente de la presencia sacramental de Cristo Redentor en los diversos tiempos y lugares.

Y por último:

El estado religioso testimonia la índole escatológica de la Iglesia, es decir, su tensión hacia el Reino de Dios, que viene prefigurado y, de algún modo, anticipado y pre gustado por los votos de castidad, pobreza y obediencia.

Todos los estados de vida, ya sea en su totalidad como cada uno de ellos en relación con los otros, están al servicio del crecimiento de la Iglesia;

2. Vida Consagrada y Nueva Evangelización

Esto me ha permitido a mi digamos legitimar que a un Congreso de laicos y para laicos diga yo una palabra sobre cual es la Misión de la Nueva Evangelización de quienes han sido llamados a la vida consagrada. Enseguida van ustedes a reconocerse sin dificultad porque en esta complementariedad vocacional de quienes en estas tres grandes formas de ser cristiano, componemos el santo pueblo de Dios, mirando a un laico, a un consagrado, a un ministro ordenado, nuestra vida, sea cual sea la mirada vocacional de quien se esta asomando, nuestra vida es bendecida, es acompañada, es sostenida, es purificada.

Por tanto no podemos nosotros seguir pensando en una clasificación cristiana de tres caminos, que son arbitrariamente escogibles, como a veces se ha presentado en la Iglesia, en una gran lid de quienes más generosamente se apuntan a seguir a Jesús en el ministerio o en la vida consagrada, y luego está la gran tropa de los que no son ni mandos ni oficiales, y que tienen con buena voluntad que intentan ser buenas personas y dar el testimonio que puedan allí donde están.

La perfección y por tanto la santidad no deriva de mi generosidad que escoge lo más difícil o lo más arriesgado. La santidad coincide con la generosidad en el decir ¡Sí! a lo que Dios me está pidiendo. Y esa es la perfección santa, que tiene lugar cuando uno ha descubierto y si se lo ha tomado en serio ese descubrir ¿A qué me llama Dios? O como el Cardenal de Barcelona concluye las celebraciones de la Confirmación: ¿A que me llama Dios a mí? Ese ¡Sí! a lo que Cristo me pide a mí, es el embrión de mi historia de santidad, es el sitio donde esta mi perfección.

3. Inyectar la savia del Evangelio

En la década de los años veinte, a ritmo de charlestón, se introdujo una frivolidad tal en nuestra sociedad que hizo se que caracterizara aquel período, y fue lo que denominamos los “felices años veinte” Lamentablemente la crisis económica y cultural del crack de los años treinta no hacía ni sospechar remotamente la crisis de humanidad que iba a entristecer e iba a enfrentar la vieja Europa.

El totalitarismo bolchevique y el totalitarismo nazista, dieron como resultado que la pesadilla todavía no olvidada de la Primera Guerra Mundial presentara una edición corregida y malditamente aumentada, sumiendo a esta vieja Europa en los horrores que la memoria colectiva de este continente no debe jamás olvidar.

Es entonces cuando la Iglesia habla, mirando el después de la Segunda Guerra Mundial, cuando parece que con la creación de algunas instituciones como la ONU, o con algún armisticio especial, se quería poner un bálsamo que resultó ser insuficiente para devolverle la paz a los pueblos y a las personas de este traumatizado continente europeo.

El beato Juan XXIII, viendo tal insuficiencia, convocó el Concilio Vaticano II, y estas fueron sus palabras para decir a la Iglesia la razón porqué aquel Papa de transición quiso reunir a una parte del pueblo de Dios: La Iglesia cree en nuestros días que la convivencia de los hombres gravemente perturbada tiende a una hecatombe. Y cuando la comunidad de los hombres se prepara un norte, la Iglesia tiene ante si una tarea inmensa, tal como hemos aprendido

que sucedió en las épocas más trágicas de la historia. Hoy se exige a la Iglesia que inyecte la virtud perenne, vital, divina del evangelio en las venas de esta comunidad humana actual, que se gloria en los descubrimientos recientemente realizados en los campos técnico y científico, pero que sufre los daños de un ordenamiento social que algunos han intentado establecer prescindiendo de Dios. Por ello, terminaba, advertimos a los hombres de nuestro tiempo que estos no han avanzado a la par en los bienes materiales y espirituales. El 25 de diciembre del 1961, el Papa decía a la Iglesia y a la Humanidad que, por este motivo, convocaba el Concilio Vaticano II.

Porque la humanidad había recibido con desigual fortuna, con distinta maldición, los avances técnicos, científicos o pacifistas y la consolidación de la unidad y del ordenamiento moral, todo el pueblo de Dios fue convocado a aquel Concilio Vaticano.

Se nos ha hecho referencia en la comunicación anterior como a los sacerdotes, a los consagrados, y particularmente a los laicos se les emplazaba a inyectar en las venas de la humanidad la savia del Evangelio. Para eso la Iglesia se quiso redefinir a si misma, para decir una vieja historia de dos mil años a esta generación que teníamos delante. Una generación para la que el bálsamo insuficiente y los esfuerzos nobles pero inacabados que nos íbamos dando unos a otros como gobernantes eran incapaces de devolver a la humanidad sus preguntas para poder explicar también únicamente las respuestas.

Yo siempre digo que una pintada célebre en la Sorbona de París, nos daba como el frontispicio de esa tristeza, de ese pesimismo existencial del que hicieron tanta gala los intelectuales y los poetas de los finales de los años sesenta. El existencialismo ateo lleno de pesimismo, donde se describía como peste el derrotero y el devenir de una humanidad a la deriva, donde parecía que el ser persona es una pasión inútil, presentaba que, por decirlo con André Camus, la vida y la historia no pasa de ser una insufrible náusea.

Los jóvenes que protagonizaron el mayo del sesenta y ocho francés, de célebre memoria en este año, treinta años después, cuarenta años después, escribieron en una de las

paredes de la Sorbona “Nos habéis llenado el estómago, nos habéis puesto a bailar, pero no nos habéis dado razones para vivir. Y por eso nos constituimos en rebeldía”. Lamentablemente estas revoluciones que no nacen del amor terminan con dieta, coche oficial y carta de crédito de yuppies, que son los que nos gobiernan en la actualidad.

Por eso la Iglesia no puede vivir al reflujo e ir de pasacalles detrás de quienes son capaces de hacer un diagnóstico, pero incapaces de aplicar un tratamiento sanador, Por este motivo el Papa Juan Pablo II rearma a este pueblo de Dios diciéndole: Volvamos al Señor, dejémonos de presentaciones de Dios y de Cristo que son falsas por reductoras, y construyamos de nuevo la Iglesia del Señor, como el Señor la había fundado, como el Señor la envía a este mundo

Aquí estamos, esta es la encrucijada en la que también en estos años particularmente fecundos del Magisterio de Juan Pablo II tan bella y sencillamente continuados por nuestro actual Pontífice, los consagrados, los ministros ordenados y los fieles laicos tenemos esta misión común.

4. Consagración para la misión

La consagración de los religiosos y de todos aquellos que siguen al Señor es el primer punto de partida que explica esta vocación en la Iglesia. Son personas consagradas, dedicadas a sólo el Señor. A ellos se les evitan, no por capricho, y menos por comodidad, las fatigas y alegrías que tenéis la inmensa mayoría de los aquí presentes, en vuestra vida familiar y profesional. No es una segregación marginadora sin más. Los consagrados son en primer lugar llamados a sólo Dios y ellos lo expresan no con el ritual del día feliz de su entrega pública cuando emiten públicamente sus votos al Señor, sino con el ritmo cotidiano, semanal, mensual, anual, con el que están narrando a quien pertenecen sus vidas, a solo Dios.

Esta pertenencia no se agota evidentemente en la permanencia en un lugar. De hecho y como a veces les recuerdo también a los seculares, se puede estar en un sitio sin pertenecer a nadie, que es lo que explica tanto fracaso matrimonial, debido principalmente a pretender

permanecer sin pertenecer a alguien al que me entrego y a quien recojo la entrega.

Un convento, un monasterio una abadía es un lugar, un referente, un campanario que con su son nos esta recordando al pueblo de Dios que Dios es, porque alguien le pertenece. Es muy importante la consagración, que se expresa en el hábitat y en el hábito también. Es muy importante la consagración como puesta en escena permanente de un grupo de cristianos que recuerda a los demás, y a quien quiera mirarle sin acritud, que Dios es porque ellos le pertenecen.

La consagración como pertenencia al Señor se vive en la comunión con las personas a las que Dios nos ha hermanado. Por que esa pertenencia a un Dios cristiano excluye una pertenencia privada, si personal pero nunca privada. Y por tanto es Jesús el que llama, con la vocación consagrada de pertenencia al Señor, a seguirle con diferentes modalidades. Unos son los monjes y monjas en sus claustros contemplativos, otros los misioneros, otras las vírgenes consagradas, otras en un instinto secular. Hay muchas formas de entender la comunión, la vida comunitaria de una fraternidad consagrada. Se pertenece a Dios a quien se consagra, viviéndole y celebrándole en la comunión fraterna en una comunidad y que tiene en Él su centro

Estamos consagrados y hermanados para ser enviados a la misión que Dios nos encomienda. Sería como un trípode que engarza y explica esta vocación de la Iglesia, la de los religiosos o, más ampliamente, la de los consagrados. Fíjense en las preposiciones: consagrados a Dios, con los hermanos que El da, para la misión que Él nos confía. A Dios con los hermanos para la misión

Si la liturgia de este camino cristiano arroja luz para los que en un lugar han sido llamados a responder si, ¿esta fidelidad vocacional, no os parece, amigos, que arroja luz a vuestra vocación laical? ¿No deberíais traducir, mirando a estos hermanos consagrados, que también en vuestra vocación laical en un movimiento concreto también tenéis que vivir consagradamente a Dios? Y no de una forma insisto privada, sino en la comunión de los hermanos concretos con un carisma concreto que nos permite descubrir la

hermandad, la fraternidad para una misión que se deriva de este carisma que pasa por nuestras vidas en el mundo laical en la secularidad, que no secularismo. La vivencia de la vida consagrada ilumina y acompaña los caminos que existen también en vuestra vocación laical. Porque tenéis “un Dios que nos llama, unos hermanos que nos da, y, una misión que también nos ha confiado”

La Iglesia conoce que el hombre, desde que el mundo es mundo, se ha sabido protagonista de un mundo que continuamente cambia. Una cosa es que queremos cambiarnos a nosotros mismo y otra cosa es que conociendo este ímpetu que esta escrito en nuestra naturaleza, nos preguntemos que mundo queremos, hacia que mundo caminamos. Con quien lo queremos realizar.

La vocación a la vida consagrada se vive pues de cara a un mundo que está alejado de Dios. El mundo esta llamado, fijaos, a Dios

No nos fugamos del mundo, sino que empujamos este mundo hacia Dios. En la entraña de nuestro lugar en la Iglesia no estamos fuera del mundo, sino para empujar este mundo hacia Dios hasta que Jesús vuelva con una historia llena de Luz Pascual que ya ha comenzado, aunque todavía no brilla en su total plenitud. Por eso el cristianismo como otras posturas en la vida también sabe del mal, por eso el cristianismo también conoce el absurdo de los acontecimientos cotidianos, y por eso el cristianismo también es rebelde y no pacta con un mundo para seguir soñando distinto, más parecido al sueño del Creador y menos parecido a nuestras peores pesadillas.

Esta santa alegría de hacer un mundo, que se parezca al Creador, y que no tenga la naturaleza del hombre como centro, es lo que pone en marcha nuestro quehacer, nuestra misión y nuestro compromiso transformador. La realidad presente, todos lo constatamos a diario, asomándonos tras despertar, a la vida cotidiana, o abriendo un periódico cualquiera, es enormemente ambigua, en una atmósfera adversa, y creciendo juntos dos mil años después el trigo y la cizaña. Por que el final es bueno, porque al final la palabra postrera solamente tendrá a Dios como argumento. Y nos esta garantizado por el mismo Jesucristo que nos ha

encomendado esta tarea hasta que Él vuelva de nuevo. El término de la Creación reside en empujar a este mundo al encuentro con Cristo que volverá.

A esto somos llamados los consagrados, los ministros ordenados y también los fieles laicos. En primer lugar la misión de un consagrado, insisto, es descubrir la presencia de Dios aquí en la Tierra. La misión de un consagrado es reconocerse como prolongación de la misión del mismo Cristo. Él es el fundamento de cualquier quehacer. Porque Dios creador, porque el Hijo Redentor, misteriosamente dejó las cosas inacabadas. Porque ha querido ser mendigo de nuestras manos, mendigo de nuestros labios, de nuestro sí, dice San. Agustín.

Mendigos del corazón del hombre, es lo que dice Agustín. Y ese Dios típicamente mendigo ha querido, sin tener por qué, contar con nosotros. No ha querido hacer un mundo feliz y para siempre acabado sino que nos ha querido confiar a nosotros vulnerables la perfección múltiple. Cristo el Enviado estuvo en la tierra, históricamente enseñó su palabra, murió y resucitó y regresó al Padre, no sin antes asegurarnos una compañía discreta en la Iglesia junto con el Espíritu Santo

Pero si pensamos sobre lo que tenemos que hacer y decir a este mundo de nuestra generación, esto tiene que ver forzosamente con lo que Dios comenzó para siempre a decir en la Palabra de su Hijo, con lo que Dios comenzó a repartir para siempre en las manos de su Hijo. Y esa palabra y esa gracia, Dios la quiere seguir diciéndola y repartiéndola con los labios y las manos de cada generación. Por eso antes de decir nada y antes de arremangarnos los brazos, tenemos que ponernos a la escucha y a la acogida de lo que Él, su Hijo, nos dice y nos regala Dios.

Por tanto la fuente de toda misión, la fuente de todo quehacer, antes de ponerle nombre, fecha y domicilio, es un acto de escucha y de acogida. Porque somos los porta-vozes de una palabra más grande, y los porta-dores de una gracia mayor. Somos instrumentos por los labios y las manos de lo que Dios en su Hijo para siempre comenzó a decir y comenzó a repartir.

Los desafíos que tiene cada generación son justamente traducir a Dios a la gente de nuestra época y de nuestros lares. La primera clave con la que yo explico a los consagrados y en esta mañana a todos ustedes, consiste en la traducción sin traición de Dios a nuestra generación, en distinguir los rostros de pobres a los que Dios nos envía. Los pobres siempre los tendréis con vosotros, dijo Jesús. El comenzó, lo recordáis, su ministerio público en la sinagoga de Nazaret, en el pueblo en el que creció. Y aquel día, devolviendo el rollo, que no era un rollo cursillista sino que era un rollo del profeta Isaías, le dijo al encargado: "Hoy se cumple esta Escritura". Hoy. Todo el Evangelio como por ejemplo Lucas 4 se puede leer desde esta palabra griega **σήμερον** (semeron) que en griego significa hoy. Hoy os ha nacido la salvación, les dijo el Ángel a los pastores. Hoy. Hoy se cumple esta escritura. Hoy ha entrado la gracia a esta casa, dijo Jesús a Zaqueo. Hoy estarás conmigo en el paraíso, le dice a ese santo al que tengo una particular devoción, a San Dimas, porque es el santo de la prórroga. Y en algunas prórrogas a alguno nos ha pillado Dios. Dios sea bendito. Amén

Hoy. Traducid en el hoy de nuestra generación, lo que Dios hace y dice, lo que Dios hizo y dijo en las manos y los labios de su Hijo Amado. Hoy se cumple esta escritura

Y se nos ha enviado para llevar la Buena Noticia, la liberación a los cautivos, la vista a los ciegos, la liberación a los oprimidos. Esta primera clave, amigos, es que descubramos cual es el perfil del pobre al que Dios me envía ¿Quién es hoy el leproso, el ciego, el cautivo, el oprimido? ¿Quién es hoy el pobre? Porque a los pobres no los elijo yo, Dios a ellos me envía. Los pobres son de Dios, no de mi currículum. Cuidado, no de mi currículum. Por que a veces cuentan y algunos exhiben en el currículum que han hecho cosas y lo dicen, y a veces los currículum no pasan de ser "ridículum". A los pobres los envía Dios, no a los que me apetece esperar. Traducir esto en el hoy de mi tiempo, en el orden temporal, a fin de anunciarles una nueva noticia.

5. Los nuevos areópagos

Prescindo de la segunda clave y voy a la última: los

nuevos areópagos y las heridas de siempre.

Los nuevos areópagos son una metáfora que nació precisamente en un contexto misional, cuando nos la definió Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris Missio*. Los nuevos areópagos, como aquellos que se encontró Pablo en Atenas, hoy los tenemos con otros nombres. Junto a las carencias que pueden representar los desafíos tradicionales en el ámbito de la promoción social, en la educación, en la enfermedad, en la ancianidad, hay otros areópagos donde tendremos que ir anunciando: en el mundo de los ancianos, de los enfermos, así como a los hombres que con la acción social tendremos que atender con caridad cristiana, y a los jóvenes. Pero además de estos lugares clásicos de la misión, tenemos otros areópagos donde nos encontramos con las heridas que nuestra época ha generado.

En primer lugar la herida de la secularización. La secularización es una herida religiosa y cultural porque no es la conocida posición de quien no ha conocido todavía a Dios sino la de aquellos que han abandonado a Dios. Es la cultura post-cristiana con todas las consecuencias que esto tiene. Vivimos en un continente, vivimos también en América Latina, ante los desafíos de una mentalidad que ha dejado de ser cristiana, que concibe el cristianismo superado. Y por tanto a Quien es el Gran Desconocido lo han dejado ya de lado.

Las heridas de tipo social y económico que esta postura de autonomía genera cuando, mutilando a Dios en el horizonte, el materialismo, tanto el ateo como el hedonista de la *New Age*, se hace que la vida no sólo sea asfixiante sino que deje de ser vida. En esa obra importantísima del Padre Henri de Lubac titulada *El Drama del Humanismo Ateo* el autor dice: no es verdad que los hombres sean incapaces de hacer un mundo sin Dios, lo han hecho. Pero cuando el hombre construye un mundo sin Dios lo hacen contra el hombre. Sería hoy prolijo desde el punto de vista teológico, demostrar y comentar como este mundo es contra el hombre cuando se ha mutilado, expulsado o censurado la presencia de Dios.

Termino diciendo, no sólo existen las heridas que llevan a considerar el cristianismo como una fase superada, sino

también otras heridas morales que pasan por la destrucción de la vida como una conquista legal del progreso, con el aborto y la eutanasia, con la manipulación de la vida humana con todas las técnicas al uso. Dentro de esas heridas morales hemos de situar el ataque frontal y sistemático a la familia ya por vía de disolución con divorcios express o no, o por vía de alimentar la confusión con modelos hetero o homosexuales o incluso el intento que hubo en el Parlamento español, hace dos años, de equiparar a los primates y a los simios con la especie humana. Solo nos faltaba casar los monos.

Otra herida se manifiesta por vía de una total banalización del pansexualismo actual. Y por poner una última herida la situamos en el campo del relativismo de la verdad. No estanto la traición a una verdad rechazada, sino la incapacitación para conseguir la verdad, dejando en la intemperie de cualquier totalitarismo o de cualquier nihilismo. Estos areópagos y heridas contemporáneos no sólo reclaman un discernimiento pastoral dentro de la Iglesia sino que nos deben llevar a reconocernos como enviados en el hoy del carácter de la historia, como portavoces y portadores de la salvación del Señor.

Esta es la visión que cuando se aplica a la vida consagrada tenemos en el análisis de los carismas respectivos y tan variopintos y variados pero es una visión en la que evidentemente vosotros como laicos en un movimiento cristiano Christifideles Laici no sois ajenos ni rivales que pudieran porfiar. Es la misma misión expresada en modos distintos. Por que es el mismo Señor y la única Iglesia a quienes a los consagrados, ministros ordenados y pastores y fieles cristianos laicos nos llama, nos hermana y nos envía

LA FORMACIÓN DEL FIEL CRISTIANO EN LA PERSPECTIVA DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

**Conferencia a cargo del Excelentísimo y
Reverendísimo Sr. Agustín Cortés Soriano.
Obispo de Sant Feliu de Llobregat.**

Barcelona 2 de Mayo de 2008

Introducción

La pregunta a la que esta breve conferencia ha de responder depende de otras cuestiones previas y fundamentales, que quizá ya se han respondido o al menos se han de dar por supuestas: me refiero las cuestiones acerca de la figura y la misión del laico cristiano, que está exigiendo el reto de la Nueva Evangelización. En todo caso, creo que estas materias fundamentales serán tratadas mañana y entonces será el momento de poder integrar lo que ahora diremos en una síntesis lógica más completa.

En efecto, la formación, toda formación, depende en primer lugar del objetivo que se desea conseguir, es decir, la figura que se pretende “*con-formar*” y la tarea para la que se desea capacitar. Y en este sentido el problema que hemos de dilucidar aquí es del todo pertinente. Pues la propuesta de la Nueva Evangelización, que hizo Juan Pablo II ya en Cracovia en 1979, después desarrolló en Puerto Príncipe (Haití) en 1983 y quedó explicada en la exhortación postsinodal *Christifideles Laici* en 1988 (y documentos sucesivos como *Redemptoris Missio* 1990), viene justificada por la nueva situación que la Iglesia está viviendo en el mundo: concretamente el mundo de vieja cristiandad (primer mundo) y en cierto modo en América Latina (aunque también se aplica esta expresión a toda re-evangelización que se da en otros contextos). Esta nueva situación del entorno social y el consiguiente “*nuevo programa*” pide “*nuevos evangelizadores*”. Se entiende que aquí el calificativo “*nuevo*” sólo se podrá referir a acentos y modos, y no a la esencia de la evangelización y del evangelizador, que siempre será la misma.

La pregunta por tanto a la que respondemos es: ¿en qué consistirá la formación de esta figura del laico comprometido en la tarea de la Nueva Evangelización?; ¿qué dimensiones y con qué medios ha de procurarse?; ¿cómo ha de ser, según las exigencias que presenta esta tarea en el mundo presente?...

Así pues, expondremos brevemente los siguientes puntos.

1. Señalaremos sintéticamente los rasgos que, según voces autorizadas, han de caracterizar el laico evangelizador hoy. La figura así descrita será el objetivo de la formación.

2. Recordaremos el origen de la formación laical y su proceso hasta la madurez como vida en el Espíritu que se explyaya a lo largo de la historia personal.

3. Expondremos las dimensiones esenciales, su armonía y unidad interna, que esa formación debería tener, para ser verdaderamente cristiana, completa y adecuada al momento presente.

4. Apuntaremos los modos y los acentos que se ven convenientes para esta formación en la presente coyuntura histórica.

Acabaremos con observaciones acerca del estilo y el modo como deseáramos que el laico se presentase ante el mundo.

1. El objetivo a lograr: Identidad del laico evangelizador

Disponemos de estudios profundos y de propuestas autorizadas que nos pueden indicar los acentos que debería incorporar a su vida y su persona el laico comprometido en la Nueva Evangelización. Todos tenemos además experiencia directa de la realidad actual del mundo y de la Iglesia, así como de los intentos de llevar adelante un programa serio de evangelización. Señalamos aquí algunos rasgos, que por su importancia y su relevancia en la formación, conviene recordar:

1. Si no hace muchos años se pretendía ante todo que el

laico estuviera preparado para la acción transformadora (compromiso), hoy se ve como objetivo prioritario que los laicos se formen con una "*identidad cristiana sólida y clara*". Una identidad que se afirma, no sólo frente al vacío de identidad propio de la postmodernidad,¹ sino también frente a una forma de vivir la fe acomplejada o desvirtuada por orientaciones secularizantes.² El acento se pondrá más en su ser personal, aquello que le identifica ante la vida, la sociedad, el mundo y Dios. Una identidad que se manifestará, naturalmente en su "*hacer*", pero también en su "*decir*" (incluida la confesión explícita de fe) y que además incluirá un claro sentido de pertenencia a la Iglesia (en todas sus dimensiones, cognitiva, afectiva, volitiva, etc.) Todo ello vivido positivamente, con el gozo de quien ha hallado la plenitud de sentido y de verdad.

2. Consecuentemente el fiel laico deberá tener una clara conciencia de aquello que es *esencial* en la fe, concentrarse en ello e integrarlo en la propia vida. Esto le permitirá moverse en medio de un mundo absolutamente plural y cambiante y en una Iglesia, que alberga en su seno una *diversidad* considerable de estilos y lenguajes y además experimenta transformaciones a veces imprevisibles.

3. Esto nos lleva a señalar otra de las capacidades con la que el laico podrá afrontar uno de los retos hoy más urgentes en la Iglesia, como es el buen *discernimiento* en el Espíritu. La conciencia clara de lo esencial, el aprendizaje de "*la lógica y el lenguaje del Espíritu*", la consecución de mirada evangélica sobre las cosas, serán otros tantos desafíos que deberá asumir el laico cristiano.

4. Precisamos que el laico tiene dos ámbitos donde desarrolla su misión propia: el interior de la Iglesia y en el mundo. Al interior de la Iglesia es miembro responsable y activo; tiene su lugar y hasta sus ministerios. Aquí nos

¹ RYLKO, St., card., *La misión de los laicos y la nueva evangelización. Lección Inaugural de la UCAM*, Murcia 2007, 5.

² Cf. SEBASTIÁN, F., *Los fieles laicos, Iglesia presente y actuante en el mundo. Vocación apostólica de los fieles laicos.*, en *Testigos de la esperanza. Congreso de Apostolado Seglar*. Conf. Ep. Esp., CEAS, Madrid, 2005, 65.

ocupamos ante todo del ámbito que llamamos “*mundo*”, puesto que es en él donde se ejerce la tarea evangelizadora. Es su índole “*secular*”, entendiendo este calificativo en sentido positivo y amplio, es decir, significando todo lo humano natural, cotidiano, histórico, etc.³

5. La firmeza y la claridad en el ser cristiano irán acompañadas de otras cualidades que vienen exigidas por su *relevancia en el mundo*.⁴ Ser relevante en el mundo, en el sentido evangélico de ser sal y luz “*para que se de gloria a Dios Padre*”, pide dos cualidades aparentemente contrarias. Por un lado ser fuerte para compensar la corriente que algunos llaman “*cristianofobia*” con métodos y caminos evangélicos (como signo de contradicción), afrontando el sufrimiento que comporta ser distinto y hasta ser víctima de una cierta marginación. Por otro, con una actitud de escucha y acogida propia del Espíritu, ser capaz de “*dar razón de la fe*” con lenguaje inteligible, de mantener el diálogo y la colaboración con la sociedad laica en todo aquello que sea verdaderamente bueno para el ser humano.

6. La situación propia del laico en el interior mismo del mundo hace que esta relevancia incluya el trabajo por el cambio y la *transformación* de éste según el plan de Dios. Transformación que puede tener un alcance político y estructural, pero que sobre todo afecta a los ámbitos más inmediatos de la vida cotidiana: familia, amistades, profesión, ciudadanía, cultura, espacios y tiempos lúdicos, etc.

7. En conjunto el cristiano laico deberá poder mostrar al mundo el rostro de “*una existencia realizada*”...⁵ No

³ “El ámbito propio de su actividad evangelizadora es el mismo mundo vasto y complejo, de la política, de la realidad social y de la economía, como también el de la cultura, de la ciencia y de las artes, de la vida internacional y de los ‘mass media’ y otras realidades abiertas a la evangelización, como son el amor, la familia, la educación de los niños y adolescentes, el trabajo profesional y el sufrimiento” (*Evangelii Nunciandi* 70).

⁴ Para “su presencia visible e incisiva en la sociedad”: RYLKO, St., card., *La misión de los laicos*, 6.

⁵ ... “frente a la cultura del espectáculo, en la que reina la tiranía del

precisamente de una existencia modélica de santidad y perfección, sino de aquella existencia que sabe dónde está la verdad y trata humildemente de “realizarla en el amor”, mientras la señala con su palabra, sus gestos y su estilo gozoso de vivir.

Parece ser que ésta es la figura del laico hoy deseable para afrontar el reto de la Nueva Evangelización como agente y protagonista en su ámbito. ¿Qué formación está pidiendo esta figura?

2. Naturaleza, origen y proceso de formación del laico

“Es necesario que cada bautizado asuma la urgencia de revisar su espiritualidad y de renovar su formación cristiana, entendiendo esta formación como un continuo proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Cristo, según la voluntad del Padre, con la guía del Espíritu Santo’ (ChL 57)”⁶

Teniendo un poco más claro hacia dónde hemos de dirigir la formación del laico evangelizador, pasamos a exponer sus elementos esenciales, que coinciden justamente con los que corresponden al crecimiento en la fe de todo fiel en tanto que bautizado.

Como hemos insinuado más arriba, la figura predominante del laico era la de aquel miembro del Pueblo de Dios que tiene como misión específica la transformación del mundo desde su misma realidad secular. El acento en la acción y precisamente en la acción transformadora del mundo determinaba una formación centrada principalmente (en ocasiones exclusivamente) en el compromiso social, con todo lo que esto comporta: el análisis de la realidad, básicamente sociológico, el diagnóstico respecto de los problemas detectados, la iluminación de estos problemas

poder... Esta situación otorga todo su valor de testimonio misionero a la persona misma de cada uno de los cristianos y a la presencia pública de la Iglesia”: BUENO DE LA FUENTE, E., *“Situados en la misión desde la alegría de la Pascua”*, en *Vida de fe y esperanza cristiana. Ponencia en las XXVII Jornadas Generales de Apostolados Seglar*, Madrid 2007, 45-47.

⁶ CEAS, *“Laicos cristianos, sal y luz del mundo”*, Mensaje con motivo de Pentecostés, 11-5-08.

desde el mensaje social del Evangelio, determinación de estrategias y acción. Este modo de proceder parecía oportuno en el contexto de la modernidad, cuando la misma sociedad vivía bajo el atractivo de las utopías y del compromiso transformador (en el caso de España y otros países en camino hacia la democracia y el reconocimiento de los derechos humanos).

Pero los cambios culturales hacia la postmodernidad, una visión objetiva y honrada de los resultados y una sana autocrítica en el interior de la Iglesia, han demostrado que esta vía resulta ineficaz desde el punto de vista de la Evangelización, en tanto que reduccionista y parcial.⁷ Básicamente, a fuer de dar por supuesta la base y la fuente de donde brota la misión, esta base o fuente ha acabado olvidándose o considerándose irrelevante para la acción transformadora, que en realidad era lo que importaba.

Por eso es urgente subrayar que la formación del laico dimana de su ser; que este ser viene constituido por su fe, su conversión a Cristo y por su bautismo, y que su misión prioritariamente es la compartida por toda la Iglesia, desde el mandato de Jesucristo: *"Dios me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos entre los habitantes de todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a cumplir todo lo que os he encomendado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"* (Mt 28,18-20).⁸ Este ser y misión

⁷ Para algunos "perjudicial", en cuanto que exclusiva. Un análisis profundo de nuestra situación detecta muchos problemas y vacíos causados por esta forma de actuar. Ponemos por caso la llamada "secularización interna de la Iglesia", que la reduce prácticamente a un grupo de influencia humanizadora de la sociedad, perdiendo en poco tiempo su sentido e identidad. Circunstancia aprovechada por otros para pensar que a la larga vendrá sustituida por los servicios sociales de las instituciones civiles, una vez perdida como innecesaria toda referencia a lo trascendente.

⁸ Y lugares paralelos de misión eclesial desde el Resucitado. Cf. SEBASTIÁN, F., *Los fieles laicos*, 55-56. La "quasi" definición que da el Vaticano II de "laico", incluye la distinción de lo que es jerarquía y vida consagrada, pero positivamente afirma: "Son los cristianos que están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el Pueblo de Dios y que participan de las funciones de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey. Ellos

del laico es fundamental y anterior a toda determinación específica, que por lo demás no aportará otra cosa que una concreción de ella, exigida por su situación propia en el mundo.

En consecuencia hemos de concebir la formación del laico como exigencia y desarrollo de su bautismo:

1. Que entienda y viva su misión evangelizadora, no desde un sentimiento difuso de compasión o de altruismo, ni como un deber meramente moral que exige esfuerzo y sacrificio, sino en su sentido más positivo, como anclada en *el seno amoroso de la Trinidad* y emanada continuamente de él.

2. Que, superando aquel estado de la gran masa de cristianos bautizados y no convertidos que hoy ocupa la Iglesia, se preocupe de actuar y actualizar *su propia conversión* a Cristo, parta de ella y acuda a ella siempre que necesite revitalizar su entrega a la misión.

3. Que su camino de formación, aunque incluya estudios, cursillos, experiencias de todo tipo, en definitiva no sea otra cosa que el *dinamismo del propio Espíritu Santo*. Es decir, el amor de Dios, que germinalmente le fue dado en el bautismo y que busca crecer y madurar al ritmo de la libertad propia y de Dios y de las vicisitudes de la vida. Será por tanto una formación *“en la gratuidad de este amor”* recibido y compartido.

4. Que lo verificado en la bautismo, es decir la *Muerte y Resurrección* de Cristo aplicado a él, a su vida concreta, se convierta en ley fundamental e ineludible de todo el camino de su maduración. En consecuencia que sepa vivir este misterio en lo concreto de la vida y muy especialmente vinculado a la misión que le es propia.

5. Que frente a personalidades dispersas o inconsecuentes, que viven los distintos sectores de la existencia como elementos superpuestos, independientes o contradictorios, logre asimilar en el corazón creyente, en tanto que centro personal, todas las dimensiones de su vida. El corazón

realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo” (LG 31).

convertido a Cristo y “ensanchado” por el amor (S. Agustín, Benedicto XVI) será el lugar desde donde tomará las decisiones libres, comprometidas y arriesgadas, su palabra evangelizadora, su capacidad de escucha y diálogo, su oración, su acción...

Estas exigencias derivadas del bautismo y del mandato de Cristo, cumplidas en el proceso de formación no pueden dejar de manifestarse en signos bien elocuentes, que acreditarán al fiel laico como portador del Espíritu, independientemente de los resultados o del éxito de su acción. Será la alegría que transmite, la constancia, la libertad en su hablar y en su obrar, la limpieza y la honradez de intención, la humildad, etc., lo que le acreditará como portador del Evangelio delante de la gente y de la Iglesia. Con la salvedad de que estas actitudes *no* han de ser propiamente *objetivos directos* de la formación, sino que vendrán dadas como efecto del proceso: si no fuera así seguiríamos favoreciendo la creación de “*meras formas*” o conductas vacías.

3. Las dimensiones de la formación: su unidad

Precisemos un poco más la formación que, como consecuencia del ser y misión del laico, hoy vemos necesaria, aludiendo a sus dimensiones, es decir, a los diversos aspectos que ha de incluir para ser eficaz.

El mensaje de la CEAS del presente año para el día de Pentecostés, “*Laicos cristianos, sal y luz del mundo*”, afirma:

“Vemos que cada día existe una convicción más generalizada de que es necesario asumir un proyecto formativo, que abarque los aspectos espirituales, celebrativos, doctrinales, pastorales y humanos. Sólo así será posible integrar todas las facultades de la persona: mente, corazón, sentimientos y testimonio”

El Documento Conclusivo de la Va. Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Aparecida, Brasil, mayo 2007) afirma:

“La formación abarca diversas dimensiones que deberán ser integradas armónicamente a lo largo de todo el proceso formativo. Se trata de la dimensión humana y comunitaria, espiritual,

intelectual y pastoral-misionera." (n. 280)

Ambos textos nos hablan de dimensiones de la formación, aunque no coinciden a la hora de concretarlas. En conjunto, éstas serían las dimensiones apuntadas: espiritual, celebrativa, doctrinal, pastoral, humana, comunitaria, intelectual y misionera. La verdad es que no importa tanto su enumeración, cuanto el hecho del reconocimiento de la diversidad de estas dimensiones y, al tiempo, de la intención (que puede adivinarse fácilmente) de afirmar que la formación ha de ser *global y completa*. Es decir, que ha de abarcar todas las facetas de la vida humana: inteligencia, voluntad, sensibilidad, sentido de la trascendencia... El motivo de esta doble preocupación (diversidad y globalidad de la formación) puede ser el hecho de que la formación del laico evangelizador ha de seguir en todo a la fe y la consiguiente vida en el Espíritu: la fe y el Espíritu no dejan de penetrar y transformar absolutamente toda la vida humana personal y social. La diversidad procede de las diferentes dimensiones de la persona humana y su vida, mientras que la acción del Espíritu es una y total.

Podemos advertir, además, otra precisión. Las diferentes facetas de la formación no pueden ser *"asignaturas tratadas en paralelo o superpuestas"*. No tratamos aquí de *"materias"* de un currículum formativo, sino propiamente de dimensiones que deberían estar presentes (hoy se diría transversalmente) en todo acto y en todo el proceso formativo. Se nos invita, de hecho, a integrarlas y armonizarlas.

Esta llamada es muy importante, si tenemos en cuenta, además del momento actual, la historia de la *"formación cristiana"* al menos desde el nacimiento de la Escolástica en el siglo XIII. Es conocida la desmembración y especialización de disciplinas, así como el predominio de la formación intelectual, que con la llegada de la modernidad no sólo no disminuyó, sino que se acentuó. La especialización facilitó el desarrollo de cada una de las disciplinas, pero también dio pie a la pérdida *"del alma"* de la formación cristiana y, con ello, de su eficacia. La renovación de la teología, de la espiritualidad, de la moral y, en definitiva, de la formación cristiana, vino (aún está viniendo), de la recuperación del modo de proceder los Santos Padres y de la Tradición (en

general monástica) de la Primera Edad Media: el encuentro con la Palabra, que ilumina toda la vida humana en sus diferentes facetas. A este propósito me parece muy oportuno recuperar de la más antigua tradición las dimensiones de la formación cristiana, correspondientes a los conocidos cuatro sentidos de la Escritura: información de la historia (¿qué conocer?, sentido literal), pensamiento o ideas (¿qué pensar?, sentido alegórico), voluntad (¿qué hacer?, sentido moral), sensibilidad y afecto (¿qué esperar?, sentido anagógico).

Pero esta llamada a la armonía y la integración a mi parecer no se logra únicamente con la simple presentación orgánica de materias, con la determinación de cuáles son las más básicas, con la distribución de tiempos dedicados a una u otra. Esto ayuda, pero sigue siendo un intento de armonía que queda externa y formal. La armonía, o mejor, la unidad de la formación sólo se consigue en el mismo sujeto, en el laico evangelizador, en tanto que *integrado él mismo como persona humana*: se trata de una armonía o integración personal y existencial, que o bien ya viene dada por la persona humana misma, o bien es favorecida y apoyada por la fe.

Ya hemos aludido en el apartado anterior a la interiorización de la fe (creer de corazón) como uno de los objetivos fundamentales de la formación del laico. No podemos aquí entretenernos en la importante cuestión de qué significa "*persona integrada*" y lo que ello supone. Nos basta recordar que, más allá de problemas psicológicos o personales, la integración de la persona se realiza activando un principio o centro integrador: aquello que denominamos "*espíritu*", lugar donde radica nuestra identidad, nuestras acciones libres, los anhelos más profundos, la intimidad, en definitiva, lo que en lenguaje coloquial solemos denominar "*corazón*". Así, hablamos de personas que "*creen, esperan o aman*" de corazón, en tanto que aquello que viven en su centro más íntimo lo manifiestan exteriormente en las diferentes dimensiones de la existencia. Es decir, intuimos que alguien " *Cree de corazón*" cuando pone el corazón creyente en sus palabras, en su trabajo, en su convivencia, etc.

En este sentido la formación del laico ha de apuntar siempre a su centro personal, sea cual sea la dimensión que en un momento dado se esté cultivando. En algún momento

puede privilegiarse una dimensión de la formación u otra, pero nunca olvidar las restantes, pues ello falsearía la misma formación y en definitiva la misma fe. Cualquiera de los procesos o actos de formación deberá poder referirse, y ojalá lo haga de hecho, a cualquiera de las otras dimensiones. Concretamente, que no haya estudio aséptico de la teología, sin referencia a sus consecuencias para la vida moral y la experiencia espiritual, que no haya formación moral sin aludir a su fundamento teológico o doctrinal, que no haya experiencia orante, sin vida moral o conocimiento doctrinal... todo ello interpelando constantemente a que se piense, se decida, se experimente, desde el corazón.

Todo ello requerirá que de una u otra forma nunca falte tiempo, alusiones explícitas, práctica, etc., relativas a cada una de las dimensiones formativas.

Sin salirnos de este apartado que trata del "cómo" de esta formación, conviene recordar la importancia del o de los acompañantes en el proceso. Concretamente de su identidad y de su implicación en esta tarea. La formación tal como aquí la entendemos pide que el o los acompañantes sean, más que "especialistas" o expertos en una materia u otra, verdadera presencia de la Iglesia junto al laico, con todo lo que ello supone: comunión con ella, estilo evangélico, proximidad, etc.

4. Algunos acentos en los contenidos

De acuerdo con lo dicho acerca de los objetivos de la formación hoy del laico en la Iglesia y en el mundo, podemos concretar algunos de sus contenidos más importantes.

a. Como norma general se debería partir siempre de lo esencial: el kerigma, la conversión y la virtualidad del Bautismo, como verificación del Misterio Pascual en la propia vida.

b. Siguiendo esta misma línea evangélica, la transmisión de algunos principios (actitudes) que se ven hoy particularmente necesarios:⁹ el principio de la expropiación

⁹ Cf. RYLKO, St., card., "La misión de los laicos", 14-16: tomando la

(vida de *“siervo”*), el principio de la semilla de mostaza y el principio de la semilla que cae en tierra y muere... Son algo más que recomendaciones para la vida espiritual: se trata de un estilo y manera de ser en el mundo, que incluye la gran virtud de la humildad, pero en el sentido profundo de las Bienaventuranzas: *“bienaventurados los pobres de espíritu... Y bienaventurados los que trabajan por la paz... y los perseguidos por causa de la justicia...”*

c. Formación para el ejercicio del discernimiento: lectura e interpretación evangélica de la realidad, lenguaje del Espíritu...

d. Formación en la *fe íntegra y razonada*: la capacidad de dar razón de la fe e incluso de *“crear cultura humana desde ella”*. Dar razón de la fe, sobre todo en el sentido de lo que llamamos *“teología fundamental”*, es decir, de una apologética actual y seria, que ponga de manifiesto la *“plausibilidad”* humana de la fe. Igualmente una fe capaz de *“crear cultura”* desde ella.

e. Un conocimiento de la *Iglesia*, su realidad actual objetiva y su naturaleza íntima, además de la experiencia concreta de pertenencia e integración cordial.

f. Cultivo de la dimensión misionera de la fe, en el sentido de la *“missio ad gentes”*, aunque adaptada a la circunstancia particular de los países de vieja cristiandad (sin contraponer la misión universal con la particular).¹⁰

g. El conocimiento y la integración en *“el mundo”*, entendiendo por tal, no sólo el entorno más inmediato y más accesible, sino también aquello que lo mueve, el entramado de estructuras sociales y económicas, la cultura, las ideologías, las relaciones de poder, los liderazgos, la política... Todo ello en la medida de las posibilidades de cada uno.

h. Preparación para la *acción transformadora* en el interior del mundo. Esta formación en *“la secularidad”*, pasaría de considerar el mundo como *“mero lugar de santificación”* (para

sugerencia del entonces Card. J. Ratzinger, *“La nuova evangelizzazione”*, en *L’osservatore Romano*, 11-12 diciembre 2000, 11.

¹⁰ Cf. BUENO DE LA FUENTE, E., *“Situados en la misión”*, 26-27.

llegar al cielo) a “*ser lugar que hay que santificar*”, es decir, transformar según el plan de Dios. Ello pediría dos logros: vivir radicalmente la paradoja evangélica “*en el mundo sin ser del mundo*”, recibir el mundo “*en el Señor*”, como vocación y misión, base de una espiritualidad del compromiso secular¹¹ y alcanzar un conocimiento básico de la Doctrina Social de la Iglesia, al menos de sus principios esenciales. Complementariamente una capacitación apropiada para la intervención en el mundo secular.

Conclusión

No es preciso insistir en la importancia de la materia tratada. Basta con mencionar lo que afirma el documento final de “*Aparecida*” (n. 283), citando EN 70, con un subrayado en aquello específico de la formación del laico evangelizador:

“Destacamos que la formación de los laicos y laicas debe contribuir, en todo, a una actuación como discípulos misioneros en el mundo, en la perspectiva del diálogo y de la transformación de la sociedad. Es urgente una formación específica para que puedan tener una incidencia significativa en los diferentes campos (sociales y de la cultura)...”

El acento puede verse en el “*como discípulos misioneros en el mundo*”: identidad cristiana (discípulos), tensión evangelizadora (misioneros) y secularidad (en el mundo), son notas características, ya clásicas entre nosotros desde el Concilio Vaticano II.

Hemos aludido a las circunstancias actuales que piden acentos específicos en la formación del laico. Entre estas

¹¹ Cf. CONGAR, Y. M. J., *Les voies du Dieu vivant. Théologie et vie spirituelle*. Paris 1964, 359ss. “Au monde et pas du monde”: el acento en la superación, menosprecio, muerte, al mundo en San Pablo y en todo el Nuevo Testamento y a un tiempo la recepción del mundo de las manos de Dios (misión y gracia). Así la construcción de una espiritualidad secular: 1) Los momentos dialécticos de desasimiento y compromiso ante el mundo, 2) Discernimiento de la voluntad de Dios sobre este mundo y sobre la propia misión en él, 3) Purificación de nuestra visión de las cosas, desapropiación de ellas en la cruz, incluso de las legítimas, para que tenerlas, no carnalmente, sino como de Dios y para Dios...

circunstancias se encuentra la generalización de denominadas "rupturas" (laicismo social y autonomismo personal ético). El laico, desde su lugar específico, es llamado junto con toda la Iglesia a jugar un papel de *contraste*, un servicio profético en un medio pagano. Pero esto sería insuficiente y unilateral si al mismo tiempo no afirmáramos, en la más pura línea evangélica y tradicional, que su misión es la de transmitir y hacer vivir positivamente la Buena Noticia del Evangelio. Y en este sentido se ve urgente, sobre todo hoy, poner ante los ojos del mundo "*la belleza de Cristo y de ser cristiano*". La formación del laico evangelizador pasará necesariamente por la experiencia personal y comunitaria (eclesial) del gozo de creer. De este gozo y del amor que le acompaña brotará su acción evangelizadora: "*Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Y os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo*" (1Jn 1,3-4)

Nos podemos quedar con una imagen. Me vino con la lectura hace pocos días de un artículo periodístico en un suplemento cultural de un periódico. Un bello pueblo de 900 habitantes en la provincia de Palencia, llamado Frómista, acoge a un político huido del país vasco buscando libertad. La integración de este político y su familia es perfecta. Tres elementos definen la idiosincrasia del pueblo: la preciosa iglesia románica de San Martín, el camino de Santiago y una obra hidráulica antigua, del siglo ilustrado de las luces, una esclusa que pretendía llevar agua del canal de Castilla hasta el pueblo de Suances. El poeta Guerra Garrido le pondrá un título significativo "*Entre la fe y la razón*". Uno piensa en la comunidad que dio vida al templo, su arquitecto, los obreros, las aportaciones económicas; en los fieles que han ido labrando el camino a lo largo de siglos; en los técnicos y los políticos que elaboraron el proyecto de la obra hidráulica... Es la Iglesia en sus fieles laicos y colaborando con sociedad civil quien ha creado ese mundo.

VOCACIÓN Y MISIÓN DE LOS MOVIMIENTOS Y ASOCIACIONES DE FIELES LAICOS EN LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Conferencia a cargo del Excelentísimo
y Reverendísimo Sr. José Ángel Sáiz Meneses
Obispo de Terrassa

Barcelona, 3 de mayo de 2008

Introducción

Queridos señores Obispos, Presidente y Consiliarios generales, querido P. Ginés, hermanas y hermanos. En primer lugar quiero agradecer cordialmente la amable invitación para participar en este primer Congreso Internacional Fieles Laicos para la Nueva Evangelización. El tema que se me ha encomendado es la *"Vocación y Misión de los movimientos y asociaciones de fieles laicos en la Nueva Evangelización"*.

La vocación y misión de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo fue el tema tratado por el Sínodo de los Obispos de 1987. El Santo Padre Juan Pablo II ofreció después la exhortación postsinodal *Christifideles Laici*. En la introducción el Papa recuerda como la Iglesia sigue madurando incesantemente en la conciencia de su naturaleza misionera, y cómo sigue escuchando la voz del Señor que la envía al mundo como sacramento universal de salvación. La llamada no se dirige sólo a *"los Pastores, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, sino que se extiende a todos: también los fieles laicos son llamados personalmente por el Señor"*.

Por otra parte, los Padres sinodales constataron cómo el Espíritu Santo ha seguido rejuveneciendo la Iglesia, suscitando nuevas energías de santidad y de participación en los laicos y cómo esta realidad queda testificada, entre otras muchas cosas, por el florecer de grupos, asociaciones y movimientos de espiritualidad y de compromiso laicales.

El Santo Padre Juan Pablo II, con la exhortación *Christifideles Laici* colaboró a suscitar y potenciar la toma

de conciencia del don y de la responsabilidad que todos los fieles laicos tienen en la comunión y en la misión de la Iglesia. Ello es especialmente importante cuando nos hemos adentrado en el tercer milenio y cuando se producen nuevas situaciones eclesiales y sociales, económicas, políticas y culturales, que reclaman una respuesta desde el evangelio y desde la Iglesia, y que reclaman de forma especial la acción de los fieles laicos.

En nuestro mundo nos encontramos con no pocas paradojas: está progresivamente secularizado pero a la vez no puede ocultar su hambre de Dios; defiende la dignidad de la persona pero al mismo tiempo desprecia al débil, especialmente al no nato; busca la paz y pero está sumido en innumerables conflictos. En definitiva, es un mundo que necesita a Cristo para encontrar respuestas a sus interrogantes y para hallar soluciones a sus problemas.

Vamos a desarrollar el tema en tres apartados: en el primero, trataremos de la vocación, comunión y misión; en el segundo, de la Buena Nueva que proponemos; en el tercero, de los ámbitos y areópagos de la Nueva Evangelización.

I. Vocación, comunión y misión

1. Vocación

“No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado a que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Jn 15, 16). El capítulo primero de la exhortación¹ nos describe la vocación y la misión de los fieles laicos, y señala cuál es la identidad teológica y espiritual del fiel laico: el estar insertado en Cristo y en el misterio de la Iglesia por el bautismo. Sólo dentro de la Iglesia como misterio de comunión se revela la identidad de los fieles laicos.

Toda la identidad-vocación-misión-espiritualidad del laico dimanar de la novedad del bautismo. La participación de los fieles laicos en el triple oficio de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey tiene su raíz primera en la unción del Bautismo,

¹ Cf. *Christifideles Laici* nn. 8-17

su desarrollo en la Confirmación, y su cumplimiento y dinámica sustentación en la Eucaristía.

Todos los miembros de la Iglesia son partícipes de su dimensión secular pero lo son de formas diversas. Lo peculiar del bautizado laico es precisamente vivir su *“índole secular”*, que es una concreción de la dimensión secular de la Iglesia. En efecto, los fieles laicos, *“son llamados por Dios para contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás, principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad”*. De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial.

En efecto, Dios les manifiesta su designio en su situación intramundana, y les comunica la particular vocación de *“buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios”*. Las imágenes evangélicas de la sal, de la luz y de la levadura, aunque se refieren indistintamente a todos los discípulos de Jesús, tienen también una aplicación específica a los fieles laicos.

La primera y fundamental vocación al laico es la vocación a la santidad, que hunde sus raíces en el Bautismo y se desarrolla con los demás sacramentos, principalmente en la Eucaristía. La vocación de los fieles laicos a la santidad implica que la vida según el Espíritu se exprese particularmente en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas.

2. Comunión

El capítulo segundo² desarrolla las maneras diversas como vive esa comunión.

Con la alegoría de la vid y los sarmientos se nos revela la misteriosa comunión que vincula en unidad al Señor con los discípulos, a Cristo con los bautizados; una comunión viva

² Cf. *Ibidem*, nn. 18-31

y vivificante, por la cual los cristianos ya no se pertenecen a sí mismos, sino que son propiedad de Cristo, como los sarmientos unidos a la vid. La comunión de los cristianos con Jesús tiene como modelo, fuente y meta la misma comunión del Hijo con el Padre en el don del Espíritu Santo: los cristianos se unen al Padre al unirse al Hijo en el vínculo amoroso del Espíritu.

La comunión de los cristianos entre sí nace de su comunión con Cristo: todos somos sarmientos de la única Vid, que es Cristo. El Señor Jesús nos indica que esta comunión fraterna es reflejo y participación en la vida íntima de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por ella Jesús pide: *“Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado”* (Jn 17, 21).

¿Qué significa la compleja palabra *“comunión”*? Se trata fundamentalmente de la comunión con Dios por medio de Jesucristo, en el Espíritu Santo. Esta comunión tiene lugar en la palabra de Dios y en los sacramentos. El Bautismo es la puerta y el fundamento de la comunión en la Iglesia. La Eucaristía es fuente y culmen de toda la vida cristiana. La comunión del cuerpo eucarístico de Cristo significa y produce, es decir edifica, la íntima comunión de todos los fieles en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

La comunión eclesial se configura, más precisamente, como comunión *“orgánica”*, análoga a la de un cuerpo vivo y operante. En efecto, está caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades. Gracias a esta diversidad y complementariedad, cada fiel laico se encuentra en relación con todo el cuerpo y le ofrece su propia aportación.

El Concilio Vaticano II presenta los ministerios y los carismas como dones del Espíritu Santo para la edificación del Cuerpo de Cristo y para el cumplimiento de su misión salvadora en el mundo. (64) La Iglesia, en efecto, es dirigida y guiada por el Espíritu, que generosamente distribuye diversos dones jerárquicos y carismáticos entre todos los bautizados, llamándolos a ser —cada uno a su modo—

activos y corresponsables.

3. Misión

Después de contemplar la identidad del laico en la Iglesia-Misterio y de cómo participa de la Iglesia-Comunión, contemplamos ahora su corresponsabilidad en la Iglesia-Misión³. Los sarmientos, unidos a la vid, están llamados a dar fruto: “Yo soy la vid, vosotros, los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto” (Jn 15, 5). Y un fruto duradero: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado a que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Jn 15, 16). Es Cristo quien nos envía: “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (Jn 20, 21). El Señor Jesús, después de completar con su muerte y resurrección los misterios de nuestra salvación, fundó su Iglesia y envió a los Apóstoles por todo el mundo, como Él había sido enviado por el Padre (cf. Jn 20, 21). La misión de la Iglesia continúa y desarrolla a lo largo de la historia la misión misma de Cristo⁴.

La misión de la Iglesia está en continuidad con la misión de Cristo de proclamar e instaurar el Reino de Dios. Consiste en llevar la buena nueva a todos los ambientes, transformar la humanidad a través de la transformación del ser humano. Su finalidad es la conversión del hombre y de la humanidad. Transformar por la fuerza del evangelio la -podríamos llamar- *circunstancia* del hombre: criterios, valores, centros de interés, líneas de pensamiento, fuentes de inspiración, modelos de vida, en definitiva, la cultura del hombre. La evangelización y la implantación de la Iglesia en el mundo son simultáneas: las dos tienden a hacer presentes la palabra y la persona de Cristo en el mundo. “Evangelizar constituye, en efecto, el gozo y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda”.⁵

En la actualidad no faltan voces que cuestionan la validez de la misión entre los no cristianos y que postulan sustituirla

³ Cf. *Ibidem*, nn. 32-44

⁴ Cf. JOSÉ ÁNGEL SAIZ MENESES, *Testigos de Jesucristo en la sociedad del siglo XXI*, pp.14-22

⁵ PABLO VI, Carta Encíclica *Evangelii Nuntiandi*, n. 14

por el diálogo interreligioso y la promoción del desarrollo humano, ya que una propuesta de conversión se podría interpretar como intromisión en la conciencia y en la libertad personal. La Iglesia respeta escrupulosamente la libertad y la conciencia de las personas, y valora tanto el diálogo interreligioso como la promoción del desarrollo humano. Pero eso no significa que la misión quede sustituida.

La acción misionera es consecuencia del amor a Dios y al prójimo. Los miembros de la Iglesia son impulsados a continuar la misión por la caridad, con la cual aman a Dios y desean participar, con todos los hombres, del gozo inmenso de la vida de hijos de Dios. El apóstol tiende a expresar el amor de Dios, que llena su vida y como san Pablo, en pleno siglo XXI repite que “*si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí, si no anuncio el Evangelio!*” (1Co 9, 16).

Hoy más que nunca hemos de ser conscientes de que la evangelización es el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada persona y a la humanidad entera. En la actualidad, el ser humano conoce grandes conquistas técnicas y científicas pero ha perdido el sentido último de la vida. Sólo desde Cristo podrá comprenderse a sí mismo y encontrar el sentido de la vida.⁶ La misión es responsabilidad y compromiso de toda la Iglesia. Toda la Iglesia y cada Iglesia local, y especialmente los nuevos movimientos y asociaciones han de vivir la solicitud misionera, cada miembro según su función y según los carismas recibidos.

El Santo Padre Juan Pablo II distingue tres situaciones de evangelización.⁷ En primer lugar, la misión *ad gentes* con los no cristianos, es decir, pueblos, grupos humanos, contextos socioculturales donde Cristo y su Evangelio no son conocidos, o donde faltan comunidades cristianas que puedan encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos. En segundo lugar, acción pastoral o evangelizadora de la Iglesia donde hay comunidades cristianas con estructuras eclesiales adecuadas y sólidas, con fe y vida, que irradian el testimonio del Evangelio y sienten el compromiso de la misión universal.

⁶ Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 2

⁷ Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 33

En tercer lugar, la nueva evangelización con los bautizados no creyentes. Se trata de una situación intermedia, especialmente en los países de antigua cristiandad, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido de la fe e incluso no se reconocen como miembros de la Iglesia y llevan una existencia alejada de Cristo y de su Evangelio.

II. La Buena Nueva que proponemos

1. Propiciar el clima adecuado⁸

En la actualidad hay muchas personas que viven con intensidad su fe, pero también encontramos cada vez más hombres y mujeres que no creen prácticamente en nada ni se plantean necesidad alguna de ser salvados. ¿Cómo podremos evangelizar a quien no tiene ninguna inquietud religiosa? ¿Cómo hablar de salvación a quien no cree tener necesidad de ser salvado?

Es muy importante descubrir puntos de encuentro con los creyentes alejados, y también con los indiferentes, los ateos y los agnósticos. Estos puntos de encuentro no están lejos de las aspiraciones profundas de nuestros contemporáneos, que no se diferencian mucho de las aspiraciones de los hombres y las mujeres de cualquier época. Se pueden señalar algunos elementos en los que coinciden los seres humanos de cualquier época y lugar. El sentido de la vida, la búsqueda de la felicidad, la búsqueda de reconocimiento y estima o la necesidad de relación y compañía son elementos esenciales de todo ser humano que pueden ayudar en el proceso de encuentro con Dios.

El ser humano es impulsado por su naturaleza a buscar la verdad, el sentido de las cosas y sobre todo el sentido de su vida. En todas las culturas encontramos las preguntas fundamentales sobre la propia identidad, sobre el origen y el final de la vida, sobre el mal y la muerte, sobre el más

⁸ Cf. JOSÉ ÁNGEL SAIZ MENESES, *Los Cursillos de Cristiandad. Génesis y Teología*, Madrid 2006, pp. 259-263.

allá.⁹ Quien busca la verdad y el bien, en el fondo busca a Dios, y si su búsqueda es coherente, encuentra a Dios. Es también evidente que todo ser humano desea ser feliz, y se entrega con ilusión a proyectos y actividades esperando saciar su sed de felicidad. Pero una vez y otra experimenta la insatisfacción y un vacío interior que los bienes materiales no pueden llenar. La búsqueda de la felicidad es en el fondo deseo de encontrar a Dios. Este deseo natural de Dios está inscrito en el corazón del hombre. Por eso, sólo Dios puede saciar su sed de trascendencia, sólo en Dios puede encontrar la felicidad.

Otra característica propia de las personas es la necesidad de ser valoradas, reconocidas, la necesidad de autoestima y de ser amadas por los demás. De ahí que sea tan importante confiar en las personas, porque de esta manera hacemos un llamamiento al cambio, a la superación, al crecimiento personal. Ésta es la pedagogía de Jesucristo en el Evangelio y éste es el núcleo de su mensaje: Dios nos mira con un amor entrañable e infinito, y respetando nuestra libertad nos llama a la perfección y nos ayuda eficazmente a alcanzarla. Ésta tiene que ser la pedagogía genuina de nuestra acción evangelizadora.

La persona adulta también tiene como característica la capacidad de convivir y colaborar con otras personas, la capacidad de interactuar e integrarse en el grupo y en la comunidad. A través de la convivencia con los otros madura y se realiza como persona. La experiencia de una comunidad cristiana responde a esta búsqueda, a este deseo profundo. La comunidad cristiana es relación profunda, comunicación de espíritus. Por eso hace falta que haya conocimiento y amor mutuos. Significa vivir en amistad, en clima de familia, con la solidaridad de los que forman una única realidad. Significa compartir los bienes materiales y las situaciones interiores. Significa responsabilizarse mutuamente los unos de los otros. Nuestras comunidades cristianas tienen que ofrecer la posibilidad de vivir esta experiencia.

⁹ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* n. 19, 1; JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Fides et Ratio* n. 1

2. Siembra paciente para un fruto abundante y duradero¹⁰

“No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado a que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Jn 15, 16). La parábola del sembrador resulta particularmente iluminadora para acercarnos a los destinatarios del envío.¹¹ En ella Jesús valora positivamente la eficacia de la Palabra del Reino, que es la semilla. Es un balance final, como la respuesta de Cristo a los que ponían en duda los resultados de su anuncio del Reino.

La parábola nos presenta un cuadro psicológico de los corazones y las existencias concretas en la respuesta al anuncio del Reino. La tierra junto al camino es el terreno duro, no trabajado por el arado, pisado por caminantes, endurecido e impenetrable. Vendrían a ser los contemporáneos que rehúsan explícitamente cualquier vínculo con Dios y su Palabra, los corazones endurecidos que no acogen la semilla. Parece que no tienen ninguna inquietud ni ninguna pregunta que hacer. Son los exponentes típicos del proceso de secularización en que estamos inmersos. Abonados al relativismo moral y al materialismo.

El terreno pedregoso simboliza a los que escuchan la Palabra con prontitud y alegría, pero como falta el sustrato no tienen constancia en la dificultad y la persecución. Espíritus perezosos y superficiales, alérgicos a las exigencias de la fe y al compromiso. Son los inconstantes, los incoherentes, los individualistas. Serían como aquellos bautizados que no aceptan las consecuencias de la fe para la vida y que, si bien dicen que creen en Dios a su manera, se consideran ajenos a la Iglesia.

El terreno entre espinos representa a aquéllos que por los afanes de la vida y la seducción del dinero y del consumo ahogan y hacen estéril la palabra que escuchan. Gente que empieza buscando a Jesucristo y la Iglesia, que pide los sacramentos, que quiere vivir cristianamente, pero que al final queda atrapada por la mentalidad consumista. Un

¹⁰ Cf. . JOSÉ ÁNGEL SAIZ MENESES, *Testigos de Jesucristo en la sociedad del siglo XXI*, pp.31-35

¹¹ Cf. CARLO MARIA MARTINI, “Quina catequesi per a un país que cal reevangelitzar?”, en *Documents d’Església* (1989), 493.

ejemplo sería el joven rico del Evangelio (cf. *Lc 18, 18-30*), que quiere compatibilizar el seguimiento de Jesús con su apego a la riqueza. Estos afanes y seducciones de los bienes materiales tienen tal fuerza que absorben la energía del corazón.

La buena tierra son todos aquellos que entienden y aceptan con corazón generoso la palabra que escuchan. Esta buena tierra da fruto: treinta, sesenta, cien. Son las personas abiertas a la Palabra de Dios, que responden con generosidad a la gracia, que siempre actúan con rectitud de intención, que caminan por la vida con humildad y sacrificio. Son los que, como María, desean cumplir la voluntad de Dios en toda ocasión. Son todos aquéllos que se esfuerzan por amar a Dios y a los hermanos, que sólo buscan el Reino de Dios y su justicia y, precisamente por eso, reciben y dan un fruto abundante.

El ser humano es presentado como el terreno en que cae la semilla, a través de sus diversas situaciones y configuraciones y de su capacidad para recibir la semilla y hacerla germinar hasta su completa maduración. La tierra significa el hombre dispuesto a recibir la palabra de Dios, capaz de acogerla y hacerla fructificar.

En definitiva, acoger la palabra significa creer. La persona se realiza creyendo de la misma manera que la tierra se realiza recibiendo la semilla. La persona ha sido creada para acoger la Palabra, es capaz de acogerla y dará fruto en la medida en que sepa acogerla, en la medida de su fe. Desde el respeto a la libertad, la siembra abundante de la Palabra con el clima adecuado hace posible el fruto. Por otra parte, no hay ninguna persona que por naturaleza sea absolutamente impenetrable a la Palabra.

La semilla es el otro elemento simbólico de la parábola es. Como dice el mismo Jesús, *"la semilla es la Palabra de Dios"* (*Lc 8, 11*). La Palabra es la verdadera protagonista de toda esta historia. La Palabra sembrada, pisoteada, disipada, sofocada, acogida y que introduce sus raíces en la tierra para germinar y dar fruto. Esta Palabra no es un elemento puramente extrínseco. Terreno y semilla han sido creados el uno para el otro. No tiene sentido pensar en la semilla sin tener en cuenta su relación con el terreno; y éste, sin la semilla, sería algo inhóspito.

La eficacia de la Palabra se manifiesta suscitando, interpretando, purificando y salvando las vicisitudes históricas de la libertad humana. La Palabra se encuentra con las aspiraciones del hombre, con sus problemas, con sus pecados, con su deseo de salvación y con sus realizaciones en el campo personal y social. La Palabra, en definitiva, es Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, que se ha hecho hombre para salvar a la humanidad, para salvar a todos y cada uno de los hombres y las mujeres de todas las épocas, de todos los lugares.

3. Nervio doctrinal para la Nueva Evangelización¹²

La misión de la Iglesia consiste en actuar como sal, luz, como fermento de la sociedad, que tiene que ser renovada en Cristo y transformada en familia de Dios.¹³ Vamos a enumerar algunos elementos que la Iglesia propone como Buena Nueva para la sociedad actual, que los movimientos y asociaciones de fieles laicos han de vivir y proponer.

El sentido de la trascendencia

La Iglesia ofrece a la sociedad actual el sentido de la trascendencia: que el hombre es capaz de Dios. En primer lugar, el sentido de la trascendencia de la vida humana. Es lo mismo que anunciar el Reino, como dimensión escatológica hacia la cual camina la humanidad. Es necesario que seamos un signo que señale hacia la trascendencia y hacia Dios. En un mundo secularizado que nos invita a mirar y a vivir a ras de tierra, tenemos que ayudar a nuestros coetáneos a alzar la mirada, a mirar hacia el cielo y elevar el nivel de sus horizontes vitales. Por eso hemos de ser testigos de Dios y maestros de la fe.

Los católicos que pertenecen a los nuevos movimientos

¹² Cf. JOSÉ ÁNGEL SAIZ MENESES, *Testigos de Jesucristo en la sociedad del siglo XXI*, pp.35-40

¹³ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, nn. 40-44

y asociaciones están especialmente llamados a ofrecer una manifestación concreta de la trascendencia en el mundo mediante el doble testimonio de los Evangelios y de los santos. Los Evangelios son expresión de la fe apostólica en Jesús Señor y van dirigidos a suscitar la fe de los creyentes de hoy en día. Los santos son los testigos del Evangelio creído y llevado a la vida hasta las últimas consecuencias. Ellos son, en definitiva, el fruto más logrado del Evangelio de Jesucristo.

La centralidad de la Persona de Jesucristo

La esencia del cristianismo es la persona de Cristo y la vida cristiana arranca de un encuentro con Él. La Persona de Jesucristo ha de ser el centro de la vida y de la misión de la Iglesia. El Papa Benedicto XVI, en la introducción de su encíclica *Dios es amor*, lo resume magistralmente: “No se empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.¹⁴

El gran teólogo Romano Guardini ya lo había subrayado con lucidez: “El cristianismo no es, en última instancia, ni una doctrina de la verdad ni una interpretación de la vida. Es eso también, pero nada de eso constituye su esencia nuclear. Su esencia está constituida por Jesús de Nazaret, por su existencia, su obra y su destino concreto; es decir, por una personalidad histórica”.¹⁵ Y más adelante hace esta otra afirmación: “Jesús no es sólo el portador de un mensaje que exige una decisión, sino que es Él mismo quien provoca la decisión, una decisión impuesta a todo hombre, que penetra todas las vinculaciones terrenales y que no hay ningún poder que pueda ni contrastar ni detener. Es, en una palabra, la decisión por esencia”.¹⁶

¹⁴ BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, n. 1

¹⁵ ROMANO GUARDINI, *La esencia del cristianismo*, Madrid (1977), 19

¹⁶ *Ibidem*, 46-47

Unos principios morales fundamentales

El valor incomparable de cada persona radica en el hecho de que el ser humano está llamado a una plenitud de vida que consiste en la participación de la misma vida de Dios.¹⁷ La Iglesia es consciente de su misión de proclamar la buena nueva de la vida y del valor sagrado de la vida humana desde su inicio hasta su término.

Como laicos comprometidos, estáis llamados a vivir y a difundir unos principios morales fundamentales, en especial el respeto a la persona y a la vida. La Iglesia está obligada a ofrecer al mundo una moral firme y sencilla, que se fundamenta en el amor a Dios y el respeto absoluto a la persona y a la vida humana. Con este respeto incondicional aparece un testimonio nuevo y eficaz, que traspasa el hedonismo y es capaz de crear una cultura de la vida.

Hoy en día este anuncio es particularmente urgente a causa de la multiplicación de las amenazas a la vida de las personas y de los pueblos, especialmente cuando esa vida es más débil e indefensa. La Iglesia también ayuda al ser humano a consolidar y defender la dignidad humana.

El culto a Dios en espíritu y en verdad

Asimismo, a nuestros contemporáneos, les hemos de enseñar a rezar, a vivir la relación con Dios y a recordar la verdad más profunda del ser humano: que Dios lo ha creado y lo mantiene en la existencia. Este es el primer don recibido, desde el primer momento el hombre está llamado a la unión con Dios, al diálogo con Dios.¹⁸ Sin este diálogo que es la oración, difícilmente podemos llegar a descubrir la verdad sobre nosotros mismos. Sólo hallamos nuestra identidad profunda desde el encuentro con Dios. Por eso es muy importante que ayudemos a vivir una espiritualidad que integre toda la realidad humana desde la fe. Familia y trabajo, formación y compromiso, tiempo libre y diversión.

¹⁷ Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium Vitae*, nn. 2-4

¹⁸ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, n. 19

En nuestros movimientos y asociaciones hemos de vivir la importancia de la oración, de la relación con Dios. Y la oración culmina en la Eucaristía. Tenemos que reafirmar la centralidad de la Eucaristía y de su celebración, especialmente el domingo, el día del Señor, el día en que celebramos su victoria sobre el pecado y la muerte, la vida nueva y el camino de futuro y esperanza que nos ha alcanzado.

Un compromiso en la vida pública

Los movimientos y asociaciones están llamados a hacer una aportación al mundo de la política. Tienen que ofrecer hombres y mujeres formados en el humanismo cristiano, en el sentido de la justicia y del bien común. Hombres y mujeres que luchen por el establecimiento de unas leyes que favorezcan el bien común y la paz y la dignidad de las personas, especialmente de las menos favorecidas.

La misión que Cristo confió a su Iglesia es de orden religioso, no es de orden político, económico o social. Pero de esta misión derivan funciones y energías que pueden servir para establecer la comunidad humana según la voluntad de Dios. Además, la Iglesia tiene que crear obras al servicio de todos, particularmente de los más necesitados, y siempre ha de responder a los retos que la sociedad le plantea.

La Iglesia sólo pretende una cosa: el advenimiento del Reino de Dios, que es reino de justicia, de amor y de paz, y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana durante el tiempo de su peregrinación en la tierra deriva del hecho de que la Iglesia es *sacramento universal de salvación*, que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios a la humanidad.

III. Areópagos para una Nueva Evangelización¹⁹

La Nueva Evangelización se tiene que situar dentro de la historia. No se trata de acercar la fe a la sociedad o a la

¹⁹ Cf. JOSÉ ÁNGEL SAIZ MENESES, *Testigos de Jesucristo en la sociedad*

cultura como si fueran realidades extrínsecas. Se trata de los modos y de los caminos por los cuales la fe cristiana se encarna en el tejido del mundo contemporáneo y le comunica la energía transformadora de la novedad única del Evangelio. Se trata de estar atento a las indicaciones del Espíritu Santo y discernir los signos de los tiempos a la luz de la Palabra y de sus dones, mostrando los caminos para anunciar el Evangelio al hombre de hoy para que se convierta y viva.

Vivimos un momento histórico de profundas transformaciones que condicionan la acción evangelizadora, inmersos en la globalización, en una continua evolución cultural, en medio de flujos migratorios que producen un crecimiento rápido en nuestros pueblos y ciudades. Cada vez tienen más influencia los medios de comunicación y las nuevas tecnologías. La dimensión religiosa tiende a ser relegada al ámbito de lo privado. En el centro del escenario, el eclipse del sentido de Dios y del sentido último del hombre. Nos encontramos muchos areópagos²⁰ del mundo moderno hacia los cuales tiene que orientarse la actividad misionera. Por ejemplo, el compromiso por la vida, por la familia, por la paz, por los derechos humanos, por la convivencia, por la conservación de la creación. También el mundo del trabajo, las relaciones entre los pueblos o el mundo de la cultura y la investigación científica. Sin ánimo de ser exhaustivo, señalaré algunos de estos areópagos modernos.

1. La familia y el mundo de los jóvenes

En primer lugar, hemos de ser muy conscientes de que en la familia se fragua el futuro de la humanidad²¹. El papel de los padres en la educación es fundamental, es el fundamento, la base y el principio sobre el cual se construye el futuro. Los padres han dado la vida a los hijos y tienen la obligación, el

del siglo XXI, pp.51-63

²⁰ Cf. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, nn. 9. 51-52; JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, nn. 37-38; CONCILIO VATICANO II, Decreto *Apostolicam Actuositatem*, n. 12

²¹ Cf. JUAN PABLO II, *Familiaris Consortio*, n. 86.

deber inalienable de educarlos. Es más, educar a un hijo es la obra principal que los padres hacen en su vida. A la vez es un derecho que tienen, intransferible. Nadie puede usurpar este derecho de los progenitores.

Los padres son los primeros y principales educadores de los hijos. Cuanto más pequeño es un niño, más grabadas le quedan sus experiencias. Por eso los padres y el entorno familiar son los que más influyen en la estructuración de la mente y la personalidad del niño. La escuela de la vida empieza en el hogar. Las actitudes de respeto, de diálogo, de compartir, etc., se aprenden y se empiezan a vivir en el hogar familiar. Por eso es tan importante propiciar un clima familiar animado por el amor a Dios y a los otros, que favorezca una educación integral y la integración social.

Y en cuanto a los jóvenes, ¿cómo hacerles llegar el mensaje de Cristo? El Señor nos invita a ver lo que hay de positivo en los jóvenes de nuestro tiempo para acogerlo y valorarlo como un don de Dios. Los jóvenes son la esperanza de la Iglesia y de la sociedad, como tantas veces nos han repetido Juan Pablo II y Benedicto XVI. Ellos necesitan una educación que no sea una mera transmisión de noticias, de cultura y de ciencia sino una transmisión de valores y de ideales, y sobre todo transmisión de la fe que propicie en ellos una experiencia de encuentro con Cristo. En una época tan pluralista y relativista como la nuestra, hay que transmitirles un sistema de pensamiento sólido y una clara conciencia de la propia identidad.

Es una constatación general que los medios ordinarios de la pastoral ya no son suficientes; hacen falta movimientos y asociaciones, instituciones, grupos y centros apropiados, iniciativas culturales y sociales para los jóvenes. Aquí se abre un campo de amplísimos horizontes en el que los movimientos eclesiales de Acción Católica, los nuevos movimientos y asociaciones, y todas las realidades de Iglesia que el Espíritu Santo va suscitando a lo largo de la historia tienen que trabajar con imaginación y creatividad y a la vez con constancia y profundidad.

En nuestro occidente rico, los jóvenes se sienten lejos de la Iglesia; sufren de individualismo, se dejan atraer por la música estridente, por las imágenes impactantes, por el culto al cuerpo y sufren una crisis de los conceptos de verdad y

libertad. La respuesta que hemos de ofrecer pasa por no tener miedo de ir contra corriente, de presentar con rotundidad la verdad del Evangelio. Hace falta que vivan la fe en grupo, que formen grupos de oración y reflexión, que reciban una formación sólida y asuman un auténtico compromiso social. Sólo un encuentro personal con Cristo puede iluminar y llenar de gozo la vida de los jóvenes, sólo desde Cristo hallarán un sentido pleno en sus vidas.

2. las situaciones de pobreza

Un segundo aréopago está constituido por las situaciones de pobreza que se dan en el Tercer Mundo y también en occidente, en lo que llamamos Cuarto Mundo.

Llamamos pobres a los que están desposeídos de todo o de casi todo. Los técnicos acostumbran a aplicar el término pobreza a los pobres relativos, es decir, a los que lo son en relación con los estándares medios de vida de la población. Así, son pobres todos aquéllos que se sitúan, en términos económicos, por debajo de un determinado listón. Según Cáritas, en España hay aproximadamente 8 millones de pobres. Por otra parte, conviene recordar que en nuestro Occidente rico, además de la pobreza material, cada vez hay más situaciones de pobreza a causa de la soledad, la falta de afecto, de energías físicas, de futuro, de sentido, etc.

¿Qué hemos de hacer los movimientos y asociaciones de laicos? Fijémonos en que el Papa Benedicto XVI²² plantea la cuestión de la solidaridad y la ayuda desinteresada al prójimo como forma de amor. Este amor tiene que manifestarse a nivel personal, de cada creyente, y también como acto de la comunidad, como acto eclesial y organizativo. La Iglesia ha de ser una comunidad de amor. La caridad es una tarea de la Iglesia y la caridad de la Iglesia es una manifestación del amor de Dios. Este amor, que llamamos *caritas*, no es una mera organización de ayuda al necesitado, sino que se trata de la expresión necesaria del acto más profundo del amor personal con que Dios nos ha creado, suscitando en nuestro corazón la inclinación a amar.

²² Cf. BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, n. 19 ss

Por eso, el amor hacia los necesitados y las acciones consecuentes para poner remedio a sus necesidades no son una acción de suplencia o de sustitución a causa de las carencias de los servicios públicos. Se trata de algo esencial para la Iglesia, forma parte de su naturaleza íntima. El amor de Dios conocido, creído y vivido nos lleva a compartirlo todo con los hermanos en la Iglesia y también nos lleva a traspasar los confines de la misma Iglesia para vivir la universalidad del amor compartiendo la vida y los bienes con todo ser humano necesitado. La actividad de la Iglesia en todos sus miembros tiene que ser una expresión del amor de Dios. Un amor recibido, compartido y proyectado, que busca el bien de la Iglesia y el bien de toda persona que encontremos en nuestro camino. De esta forma presentamos y ofrecemos ante el mundo el rostro maternal de la Iglesia.

3. El fenómeno de la inmigración

Solamente podremos entender este fenómeno si lo situamos en un contexto internacional de globalización, en el marco de un liberalismo incontrolado que provoca cada vez más diferencia entre países ricos y pobres. Los primeros disponen de capitales y tecnología para controlar y disfrutar de los recursos del planeta, mientras que los segundos no tienen posibilidades de acceso a los recursos necesarios para un desarrollo humano adecuado.²³

¿Cuál ha de ser nuestra postura, qué respuestas podemos dar los cristianos ante estos nuevos retos? Se trata de un fenómeno que tendría que dinamizar, revitalizar las comunidades por el ejercicio de la caridad cristiana a través de la acogida, el diálogo, la oración común, la ayuda material, la ayuda en la búsqueda de trabajo, de vivienda, de reconocimiento de sus derechos..., de un amplio abanico de expresiones y concreciones de amor cristiano que encuentra correspondencia en el capítulo 25 del Evangelio de san Mateo.

El fenómeno migratorio actual podría producir una especie de desconcierto y de repliegue a nivel

²³ Cf. JUAN PABLO II, *Jornada Mundial del Inmigrante*, año 2000

personal y también comunitario, a causa sobre todo del desconocimiento. Aquí estábamos acostumbrados a una casi absoluta homogeneidad social, cultural y religiosa. Este reto de la inmigración puede ser y tendría que ser una ocasión de crecimiento. Se abren diferentes posibilidades que podríamos recoger en diversas perspectivas de diálogo: el diálogo de los hechos, de la solidaridad, de la acogida y el diálogo intercultural e interreligioso, y se mantiene siempre el anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo.

4. El mundo de la enseñanza y de la cultura²⁴

En la escuela se desarrollan las facultades intelectuales, se posibilita el acceso a la cultura, se prepara para la vida profesional, se enseña el sentido de los valores y de los criterios rectos, se fomenta la relación interpersonal, la socialización, la convivencia y la tolerancia. La tarea de la educación en la escuela, en colaboración con la familia, es muy importante, difícil y apasionante.

En nuestra sociedad cada vez están más presentes los productos *light*, y corremos el riesgo de que la educación sea también *light* y acabemos formando hombres y mujeres *light* para el futuro. Hay una palabra que me parece clave en la educación: *incidir*. Incidir tiene diversos significados. Me refiero a incidir en cuanto a inscribir, grabar, causar efecto en alguna cosa, repercutir en algo, influir.

Con la palabra *cultura* se indica, en sentido general, todo aquello con que el hombre desarrolla sus cualidades espirituales y materiales; perfecciona la creación con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; y finalmente, a través del tiempo, expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan y puedan ayudar a todo el género humano.²⁵ En este

²⁴ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, nn. 53-62; CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, “*Por la cultura*”, Roma 1999

²⁵ CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*,

amplio sentido, la cultura es una dimensión fundamental de la pastoral.

El Santo Padre Pablo VI señaló que la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestro tiempo.²⁶ En el inicio del tercer milenio tenemos que aplicarnos con decisión a la evangelización de la cultura. La evangelización de la cultura y la inculturación de la fe implican un diálogo de investigación de la verdad, y también de confrontación respetuosa y honesta. Por eso tendremos que propiciar espacios y tiempos de reflexión y de diálogo. Juan Pablo II recordaba que “*la síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe que no es plenamente acogida, completamente pensada o fielmente vivida*”.²⁷

Es sumamente importante la evangelización del mundo de la cultura en sus diferentes campos: científicos, tecnológicos, educativos, artísticos. Un areópago inmenso y difícil sobre todo por nuestra escasez de medios. Sin embargo, una misión apasionante a la cual nos tenemos que aplicar desde la confianza en el Señor.

5. El mundo de la comunicación²⁸

Hace cuarenta y cuatro años el Concilio Vaticano II se preocupó de los medios de comunicación social (MCS) y tituló un decreto con las palabras latinas *Inter mirifica*, es decir, “*entre los maravillosos inventos de la técnica*”. Estas palabras ya manifiestan una visión positiva de estas herramientas, de las cuales dice que son admirables. No podían imaginar los padres conciliares la magnitud que llegaría a tener el

n. 53

²⁶ Cf. PABLO VI, *Carta Encíclica Evangelii Nuntiandi*, n. 20

²⁷ JUAN PABLO II, Carta autógrafa por la que se instituye el Consejo Pontificio de la Cultura, de 20 de mayo de 1982: *Acta Apostolicae Sedis* 74 (1982), 685. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, 9-7-1982.

²⁸ Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 37; CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, n. 5; PONTIFICIO CONSEJO PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES, Instrucción Pastoral *Aetatis Novae*, Roma 1992

mundo de la comunicación y las nuevas tecnologías.

En la actualidad, los MCS, en la actualidad, tienen una expansión e incidencia tales que influyen poderosamente en las personas concretas y en las culturas de todo el mundo. Su impacto es incalculable sobre la configuración mental de las personas así como en las actitudes religiosas y morales. Seguramente se han convertido en el principal medio no sólo informativo sino incluso formativo de muchas personas, e influyen especialmente en los niños y los jóvenes.

Por eso es tan importante formar unos usuarios de los medios que sean maduros y críticos. Como Iglesia, hemos de sentir una especial preocupación y hemos de tomar una actitud activa para ayudar a padres y educadores a encontrar la mejor manera de asumir el impacto de los medios -y de las nuevas tecnologías multimedia- en la formación de las personas. Las nuevas tecnologías son herramientas que pueden servir para lo mejor y para lo peor. Se pueden convertir en instrumentos que rompan la pasividad de los usuarios y fomenten la interactividad y la capacidad crítica y valorativa. Pero también pueden llevar a la superficialidad, a la vulgaridad, al individualismo.

Lejos de caer en el victimismo fácil y derrotista, los movimientos y asociaciones ha de empeñarse y emplearse, en primer lugar, utilizar los MCS y las nuevas tecnologías para el anuncio y la difusión de la Buena Nueva del Evangelio. En segundo lugar, en la medida de nuestras posibilidades, integrar el mensaje cristiano en este nuevo areópago, evangelizarlo, trabajar para la transformación de estos medios de manera que estén al servicio de la verdad y el bien, al servicio de la Nueva Evangelización.

Exhortación final

El Señor nos envía a anunciar la Buena Nueva a nuestros contemporáneos. Nos envía para que seamos sal de la tierra y luz del mundo (cf. *Mt* 5, 13-16), nos envía para que demos un fruto abundante y duradero (cf. *Jn* 15, 16). Sal que dé sabor y también aporte fuerza, consistencia, que cumpla su misión y desaparezca discretamente. La humanidad necesita y espera vigor y alegría para vivir. Esta aportación

es precisamente la misión que el Señor nos encomienda. Luz que ilumine, que ayude a percibir la forma, el color, la belleza de las cosas. Nuestro testimonio cristiano tiene que servir para transmitir la alegría y la belleza de la vida, y tiene que ser una referencia en el camino que ayude a los demás a encontrarse con Dios.

Esta Nueva Evangelización ha de propiciar una renovación profunda, una auténtica transformación de cada persona y de toda la humanidad, porque Cristo ha venido para hacer nuevas todas las cosas. Como fieles laicos para la Nueva Evangelización hemos de estar presentes en nuestra sociedad, compartiendo los trabajos y las dificultades haciendo con los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, dando razón de nuestra esperanza, siendo portadores de alegría, de aquella alegría genuina que provoca la experiencia del encuentro con Jesucristo resucitado.

Nuestro anuncio tiene que ser una Buena Nueva centrada en la Persona de Jesucristo. Un anuncio proclamado por testigos, porque el apóstol es un testigo enviado. Un testigo auténtico, que ha visto, ha experimentado y comunica su propia experiencia. Y la comunica con un estilo alegre y esperanzado, convencido y convincente. Realizando nuestra misión desde la confianza en el Señor. Jesucristo resucitado está presente en la Iglesia: *“Yo estoy con vosotros todos los días hasta al fin del mundo”* (Mt 28, 20). Su presencia entre nosotros nos da fuerza para vivir intensamente la fe y para entregarnos a la evangelización con nuevo ardor.

El mandato misionero mantiene toda su vigencia y lo tenemos que llevar a cabo con el mismo entusiasmo y generosidad que los Apóstoles y los cristianos de los primeros tiempos, caminando con esperanza, asumiendo con nuevo impulso la misión evangelizadora. Cristo resucitado está presente en su Iglesia, la fuerza de su Espíritu es nuestra fuerza. María, Madre y Maestra, es la estrella que guía nuestra misión. Rememos mar adentro con la confianza puesta en el Señor. Muchas gracias.

LANUEVAEVANGELIZACIÓNYLACRUZDECRISTO

**Conferencia a cargo del Excelentísimo y
Reverendísimo Sr. Eduardo María Taussig – Obispo de
San Rafael – Republica Argentina**

Barcelona, 3 de mayo de 2008

1. Introducción

Cuando hace más de cinco siglos tres carabelas partieron de España y atravesaron mares desconocidos hacia las lejanas Indias, embanderadas con la Cruz del color de la sangre en sus velas blancas – la Cruz probada en heroicas cruzadas –, desafiaron peligros y abrieron surcos nuevos en la historia humana. Y sus tripulantes, al fundar ciudades en las tierras vírgenes, de rodillas ante la Cruz enhiesta y firmemente enclavada, con vigor profético alumbraron una epopeya inédita, que al continente nuevo, extendido sobre dos hemisferios y acostado, manso, sobre dos océanos, para siempre sellaron con su sentido misional heroico y evangelizador, ¡cristiano!¹

En 1992, cuando Su Santidad Juan Pablo II llegó a las tierras de América para celebrar el V Centenario de la primera evangelización, también una Cruz sesgada fue su estandarte y guía, su legado y brújula de envío, y alumbró la ya célebre expresión acuñada: “nueva evangelización”, “nueva en sus métodos, en su ardor y en su expresión”.

Nacida para la tierra americana, esta consigna y propuesta pronto sería extendida a toda la Iglesia, para evangelizar el mundo, globalizado y en cambio de época, que se introduce, vertiginoso, en el tercer milenio de la historia cristiana.

Al sentir el gozo de exponer ante este calificado y fervoroso auditorio, no puedo menos que agradecer sincera

¹ Cfr. GRECCO, ANDREA, Conferencia “Saber de dónde venimos”, pronunciada en la *Primera Jornada de Laicos del Sur Mendocino*, San Rafael, 21 de octubre de 2006.

y profundamente al querido padre Francisco Navarro Bustamante su cordial y generosa invitación, y presentar con verdadero reconocimiento mis reflexiones y mi humilde aporte acerca de un tema tan hermoso como el que me ha sido propuesto para esta ocasión: *la Cruz y la nueva evangelización*.

Confieso ahora que cuando hace un mes me lo propusieron, una pregunta surgió en mi mente y fui rumiándola en mi corazón a lo largo de este tiempo, para responderla hoy ante vosotros y con todos vosotros, en el marco de este espléndido congreso y de esta hermosa celebración jubilar del Movimiento *Christifideles laici*: ¿Qué nos dice *la Cruz* para *la nueva evangelización*, la que, como Iglesia, queremos encarar en el “mar adentro” de la historia maravillosa que tenemos por delante, en el inicio del tercer milenio?

En la Iglesia postconciliar, hablamos de “evangelización” fundados en el magnífico testamento espiritual y pastoral del S.S. Pablo VI, su encíclica *Evangelii nuntiandi*, publicada el 8 de diciembre de 1975. Allí, este gran timonel del Concilio Vaticano II nos dice, entre otras cosas, que “evangelizar es anunciar a una persona, que es Cristo”, y “no hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazareth, Hijo de Dios”².

En el discurso inaugural de la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Sto. Domingo, en 1990, S.S. Juan Pablo II dejó bien claro que la “novedad” a la que convocó con su llamado a *la nueva evangelización* “no afecta al contenido del mensaje evangélico, que es inmutable, pues Cristo es ‘el mismo ayer, hoy y siempre’³”, sino que se juega en un nuevo ardor, en nuevos métodos y en una nueva expresión de la evangelización.

Por ello, directa y sintéticamente, nuestra exposición

² Cfr. PAULO VI, *Evangelii nuntiandi*, n.º 22.

³ Cfr. Hb 13, 8. Es el texto que iluminó el tema de la IV Conferencia y el título de su documento final. Luego también iluminaría el jubileo del segundo milenio.

⁴ Cfr. JUAN PABLO II, Discurso inaugural de la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano, 1992, n.ºs. 7ss.

estará estructurada por las siguientes preguntas: ¿Qué nos aporta la Cruz para un nuevo ardor evangelizador? ¿Qué nos indica para los nuevos métodos? ¿Qué nos brinda para la nueva expresión evangelizadora? Estas preguntas articularán mi exposición; la invitación a respondérselas personal y comunitariamente, ante Jesús, el Señor, serán el objetivo de mi intervención.

2. La Cruz y el “nuevo ardor” evangelizador

El ardor es el calor grande que sentimos en el cuerpo, especialmente en el corazón, cuando el fuego del amor nos enciende y enardece, nos da brillo y valentía intrépida para la acción.

Trasladando la metáfora a la vida teologal, quicio de toda la espiritualidad y la santidad cristiana, podemos decir que la Cruz de Cristo enciende con un nuevo ardor nuestra Caridad, nuestra Fe y nuestra Esperanza.

Benedicto XVI, en su magnífica encíclica programática *Deus Caritas est*, en el centro de su mensaje y, dándonos la clave hermenéutica espiritual más importante de su carta, nos decía al referirse a “Jesucristo, el amor de Dios encarnado”:

“En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: “Dios es amor” (1 Jn 4, 8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar”⁵.

El Santo Padre Juan Pablo II – del cual el actual Pontífice fue tan estrecho colaborador, especialmente en su magisterio – nos dejó una espléndida encíclica para orientar las relaciones de la fe con la razón: *Fides et ratio*, o sea, sobre la

⁵ Cfr. BENEDICTUS XVI, *Deus Caritas est*, 25-12-2005, n° 12.

fe y la razón, las dos alas que el hombre tiene para alcanzar la Verdad y la plenitud de su sentido personal y cultural.

En esta encíclica, en momentos culminantes de su articulación y de su resolución especulativa, aparece la Cruz. Por razones de brevedad, citaré solo un pasaje, que tiene como trasfondo la famosa antinomia que San Pablo plantea al comienzo de la primera Carta a los Corintios, cuando el apóstol nos enseña que la Cruz es un escándalo para los judíos y una locura o necedad para los paganos, pero para nosotros es fuerza y sabiduría de Dios⁶. Nos dice el texto papal:

“23. ... El Hijo de Dios crucificado es el acontecimiento histórico contra el cual se estrella todo intento de la mente de construir sobre argumentaciones solamente humanas una justificación suficiente del sentido de la existencia. El verdadero punto central, que desafía toda filosofía, es la muerte de Jesucristo en la cruz. En este punto todo intento de reducir el plan salvador del Padre a pura lógica humana está destinado al fracaso. [...]

La razón no puede vaciar el misterio de amor que la Cruz representa, mientras que ésta puede dar a la razón la respuesta última que busca. No es la sabiduría de las palabras, sino la Palabra de la Sabiduría lo que san Pablo pone como criterio de verdad, y a la vez, de salvación.

La sabiduría de la Cruz, pues, supera todo límite cultural que se le quiera imponer y obliga a abrirse a la universalidad de la verdad, de la que es portadora. ¡Qué desafío más grande se le presenta a nuestra razón y qué provecho obtiene si no se rinde! La filosofía, que por sí misma es capaz de reconocer el incesante trascenderse del hombre hacia la verdad, ayudada por la fe puede abrirse a acoger en la « locura » de la Cruz la auténtica crítica de los que creen poseer la verdad, aprisionándola entre los recovecos de su sistema. La relación entre fe y filosofía encuentra en la predicación de Cristo crucificado y resucitado el escollo contra el cual puede naufragar, pero por encima del cual puede desembocar en el océano sin límites de la verdad. Aquí

⁶ I Cor. 1, 18-28.

se evidencia la frontera entre la razón y la fe, pero se aclara también el espacio en el cual ambas pueden encontrarse”⁷.

Recientemente, el mismo Benedicto XVI, en la carta sobre la esperanza cristiana, al comienzo, cuando desarrolla qué es la esperanza desde la Palabra de Dios, y cuando, con un encantador sentido pastoral y catequético, nos pone ante nuestros ojos la experiencia de una esclava de nuestro tiempo recientemente beatificada, en un punto importante de toda su encíclica, afirma:

“... Es fácil darse cuenta de que la experiencia de la pequeña esclava africana Bakhita fue también la experiencia de muchas personas maltratadas y condenadas a la esclavitud en la época del cristianismo naciente. El cristianismo no traía un mensaje socio-revolucionario como el de Espartaco que, con luchas cruentas, fracasó. Jesús no era Espartaco, no era un combatiente por una liberación política como Barrabás o Bar-Kokebá. Lo que Jesús había traído, habiendo muerto Él mismo en la cruz, era algo totalmente diverso: el encuentro con el Señor de todos los señores, el encuentro con el Dios vivo y, así, el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud, y que por ello transformaba desde dentro la vida y el mundo”⁸.

La Cruz, entonces, engendra un nuevo ardor porque expresa el amor de Dios, del Dios que es Amor, en su forma más radical, y en ella el cristiano encuentra la orientación de

⁷ Cfr. JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, 14.9.1998, n.º 23. Habría que explorarse en otros textos, como, por ejemplo, los nros. 34, 40, 93, etc. Del n.º 93 añadimos esta perla: “93. El objetivo fundamental al que tiende la teología consiste en presentar la inteligencia de la Revelación y el contenido de la fe. Por tanto, el verdadero centro de su reflexión será la contemplación del misterio mismo de Dios Trino. A Él se llega reflexionando sobre el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios: sobre su hacerse hombre y el consiguiente caminar hacia la pasión y muerte, misterio que desembocará en su gloriosa Resurrección y Ascensión a la derecha del Padre, de donde enviará el Espíritu de la verdad para constituir y animar a su Iglesia. En este horizonte, un objetivo primario de la teología es la comprensión de la *kénosis* de Dios, verdadero gran misterio para la mente humana, a la cual resulta inaceptable que el sufrimiento y la muerte puedan expresar el amor que se da sin pedir nada a cambio”.

⁸ Cfr. BENEDICTO XVI, *Spe Salvi*, 30-11-2007, n.º 4.

su vivir y de su amar; porque nos muestra los límites de la razón y nos abre al océano de la sabiduría de la fe; y porque nos funda en la certeza de una esperanza liberadora que no tiene límites ni fin, sino el Cielo.

3. La Cruz y los nuevos métodos

Método, etimológicamente deriva de “camino”.

Jesucristo, en textos que proclamaba la liturgia de hace apenas dos semanas⁹, nos dijo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí”¹⁰. San Agustín, comentando este versículo, enseñaba que Cristo, en cuanto Dios, es la Verdad y la Vida, y en cuanto hombre es el Camino. O sea que, “por” o “a través” de su humanidad, que es Camino, llegamos a Él mismo quien, en cuanto Dios, es el término de nuestro peregrinar terrenal y nos plenifica como Verdad y Vida.

Los antiguos expresaban sintéticamente estos conceptos con una frase: *per crucem ad lucem*, ¡por la Cruz a la luz!

La Cruz nos muestra también en nuestro tiempo el mejor camino para llegar a Dios y tiene una luz particular para guiar la nueva evangelización.

En un primer sentido, podemos mirar la Cruz como lo hace el himno a los filipenses, una de las condensaciones cristológicas más antiguas, profundas y admirables:

“Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús:
El cual, siendo de condición divina
no retuvo su igualdad con Dios
como algo que debía guardarse celosamente;
al contrario, se anonadó a sí mismo,
tomado la condición de servidor
y haciéndose semejante a los hombres.
Y presentándose con aspecto humano,
se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte

⁹ El 5º domingo de Pascua del ciclo “A”, cuyo Evangelio está tomado de Jn. 14, 1-12.

¹⁰ Jn. 14, 6.

y muerte de Cruz"¹¹.

En este himno, quiero rescatar tres conceptos para nuestra reflexión: "no retuvo su igualdad con Dios", que nos remite a la pobreza de Aquel "que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos a todos"¹²; "se anonadó", que nos habla de la humildad hasta el extremo, hasta la *kénosis*, el hacerse nada en el sentido más radical; y "muerte y muerte de Cruz", que nos habla de sufrimiento hasta el ápice, hasta el culmen del amor más generoso. ¿Cómo vive estas actitudes la Iglesia de nuestro tiempo? ¿Cómo las podemos o debemos vivir hacia el futuro para caminar en la nueva evangelización?

A mí me llama la atención que luego de la pérdida de los estados pontificios en 1870, cuando comienza uno de los períodos más débiles, económica o terrenalmente, del pontificado, se inicia también uno de los ciclos más admirables de la influencia y de la irradiación de los Sucesores de Pedro en toda la historia de la Iglesia. Y si bien Stalin preguntaba irónicamente en Yalta cuántas eran las divisiones del Papa, hoy ningún historiador o testigo serio de la caída, sin guerras, del comunismo y de la cortina de hierro en Europa, puede ignorar la influencia determinante que tuvo en ella la acción del "Papa polaco". ¿No será, acaso, un método evangelizador adecuado el testimonio elocuente de una Iglesia pobre o pequeña materialmente el que permitirá renovar un mundo tan rico en la producción de bienes como ninguna otra época de la historia y, al mismo tiempo, tan inequitativo como nunca en la administración de sus poderes y tan injusto en la distribución de sus riquezas?

También me alegra constatar que el camino de humilde sencillez que el Concilio Vaticano II emprendió en su diálogo con el mundo y con los otros hermanos cristianos o de otras confesiones religiosas, despojándose de boatos y dignidades, aun de derechos y títulos legítimos acumulados a lo largo de los siglos, vaya produciendo un acercamiento de multitudes cada vez más numerosas al mensaje de salvación del cual es portadora. Numerosos ejemplos podríamos citar, pero

¹¹ Cfr. Flp. 2, 5-8.

¹² Cfr. II Co. 8, 9.

considero que la experiencia reciente del viaje pastoral del santo padre Benedicto XVI a Estados Unidos de América es un caso cercano, cargado de especial significación.

Por último, no me parece de menor importancia señalar que la cantidad tan numerosa de mártires del siglo XX y de lo que va del siglo XXI constituye, como antaño, “semilla de nuevos cristianos”, y es uno de los signos más fecundos de la vitalidad de la Iglesia que nos toca vivir y de su potencial evangelizador, al par que una estrella que ilumina el camino de todos los cristianos. En efecto, hay que remontarse a la época de las catacumbas, preconstantiniana, para contar tantos mártires como contamos en nuestros últimos tiempos. En el siglo pasado, a manos de las ideologías que desolaron la humanidad como nunca antes: el comunismo soviético o chino, o aun español – honro especialmente a los mártires de la guerra civil española beatificados o proclamados santos recientemente –; el nazismo; diversos socialismos y racismos de distinto color; también otras ideologías, como las de la seguridad nacional y las de las diversas guerrillas denunciadas en América Latina. O también ya en nuestro siglo, los nuevos “mártires” de los fanatismos religiosos, de las mafias de la droga o de otras organizaciones criminales, de las sectas satánicas o de los nacionalismos tribales o ideológicos, etc. Sin olvidar la mancha más negra del siglo pasado y del que estamos viviendo, la de los mártires por exclusión de la fiesta de la vida, víctimas del egoísmo o el miedo irracional: los millones de personas que han muerto o mueren cada día sin haber nacido, como es el caso de los inocentes condenados por el abominable crimen del aborto.

“No hay redención sin sangre”⁸⁴, decía la carta a los Hebreos. No hay nueva evangelización sin sangre, sin heroísmo y disposición al sufrimiento martirial hasta el extremo ¡Los ejemplos tan numerosos son un don, un ejemplo, una interpelación y una invitación para todos nosotros!

En un segundo sentido, el camino de la Cruz tiene una universalidad e integralidad omniabarcantes, que

¹³ Cfr. Hb. 9, 22, Ef. 1, 6.

—podríamos decir— se constituye también en un criterio normativo o guía para los métodos de la nueva evangelización.

Intento explicarme. En la Cruz, el Señor derramó hasta la última gota de su sangre por todos los hombres: “tomad y bebed, esta es mi sangre, sangre de la nueva y eterna Alianza, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados”¹⁴, como decimos en la fórmula de la consagración en la Santa Misa, que ilumina, desde la Eucaristía, la entrega de Jesús. Más aún, con San Pablo cada cristiano también puede decir con toda verdad: “me amó y se entregó por mí.”¹⁵ Más todavía: su sangre redimió las almas de los condenados y también los cuerpos, que por su poder redentor serán rescatados de la corrupción del sepulcro en la resurrección de la carne; y redimió el cosmos y la creación entera, que gemía con dolores de parto¹⁶ y serán transformados “en cielos nuevos y tierra nueva”¹⁷ para siempre.

Juan Pablo II, en innumerables pasajes de su magisterio, se refirió a esta potencialidad de la encarnación redentora de Cristo, que se concreta y concentra en el misterio de la Cruz, cuando citaba o comentaba un texto del Concilio que él mismo, como padre conciliar, contribuyó a redactar. Me refiero al famoso número 22 de la *Gaudium Spes*:

“... En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... **El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre.** Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado.

Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En El Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del

¹⁴ Cfr. fórmula de la consagración del “Sanguinis” en las plegarias eucarísticas de la lengua española.

¹⁵ Cfr. Ga. 2, 20.

¹⁶ Cfr. Rm. 8, 22.

¹⁷ Cfr. Ap. 21, 1 ss.

pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: El Hijo de Dios me amó y se entregó a sí mismo por mí (Ga. 2,20). [...] Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. ...Este es el gran misterio del hombre que la Revelación cristiana esclarece a los fieles..."¹⁸

"Todo hombre" abarca a "todos los hombres" (esto es universalidad), a todo el hombre o a todos sus componentes y dimensiones (esto significa integralidad), y a cada hombre (y esto implica una relación bien personalizada y singular: "por mí").

La Cruz, por tanto, nos dice que los nuevos métodos tienen que servir para todos los hombres, para todo el hombre y para cada hombre.

En un tercer sentido, la Cruz es expresión sublime de la libertad de Cristo, que en la obediencia al Padre llega a su plenitud, y que nos muestra, en el camino de la fidelidad a la voluntad de Dios, cómo llegar a ser plena y verdaderamente libres.

Y esto es muy importante en nuestro tiempo, donde la libertad es un valor privilegiado, y los riesgos de verla sometida a la tiranía del relativismo o del hedonismo, del egoísmo o de cualquier otro "ismo" son muy grandes y peligrosos para la misma libertad.

Trataré de explicarme brevemente. Con los evangelistas sinópticos, podemos ver –en sus anuncios de la Pasión, en su itinerario físico y espiritual de ascenso a Jerusalén– el dominio de toda la situación que Jesús manifestó en su camino a la Cruz. En la teología de "la hora" joánica, y en todo el soberano señorío que brilla en su relato de la Pasión, se hace patente cómo el Hijo del hombre tenía poder para entregar su vida y para recobrarla¹⁹, para atraer a todos

¹⁸ Const. Conc. *Gaudium et spes*, n.º 22.

¹⁹ Cfr. Jn. 10, 17-18.

hacia Él²⁰ y para, como verdadero Hijo de Dios, dar la Vida eterna a cuantos a Él se unieran por la Fe.²¹

En nuestro tiempo, la Cruz constituye también una invitación a la libertad y al señorío pleno sobre nuestra propia capacidad de autodeterminación. La abnegación, humildad y sacrificio que comporta siempre es, como en la semilla que cae en la tierra y muere para dar mucho fruto, el mejor abono para una plenitud personal y evangelizadora admirables y entusiasmantes.

A la luz de este sentido bello y fecundo que la Cruz irradia para nuestro camino, todos los medios y métodos nuevos se engarzan y ennoblecen al servicio de la nueva evangelización: la Internet y el mundo de la comunicación virtual en el mundo globalizado; las avances en los espacios siderales, en el mundo microcósmico o de la nano ingeniería; la ciencia y la técnica en el dominio de la genética, de la biología y de todas las ramas del saber. "Todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, Cristo es de Dios."²²

4. La Cruz y la nueva expresión de la Evangelización

La nueva evangelización se plasma, como la cultura o como la educación, en un doble tipo de expresiones: las más objetivas, como son las obras de arte y los diversos frutos de una civilización que quedan en la historia como testimonio de una época; las más subjetivas, como son, en definitiva, las personas vivas, término de la acción evangelizadora, o sea, los santos que resultan de su vitalidad y su vigor. En ambas dimensiones, la nueva evangelización tiene que lograr su nueva expresión.

Permítanme comenzar en este punto con una experiencia personal.

En la familia espiritual de mis raíces, la del Siervo de Dios Luís María Etcheverry Boneo, benemérito sacerdote argentino fallecido en 1971, que inspiró mi formación

²⁰ Cfr. Jn. 12, 32.

²¹ Cfr. (entre otros textos) Jn. 3, 14-16; 6, 40; 17, 3; 20, 31.

²² Cfr. I Cor. 3, 23.

espiritual y a quien tuve la gracia de conocer hace muchos años, todos los veranos, sus discípulos y los miembros de la familia espiritual nos reuníamos en una antigua estancia argentina llamada *Santa María de la Armonía*, situada cerca de la ciudad de Mar del Plata, a unos 400 kilómetros de Buenos Aires.

En la pampa, “el único lugar del mundo donde Dios puede caminar a sus anchas” –como expresara en bella metáfora nuestro Jorge Luís Borges- el casco de la estancia antiguamente tenía como centro un mástil, donde la bandera había sido el punto de referencia y orientación para muchos ilustres visitantes y numerosos actos a lo largo de la historia de una de las familias más aristocráticas argentinas.

Cuando la estancia llegó a ser suya, y se convirtió en el corazón sacramental de sus obras apostólicas, el Padre dispuso que ese mástil que apuntaba al cielo se convirtiera en Cruz, con otro madero que, paralelo a la tierra, le diera una fisonomía nueva. Desde entonces, para todos, en *La Armonía*, la Cruz fue el signo sacramental que daba la nota propia y la clave de cuanto allí se vivía y compartía.

Este sencillo cambio era expresión de una inspiración muy profunda y rica. Plasmaba toda una doctrina, que él llamaba de “la sacramentalización”, por la cual se unen en la vida cristiana el cielo y la tierra, lo eterno y lo temporal, lo humano y lo divino, lo natural y lo sobrenatural, la libertad y la gracia, de manera tal que “sin mezcla ni confusión, pero sin separación ni división” cada uno de los términos de estos binomios fuera articulado, como los maderos de la cruz, como las naturalezas Divina y humana en la Persona de Cristo, para que, recíprocamente, se enriquecieran y mutuamente llevaran a plenitud la vida del cristiano y la misión apostólica de la Iglesia.

Por ello, la cruz que transformaba el paisaje nos hacía tomar conciencia de nuestra vocación de construir la tierra mirando al cielo, y de ganar el cielo construyendo la tierra; o de descubrir lo eterno en todo lo temporal, y de alcanzar lo eterno a través de nuestro recorrido temporal por la propia historia; o de vivir naturalmente las realidades sobrenaturales y de sobrenaturalizar siempre toda nuestra vida natural; o de desarrollar en libertad la vida de la gracia

y de crecer en gracia en la genuina experiencia de libertad.

La Cruz, así entendida, expresa una armonía nueva y un anhelo que expresábamos en una oración y poesía:

“Que ganemos para Ti la tierra:
la naturaleza que Tú hiciste pródigo,
y la cultura y la técnica que a nosotros
toca ir elaborando más y más y siempre.

Y que ganemos para Ti los hombres
en sus vidas singulares inefables
y en sus relaciones múltiples sociales
copiadas de tu Vida Trinitaria amable.

A fin de que, algún día, podamos con orgullo
mostrarte un mundo sacramentalizado
donde naturaleza y hombre, trabajo e institución
ciencia y técnica y arte, vida privada y social,

todo, Señor, construcción sea de este tiempo
y a la vez producto de la eternidad,
fomento de la vida de este mundo y prenda
de alabanza gozosa de Ti, por los siglos todos.

Que así sea.”²³

Un lugar ineludible de expresión de la nueva evangelización es el arte cristiano.

En Barcelona, en esta hermosa ciudad, es impensable reflexionar sobre este tema sin referirnos a esa maravilla del arte católico contemporáneo que tan justamente los enorgullece y los distingue: la Iglesia de la Sagrada Familia, obra del beato arquitecto Antonio Gaudí.

²³ Cfr. ETCHEVERRY BONEO, L. M., Oración de los bachilleres del Colegio San Pablo, Buenos Aires, 1959.

En mi anterior visita al padre Francisco Navarro Bustamante, luego del Congreso Mundial de las Familias en Valencia, 2006, quedé maravillado por su originalidad, fuerza vital, colorido, maravilloso trabajo del cemento y del diseño, de su estructura y sus detalles, de sus proporciones y sus formas.

Ayer quise ir a visitarla para observar especialmente, en ella, la Cruz.

Quedé conmovido y admirado.

Gaudí asume la cruz latina de la planta como parte de la historia y fundamento en el plan heredado²⁴, y la proyecta a las alturas en *la cruz de la torre de Jesús*, planeada para alcanzar los 170 metros²⁵, cual cumbre y señora de toda la construcción y de su ciudad amada, proporcionándole de este modo, al plano y a la altura, al volumen tridimensional, la marca señora de la Cruz. Así la síntesis de todo el misterio cristiano, *la Cruz*, se convierte en clave y sostén para *la Sagrada Familia*, título que inspira la construcción del templo desde sus orígenes. Y esto sin restarle nada de la devoción al misterio que designa la obra. Al contrario: ¿No será acaso, la cruz madurada en las casas humanas, las de prominentes familias de Barcelona, - la aquí cercana casa Figueras (Bellesguard)²⁶, la casa Batlló ("casa dels Ossos")²⁷, o la casa Mila ("la Pedrera")²⁸ -, en las que ella luce como sello emblemático de sus obras civiles más significativas y originales, la cruz que en la casa de Dios, su obra culminante y más amada, se encuentra transfigurada de manera excepcional en diversos lugares representativos: sobre el árbol perenne en *la fachada de la Sagrada Familia*, o en *la fachada de la Pasión*, o en los campanarios de los doce

²⁴ Cfr. GIORDANO, C. – PALMISANO, N., *Templo de la Sagrada Familia – Obra maestra de Antoni Gaudí*, Dos de Arte Ediciones, España, 2.ª ed. 2007, págs. 12-13.

²⁵ *Ibid.*, 22-23.

²⁶ Cfr. TRIADÓ TUR, JUAN RAMÓN – ESTÉVEZ ALBERTO T., *Gaudí*, en colección *Genios del arte*, de Susaeta Ediciones, Madrid, 1999, págs. 10, 45-46.

²⁷ *Ibid.*, págs. 49-51.

²⁸ *Ibid.*, págs. 48 y 53-54.

apóstoles con forma mitrada, y coronadas de frutos de vida y exuberante abundancia? ¿No existirá, acaso, un itinerario desde la Cruz que impera en todas las dimensiones del volumen, en las construcciones profanas hasta la Cruz que se transfigura en vida y fecundidad escatológica en la construcción sacra? ¿No será la Cruz la clave que revela una espiritualidad y una obra genial, a medias plasmada, que en el siglo nuevo, seguramente, deberá ser culminada?

Creo que la Iglesia de la Sagrada Familia merecería un estudio especial para indagar como la Cruz es clave –aun en sus proporciones- de la espiritualidad del Siervo de Dios y de su obra justamente afamada. ¡Espero que en una próxima visita pueda encontrar un aporte calificado a este respecto como el que, seguramente, podréis hacer muchos de vosotros!

Pero no sólo la arquitectura nos brinda la oportunidad de una nueva expresión evangelizadora.

También la música, la sacra y la religiosa popular o catequética. No puedo menos de recordar las obras – y en especial un bellissimo *Stabat Mater* – de mi compañero de seminario y de ordenación, conocido compositor e intérprete musical: el Padre Néstor Gallego²⁹. Ustedes mismos podrán traer a la memoria tantos ejemplos actuales y cercanos.

O la pintura. Pensemos en el *Cristo kenótico* de Dalí o en el del báculo de Pablo VI; en un Cristo africano negro o en un crucifijo asiático, de marfil y rasgos achinados, o en el *Cristo del Corcovado*, en San Pablo de Brasil. La misma Cruz enraizada en diferentes culturas; la riqueza de culturas diversas expresando el mismo misterio. Policromía de riqueza en la profundidad del misterio, unidad de la fe en la variedad de expresiones.

Como pocos ámbitos, el arte, expresión de la belleza de Dios y de Dios que irradia belleza, nos invita a la creatividad y la fecundidad en el logro de una nueva expresión de la evangelización.

Cercano al arte podríamos destacar algunas “novedades

²⁹ Cfr. GALLEGO, NESTOR, *Alégrate Madre Nuestra*, canción nº 12, CD 13, Ed. Signo, Buenos Aires, 1999.

pastorales” que me parecen señeras y significativas en los últimos tiempos. Señalaré solo tres, sin más ánimo que nombrarlas por la escasez de tiempo:

Ante todo, el enriquecimiento de la piedad y del arte cristiano occidental con el arte oriental cristiano y, en especial, con su iconografía.

En segundo lugar, la incorporación de las imágenes en el nuevo *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, y la fundamentación de esta praxis que se desarrolla en esta obra.

Por último, la adaptación de tradicionales devociones populares, como las que ha propuesto Juan Pablo II para el *Via Crucis* y para el Rosario, con la incorporación de nuevas estaciones y nuevos misterios, y sus mejores criterios para vivificarlos por la Palabra de Dios y por su mayor centralidad cristológica.

Son muy grandes, inabarcables en este poco tiempo, los panoramas que se abren considerando las posibilidades de la nueva evangelización en su expresión objetiva, en las obras del arte cristiano. Sólo me queda animar a quienes tienen talento a que incursionen en este vasto campo con originalidad y empeño, para alumbrar frutos nobles y fecundos.

Pero todavía mayor y más reconfortante se avizora el horizonte cuando pasamos a contemplar la expresión subjetiva de la nueva evangelización en las personas vivas, en sus testigos, en los santos.

Algo dijimos ya de los mártires.

Pero no sólo mártires regalan los últimos tiempos y nos piden los tiempos nuevos. Somos contemporáneos no sólo de la mayor cantidad de canonizaciones y beatificaciones en toda la historia de la Iglesia, como las que impulsó Juan Pablo II en su largo pontificado, sino también somos parte de un florecimiento de santidad, en cantidad y calidad, como pocos siglos de la vida de la Iglesia.

Imposible ser exhaustivos. Tan sólo algunos ejemplos. Y en ellos destacaremos sintéticamente, como clave y

fundamento, su vinculación a la Cruz.

Teresa de Calcuta –quizá el mejor icono del cristianismo en el siglo XX, aquella que después de Francisco de Asís fue la que mayor número de almas suscitó en su seguimiento³⁰– dejó como lema, que se escribe en todas sus capillas, cerca del crucifijo, las palabras de Jesús en la Cruz: “Tengo sed” / “*I’m thirsty*”³¹.

Clara Lubich, fundadora del movimiento focolar, cuya Pascua fue hace pocos días, el 14 de marzo, sostenía una espiritualidad de la unidad y la sonrisa focolar en la austera identificación con el “*Iesu abandonatto*”, del huerto de Getsemaní, del Gólgota y de la Cruz.

Muchos otros podríamos nombrar: San Maximiliano Kolbe, Santa Gianna Beretta; el Padre Pío; San Josemaría Escrivá de Balaguer; el Beato Ceferino Namuncurá en mis tierras patagónicas, etc. Pero el tiempo apremia y me permite dejar a vuestra consideración los más cercanos o conocidos para cada uno.

No quiero, sin embargo, omitir una última mención: el Siervo de Dios Juan Pablo II. No me referiré a sus magníficas enseñanzas sobre este punto –ya sea en su carta programática, *Redemptor hominis*, o en su carta *Salvifici doloris*, fruto maduro de sus sufrimientos como consecuencia del atentado –, ni a su cercanía a los distintos rostros de la Cruz a lo largo de su incansable ministerio y de su vida toda. Quiero concentrar toda la atención en una imagen, un emblema, un signo: su último *Via Crucis*, cuando ya no se podía trasladar al Coliseo. Esas imágenes de la televisión, que nos lo mostraban de espaldas, rezando, mirando la Cruz del Viernes Santo, preparando su cercana partida, seguramente vislumbrada, valen más que mil palabras, que mil lecciones, que otras tantas cartas.

³⁰ A su muerte, unas 3900 almas vestían el “shari”, su hábito de consagración a Dios. A la muerte de San Francisco, unos 4200 vestían el sayal franciscano.

³¹ Cfr. Jn. 19, 28.

5. Conclusión: Discípulos y misioneros de la Cruz para la nueva evangelización

Llegados a este punto me resta tan solo concluir.

La Cruz nos proyecta a la nueva evangelización con un nuevo ardor en la Fe, la Esperanza y la Caridad, como nos lo han indicado los queridos últimos Sumos Pontífices. La Cruz nos marca un camino, nos brinda un método de pobreza, humildad y sacrificio martirial, también en nuestro tiempo. La Cruz nos invita a nuevas expresiones en el arte y en la vida, en la piedad popular y, sobre todo, en la santidad personal de todos y cada uno.

Quiero concluir haciendo nuestra la hermosa oración con la cual Benedicto XVI concluyó su última encíclica, dirigida a María Santísima, nuestra Madre. Nadie como Ella comprendió el misterio de la Cruz, la tomó sobre sus hombros cada día, y como perfecto modelo de discípula y misionera, nos abre el camino de la Iglesia a la nueva evangelización. Reza así:

“[...] has visto el poder creciente de la hostilidad y el rechazo que progresivamente fue creándose en torno a Jesús hasta la hora de la cruz, en la que viste morir como un fracasado, expuesto al escarnio, entre los delincuentes, al Salvador del mundo, el heredero de David, el Hijo de Dios. Recibiste entonces la palabra: « Mujer, ahí tienes a tu hijo » (*Jn* 19, 26). Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo. La espada del dolor traspasó tu corazón. ¿Había muerto la esperanza? ¿Se había quedado el mundo definitivamente sin luz, la vida sin meta? [...] No, junto a la cruz, según las palabras de Jesús mismo, te convertiste en madre de los creyentes. Con esta fe, que en la oscuridad del Sábado Santo fue también certeza de la esperanza, te has ido a encontrar con la mañana de Pascua. La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe. Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo (cf. *Hch* 1,14), que recibieron el día de Pentecostés.

El “reino” de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este “reino” comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino”³².

Que así sea. Y que con Ella caminemos al próximo y cercano Pentecostés y, gozosos y esperanzados, ¡a la nueva evangelización!

Nada más, ¡muchas gracias!

¡Paz!

³² Cfr. BENEDICTO XVI, *Spe Salvi*, 30-11-2007, n.º 42.



FIELES LAICOS PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Conferencia a cargo de D. Javier Lucena Gómez
– Licenciado en Derecho y en Filosofía

Sábado 3 de mayo de 2008

1. Introducción

Este tema lo quiero dedicar al hermano *desconocido*, que, sin yo saber quién es, me alienta y sostiene. Mejor dicho, quiero dedicarlo al hermano *oculto* en Dios: Col 3,3: *“vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos con Él”* (cf. AA. 4)

Mi historia en el Movimiento acaba de cumplir 25 años (el 1-5-83 se clausuró el cursillo 83, al que asistí)

Tengo una historia. Esto supone un dinamismo: *“En el fondo, se trata de una historia. Pues la fe tiene su historia. En su despertar, no es firme, ni acabada; es vida, y todo lo que es vida es porvenir. En su evolución, pues, la fe atraviesa por distintas fases”* (R. Guardini, *Vida de fe*, 38)

Participo de una Historia: *“Es esencial la certeza de participar de una historia de la salvación que tiene lugar en medio de las vicisitudes de los hombres”* (Livio Melina, José Noriega, Juan José Pérez-Soba, *Caminar a la luz del Amor, los fundamentos de la moral cristiana*, Colección Pelicano, Ediciones Palabra, Madrid, 2007, 236)

Me serviré, en parte, para exponer el tema, del libro *“El Señor de los Anillos”*, de Tolkien, quien *“con su obra propicia una meditación destinada a iluminar la comprensión de nuestra época y la historia personal de cada uno de nosotros”* (Ricardo Irigaray, *Elfos, Hobbits y dragones*, Una investigación sobre la simbología de Tolkien, Ed. Tierra Media, Buenos Aires, 1999, 149)

El mismo Tolkien nos indica cuál es el propósito de su obra: *“pretendo tener como único objetivo la dilucidación de la verdad y*

el aliento a la moral correcta en este mundo real mediante el viejo recurso de ejemplificarlas en encarnaciones desacostumbradas que tiendan a volverlas comprensibles" (Tolkien, *Cartas*, nº 153, 229)

Tolkien "presenta las grandes verdades bajo formas desacostumbradas para ayudarnos a descubrirlas de nuevo." Con ello busca la "renovación de nuestra mirada... recuperar el sentido del valor de las cosas" (Ricardo Irigaray, *Aproximación a Tolkien*, Ediciones de la Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 1999, 219)

"Recuperación... es volver a ganar una visión clara... Necesitamos limpiar nuestras ventanas; así las cosas vistas claramente podrán verse libres del gris empañamiento de lo trillado o familiar" (Tolkien, *Hoja y árbol*, 53)

"El cuento de hadas... se convierte explícitamente en un vehículo para la verdad religiosa" (R.J. Reilly, *Tolkien and the Fairy Story*, 128) Os invito, pues, a entrar en este cuento de hadas, no para quedarnos en las formas desacostumbradas (hobbits, enanos, elfos...) sino para ganar una visión clara de las verdades religiosas que contiene la novela.

C.S. Lewis, famoso por haber escrito las Crónicas de Narnia, y amigo de Tolkien (le animó a concluir la obra "*El Señor de los Anillos*"; le escribió el prólogo), destaca: "una de las cosas principales que el autor (Tolkien) quiere decir es que la vida real de los hombres tiene esa **calidad** mítica y **heroica**. Y el hombre en cuanto tal... es como un héroe en un cuento de hadas" (C.S. Lewis, *The Dethronement of Power*)

Este tema tendrá, pues, un tono épico, de epopeya (etimológicamente estas palabras significan hechos grandes que se narran). Y es que, como una vez escuché a un hermano, la comunidad se construye, no con gestos, sino con gestas (al menos este es el sentido de lo que dijo, de la letra exacta no me acuerdo)

Por ello nos va muy bien servirnos de la obra "*El Señor de los Anillos*", dado que "cada hombre reconoce en ellos (los relatos de Tolkien) sus más íntimas y profundas luchas y renueva en su lectura... el coraje de enfrentarlas, al reencontrarse con el **sentido heroico de la vida**" (R. Irigaray, *Elfos, Hobbits y Dragones*, 92)

Vamos a hablar de héroes. En los Mensajes del Concilio a la Humanidad, en concreto en el mensaje a los jóvenes, punto 6, se nos presenta a "Cristo, el héroe verdadero, humilde y sabio"

Los hobbits son héroes al estilo de Jesús. Hace años, un hermano del Grupo de perseverancia me regaló una biografía de Tolkien, de la que me he servido para elaborar este tema, y en la dedicatoria que me escribió puso: "*que tú también te empapes con santos afanes de perfección y llegues así a ser un excelente hobbit. Un hobbit que, a pesar del peso del miedo, sigue con fidelidad el camino de su misión*", y firma: "*¡otro hobbit!*"

Este hermano hoy es sacerdote, y si un sacerdote se atreve a identificarse con un hobbit, creo yo que también nosotros podemos identificarnos con los hobbits: hombres comunes, gente sencilla. Así que os animo, en concreto, que os identifiquéis con Frodo, quien, como nosotros, vivirá una etapa de "*precursillo*", asistirá a un "*cursillo*", y luego entrará en la fase de "*postcursillo*". Vamos a verlo:

2. Precursillo

Frodo es un hobbit:

"Los hobbits son un pueblo sencillo... Amaban la paz y la tranquilidad" (SAI, 9)

Los hobbits son "*jóvenes tan alegres y despreocupados*" (SA I, 223)

Los hobbits "*dieron cada vez menos importancia al mundo exterior..., hasta llegar a pensar que la paz y la abundancia eran la norma en la Tierra Media... De hecho estaban protegidos, pero no lo recordaban*" (SAI, 15)

"Hasta el momento en que los Jinetes Negros amenazan la tranquilidad de la comarca, la gente (Frodo entre ellos) vive inconsciente del mal más allá de sus fronteras." (Paulino Arguijo de Estremera, Tolkien, Biografías, Mundo cristiano, Ediciones Palabra, Madrid, 1992, 186)

Los hobbits se caracterizan por "*una vulgaridad..., una*

miopía mental orgullosa de sí, una satisfacción vanidosa (en grado diverso), una seguridad de sí y una disposición de medirlo y generalizarlo todo a partir de una experiencia limitada, en gran medida entronizada en una sentenciosa "sabiduría" tradicional" (Tolkien, *Cartas*, nº 246, p 383)

Frodo, antes del cursillo, es un pequeño-burgués. Lo mismo yo: una persona que permanece tranquila en su sillón, y que no quiere ninguna clase de líos; lo único que quiere es gozar de su bienestar, bienestar que otros le han procurado y protegen.

3. Cursillo

Pero Frodo tiene, de alguna forma, su cursillo: que consiste en una serie de conversaciones largas y profundas con Gandalf.

Gandalf le abre los ojos: *"vuestra seguridad es ya cosa del pasado... Todavía no sabes en qué peligro te encuentras"* (SA I, 75).

Y le urge a actuar: *"Todo lo que podemos decidir es qué hacemos con el tiempo que nos dieron... Tenemos mucho que hacer"* (SA I, 78).

Frodo, ante la situación descubierta, pregunta: *"¿Qué debo hacer?"* (SA I, 90).

Gandalf le insiste: *"la decisión depende de ti"* (SA I, 91).

En mi cursillo se me dijeron cosas semejantes, como podrían ser éstas:

- Rom 13, 11: *"Ya es hora de despertar"*.

- Efesios 5, 14: *"Despierta tú que duermes, y levántate de entre los muertos; Cristo te iluminará"*.

El Cursillo fue una llamada a volver en sí, a una conversión. La conversión consiste en *"entrar en el Reino"* (Mt 5, 20).

El Cursillo fue una llamada a *"Caminar en novedad de vida"* (Rm 6, 4).

Los que asistimos al Cursillo, salimos diciendo *"Hemos*

conocido el amor y hemos creído en él" (1 Jn 4, 16).

En un Cursillo se cumplen perfectamente las siguientes palabras de Benedicto XVI: *"No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida, y, con ello, una orientación decisiva"* (DCE 1).

En resumidas cuentas, el Cursillo fue una invitación a revivir el Bautismo: *"Ésta es la tarea maravillosa y esforzada que espera a todos los fieles laicos: conocer cada vez más las riquezas de la fe y del Bautismo y vivirlas en creciente plenitud"* (CFL 58).

"Toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo el llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del Bautismo, ... con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la vocación que ha recibido de Dios" (CFL 10).

El Cursillo nos renueva la **vocación** bautismal. El Cursillo logra lo que nos pide el Concilio Vaticano II, en O.T. 16: que se nos *"ilustre la grandeza de la vocación de los fieles en Cristo y su obligación de producir fruto para la vida del mundo en la caridad"*.

En el Cursillo, *"Cristo... en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación"* (G.S. 24), una vocación que es *"Vocación divina"* (G.S. 22).

Hay que destacar que *"la vocación es un realidad dinámica: "no se reduce nunca a un momento cerrado en sí, es siempre un principio del cual brotan las acciones como respuesta a la misma"* (L. Melina, op. cit., 333).

La intención de Dios *"nunca es del todo conocida, sino que se da a conocer en la medida en que se responde"* (L. Melina, op. cit., 333).

Como señala CFL 58: *"el eterno plan de Dios se nos revela a cada uno sólo a través del desarrollo histórico de nuestra vida y de sus acontecimientos, y por tanto, sólo gradualmente, en cierto sentido de día en día."* Por ello la vocación se va a desarrollar a lo largo de nuestra historia personal.

Frodo, en su cursillo, al responder a la vocación, acepta una *Misión* (salvar la Tierra Media) y entra a formar parte de

una **Comunión** (el primer tomo del Señor de los Anillos se titula, significativamente, “*La Comunidad del Anillo*”).

Lo mismo nosotros, en el Cursillo:

- Asumimos una Misión:

*“Al responder a su vocación, el cristiano recibe una **misión** única e irrepetible dentro de la misión de la Iglesia... se convierte en protagonista de una tarea específica en la historia de la salvación”* (L. Melina, op. cit., 873)

Como señala CFL 3: *“El fruto más valioso deseado por él (el Sínodo) es la acogida por parte de los fieles laicos del llamamiento de Cristo a trabajar en su viña, a tomar parte activa, consciente y responsable, en la misión de la Iglesia en esta magnífica y dramática hora de la historia”.*

- Entramos en una comunión:

He sido convocado con otros hermanos: Todos estamos *“Llamados al mismo fin”* (G.S. 24).

La vida cristiana tiene una intrínseca forma eclesial: el cristiano es un *“con-vocado, uno que ha sido llamado junto con otros, para formar con ellos una comunión de personas en Cristo”* (L. Melina, op.cit., 513).

San Agustín, *Tract. In Ioh*, tr. 26, 13 (CCL 36, 266 s.): *“Quien quiera vivir, tiene en dónde vivir, tiene de dónde vivir. Que se acerque, que crea, que se deje incorporar para ser vivificado. No rehuya la cohesión con los miembros,... que se adhiera al cuerpo, viva a Dios de Dios”.*

4. Postcursillo

El postcursillo significa la aceptación de la aventura.

Frodo acepta la aventura: *“Tengo que abandonar la Comarca... Me gustaría salvar la Comarca, si pudiera”* (SA I, 97).

Frodo *“Decide sacrificarse para salvar a la Comarca... ignora cuántas cosas dependen de su decisión, no sólo en la Comarca sino en todo el mundo”* (R. Irigaray, op. cit. 226).

Nosotros, en nuestro Cursillo, también aceptamos la aventura, De forma solemne se nos dijo: "Cristo cuenta contigo para evangelizar" Y contestamos: "Lo haré con la gracia de Dios".

Si contestamos que sí, que aceptamos, es porque:

- formulamos un Juicio de posibilidad, basado en la confianza en la Gracia.

En Teología Moral se afirma: *"la primera aclaración que pide la intención es discernir si un sujeto es capaz de llevar a cabo esa intención propuesta"* (L. Melina, op. cit., 743) Y es que, llevo a cabo una acción sólo en la medida en que la juzgo dentro de mis posibilidades, si no ni la intento.

Si digo sí es porque confío en la gracia de Dios: El papel de la gracia es fundamental para afrontar el seguimiento de Cristo: *"para los hombres es imposible, para Dios todo es posible"* (Mt 19, 25).

"La presencia de la gracia, interna a la acción, que genera la esperanza en la ayuda divina, permite afrontar acciones que, de hecho, son imposibles para nuestras solas capacidades y que serían del todo imprudentes fuera de la seguridad de la asistencia divina" (L. Melina, op. cit., 744).

"Yo estaré contigo" (Ex 3, 13-15). Es la seguridad de su providencia la que permite vencer el temor inherente a toda entrega que se manifiesta en los relatos vocacionales" (L. Melina, op. cit., 166).

Jn 8, 28: *"El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo"*.

La misma convicción expresa Jesús, cuando, acercándose el momento de su pasión, les dice a sus discípulos: *"He aquí que llega la hora, y ya es llegada, en que... me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo"* (Jn 16, 32).

Nuestra situación es dramática, pues podemos, con la gracia de Dios, salvarnos, pero también cabe que nos dejemos perder. Cabe el *"fracaso en un destino"* (L. Melina, op. cit., 250). La frase más triste del mundo es *"Pudo haber sido"*.

- nos anima la virtud de la Humildad: Es la otra cara de la moneda de la confianza en Dios, pues *"Dios da la gracia a los humildes"* (St. 4, 6)

El que dice sí a la aventura confía en la ayuda de Dios y desconfía de sus propias fuerzas.

Los hobbits se caracterizan por algo bueno: son humildes, por eso reciben la gracia.

"La aceptación de la aventura no impide que se ponga de relieve el sentimiento de insignificancia ante la magnitud de la empresa" (Isabel Romero Tabares, *En el corazón del mito, la dimensión espiritual del Señor de los Anillos*, PPC, Madrid, 2004, 97).

Frodo, en sus conversaciones con Gandalf: *"me siento pequeño, y desarraigado y desesperado"* (SA I, 94).

Frodo: *"- No estoy hecho para empresas peligrosas... ¿Por qué fui elegido?"*

- Preguntas que nadie puede responder (dijo Gandalf). De lo que puedes estar seguro es de que no fue por ningún mérito que otros no tengan... Pero has sido elegido y necesitarás de todos tus recursos; fuerza, ánimo, inteligencia..."

-¡Tengo tan poco de esas cosas!" (SA I, 93).

Frodo, en el Concilio de Elrond: *"Yo llevaré el Anillo (dijo), aunque no sé cómo"* (SA I, 385).

Frodo actuó *"con completa humildad, reconociendo que era del todo inadecuado para la tarea"* (Tolkien, *Cartas*, nº 246, p. 381).

Lo mismo yo: soy del todo inadecuado para la tarea, pero aún así Dios me la encomienda.

"Dios ha escogido más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir a lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo lo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios" (1 Cor 1, 27-29).

2 Co 4, 7: *"llevamos este tesoro en vasos de barro para que la excelencia del poder sea de Dios y no parezca nuestra"*.

Flp 2, 12: *"Con temor y temblor trabajad por vuestra"*

salvación”.

“Frodo puede actuar como héroe porque ha comprendido que él puede, en cualquier momento, convertirse en un monstruo” (Jane Ch. Nietzsche, Tolkien’s Art, 111).

Al aceptar la aventura, me entrego a la Misión y me incorporo a una Comunión, que es la Iglesia. Vamos a verlo detenidamente.

5. Misión

V.S. 106: La Evangelización es *“el desafío mayor y el más brillante que la Iglesia está llamada a llevar a cabo desde su origen mismo”*.

L. Melina, op. cit., 529: se trata de Hacer que *“los hombres puedan realizar ese ‘encuentro’ con Cristo, que es el único que apaga plenamente el deseo del corazón humano, encuentro para el cual Dios ha querido su Iglesia” (Cfr. VS. 7).*

Tolkien, en la Primera Guerra Mundial, en una trinchera, durante la batalla del Somme, en 1916, tras enterarse de la muerte de un amigo, que, en cierto modo, era un hermano de su Grupo de Perseverancia, pues cuatro amigos, recién salidos de la Universidad, se habían propuesto poner su amistad al servicio del Evangelio, escribe a los otros miembros de su grupo restantes: *“La grandeza que yo deseaba era la de ser un gran instrumento en las manos de Dios... había recibido cierta chispa de fuego... que estaba destinada a encender una nueva luz, o lo que es lo mismo, a volver a encender la antigua luz en el mundo, estaba destinada a dar testimonio de Dios y de la Verdad” (Tolkien, Cartas, nº 17).*

Jn 18, 37: *“Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad”*.

En el Concilio de Elrond, éste nos dice: *“Creed en cambio que ha sido ordenado de esta manera: que nosotros, que estamos sentados aquí, y no otras gentes, encontremos cómo responder a los peligros que amenazan al mundo” (SA I, 343).*

Pero en la entrega a la Misión, nos puede venir *la tentación de abandonar la misión:*

-Por comodidad o cansancio:

Frodo en Rivendel, restablecido de las heridas recibidas tras algunas aventuras, *"Sintió que un gran temor lo invadía, un irresistible deseo de descansar y quedarse a vivir en Rivendel junto a Bilbo le colmó el corazón. Al fin habló haciendo un gran esfuerzo, y oyó sorprendido sus propias palabras, como si algún otro estuviera sirviéndose de su vocecita: Yo llevaré el Anillo"* (SA I, 385).

"-Desleal es aquel que se despide cuando el camino oscurece, dijo Gimli."

Elrond: *"-Quizá, pero no jure que caminará en las tinieblas quien no ha visto la caída de la noche"* (SA I, 399).

Indefectiblemente, en el cumplimiento de la Misión, encontraremos contrariedades, oscuridades... Tolkien nos advierte que hay que pasar por la oscuridad, por la cruz; no hay otro camino: *"Sólo atravesando la noche se llega a la mañana"* (SA II, 327).

En Lothlórien, tras más aventuras, los miembros de la Compañía del Anillo experimentan de nuevo la tentación: *"Cada uno había sentido que se le ofrecía la oportunidad de elegir entre una oscuridad terrible que se extendía ante él y algo que deseaba entrañablemente, y para conseguirlo sólo tenía que apartarse del camino y dejar a otros el cumplimiento de la misión."* (SA I, 508).

El mismo Frodo nos advierte: *"he de estar prevenido... contra la tentación de rechazar la carga que me ha sido impuesta"* (SA I, 565-566).

CFL 56: *"cada uno es llamado por su nombre, en la unicidad e irrepitibilidad de su historia personal, a aportar su propia contribución al advenimiento del Reino de Dios. Ningún talento, ni siquiera el más pequeño, puede ser escondido o quedar inutilizado."*

Gandalf advierte a Aragorn, llamado a ser el rey de la Tierra Media, quien lleva años y años realizando gestas, y dando el do de pecho en cada momento: *"No tropieces al final del camino."* (SA II, 272) La advertencia no está de más.

-Por nostalgia de tiempos pasados que, a nuestro parecer, fueron

mejores:

“la debilidad de los elfos... es... lamentar el pasado y no estar dispuestos a enfrentar el cambio: como si un hombre detestara un libro muy largo que todavía continúa y quisiera demorarse en su capítulo favorito” (Tolkien, *Cartas*, nº 181, p. 277).

Le dice Gimli a un elfo: *“Lo que el corazón desea no son recuerdos”* (SA I, 538).

¡Yo no puedo vivir de recuerdos, sino de realidades presentes!

6. Comunión

La Iglesia es la comunidad de referencia, es una comunión de vida en la que se vive la amistad con los amigos de Cristo.

Elredo de Rieval, *De spirituali amicitia*, l. 1 (CCCM 1, 289): *“aquí estoy yo, y tú, y espero que entre nosotros esté como tercero Cristo”*. Cristo en medio, es el que explica nuestra comunión.

CFL 32: *“la comunión representa a la vez, la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión”*.

La comunión se da:

-En las cosas santas (Fe, Palabra de Dios, Sacramentos...)

En el Señor de los anillos se nos habla de las *“lembas”*, el pan que los elfos regalan a los integrantes de la comunidad para que puedan resistir durante el viaje, que transcurrirá a partir de entonces por zonas inhóspitas. A las *“lembas”* se les llama *“pan del camino”*. Este alimento *“nutría la voluntad”*. *“Desde el principio fue comparado con el pan eucarístico”* (I. Romero, op. cit., 141).

A la eucaristía se le ha llamado pan de fuertes; con más razón, se le puede llamar pan de débiles.

San Ambrosio: *“Recibe cada día lo que te beneficia cada día. Y vive de modo que lo puedas recibir diariamente”*.

Pedro Lombardo, *Sententiarum*, IV, d. 8, c. 2, ad Claras Aquas, II, Grottaferrata, Roame, 1981, 281: a la Eucaristía se le llama viático: *“porque nos alimenta en el camino y nos conduce hasta la patria”*.

- De los santos

La comunión de los santos brota de la comunión en las cosas santas.

CFL 18: *“la comunión de los cristianos entre sí nace de su comunión con Cristo”*

“La Iglesia es compañía histórica y sostén de la esperanza” (L. Melina, op. cit., 27). Para ello cuento con:

-el hermano; La Iglesia nos hace el don de una fraternidad, nos hace hermanos y nos enseña a vivir como hermanos.

Pippin a Frodo: *“necesitarás más de un compañero en tu peligrosa aventura”* (SA I, 152).

En la Iglesia tengo *“modelos personales en los que aprender de modo práctico la connaturalidad con el bien”* (L. Melina, op. cit., 442-443).

Bárbol: *“Las cosas han cambiado, pero aún son verdad en algunos sitios”* (SA II, 87).

Merry a Frodo: *“Puedes confiar en que te seguiremos en las buenas y en las malas hasta el fin... Somos tus amigos... Estamos terriblemente asustados, pero iremos contigo”* (SA I, 154).

CFL 20: *“El fiel laico no puede jamás cerrarse sobre sí mismo, aislándose espiritualmente de la comunidad; sino que debe vivir en un continuo intercambio con los demás, con un vivo sentido de fraternidad, en el gozo de una igual dignidad y en el empeño por hacer fructificar, junto con los demás, el inmenso tesoro recibido en herencia.”*

Frodo, a Sam, al pie del Monte del Destino: *“¡Ayúdame, Sam! ¡Ayúdame!, ¡Sostenme la mano! Yo no puedo hacerlo”* (SA III, 291) Entonces, Sam, como buen Cireneo, se monta a Frodo a sus espaldas, para ayudarlo a llevar su cruz, y empieza la ascensión del monte.

CFL 28: *“Ésta es la ‘comunion de los Santos’ que profesamos*

en el Credo; el bien de todos se convierte en el bien de cada uno, y el bien de cada uno se convierte en el bien de todos; 'En la Santa Iglesia, escribe San Gregorio Magno, cada uno sostiene a los demás y los demás le sostienen a él'.

-los Consiliarios, sacerdotes:

Gandalf es un enviado "con el fin de fortalecer la resistencia de los 'buenos'" (I. Romero, op. cit, 129). Su misión es acompañar, aconsejar, y ayudar. "Asiste a todos los seres de buena voluntad en su lucha contra ese Mal, incitándolos a emprender 'valerosas hazañas'" (I. Romero, op. cit., 131) y "procura que las criaturas... creciéndose en sus íntimas resoluciones, derroten al Mal por su entrega y valor magnánimos" (I. Romero, op. cit. 131), pero no les sustituye: lo han de hacer ellos.

"Gandalf se nos muestra... como un consejero" (I. Romero, op. cit, 131)

En las Minas de Moria, donde reina la oscuridad, y existe el peligro cierto de los orcos, un hobbit comete una imprudencia y casi se cae por un pozo. Aragorn le advierte: "Deja que el guía vaya adelante, mientras tienes uno" (SA I, 444) El guía es Gandalf.

Gandalf, al ver como Pippin realiza un acto magnánimo: "No te lo impedí, porque los actos generosos no han de ser reprimidos por fríos consejos" (SA III, 27)

- En la vivencia de la Comunión, tenemos la *Tentación de la división*, contra la que nos previene CFL 31: "Ser responsables del don de la comunión significa, antes que nada, estar decididos a vencer toda tentación de división y de contraposición que insidie la vida y el empeño apostólico de los cristianos".

7. Santificación

El Señor de los Anillos. es un "un estudio del ennoblecimiento (o santificación) de los humildes" (Tolkien, Cartas, nº 181, p. 278).

Como canta María en el Magnificat: Dios "elevó a los humildes" (Lc 1, 52).

Estamos llamados a la santidad: que "crezcáis para la

salvación" (1 Pe 2, 2).

CFL 57 nos habla de la *"llamada de Dios a crecer, a madurar, a dar fruto"*.

En el Señor de los Anillos, se ve claramente, cómo el crecimiento se da en la vivencia de la aventura, en el cumplimiento de la misión en una comunión.

"La aventura supone... una transformación personal de hondo calado" (I. Romero, op. cit., 93).

"La 'santificación'... significa... aceptar la profunda evolución personal que implica participar de una misión elevada cuando ésta no depende de la naturaleza ni de las fuerzas del sujeto" (I. Romero, op. cit., 98).

"Más importante que la sucesión de aventuras en el cuento, es el crecimiento del héroe que esas aventuras provocan" (P. Arguijo, op. cit., 171).

"se transformaron de pronto a pesar de ellos mismos en importantes y famosos" (S.A, I, 11).

"viajes llenos de aventuras (y desventuras) realizados para cumplir una misión... representa una concepción de la vida. En esta concepción, la existencia tiene un sentido... porque es una misión... Tampoco es mero disfrute, porque en una misión de esta naturaleza hay que soportar muchas adversidades y hacer importantes sacrificios. Con esto se aparta tanto del hedonismo contemporáneo... como del ideal pequeño-burgués. En realidad Bilbo (lo mismo podemos decir de Frodo) al comienzo del relato es un perfecto pequeño-burgués. De hecho, si hubiera sido por él, no hubiera participado de ninguna aventura, ni hubiera abandonado jamás la comodidad de su agujero hobbit. Pero puesto en situaciones difíciles, aflora en él una grandeza de corazón que nadie... hubiera adivinado en un principio. Así se va realizando, a lo largo de las sucesivas pruebas o aventuras, el ennoblecimiento" (R. Irigaray, *Aproximación a Tolkien*, 135-136).

Hay que tener en cuenta que la santificación no es automática, sino que la aventura en la que está inmerso el héroe es ocasión para crecer. La aventura reclama una respuesta adecuada, pero no la produce por sí misma. Otros, en la misma aventura, pueden abandonar la misión y

la comunión. La aventura exige que uno crezca en virtudes, invita a ello, pero no me las da por sí sola. Pero sin la aventura, no crecería en las virtudes.

“La aventura será... un durísimo proceso que hará crecer en él (Frodo) actitudes y facultades que estaban ocultas o tenía en germen” (I. Romero, op. cit., 98).

“Es la propia historia, la peripecia en la que se ve envuelto el héroe, la que gradualmente revela ese valor que, de otro modo, quizá hubiera pasado inadvertido” (P. Arguijo, op. cit., 115).

El crecimiento consiste en *“ese peculiar proceso por el cual, a través de las gracias recibidas y las pruebas vividas, la persona... se va elevando desde la vulgaridad y mezquindad tan comunes en la vida ordinaria de los seres humanos, al asombro, la admiración de lo superior, el servicio del bien, la lealtad y el amor desinteresado que puede llevar hasta el sacrificio de sí mismo.” (R. Irigaray, Elfos, Hobbits y dragones, 201).*

“A través de todas las pruebas que tienen que enfrentar a lo largo del relato... la estatura moral de estos hobbits llega a ser, al final... considerablemente mayor de lo que era al principio.” (R. Irigaray, Aproximación a Tolkien, 79).

“El resultado de las repetidas opciones por el bien es el crecimiento espiritual del que elige. La estatura espiritual de Frodo crece notablemente en el curso de sus aventuras y el crecimiento es en las virtudes específicamente cristianas” (Patricia Meyer, Power and Meaning in “The Lord of the Rings”, p 91).

Saruman a Frodo, al final de las aventuras: *“Has crecido, Mediano (dijo), Sí, has crecido mucho” (S.A. III, 399).*

Pero hay que tener en cuenta que *“a pesar de todo lo que se pueda crecer en las virtudes, mientras estemos en esta tierra tendremos que luchar. Y en esta lucha, por supuesto, el peor enemigo está dentro... de nosotros mismos” (R. Irigaray, Elfos, Hobbits y dragones, 270).*

De ahí el consejo: *“quien presuma mantenerse en pie, tenga cuidado de no caer” (1 Co, 10, 12).*

Como nos recuerda San Pablo: *“No es que le haya alcanzado ya, o que ya sea perfecto, sino que voy siguiendo, por si de algún modo puedo alcanzar aquello para lo que yo mismo fui alcanzado*

por Jesucristo,... olvidando lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que tengo delante, prosigo, según el fin propuesto, hacia el premio de la soberana vocación de Dios en Jesucristo" (Flp 3, 12-14).

La aventura exige, pues, que crezcamos, que adquiramos virtudes humanas y cristianas, que nos capacitemos.

CFL 58: "No se trata sólo de saber lo que Dios quiere de nosotros... Es necesario hacer lo que Dios quiere... Y para actuar con fidelidad a la voluntad de Dios hay que ser capaz y hacerse cada vez más capaz. Desde luego, con la gracia del Señor, que no falta nunca".

"el humilde sabe que la medida de la propia acción es la divina y por eso se propone con paciencia las acciones más excelsas como respuesta a la invitación de Dios" (L. Melina, op. cit., 670).

Lc 1, 49: "El todopoderoso ha hecho obras grandes en mí".

K. Wojtyła, *Mi visión del hombre*, Palabra, Madrid 1997, 86: "El hombre humilde no disminuye la idea ni a sus ojos ni en sus afirmaciones solo porque es más grande que él, sino que intentará y sabrá, de modo gradual y perseverante, crecer para adecuarse a ella".

"¡Cuántas obras buenas dejamos de hacer por juzgarlas demasiado difíciles para nosotros! ¡Cuántas veces las exigencias que conlleva la santidad las juzgamos excesivas para nuestras capacidades! El juicio por connaturalidad es el primero en el que influye la virtud. El hombre virtuoso es el que ha crecido en la capacidad y se atreve a las acciones excelentes pues las juzga según su propia excelencia." (L. Melina, op. cit., 744).

Pero crecer no es necesariamente tener éxito a los ojos del mundo: El varón de dolores crecerá y será exaltado, aunque a los ojos de los hombres parezca un fracasado. Is 52, 13: "Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho".

San Bernardo: "*vident crucem, sed non unctionem*" (ven la cruz, pero no la unción). Cuando llevemos la cruz, muchos sólo verán ésta, pero, con los ojos de la fe, podemos ver que, junto a ella, recibimos del Señor una unción admirable.

8. Esperanza

La esperanza es la virtud del caminante.

Hay dos pecados contra la esperanza:

- la *desesperación*: considero imposible lo que Dios me pide. Desesperar del fin es la parálisis de la acción.

- la *presunción*: considero que puedo alcanzar el fin sin la ayuda de Dios.

Santo Tomás : *“la desesperación es el pecado más peligroso, porque como la esperanza es la que nos aparta del mal y nos introduce en el camino del bien, perdida la esperanza, el hombre se abandona al mal”*.

S. Isidoro de Sevilla, *De summo bono* 2, 14: *“cometer pecado es como una muerte para el alma, pero desesperar es bajar al infierno”*.

En el Señor de los Anillos encontramos diversos casos de esperanza y desesperanza:

1.- *Denethor*: Era el Senescal de Gondor; era soberbio: pensaba que él era la única esperanza en la lucha contra Sauron, no acepta ayuda ni consejos de nadie: *“óyeme bien, Gandalf,... yo no seré un instrumento en tus manos”* (SA III, 165).

Denethor llega a entrar en diálogo con Saurón (cosa que no debería hacer, pues el Enemigo es un mentiroso), y acaba convenciéndose que es inútil hacer frente al mal, y decide suicidarse.

Denethor a Gandalf: *“Tu esperanza es sólo ignorancia... contra el Poder que ahora se levanta no hay victoria posible”* (SA III, 165).

Gandalf a Denethor: *“Nadie te ha autorizado, senescal de Gondor..., a decidir la hora de tu muerte”* (SA, III, 164).

“Gandalf está apelando... a la convicción de que cada uno de nosotros tiene una misión asignada por Dios en su providencia, y no nos es lícito desertar de ella” (R. Irigaray, op. cit, 143-144).

2.- Frodo: *"Nunca tuve la esperanza de llegar; tampoco la tengo ahora. Pero aún así, he de hacer lo que esté a mi alcance"* (SA III, 263).

"Frodo puede decir que no le queda ninguna esperanza (humana) y seguir adelante, por si Dios arbitra medios que escapan a su humana previsión, para hacer posible lo que humanamente no lo es, o no lo parece... lo contrario sería desconfiar de la asistencia y del poder divinos" (R. Irigaray, op. cit, 147).

Sigue, pues, Frodo el refrán inglés: *"Do your best, and leave the rest to One above"* (Haz lo mejor que esté a tu alcance y deja el resto a Aquél que está en lo alto).

3.- Sam: Experimenta la *Tentación de la desesperanza*, pero no cae en ella:

Sam tiene estos pensamientos: *"Todo es completamente inútil... Tú eres el tonto, tú que sigues afanándote, siempre con esperanzas... De todos modos te espera la muerte... Nunca llegarás a la cima"* (SA III, 286-287). Pero no hace caso a estos pensamientos: *"conocía ya todas las argucias de la desesperación y no les prestaba atención. Estaba decidido"* (SA III, 287).

Santo Tomás de Aquino, *Sententia Libri Ethicorum*, l. 3, lec 15, 181-182: *"La esperanza es causa de la audacia"*.

En otro momento en que Sam está embargado por la desesperanza, en tierra de Mordor, una tierra desolada e inhóspita, *"Sam vio de pronto una estrella blanca que titilaba... la esperanza renació en él... la Sombra era al fin y al cabo una cosa pequeña y pasajera; la luz, y una belleza muy alta existían para siempre más allá de su alcance"* (S.A. III, 261).

¿El crucifijo que me dieron en el Cursillo, no podría ser, en los momentos de desolación, esa estrella que mirar para renovar la esperanza?

9. El Maligno

En el Señor de los Anillos asistimos a una lucha continua contra Sauron, el Señor Oscuro.

L.G. 35 los cristianos están *"en un forcejeo con los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus"*

malignos (Ef 6,12)”.

G.S. 22: *“urgen al cristiano la necesidad y el deber de luchar, con muchas tribulaciones, contra el demonio”.*

Lc 22, 31: *“Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo”.*

La Dama Galadriel, pudiendo hacerlo, no entra en sintonía en ningún momento con Sauron: *“¡La puerta está siempre cerrada!”* (S.A., I, 517).

Etimológicamente *“Diábolos”* es *“el que separa”*.

En la Iglesia, en el Movimiento, a veces experimentamos la presencia del diablo, que pretende separar y dividir a los hermanos.

Frodo, al darse cuenta de que está discutiendo con su compañero Boromir, dice: *“La malignidad del Anillo ya está operando, aun en la Compañía”* (SA I, 572).

Gandalf, ante la *“locura”* de Denethor, que acaba suicidándose, exclama: *“¡Obra del Enemigo! Éstos son los golpes con los que se deleita: enconando al amigo contra el amigo, transformando en confusión la lealtad”* (SA III, 162).

10. Lucha entre el Bien y el mal

En *“El Señor de los Anillos”* es constante la lucha entre las fuerzas del Bien y las del mal.

G.S. 13: *“Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, ente el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas.”*

Es posible que el mal obtenga victorias parciales, pero la victoria final es del Bien. Frodo, al contemplar la estatua de un rey mutilada y pintarrajeada horriblemente por los orcos, exclama: *“¡No podrán vencer eternamente!”* (SA II, 431).

“surge en ellos la conciencia de que la supremacía del Bien no depende de sus fuerzas o sus logros, está más allá de sí mismos, corresponde a la propia naturaleza del Bien... El Bien es per se superior al Mal... esa superioridad se debe a su entronque directo con lo divino” (I. Romero, op. cit. 84).

*“el poder del Mal reside, más que en la fuerza o en el número, en la utilización de esas potestades para hacer **dudar al Bien**” (I. Romero, op. cit. 86).*

Tolkien no duda del bien: “Todo lo que sabemos... es que el mal se afana... en vano: siempre preparando tan solo el terreno para que el bien brote de él” (Tolkien, Cartas, nº 64, p. 94).

11. Fortaleza

En esa lucha entre el Bien y el mal, necesitamos la virtud de la fortaleza, virtud que hemos solicitado en la oración de este Congreso.

En primer lugar contamos con la virtud cardinal de la fortaleza (la podemos y necesitamos adquirir).

La Virtud de la fortaleza perfecciona *“el querer cuando el querer se hace difícil. Y es que el bien, muchas veces no es algo inmediato”, sino difícil y arduo: “la complejidad del sujeto, la multiplicidad de las circunstancias, la duración del tiempo son aspectos que dificultan la realización del bien” (L. Melina, op. cit., 491).*

Son innumerables las dificultades que obstaculizan el camino hacia la plenitud:

- la repulsa al esfuerzo requerido,
- el miedo ante la incertidumbre..., la angustia ante el fracaso,
- la contrariedad que supone el tiempo para el obrar, ya que añade una distensión temporal entre lo que se pretende y su consecución efectiva,
- el fin aparece como algo lejano, incierto, cuya consecución conlleva no solo una, sino toda una serie de acciones encaminadas a él.

De esta forma, la intención del fin, eje de todo el dinamismo de la acción, amenaza con debilitarse.

La virtud de Fortaleza lleva a:

- *Sustinere mala*, resistir ante las dificultades, resistir en el

bien, en el amor.

- *Aggredi pericula*, acometer con arrojo acciones que venzan las dificultades.

Además contamos con la *virtud infusa de la fortaleza*, y con el *don del Espíritu Santo de fortaleza*.

G.S. 10: *“Cristo... da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación”*

2 Tm 1,12: *“Sé de quién me he fiado”*.

“El don de fortaleza interviene en el campo de los bienes arduos, cuando la consecución de la unión con Dios se hace difícil porque conlleva esfuerzo, porque se distiende excesivamente en el tiempo, porque se hace lejana en la mediación de bienes tan pequeños y materiales” (L. Melina, op. cit. 779)

El don de fortaleza va a permitir vivir las dificultades en una docilidad al Espíritu Santo.

El hombre muchas veces se enfrenta *“con la experiencia de su flaqueza, por cuanto, a pesar de esfuerzos repetidos, ve resquebrajarse la posibilidad de vivir su misión y alcanzar la vida lograda en la comunión con Dios. No sólo porque sea débil, sino también porque las dificultades muchas veces son más grandes que uno mismo, entonces la posibilidad de alcanzar el fin se difumina y la persona se descorazona. El hombre ve como imposible llegar a colaborar con Dios. La tentación que surge es el intento de liberarse de la propia debilidad eliminando las dificultades, en definitiva, de huir de Dios. Pero la debilidad pertenece a la propia condición humana y tiene un sentido en la divina providencia, no solo porque nos hace humildes, sino porque nos permite abrirnos a la ayuda de Dios.”* (L. Melina, op. cit., 779-780).

2 Co 12, 9: *“Te basta mi gracia, porque mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza”*.

Flp 4, 13: *“Todo lo puedo en Aquél que me conforta”*.

“El don de la fortaleza... lo que hace es abrir al hombre a la confianza en Dios, en modo tal que pueda apoyarse en la fortaleza divina para que le sostenga en sus debilidades... Ciertamente la debilidad continúa, pero asumida en la compañía de Dios. De esta manera se hace posible la cooperación del hombre con Dios.” (L.

Melina, op. cit., 780).

“es clara la necesidad de la gracia para sostenerse ante el mal. Y es absolutamente legítimo alabar y agradecer el triunfo de una empresa conseguido a través de la debilidad” (I. Romero, op. cit. 104).

12. Fin del Camino

Recordemos la condición histórica y peregrinante del cristiano, que destacábamos al principio del tema.

Las acciones son *“una etapa de un camino que acerca a la meta”*. Por las acciones el cristiano *“se aproxima a su fin, en fuerza de la proporción que la acción tiene con el fin último”* (L. Melina, op. cit., 789)

“el hombre se va acercando a la meta no solo ni principalmente en el sentido temporal, sino, especialmente, en el sentido intensivo, adecuándose y preparándose a recibir el don último de Dios” (L. Melina, op. cit., 796).

“Bienaventurados los que mueren en el Señor,... para que descansen de sus trabajos, porque sus obras les acompañan” (Ap. 14, 13)

Cada cristiano ha de *“fiarse de una gracia que es cierta y que le será dada para superar la ardua prueba del tiempo”* (L. Melina, op. cit. 867), para poder soportar el *“peso del día y el calor”* (Mt, 20, 12).

“Sólo se habla de los que continuaron hasta el fin” (SA II, 445).

“Defunctus, adhuc loquitur” (incluso difunto, hablará) Los que nos han precedido en la fe, y ya han llegado al Padre, con sus obras nos hablan y nos invitan a perseverar en el seguimiento de Jesús.

“Las grandes historias no terminan nunca” (SA II, 446) Tras esta vida mortal, empieza una nueva vida, la eterna.

Lc 22, 28-29: *“Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo os transmito el reino”*.

“Entra en el Banquete de tu Señor” (Mt 25, 23).

Bibliografía

- *Magisterio de la Iglesia:*

Documentos del Concilio Vaticano II

Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*

Juan Pablo II, *Christifideles Laici*

Benedicto XVI, *Deus caritas est*

- *Obra de J.R.R. Tolkien:*

J.R.R. Tolkien, *El Señor de los Anillos*, Ediciones Minotauro, Barcelona, 1980. (En las citas, SA significa El Señor de los Anillos)

J.R.R. Tolkien, *Cartas*, Ediciones Minotauro

J.R.R. Tolkien, *Hoja y Árbol*

-*Obras sobre J.R.R. Tolkien:*

Isabel Romero Tabares, *En el corazón del mito* (la dimensión espiritual del Señor de los Anillos) PPC, Madrid, 2004.

Joseph Pearce, *Tolkien: Hombre y mito*, Ediciones Minotauro, Barcelona, 2003.

Paulino Arguijo de Estremera, *Tolkien*, Biografías, Mundo cristiano, Ediciones Palabra, Madrid, 1992.

Ricardo Irigaray, *Elfos, Hobbits y dragones* (Una investigación sobre la simbología de Tolkien), Ed. Tierra Media, Buenos Aires, 1999.

Ricardo Irigaray, *Aproximación a Tolkien*, Ediciones de la Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 1999

- *Manual de Teología Moral:*

Livio Melina, José Noriega, y Juan José Pérez Soba, *Caminar a la luz del Amor, los fundamentos de la moral cristiana*, Colección Pelicano, Ediciones Palabra, Madrid 2007.



**LA COMUNIDAD,
ESCUELA DE SANTIDAD.**

COMUNICACIONES



**TENIAN UN SOLO CORAZÓN Y UN ÚNICO
SENTIR**
**EL EJERCICIO DE LA CARIDAD CONDICIÓN
INDISPENSABLE PARA CRECER EN COMUNIDAD**

Carmen Freire Cordero

1. Llamados a ser comunidad

La persona es un ser social, sólo le es posible realizarse con los otros. Construimos nuestra identidad con los demás, con el encuentro con el otro. Se trata de ser hombres y mujeres para los demás, es decir, con un amor de donación. No es posible vivir de forma individual.

Somos cristianos, seguidores de Jesús. Él, vino al mundo para darnos vida abundante, y nos reveló qué significa tener vida: *“que te conozcan a ti único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo”* (Jn 17, 3). La vida, en su verdadero sentido, ni la tiene uno para sí, ni procede de uno mismo: es una relación con Dios y, en consecuencia, comporta un compromiso con los demás: llegamos a ser para todos, identificándonos con el prójimo.

En consecuencia, el hombre necesita una comunidad. Descubrir que existe el otro, sabiendo que es distinto de mí y deseando para él lo mismo que para mí. La novedad de Jesús está en afirmar que no es posible aislarse de los otros: se vive en comunidad y pensando en el bien de la comunidad.

2. El ejemplo de las primeras Comunidades cristianas

La Sagrada Escritura nos ofrece las directrices generales sobre cómo ha de ser una comunidad, y cómo deben actuar sus miembros para crecer juntos, para que la comunidad sea ejemplo y se pueda expandir por todo el mundo. Los primeros cristianos también se reunían, formaban comunidad y, por su ejemplo, se les iban incorporando nuevos miembros. Así, en el libro de los Hechos de los

Apóstoles, San Lucas nos describe cómo vivían las primeras comunidades a partir de un concepto básico: *“La multitud de los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común. No había entre ellos ningún necesitado, todos los que tenían bienes los ponían al pie de los apóstoles y se repartían según sus necesidades”* (Act 4, 32)

Una primera idea que llama la atención es que tenían un solo corazón, es decir, un solo sentir, una sola vida, una sola conciencia y, por tanto, unos mismos sentimientos, ya que éstos tienen su raíz en el corazón. Los primeros cristianos compartían sus dolores, sus angustias, sus penas, los sentimientos que surgen del corazón. También del corazón nacen los pensamientos, por lo cual tenían un solo pensar. Todo esto era reflejo de haber aceptado a Jesús, su mensaje, su proyecto de realización del Reino ya en este mundo.

3. Cómo imitarlas

Para que nuestra comunidad sea lugar de crecimiento espiritual y de evangelización, sus miembros han de vivir con un mismo corazón. Ello significa, en nuestro caso, que hemos de sentir con el movimiento:

- Mostrando nuestra disponibilidad a todo aquello que se nos pide, nos guste más o menos, siempre con espíritu de servicio humilde a la comunidad.
- Esforzándonos en cumplir con nuestras obligaciones, al igual que esperamos ver respetados nuestros derechos.
- Poniendo los talentos que Dios nos ha dado, al servicio de la comunidad.
- Ofreciendo siempre lo mejor de nosotros mismos y aprovechando todos aquellos medios que el movimiento nos ofrece: encuentros, grupos de perseverancia, convivencias... También los Ejercicios Espirituales que son fuente privilegiada de gracia de Dios.
- Compartiendo con los hermanos las alegrías, las angustias, los dolores...interesándonos por cada uno de los miembros de la comunidad, ayudando, escuchando,

conversando.

“Todos los miembros se preocupen los unos por los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo” (1Cor 2,25-26)

Otra característica de las primeras comunidades, fruto de tener todos un mismo corazón, es que nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común. Los Hechos de los Apóstoles nos explica que Bernabé posee un campo y lo vende para cubrir las necesidades: *“entre ellos no había ningún indigente”* (Act 4, 32 -5, 6). En este caso se refiere a los bienes materiales.

Nuestra comunidad, tiene muchos proyectos de evangelización, para las cuales se necesitan medios económicos que requieren un esfuerzo por parte de sus miembros, con el objetivo de que muchos hermanos nuestros conozcan la Buena Nueva de Jesús.

Me llama la atención que aquellos primeros cristianos ponían bienes económicos a los pies de los apóstoles, los cuales los repartían según sus necesidades. También en nuestro caso los ponemos para que los diferentes responsables los administren según crean conveniente. Ningún miembro de la comunidad debe pasar necesidades: es importante que todos nos sintamos arropados en momentos difíciles. De hecho, la comunidad siempre ha ayudado en momentos arduos, compartiendo los bienes que posee. *Si alguno que posee bienes del mundo, ve a su hermano que está necesitado y le cierra sus entrañas ¿Cómo puede permanecer en él el amor de Dios? (1Jn 3, 17)*

Un ejemplo de las primeras comunidades es la colecta. San Pablo les recuerda a qué se comprometieron con la comunidad de Jerusalén: *“solo nos pidieron que nos acordáramos de los pobres”*. En la primera carta a los corintios les dice que, respecto a esta colecta, hagan ellos lo que han hecho los galatas, es decir, que cada domingo se deposite en un fondo lo que hayan conseguido ahorrar en la semana 1Co 16,1-2. A esta comunidad se le pide nuevamente su generosidad para los pobres de Jerusalén y les pone como ejemplo la iglesia de Macedonia, que ha sido generosa, dado su extrema

pobreza, dando mucho más de lo que podía (2Co 8,1-9,3), motivación para los corintios que promovieron la colecta y que disponen de mas medios económicos, para que sean generosos. La razón teológica que ofrece para esta colecta: si los paganos se han beneficiado de los bienes espirituales de los judeo-cristianos de Jerusalén, es justo que ellos los socorran con bienes materiales (Rm15, 25-27).

Todos, en algún momento de nuestra vida, nos hemos beneficiado y nos seguimos beneficiando espiritualmente de las diferentes comunidades. Es, pues, un deber que las distintas comunidades se ayuden mutuamente, tanto económicamente como espiritualmente, de esta forma creceremos juntos, aportando todo lo que poseemos.

Todo lo que tiene un verdadero cristiano, sus cualidades, su carisma, sus talentos...no se los puede quedar para sí, deben ser considerados un bien común, ya que el cristiano es un administrador de los bienes del Señor, tanto espirituales como materiales.

Ningún miembro de la comunidad debe pasar necesidades ni espirituales ni materiales.

4. La Caridad es el alma

Todo esto no tendría ningún valor sin caridad. *“Aunque reparta todos mis bienes...si no tengo caridad nada me aprovecha”* (1Co 13, 3). El objetivo de toda comunidad es dar gloria a Dios, San Pablo a los Corintios afirma que todo lo que se haga, sea para dar gloria a Dios; para que una comunidad de gloria a Dios tiene que reinar la caridad entre sus miembros. La caridad es la virtud por la cual amamos a Dios y al prójimo como a uno mismo. La caridad es el alma que rige toda relación social, sin caridad no existe una verdadera comunidad, ni pueda haber un crecimiento. Los primeros cristianos, amaban a Dios y se amaban entre ellos, es decir reinaba entre ellos la caridad. Este testimonio de amor es lo que llamaba la atención de sus contemporáneos: muchos de ellos, al oír el anuncio de Jesús por los apóstoles y ver el ejemplo de la comunidad se les unían, se convertían. La caridad es fundamental para el crecimiento de una comunidad. *“en esto conocerán que sois mis discípulos, en que*

os améis los unos a los otros"

Tanto en los Hechos de los Apóstoles, como en las diferentes cartas de San Pablo a las comunidades que había ido formando, se descubre que no les fue fácil el ejercicio de la caridad, por los problemas de la propia comunidad, (desavenencias por ejemplo) y por el esfuerzo de amar a aquellos que desde fuera los criticaban. La práctica de la caridad no solo se resintió por divisiones internas sino también por factores externos. Sin embargo tenían muy claro cual tenía que ser su actitud: la del perdón, a imitación del Maestro, cumpliendo su principal mandamiento: *"amaros como yo os he amado"*. El que ama perdona. *"Si mientras llevas tu ofrenda al altar te acuerdas que tu hermano tiene quejas contra ti, deja tu ofrenda delante del altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y después ve a llevar tu ofrenda"* (Mt 5)

En nuestras comunidades también es normal que surjan problemas, desavenencias, diferentes criterios, actitudes que nos desagradan....lo cual puede romper la unidad. Para que ello no ocurra, debe reinar la caridad; con caridad todo se excusa, todo se perdona, manteniéndose la unidad. La caridad es clave para la cohesión de la comunidad.

En el evangelio de San Juan leemos: *"Que todos sean uno como Tú, Padre, estás en mi y Yo en ti; que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste"* (1Jn 17, 31). El Amor que tiene como objetivo mantener la unidad. *"En eso conocerán que sois mis discípulos en que os amáis los unos a los otros"* (Jn 13, 35). El amor entre los miembros de la comunidad es esencial para dar testimonio y poder crecer.

San Pablo compara la caridad con los diversos carismas de la comunidad: profecía, don de lenguas, sabiduría, limosna, martirio....los cuales son carismas vanos si están vacíos de caridad. Si aplicamos a nuestra comunidad la advertencia de San Pablo: si la comunidad tiene miembros muy sabios, *aunque tenga el don de profecía, y conozca todos los misterios y toda la ciencia,...sin caridad no soy nada*, si realiza muchas obras sociales, *"Aunque reparta todos mis bienes sin caridad nada soy"*, si incluso entrega su vida,...aunque *"entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad nada me aprovecha"*. San Pablo insiste a sus comunidades que si no hay caridad entre sus miembros nada sirve.

Finalmente San Pablo en la carta a los Corintios nos ofrece una descripción incomparable de lo que debe ser la caridad. *“La caridad es paciente, es amable, la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta”.* (1Co 13, 4)

Son quince maneras propias de actuar de la caridad, quince afirmaciones sobre el amor. En el centro está no buscar el propio interés. La caridad no acaba nunca, el amor siempre permanece.

A cada miembro de la comunidad Dios le ha dado un carisma, para provecho común, ya que somos administradores de los bienes del Señor. Cada miembro es necesario y Dios ha dado una función a cada uno, por tanto nos necesitamos mutuamente. Se nos ha destinado para estar unidos, una unión basada en la caridad. Sólo así podremos ser testimonios del amor de Cristo en el mundo, testigos de un amor que se plasma en nuestro vivir. Sólo por un testimonio así se pueden ir añadiendo más creyentes a la comunidad, podremos crecer personalmente y como comunidad. Nuestra fe considera a todo hombre como hermano, lo cual ha de concretarse en el compromiso comunitario optando por un amor integral.

LAS PRIMERAS COMUNIDADES CRISTIANAS COMO MODELO A SEGUIR EN LAS FORMAS ASOCIADAS DE FIELES LAICOS

Rafael Valdés Rodríguez

1. Introducción

Para la vida y desarrollo de cualquier forma asociada de fieles laicos, las primeras comunidades cristianas *constituyen el mejor referente y modelo*.

Son ellas, las que de un modo privilegiado *acogieron de primera mano* todas las gracias y dones alcanzados por Nuestro Señor Jesucristo durante su estancia en la tierra, junto a nosotros.

Son *testimonio y ejemplo* de oración, de caridad, de unidad, de apostolado, de servicio a los más necesitados, de fidelidad a Cristo. Todo esto y más se recoge de modo admirable en la Sagrada Escritura, en el Libro de los Hechos de los apóstoles.

Es la primitiva Iglesia, la esposa fiel que Cristo se ha elegido y a la que ha redimido depositando en ella el don del Espíritu Santo que la guía e impulsa en su misión de llevar a todos los hombres la Buena Nueva del Evangelio.

Las formas asociadas de fieles laicos suscitadas en la Iglesia como don del mismo Espíritu, están llamadas a *mirarse en ellas* para vivir con la misma fidelidad y dar el fruto que Cristo espera.

Por el Bautismo, el distintivo y vocación de todo cristiano es:

- La participación en la comunión en la Iglesia que Cristo funda en Pedro, como columna y fundamento de la verdad (1 Tim 3,15) y a la que promete asistir con su presencia todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,20).

- Y la corresponsabilidad en su misión (Jn 15), (1 Pe 2, 9).

2. El mandato inicial

En la Palabra de Dios encontramos el mandato del Señor a los apóstoles de permanecer en Jerusalén. Allí se cumplirá la Promesa del Padre: recibirán el don del Espíritu Santo que los constituirá en testigos del evangelio, primero en su región y luego por el mundo entero. Con las primeras comunidades cristianas comienza la vida y misión de la Iglesia.

“Mientras estaba comiendo con ellos, les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre, “que oísteis de mí: Que Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días”. Los que estaban reunidos le preguntaron: “Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el Reino de Israel?” El les contestó: “A vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad, sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra.” (Act 1,4-8)

3. La participación de los fieles laicos

La Iglesia a través del Concilio Vaticano II, nos enseña y recuerda que los fieles laicos también deben ser partícipes y corresponsables de esta misión, según el modo propio.

“En la Iglesia hay variedad de ministerios, pero unidad de misión. A los Apóstoles y a sus sucesores les confirió Cristo el encargo de enseñar, de santificar y de regir en su mismo nombre y autoridad. Mas los seculares, hechos partícipes del ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen su cometido en la misión de todo el pueblo de Dios en la Iglesia y en el mundo (LG 31). En realidad, ejercen el apostolado con su trabajo para la evangelización y santificación de los hombres, y para la función y el desempeño de los negocios temporales, llevado a cabo con espíritu evangélico, de forma que su laboriosidad en este aspecto sea un claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres. Pero siendo propio del estado de los seculares el vivir en medio del mundo los negocios temporales, ellos son llamados por Dios para que, fervientes en el espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a manera de fermento.”

Y hablando a las asociaciones de fieles laicos nos dice:

“Entre estas asociaciones hay que considerar primeramente las que favorecen y alientan una unidad más íntima entre la vida práctica de los miembros y su fe. Las asociaciones no se establecen para sí mismas, sino que deben servir a la misión que la Iglesia tiene que realizar en el mundo; su fuerza apostólica depende de la conformidad con los fines de la Iglesia y del testimonio cristiano y espíritu evangélico de cada uno de sus miembros y de toda la asociación” (AA 19).

4. Espejo donde mirarse

Para vivir todo esto, de un modo adecuado, nada mejor que contemplar la vida de las primeras comunidades cristianas. Ellas contienen la plenitud de la Iglesia condensada germinalmente en los apóstoles y María Santísima, por eso son el mejor referente y modelo para toda forma eclesial, también las formas asociadas de fieles laicos.

Nos acercamos a las primeras comunidades, no con nostalgia, anhelando tiempos pasados, sino con voluntad decidida de hallar en ellas fortaleza, renovación e impulsos evangelizadores y de santidad.

Los Hechos de los Apóstoles nos presentan en tres ocasiones un tipo de comunidad ideal, aunque ni siquiera en estos casos faltaron las dificultades:

“Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. El temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar.... La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos. Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran

simpatía. No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad..... Por mano de los apóstoles se realizaban muchas señales y prodigios en el pueblo... Y solían estar todos con un mismo espíritu en el pórtico de Salomón, pero nadie de los otros se atrevía a juntarse a ellos, aunque el pueblo hablaba de ellos con elogio. Los creyentes cada vez en mayor número se adherían al Señor, una multitud de hombres y mujeres. ... hasta tal punto que incluso sacaban los enfermos a las plazas y los colocaban en lechos y camillas, para que, al pasar Pedro, siquiera su sombra cubriese a alguno de ellos. También acudía la multitud de las ciudades vecinas a Jerusalén trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos; y todos eran curados". (Act 2, 42-47; 4, 32- 35; 5, 12-16).

Señalemos algunos rasgos de dichas comunidades: acudían a la enseñanza de los Apóstoles, ponían en común los bienes, se practicaba la ayuda a los pobres, se celebraba la fracción del pan, compartían la oración y vivían unidos. También se nos indica cuáles eran las consecuencias de un tal testimonio de vida. No pocos se iban agregando a la comunidad, gozaban de la admiración de todos y muchos de los que oían la palabra y presenciaban el modo de vida de los cristianos daban el paso a la fe (Act 4, 4; 5, 14).¹

Ante la llegada del tercer milenio Juan Pablo II en su Carta Apostólica "El nuevo milenio" en su capítulo 3º, nos ofrece algunas prioridades pastorales: la santidad dada a cada bautizado, el "arte" de la oración, la eucaristía dominical, el sacramento de la reconciliación, la primacía de la gracia, la escucha de la Palabra y su anuncio. Como se puede comprobar las prioridades recomendadas por el Pontífice coinciden plenamente con los aspectos que vivían las primeras comunidades cristianas.

5. El oficio sacerdotal, profético y real de los fieles laicos

Juan Pablo II en la exhortación *Christifideles Laici* (p14) aclara cómo los fieles laicos participan del triple oficio de

¹ Talante y acción misionera de las primeras comunidades cristianas. Por Ignacio Fernández de Mendoza, C.M. Vicario General. 22/05/2001

Cristo: sacerdotal, profético y real. Esta enseñanza contiene de modo admirable, cómo deben vivir los laicos los rasgos de las primeras comunidades que se mencionan en los tres sumarios de los Hechos de los apóstoles mencionados anteriormente.

Oficio sacerdotal

Los fieles laicos participan en el oficio sacerdotal, por el que Jesús se ha ofrecido a sí mismo en la Cruz y se ofrece continuamente en la celebración eucarística por la salvación de la humanidad para gloria del Padre. Incorporados a Jesucristo, los bautizados están unidos a Él y a su sacrificio en el ofrecimiento de sí mismos y de todas sus actividades (cf. Rm 12, 1-2). Dice el Concilio hablando de los fieles laicos: "Todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso espiritual y corporal, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo (cf. 1 P 2, 5), que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del Cuerpo del Señor. De este modo también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran a Dios el mundo mismo".(23)

Los fieles laicos viven el oficio sacerdotal por su participación en la vida litúrgica de la Iglesia, la celebración de los sacramentos y la ofrenda de su trabajo y del entero conjunto de su vida a Dios Padre, en Cristo, por el Espíritu. De modo especial, la Eucaristía, en la que como bien enseña la Iglesia y el Papa, todos los bautizados incorporados a Jesús, con todo lo que son, hacen y tienen, se ofrecen con Él al Padre. También una fiel y ordenada vida de oración acorde a nuestra situación, nos permiten vivir el oficio sacerdotal, del mismo modo como nos enseñan las primeras comunidades cristianas.

El Catecismo, de sus cuatro partes, dedica una a la oración. Nos dice de ella que es don de Dios, Alianza y Comunión (2559, 2562, 2565). Muestra como el mismo Jesús ora (2599) y como nos enseña a orar (2607), de modo fundamental la oración del "Padre Nuestro" (2759) y las distintas formas de

oración (2623).

La liturgia, dice la constitución dogmática del Vaticano II "Sacrosanctum concilium", es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia (y, en consecuencia, también la actividad de las asociaciones de fieles) y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza.

Nunca se debe perder de vista que la vivencia del oficio sacerdotal de los cristianos nos ha de llevar a la comunión en la Iglesia y a participar de su misión. Así nos lo recuerda Juan Pablo II en su exhortación *Christifideles Laici*:

"La comunión de los cristianos entre sí nace de su comunión con Cristo: todos somos sarmientos de la única vid, que es Cristo y la comunión de los cristianos con Jesús tiene como modelo, fuente y meta la misma comunión del Hijo con el Padre en el don del Espíritu Santo" (18).

También las siguientes palabras en esa misma exhortación, lo concretan y sirven para introducir el segundo aspecto de la vida de los bautizados:

"La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión" (32).

Oficio Profético

"La participación en el oficio profético de Cristo, "que proclamó el Reino del Padre con el testimonio de la vida y con el poder de la palabra" (24), habilita y compromete a los fieles laicos a acoger con fe el Evangelio y a anunciarlo con la palabra y con las obras, sin vacilar en denunciar el mal con valentía. Unidos a Cristo, el "gran Profeta" (Lc 7, 16), y constituidos en el Espíritu "testigos" de Cristo Resucitado, los fieles laicos son hechos partícipes tanto del sobrenatural sentido de fe de la Iglesia, que "no puede equivocarse cuando cree", (25) cuanto de la gracia de la palabra (cf. Hch 2, 17-18; Ap 19, 10). Son igualmente llamados a hacer que resplandezca la novedad y la fuerza del Evangelio en su vida cotidiana, familiar y social, como a expresar, con paciencia y valentía, en medio de las contradicciones de la época presente, su esperanza en la gloria

“también a través de las estructuras de la vida secular” (26)

Nos recuerda el catecismo en su prólogo (pág.3) que este tesoro recibido de los apóstoles debe ser transmitido de generación en generación, por todos los fieles de Cristo. La escucha de la Palabra de Dios, y la comprensión de las verdades transmitidas por Jesús en el evangelio y enseñadas por la Iglesia a todos los hombres, nos permiten ser profetas, que anuncian como testigos la verdad del bien y el bien de la verdad obrado en sus vidas. Es por eso, que la formación bíblica, ascética, espiritual, litúrgica y teológica en la vida de los fieles laicos es un aspecto fundamental para poder *dar razón de nuestra esperanza*, con palabras del apóstol Pedro. Así como las primeras comunidades acudían asiduamente para recibir la enseñanza de los apóstoles, nosotros también tenemos la urgente necesidad de formarnos para poder transmitir con toda fidelidad las enseñanzas recibidas por Cristo, con el corazón puesto en Dios y la inteligencia atenta a las indicaciones del Magisterio eclesial.

Una sociedad desarrollada como la nuestra, que está impregnada de un relativismo moral y teórico (como denunciaba el Papa Benedicto en su discurso de inicio de pontificado), necesita fieles laicos suficientemente preparados para *iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor.* (Lumen Gentium, 31). A ese fin, el conocimiento rectamente ordenado de las ciencias humanas, de los movimientos sociales, culturales, y de los instrumentos adecuados para su fin, requiere también el don de la sabiduría, don del Espíritu Santo, para ponerlo al servicio de la dignidad humana y del progreso de los pueblos llamados a ser uno en Cristo Jesús. Y ello no es posible sin el cultivo paciente y generoso de la doctrina cristiana, que ilumina, orienta y fortalece cuanto de verdaderamente humano contiene la ciudad terrena, como camino de encuentro con su Creador.

En el seno de la Iglesia se nos ofrecen diversos documentos que nos orientan de modo admirable como poder llevar a cabo esa evangelización. De importante referencia son el decreto del Concilio Vaticano II *“Apostolicam actuositatem”*

sobre el apostolado de los seglares, la exhortación apostólica “*Evangelii Nuntiandi*” de Pablo VI acerca de la evangelización del mundo contemporáneo y la exhortación apostólica de Juan Pablo II “*Christifideles Laici*”.

Y ambas insisten en la necesidad de la formación para el apostolado: “*En este diálogo entre Dios que llama y la persona interpelada en su responsabilidad se sitúa la necesidad de una formación integral y permanente de los fieles laicos, a la que los Padres sinodales han reservado justamente una buena parte de su trabajo (Chl 57). El apostolado solamente puede conseguir plena eficacia con una formación multiforme y completa*” (AA 28).

Oficio real

“*Por su pertenencia a Cristo, Señor y Rey del universo, los fieles laicos participan en su oficio real y son llamados por Él para servir al Reino de Dios y difundirlo en la historia. Viven la realeza cristiana, antes que nada, mediante la lucha espiritual para vencer en sí mismos el reino del pecado (cf. Rm 6, 12); y después en la propia entrega para servir, en la justicia y en la caridad, al mismo Jesús presente en todos sus hermanos, especialmente en los más pequeños (cf. Mt 25, 40). Pero los fieles laicos están llamados de modo particular para dar de nuevo a la entera creación todo su valor originario. Cuando mediante una actividad sostenida por la vida de la gracia, ordenan lo creado al verdadero bien del hombre, participan en el ejercicio de aquel poder, con el que Jesucristo Resucitado atrae a sí todas las cosas y las somete, junto consigo mismo, al Padre, de manera que Dios sea todo en todos (cf. Jn 12, 32; 1 Co 15, 28).*”

Cristo reinó desde la cruz. Es un reinado desde la entrega y el servicio: *Pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos (Mc 10, 45).* Y lo mostró de un modo sublime en la Última Cena con el lavatorio de los pies para darnos ejemplo de cómo debemos actuar unos con otros y, sobretodo cuando en la cruz ha entregado su vida por todos. Por eso el Papa (*principio y fundamento, perpetuo y visible de la unidad de fe y de comunión, “Lumen Gentium” 18*) es llamado el siervo de los siervos de Dios, por su peculiar participación en el sacerdocio de Cristo presidiendo las Iglesias en la caridad.

Así, los cristianos obedecemos al que sirve. La caridad hace verdadera la fe que profesamos y vivimos (*veritate facientes in caritate*, dice san Pablo). Los fieles laicos están llamados a vivir la vida nueva de la gracia alcanzada por Cristo, venciendo así al pecado. Están llamados a vivir la gracia y el amor, que se concreta en el servicio y la entrega a Dios y a los hermanos.

El oficio real de los fieles laicos exige, individual o asociadamente, adentrarse en las estructuras humanas *como la levadura en la masa*, guiándose por el espíritu evangélico, con un exquisito respeto a su peculiar y propio carácter secular (Lumen Gentium 31). Habrá que descubrir cuáles son hoy los “areópagos modernos”, para ejercer desde allí el servicio a la verdad; y desde dónde defender hoy la dignidad de la persona humana, concretamente en su derecho fundamental a la vida y a una familia, y en el justo desarrollo de los derechos humanos más elementales.

Benedicto XVI en su primera encíclica *Deus Caritas est*, nos invita a contemplar a los santos, que *han ejercido de modo ejemplar la caridad* (40). *De entre ellos sobresale María, Madre del Señor y espejo de toda santidad* (41). *En los santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos* (42).

También nos enseña que la Caridad es tarea de la Iglesia y de cada fiel:

“Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la Palabra y los Sacramentos, empresa tantas veces heroica en su realización histórica; y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana” (19).

Y el Concilio nos recuerda:

“Pero como la santa Iglesia en sus principios, reuniendo el ágape de la Cena Eucarística, se manifestaba toda unida en torno de Cristo por el vínculo de la caridad, así se reconoce siempre por este distintivo del amor, y al paso que se goza con las empresas de otros, reivindica las obras de caridad como deber y derecho suyo, que no puede enajenar. Por lo cual la misericordia para con los necesitados y enfermos, y las llamadas obras de caridad y de ayuda mutua para aliviar todas las necesidades humanas son

consideradas por la Iglesia con un singular honor.” (AA 8).

Conclusión

Por el sacramento del Bautismo hemos sido unidos a Cristo y a su Cuerpo que es la Iglesia de modo admirable, corresponsables en su misma misión. El Papa y el Concilio concretan el modo propio de participación en el misterio de la Iglesia de los fieles laicos como sacerdotes, profetas y reyes. Y las primeras comunidades cristianas son testimonio y modelo de fidelidad y perseverancia en los dones recibidos de Dios. Nos enseñan que para poder dar frutos de santidad y apostolado debemos dejarnos transformar por la acción del Espíritu Santo que se derrama en la vida de oración y de sacramentos, de una integral y progresiva formación en comunión con la Iglesia y en la vivencia comunitaria de la gracia.

El Movimiento Christifideles Laici, contempla en sus medios de perseverancia todos estos aspectos: Plan de vida, Encuentros, Grupos de perseverancia, Ejercicios espirituales, Adoración nocturna, entre otros. La fidelidad y perseverancia en estos dones por parte de sus miembros, hacen posible la transformación de las almas, que permite cada vez con más vigor y fuerza, poder dar frutos de comunión, de santidad y de apostolado. En definitiva de *amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.*

Así pues, somos llamados a vivir con admiración y gratitud todos los dones alcanzados por el Redentor, a amar filialmente la Voluntad de Dios y a una adhesión total a Cristo, que es Camino, Verdad y Vida.

En definitiva, fieles y agradecidos al amor ofrecido por Dios a su Iglesia en la persona de Cristo y el Espíritu Santo y manifestado de múltiples formas, éste nos sirve de alimento para dar luego, el fruto que Dios espera:

Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad

**COMUNIDADES SEPARADAS UNIDAS EN UN
MISMO SENTIR
LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS**

Jacinto Forment

1. Introducción

El Símbolo de los Apóstoles –nuestro credo – está constituido como una serie de respuestas de fe a la Revelación de Dios a los hombres a lo largo de la historia. En una de estas cuestiones, profesamos creer en la comunión de los santos.

El Catecismo de la Iglesia Católica expresa que la comunión de los santos se da en la Iglesia. Comunión es la unión de cuerpos formando un solo cuerpo. Como Iglesia, creemos que somos un cuerpo único cuya cabeza es Cristo. Pero esta expresión no es una metáfora, sino que hace referencia a la realidad sobrenatural que nos envuelve. San Pablo nos recuerda que cuando un miembro sufre todos sufren con él, y lo que hace un miembro en y por Cristo da fruto para el resto. Esta comunión de todos los fieles cristianos formando un solo cuerpo con Cristo es sin duda la vocación más perfecta del cristiano, pues implica la entrega más absoluta, la entrega de sí mismo para vivir en comunión con Dios y con el resto de los santos. Por eso, son quienes gozan ya de la bienaventuranza celeste los que viven de una forma más perfecta la comunión de los santos, pues ellos están más íntimamente unidos a Cristo, y no dejan de interceder por nosotros.

El objeto de este artículo es precisamente desarrollar qué se esconde detrás de esta expresión, que repetimos cada domingo los fieles que acudimos a la Eucaristía dominical, quizás sin ser conscientes de lo que decimos, y que constituye nada menos que una llamada a nuestra vocación última, pues todos estamos llamados a ser santos.

Para ello, analizaremos en primer lugar lo que entendemos por comunión desde el punto de vista terrestre, es decir,

qué significa la comunión entre personas. Y a continuación, desarrollaremos el significado de la *comunión de los santos* que define la Iglesia en el Catecismo, y que, como veremos, se divide en dos vertientes estrechamente relacionadas: la comunión “*en las cosas santas*”, y la comunión “*entre las personas santas*”.

2. La comunión entre el hombre y la mujer: Imagen de Dios

“*La belleza de la Creación refleja la infinita belleza del Creador*”¹. Es suficiente con abrir los ojos para darse cuenta de la hermosura y el orden que existe en todo cuanto nos rodea. ¿Quién no ha experimentado un sentimiento que le trasciende al contemplar el brillo del mar desde un punto alto de la ciudad en un día soleado, o al inspirar la fresca fragancia de un bosque frondoso mientras pasea por él?

Las cosas bellas de este mundo son, por así decir, como una huella de Dios, una constatación de que Dios ha creado el mundo y sigue interesándose por él. Y son bellas precisamente porque participan, aunque lejanamente, de la Belleza y Bondad de Dios. Una huella humana hundida en la arena de una playa nos indica que por allí ha pasado un hombre. La huella no es el hombre, y está lejos de parecersele, pero apunta hacia su existencia.

Los seres vivos –las plantas y los animales –se asemejan todavía más a Dios que los seres inanimados, puesto que están dotados de vida, y por tanto, reflejan con más perfección “*la perfección infinita de Dios*”². No obstante, si bien “*todas las criaturas poseen una cierta semejanza con Dios*”³, solo el hombre es *imagen* de Dios.

Una imagen es mucho más que una simple huella. Cuando decimos que un hijo es imagen de su padre queremos expresar que el hijo posee muchas características del padre, tal vez la mirada, los gestos, el tono de voz... El hijo es distinto al padre pero es imagen suya, y por tanto, nos recuerda a este mucho más que lo que pueda recordarnos la huella que deje el padre en la arena.

Así pues, ¿cuál es la corona de la Creación? De todo lo

creado por Dios, ¿qué más que nada refleja la belleza divina? La respuesta está en el Génesis: *"Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra; y los bendijo Dios, diciéndoles: 'Procread y multiplicaos'"* (Gén 1, 27-28). En estas palabras, descubrimos no solo que el hombre y la mujer son individualmente imagen de Dios, sino que son imagen de Dios en cuanto varón y mujer. Ambos, en su llamada a la *comunión* fecunda, revelan más plenamente esta imagen.

Es en esta *comunión*, en la entrega total de sí mismos, cuando el hombre y la mujer se asemejan más a Dios. Ciertamente *"no podemos captar lo que es Dios, sino lo que no es"*⁴, pero Dios mismo nos ha revelado su secreto más íntimo: *"Él (...) es una eterna comunicación de amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos ha destinado a participar en Él"*⁵. En Dios, las tres Personas de la Trinidad viven una *"reciprocidad eterna de amor"*. Dios es una *Comunión eterna de Personas*.

Una común unión (*comunión*) de personas se establece cuando dos o más personas *"se dan"* a sí mismas la una a la otra en amor y servicio. El Padre *"engendra"* al Hijo eternamente al *"darse a Sí mismo"* al y para el Hijo. Imaginemos la alegría que puede sentir un padre al engendrar a su hijo. Aún así, es algo instantáneo, que ocurre en un determinado momento del tiempo. Dios Padre engendra al Hijo continuamente. A la vez, el Hijo recibe eternamente el amor del Padre y se da en correspondencia a sí mismo al Padre. Y el amor que comparten es el Espíritu Santo que, como decimos en el Credo Niceno *"procede [eternamente] del Padre y del Hijo"*.

El hombre y la mujer, al convertirse en una donación sincera del uno al otro, se hacen imagen del amor de Dios. Y también este amor da su fruto en los hijos que proceden de ambos. *"La sexualidad, mediante la cual el hombre y la mujer se dan uno a otro con los actos propios y exclusivos de los esposos, no es algo puramente biológico, sino que afecta al núcleo íntimo de la persona humana en cuanto tal"*⁶. De esta forma, los esposos comparten una *comunión* espiritual. Los animales no son capaces de esta *comunión* porque no son espirituales. No están hechos a imagen de Dios.

3. La comunión con Cristo

Habiendo comprendido la comunión desde un punto de vista terrestre, y que como hemos visto está íntimamente ligada con el misterio de Dios, es ya el turno de analizar la expresión *comunión de los santos* que aparece en el Símbolo de los Apóstoles. El Catecismo enseña que esta expresión tiene “dos significados estrechamente relacionados: ‘*comunión en las cosas santas*’ y ‘*comunión entre las personas santas*’”. En este apartado estudiaremos el primer sentido: la comunión en las cosas santas.

Las cosas santas engloban todo “*lo que es santo para los que son santos*”⁷. Podemos comprender qué cosas son santas fijándonos en los bienes espirituales que compartían las primeras comunidades cristianas.

En primer lugar, todos comulgaban en la fe, recibida de los Apóstoles. Compartían asimismo los carismas recibidos del Espíritu Santo, y si bien cada uno obtenía las gracias de forma diferente, a cada cual se le otorgaba “*la manifestación del Espíritu para provecho común*” (1 Co 12,7). Esta forma de vivir compartiendo sus bienes no excluía tampoco las cosas materiales, pues “*todo lo tenían en común*” (Hch, 2,42).

De entre las cosas santas, las propiamente más indicadas para llamarse así, son los sacramentos. “*La comunión de los santos es la comunión de los sacramentos*”. De hecho, todos los sacramentos podrían considerarse comunión, porque “*cada uno de ellos nos une a Dios*”⁸. Sin embargo, es la Eucaristía la que lleva la comunión a su culminación, y por eso recibe también este nombre, “*porque por este sacramento nos unimos a Cristo, que nos hace partícipes de su Cuerpo y de su Sangre para formar un solo cuerpo*”⁹.

Jesús, “*habiendo amado a los suyos (...), los amó hasta el extremo*” (Jn 13,1). Amar hasta el extremo es darse a sí mismo completamente. Y eso es lo que hizo Jesús al entregarnos su cuerpo, no solo en la cruz, sino en cada Eucaristía. Jesús se nos da en comunión, es decir, se entrega a sí mismo en

¹ Catecismo de la Iglesia Católica, n.341.

² Ibid. n. 41

³ Ibid. n. 41

amor. La Eucaristía es la primera de todas las cosas santas. Por eso, la comunión de los santos empieza en la comunión con Cristo. Por medio de la Eucaristía, se realiza plenamente el sentido primero de la comunión de los santos.

La Eucaristía es también la unión de Cristo con su Iglesia. Es el sacramento del Amado y de la Amada, el anticipo de la unión eterna. La Iglesia anda peregrina en la tierra, y anhela unirse a Cristo, su Esposo, en la gloria del cielo. En *las bodas del Cordero*, según la imagen usada en el Apocalipsis, se producirá la unión eterna y definitiva de Cristo y de la Iglesia. Cristo, "*Cordero inmaculado de Dios*", se dará a sí mismo para siempre a su Esposa, la Iglesia, y la Iglesia devolverá el don de sí misma a Cristo. Por medio de este intercambio mutuo de amor, Dios y el hombre vivirán en eterna comunión.

4. La comunión entre los Santos

El segundo sentido de la expresión *comunión de los santos* se refiere a la comunión entre las personas santas. Esto implica que no solo vamos a vivir el amor de donación de uno mismo como individuos en unión con Dios, sino que lo compartiremos con el resto de los santos que gocen de la visión beatífica, lo cual, como veremos, satisfará nuestra vocación del modo más pleno posible.

La vocación primera del hombre la descubrió Adán en su soledad. El significado más obvio de esta "*soledad*" es que el hombre está solo sin mujer. Pero el relato de la creación ni siquiera distingue entre hombre y mujer hasta después del sueño profundo de Adán. Adán nos representa a todos nosotros –hombres y mujeres (*adam* en Hebreo significa "hombre" en el sentido genérico). El hombre está "*solo*" porque es la única criatura corporal hecha a imagen y semejanza de Dios. El hombre está "*solo*" en el mundo visible como *persona*. El hombre difiere de los animales.

La diferencia del hombre con los animales está en la libertad. El hombre no está dominado por sus instintos.

⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra los gentiles*. L.1. C.30.

⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 221.

Es capaz de elegir, de tomar decisiones. ¿Y por qué fue el hombre dotado de libertad? Porque el hombre fue llamado a amar, y sin libertad, el amor es imposible. En su soledad, el hombre se da cuenta que el amor es su origen, su vocación, y su destino. Se da cuenta que anhela unirse a Dios, que está hecho para vivir en comunión con Él. Las famosas palabras de San Agustín así nos lo recuerdan: *“Nos has hecho, [Señor,] para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”*¹⁰.

Pero al saborear este amor, el hombre también anhela que todo su ser comparta este amor con otra persona como él. Por eso *“no es bueno que el hombre esté solo”* (Gén 2,18). El hombre ha sido concebido también para llegar a la comunión con el otro.

El cielo cumple con esta doble vocación del hombre: el amor a Dios y el amor al prójimo. En eso consiste precisamente la comunión de los santos. Para entenderlo, podemos fijarnos en la imagen del matrimonio. Aquí en la tierra, el hombre y la mujer, siendo dos personas, sin dejar de renunciar cada una a su individualidad, se convierten en *“una sola carne”*. En el cielo, la asamblea de los justos formará un solo cuerpo. La comunión no se realizará en el sentido sexual, pues en el cielo, *“ni se casarán ni se darán en casamiento”* (Mt 22,30), pero veremos a todos y seremos vistos por todos, conoceremos a todos y seremos conocidos por todos.

Los saduceos, que no creían en la resurrección, intentaron que Jesús se contradijera al pedirle que les explicara de quién sería, una vez resucitados, la mujer, en el caso en que varios hombres hubieran estado casados con ella. Pero Jesús les muestra que no deben pensar en términos terrestres. Todos los que respondan a la invitación del banquete vivirán *“juntos”* en una comunión que colme superabundantemente todo lo que es bueno, verdadero y bello sobre el matrimonio y la vida familiar aquí en la tierra.

Lo que necesitamos entender es que la unión de los sexos, tan bonita y maravillosa como es, no expresa el significado

⁶ *Ibid.* n. 2361

⁷ *Ibid.* n. 948

⁸ *Ibid.* n. 950

más profundo de nuestros cuerpos. Solo es una *"imagen"*, un signo de algo infinitamente superior. Al final de la historia, Dios nos ha preparado una experiencia enteramente nueva de comunión en la que cada uno donará su vida al resto.

Y este cuerpo formado por los santos, que no es sino la Iglesia, ya vimos que se unirá definitivamente a Cristo en *"las bodas del Cordero"* (Ap 19,7). Los santos estarán unidos en un mismo cuerpo, y este cuerpo se unirá a Cristo. A través de esta comunión eterna, extática y nupcial, el hombre vencerá su dolor humano de *soledad*.

Pero a pesar de que la unión definitiva de Cristo y la Iglesia se producirá al final de los tiempos, también existe en la historia una comunión de los santos. Hay que tener en cuenta que la Iglesia denomina santos no solo a los declarados tales por la canonización oficial, sino también a todos aquellos, que de un modo u otro, están incorporados al Cuerpo Místico de Cristo.

Así, podemos diferenciar tres planos en la Iglesia: los que *"peregrinan en la tierra"* (Iglesia militante), los que, *"ya difuntos, se purifican"* (Iglesia purgante), y los *"glorificados, [que contemplan] claramente al mismo Dios"*¹¹ (Iglesia triunfante). La comunión de los santos se desarrolla, pues, en dos direcciones: una dirección horizontal, entre los miembros pertenecientes a un mismo plano, y otra vertical, entre fieles pertenecientes a planos distintos.

En la Iglesia militante los miembros están unidos entre sí y con Cristo por medio de *"las cosas santas"* de que hablábamos en el apartado anterior, especialmente por medio de los sacramentos y de la gracia que resulta de ellos. Esta unión se fortalece mediante el ejercicio de la caridad entre sus miembros. En la Iglesia purgante, también sus miembros están unidos, seguros de su salvación eterna, pero purificando sus almas *"a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo"*¹². Estas almas se conocen, se aman y se ayudan, no ya con sus obras ni méritos, que les son imposibles, pero sí mediante la oración. Y finalmente, en la Iglesia triunfante, los justos viven la vida de la Santísima Trinidad, contemplando con un éxtasis eterno la belleza y el

⁹ *Ibid.* n. 1331

esplendor insuperable de la visión eterna de Dios.

También en sentido vertical se establece una comunión entre fieles de distintos planos. Aquí en la tierra, veneramos y damos culto a quienes nos precedieron y gozan ya del descanso eterno, y a la vez, recibimos nosotros los beneficios de su intercesión. Por las almas del purgatorio, la Iglesia recomienda *“las limosnas, las indulgencias y las obras de penitencia en favor de los difuntos, pero sobre todo “ofrecer sufragios en su favor, en particular el sacrificio eucarístico”*¹³. De ellas, la tradición reconoce que podemos obtener también el fruto de su intercesión.

5. Conclusión

Hemos visto que el hombre anhela unirse a Dios y a sus hermanos. El cielo cumple con esta doble vocación del hombre. En su sentido último, la comunión de los santos es la eterna comunión entre cada uno de los salvados, formando un solo cuerpo, es decir, conociéndose y amándose en una dimensión enteramente nueva. Y este cuerpo, que no es sino la Iglesia, se unirá definitivamente a su Esposo, Cristo, también en una comunión eterna. Y de esta forma, nos uniremos también a Dios, participaremos en la vida íntima de Dios, participaremos de la naturaleza divina (v. 2 Pe 1,4).

¡Qué intercambio más glorioso! Dios se ha rebajado a sí mismo para compartir nuestra humanidad a fin de que también nosotros compartamos su divinidad, claro está, hasta el punto en que nuestra humanidad nos lo permita. El Catecismo lo expresa de esta manera: *“El Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios”*¹⁴.

No quisiera concluir sin volver la mirada a María, nuestra Madre, que glorificada en cuerpo y alma, es la imagen y el comienzo de la Iglesia, y nos espera, intercediendo por nosotros, hasta el día de las *“bodas del Cordero”*.

¹⁰ SAN AGUSTÍN. *Confesiones* I,1,1.

Bibliografía

Catecismo de la Iglesia Católica

SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Summa contra los gentiles*. Introducciones por Eudaldo Forment. B.A.C., 2007. Madrid.

SAN AGUSTÍN. *Las Confesiones*. B.A.C., 1968. Quinta edición. Madrid.

PABLO VI. *Constitución dogmática LUMEN GENTIUM sobre la Iglesia*. Vaticano, 1964. www.vatican.va

JORGE LORING, S.I. *Para salvarte*. Impresa, 1993. Madrid.

CHRISTOPHER WEST. *Theology of the Body for Beginners*. Ascension Press, 2004. Pennsylvania (EEUU).

CHRISTOPHER WEST. *Theology of the Body Explained*. Gracewing, 2003. Leominster (Inglaterra).

EDITH STEIN. *La estructura de la persona humana*. BAC, 2003. Madrid.

¹¹ *Lumen Gentium*, 49

¹² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1030

¹³ *Ibid.* n. 1031

¹⁴ *Ibid.* n. 460

ESPIRITUALIDAD Y CARISMA

COMUNICACIONES



AMBICIONAD LOS MEJORES DONES LOS CARISMAS COMO DON EN UNA COMUNIDAD DE FIELES LAICOS

Antonio M. García Caracuel

1. Introducción

“Los fieles, y más precisamente los laicos se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana...” (CL9)(CIC899)(Pío XII discurso a los nuevos cardenales 20 de febrero de 1946)

Así es como nos define Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Christifideles Laici*. Somos parte de la sociedad y no poco importante. Somos la avanzada de la Iglesia en la sociedad. Somos los que tenemos contacto directo en nuestros ambientes, trabajos, familias con toda la sociedad, creyentes y no creyentes. Somos la referencia de muchos que no han oído hablar nunca de Jesús y ven a la Iglesia como una mera estructura de poder.

Somos los cristianos, médicos, profesores, ingenieros, artistas, universitarios albañiles, hombres del campo y, en general, los laicos quienes con el trato más directo y nuestro trabajo hacemos presente a Cristo en nuestra sociedad. Como podemos leer en el catecismo *“los laicos tienen como vocación propia buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios...a ellos de manera especial les corresponde iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor (LG 31)” (CIC898).*

En esta línea es donde nuestro Movimiento quiere desarrollar los carismas recibidos por el Espíritu. De esta manera creemos que *“sólo dentro de la Iglesia como misterio de Comunión se revela la identidad de los fieles laicos, su original dignidad” (CL8)*

Acerca de los carismas leemos en *Christifideles Laici*:

“Sean extraordinarios, sean simples y sencillos, los carismas son siempre gracias del Espíritu Santo que tienen, directa o indirectamente, una utilidad eclesial, ya que están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo” (CL 24)

Estos carismas, dones que Dios da a nuestro Movimiento, se revelan en tres valores fundamentales: la ilusión, la entrega y el Espíritu de caridad. Estos valores dan cuerpo a todas nuestras actividades y todos los compartimos. Son la línea básica de nuestra actuación dentro y fuera de nuestro Movimiento y allí donde nos encontremos, ya sea en la profesión, en el ambiente o en la familia

2. Ilusión

Ilusión, nos dice el diccionario, es la esperanza cuyo cumplimiento parece algo especialmente atractivo (DRAE). ¿Y no es atractivo el Amor? Siendo Dios mismo Amor, ¿No es atractivo Dios?

Esta ilusión, por tanto, es fundada y fundamentada necesariamente en la fe en Jesucristo. Y esta fe, como nos define el Catecismo es la unión íntima con Dios. *“La fe es ante todo una adhesión del hombre a Dios. Es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado” (CIC150).*

Por tanto, esta ilusión nacida de la fe, de nuestro encuentro personal con Cristo, nos debe llevar a cumplir nuestra vocación primera que es la santidad. Nos dice la Christifideles Laici a propósito de la santidad: *“La dignidad de los fieles laicos se nos revela en plenitud cuando consideramos esa primera y fundamental vocación, que el Padre dirige a todos ellos en Jesucristo por medio del Espíritu: la vocación a la santidad” (CL9)*

Volviendo a la definición de ilusión y a sus consecuencias vemos que la ilusión debe ser comunicativa y no puede guardarse para sí. Es por tanto nuestro Movimiento un movimiento evangelizador que tiene como centro de esa Evangelización el Cursillo de Evangelización; en el cual se pretende, por encima de todo, dar la posibilidad a todos de

tener un encuentro personal con Cristo. Y en el que todos colaboramos con nuestra oración y sacrificios. Esta ilusión no queda solamente para el cursillo, sino que el mismo cursillo no es más que la consecuencia de esa ilusión.

Nuestra Evangelización colectiva no se cierra solamente a la acción del cursillo sino que se inserta en la Iglesia colaborando activamente con parroquias y asociaciones locales integrándose en sus estructuras e implicándose en la formación que ofrecen; realizando cursos de Matrimonios, en catequesis para confirmandos y primeras comuniones; y colaborando con éstas, también, en la aportación de entornos y ambientes cristianos; en grupos de jóvenes y esplais en los que se busca dar un ambiente cristiano a nuestra sociedad.

Esta vocación evangelizadora no sólo debe limitarse al ámbito local de Barcelona, lugar de origen sino que allá donde estemos debe continuar y así se han creado más comunidades estructuradas en Jerez y Argentina; y con presencia en Huesca y Tarragona. Es pues también una vocación misionera para llevar a Cristo a todos los lugares del mundo.

Así mismo, y como nos dice el catecismo en la definición de fe anteriormente citada, nuestra adhesión a Dios no es sólo a Él, sino a toda su verdad revelada. Por tanto es para nosotros una ilusión y no sólo la mera obediencia lo que nos hace ser partícipes de la vida de la Iglesia, de su conocimiento. Es para nosotros fundamental el estudio de los textos que la Iglesia nos propone a través del Santo Padre y obispos en comunión con Él; entregándoles e ellos, además de nuestra obediencia, nuestro cariño y adhesión. De esta manera nos dice la Christifideles Laici cómo debemos estar unidos a la Iglesia *“Cristo es la verdadera vida, que comunica vida y fecundidad a los sarmientos, que somos nosotros, que permanecemos en Él por medio de la Iglesia, y sin Él nada podemos hacer” (Jn15,1-5). La Iglesia misma es, por tanto, la viña evangélica” (CL8)*

Por tanto, no es la ilusión, para nosotros, un mero estado de ánimo al recibir una buena noticia, sino que es la alegría del convencimiento pleno que, a través de nuestro Movimiento, podemos alcanzar la santidad.

3. Entrega

Para que la ilusión cobre vida es necesario sin lugar a dudas el esfuerzo. Todo queda en palabras vacías si no existe la entrega. *“La persona humana tiene una nativa y estructural dimensión social en cuanto que es llamada, desde los más íntimo de sí, a la comunión con los demás y a la entrega a los demás”* (CL 40)

Continúa diciendo la Exhortación Apostólica *“Se da así una interdependencia y reciprocidad entre las personas y la sociedad: todo lo que se realiza en favor de la persona es también un servicio prestado a la sociedad, y todo lo que se realiza a favor de la sociedad acaba siendo en beneficio de la persona”* (CL 40). Por tanto, podemos definir la entrega como la donación efectiva de uno mismo en respuesta a la llamada íntima de Dios.

La entrega tiene como valor fundamental la donación de uno mismo en aquello que está haciendo. Para llevar a Cristo a nuestros ambientes no es suficiente hacer el bien, hay que hacerlo bien.

La primera donación es, y no puede ser de otra manera, a Dios en respuesta a su llamada a la santidad; y de ella nace la entrega a los demás en la obediencia a Jesús *“Amaos los unos a los otros como yo os he amado”* (Jn 15,12).

La entrega a Dios se manifiesta primero en nuestra vida de piedad bien fundamentada y enraizada en la Eucaristía y en la oración diaria (meditación, Rosario, oraciones de la mañana y de la noche, entre otros).

La oración es pues la base de nuestra vida *“Como el sarmiento no puede producir fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros podéis producir frutos si no permanecéis en mí”* (Jn 15,4). Así pues se convierte para nosotros en algo importante las visitas al santísimo después de nuestras reuniones, en nuestras convivencias y cursillos; y la Adoración al Santísimo.

Pero en lo propio de nuestro movimiento, esta oración nos impulsa necesariamente a la acción mediante el estudio. Así, en las escuelas de formación, dirigentes y profesores la labor fundamental es la de conocer más profundamente el amor

que Dios nos tiene para después poder transmitirlo a todos nuestros hermanos los hombres. *“La formación de los fieles laicos tiene como objetivo fundamental el descubrimiento cada vez más claro de la propia vocación y la disponibilidad siempre mayor para vivirla en el cumplimiento de la propia misión”* (CL 58). De esta manera entendemos que el estudio es algo básico en nuestra vida.

La labor fundamental del Movimiento es la evangelización. Es un Movimiento, por tanto que usa la palabra y el testimonio como herramienta principal. Partiendo de esta base, podemos resumir pues que nuestra acción nace de la oración y adquiere forma en el estudio para hacer efectivo el Reino de Dios en nuestros hermanos.

Esta evangelización tiene como primer campo de acción, como no puede ser de otra manera, la familia. *“El matrimonio y la familia constituyen el primer campo para el compromiso social de los fieles Laicos. Es un compromiso que sólo puede llevarse a cabo adecuadamente teniendo la convicción del valor único e insustituible de la familia para el desarrollo de la sociedad y de la misma Iglesia”* (CL 40). Se convierte, de este modo, la familia el primer lugar donde hemos de llevar el Reino de Dios, el Evangelio.

En segundo lugar al prójimo, es decir, al próximo, al compañero de trabajo, de universidad, de instituto, al amigo, a todos aquellos con los cuales tenemos contacto día a día. *“En su existencia no puede haber dos vidas paralelas: por una parte, la denominada vida espiritual, con sus valores y exigencias; y por otra, la vida secular, es decir, la vida de familia, trabajo, relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura”* (CL 59) Es por tanto necesario vivir y proclamar el evangelio donde nos encontremos.

En tercer lugar, en nuestros ambientes, dentro y fuera del ámbito eclesial. De manera más concreta en la preparación y ejecución de la catequesis; así como en la preparación y ejecución de las actividades de los esplais y grupos de jóvenes, bien sean parroquiales o pertenecientes a asociaciones católicas; y de manera general en todos los ambientes y asociaciones en las que nos encontremos, ya sean deportivas, políticas o lúdicas.

Mención aparte tienen para nosotros dos actividades concretas, que son los Cursillos de Evangelización y la Pascua Joven; donde los responsables, además, tienen un compromiso claro y específico en su preparación mediante la oración, el estudio y el desarrollo de las actividades.

Todo ello no se puede lograr sin un aspecto importante, que es la perseverancia. Para que la perseverancia sea efectiva tenemos dos herramientas fundamentales, que son los Grupos de Perseverancia y los Encuentros. Se convierte así el Movimiento en escuela de virtudes por el compartir semanal de nuestra fe, de nuestra entrega de manera concreta, cada uno en su familia, en su entorno, en su vida. Ello se logra fundamentalmente por la fidelidad a la Verdad vivida (el encuentro personal de cada uno con Cristo); primero en el Cursillo y después cada semana en nuestras reuniones.

Adquiere de esta manera significado para nosotros la palabra sacrificio como ofrenda, donación y entrega a Dios en la respuesta a la llamada a la santidad. *“Para alcanzar esta perfección los creyentes han de emplear sus fuerzas, según la medida del don de Cristo, para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio al prójimo. Lo harán siguiendo las huellas de Cristo, haciéndose conformes a su imagen, y siendo obedientes en todo a la voluntad del Padre. De esta manera la santidad del pueblo de Dios producirá frutos abundantes, como lo muestra claramente en la historia de la Iglesia la vida de los santos (LG 40)”* (CIC 2013).

Hablando precisamente del sacrificio de los laicos el Catecismo nos dice: *“En efecto, todas sus obras (las de los laicos), oraciones, tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida, si se llevan con paciencia, todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo, que ellos ofrecen con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la Eucaristía uniéndolos a la ofrenda del cuerpo del Señor(LG 34 ;cf LG 10)”* (CIC 901)

Por tanto es la entrega para nosotros elemento primordial en nuestro andar diario y base del fruto apostólico. Es condición necesaria e insustituible en nuestro camino de santidad; y expresión de nuestra respuesta y al mismo

tiempo ofrenda en la llamada de Dios.

4. Espíritu de Caridad

Todo lo mencionado antes es imposible de realizar sin la caridad. Si bien es imposible definir la caridad de la misma manera que es imposible definir a Dios. Podemos hacer, sin embargo, una aproximación con las palabras de San Pablo *“La caridad es longánime, es benigna, no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera.”* (1Co 13, 4-7)

En un resumen aproximado aunque muy imperfecto podríamos decir que el espíritu de caridad es la vivencia misma de Dios. Volviendo al Evangelio de San Juan, *“Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo si no está unido a la vid, tampoco vosotros si no permanecéis en mí”* (Jn 15, 4). Podemos intuir aquí que el fruto da la unión con Cristo mediante la oración y los Sacramentos es la caridad.

La caridad tiene como origen la unión con Cristo y como receptores, a Dios mismo en la adoración, alabanza y cumplimiento de su Voluntad; y al hermano, al prójimo, mediante las obras de misericordia cumpliendo el mandato de Jesús *“que os améis los unos a los otros como yo os he amado”* (Jn 15,12).

Sin necesidad de enunciar las obras de misericordia, podemos decir, en resumen de las mismas, que nuestro trato con el hermano debe abarcar todos los aspectos de su vida, tanto espirituales (consejo, enseñanza, oración, perdón, aceptación, consuelo, corrección) como corporales (comida, bebida, posada, vestido, atención, y vela). *“La caridad con el prójimo, en las formas antiguas y siempre nuevas de las obras de misericordia corporal y espiritual, representa el contenido más inmediato, común y habitual de aquella animación cristiana del orden temporal, que constituya el compromiso específico de los fieles laico”* (CL 41)

La caridad por tanto no es sólo el ejercicio de la limosna o el testimonio en nuestra comunidad sino que es condición

necesaria y suficiente para el sustento de toda nuestra vida y se ejerce en todos los ámbitos donde nos hallemos, empezando, como hemos dicho antes por la familia. *“Con la caridad hacia el prójimo, los fieles laicos viven y manifiestan su participación en la realeza de Jesucristo, esto es, en el poder del Hijo del hombre que “no ha venido a ser servido, sino a servir” (Mc 10,45)” (CL 41)*

Este espíritu de caridad se manifiesta de manera más concreta en las vivencias de la Pascua y los Cursos de Evangelización donde por encima de teorías y discursos es fundamental la acogida y la comprensión hacia los hermanos para que puedan participar de un encuentro con Cristo en la unidad de la Iglesia. *“¿Cuáles son los vínculos de la unidad? “Por encima de todo revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección” (Col 3,14)” (CIC 815)*

La unidad se convierte pues en prueba real del cumplimiento de la vocación de nuestro Movimiento: *“Padre santo, guarda en tu nombre a estos que me has dado, para que sean uno en nosotros” (Jn 17, 11)*. Así mismo esta unidad se convierte en garantía de la unión verdadera a Jesucristo.

En resumen, la caridad es el vehículo por el que se convierten en realidades concretas las ilusiones (llamadas personales de Dios a cada uno) y las respuestas personales a esa llamada de Dios a la santidad (entrega). Que todos a nuestro alrededor puedan decir la misma frase de Tertuliano *“Mirad cómo se aman” (Apologeticum 39,42)*

5. Conclusión

No sería prudente no dedicar unas palabras a la Virgen, Madre de Cristo y Medianera de todas las gracias. Dice San Juan a propósito de la Pasión *“Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la Madre: Mujer, he ahí a tu hijo; luego dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa” (Jn 19, 25-27)*.

Así es como entendemos nosotros la maternidad de la Virgen, como parte importantísima de nuestra casa, de la

casa de nuestro corazón y de nuestra familia. Ella se hace cargo de nuestras cosas y nosotros la veneramos, con todo el cariño filial, como lo que es, la llena de Gracia. Ella es nuestro modelo de humildad, de sencillez, de ilusión, de entrega y de caridad a Cristo y a todos los hombres de los cuales es Madre y al mismo tiempo refugio, pecadores como somos.

Así también ponemos nuestro Movimiento en las manos de la Reina de los apóstoles para que nos ayude en la salvación de todos los que Dios pone en nuestro camino. Que por su intercesión podamos cumplir nuestra vocación en la Iglesia y en el mundo; y siendo fieles a nuestros carismas alcancemos los gozos de la vida eterna.



UNIDOS COMO SARMIENTOS A LA VID – LA VIDA DE UNIÓN CON DIOS EN RELACIÓN A LA COMUNIÓN ENTRE LOS REDIMIDOS

M^a Clara Pujadas

1. Jesús es la vid

Jesús se sirve de la alegoría de la vid y los sarmientos para describir la unión íntima de los creyentes con Él. Cualquier viñador tiene claro que para cortar racimos el sarmiento tiene que estar unido a la vid. “Sin mí no podéis hacer nada”¹, nos dice Jesús. Así como los sarmientos se alimentan de la vid para poder dar fruto, los discípulos están unidos al Señor y, gracias a esta unión existencial, pueden actuar espiritualmente y dar fruto. “Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí”². Nosotros daremos más fruto cuanto más injertados estemos en Jesucristo. Como dice el Concilio Vaticano II: “frutos de caridad para la vida del mundo” (OP 16).

2. Nos unimos a Jesús a través de los sacramentos

Gracias a los sacramentos y a la oración se nos da la vida de gracia. En la Eucaristía vivimos los mayores momentos de intimidad con Jesús, cuando, con buena disposición, recibimos al mismo Cristo. Es un don de Dios poder participar de la misa diariamente, el mismo Jesús me anima con su Palabra y se me da como Alimento. La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos³. Cuando uno ama a Jesús desea recibir la Eucaristía, entra en comunión

¹ Jn 15, 5.

² Jn 15, 4.

³ Fragmento de S. Agustí, serm. 57, 7, 7. Punto 2837 del Catecismo de la Iglesia Católica.

profunda con Jesús y te mueve a amar, a ser con Él, pan partido para la vida del mundo.

En el Movimiento he aprendido que el amor por la Eucaristía, va más allá de participar de la celebración eucarística, incluye la necesidad de estar delante de Cristo presente en el Santísimo Sacramento. Juan XXIII dice: “nos enseña el mejor maestro: Jesucristo en persona; las dos ciencias que más aprendemos cuando estamos delante de Jesús son la humildad y el amor. Los antiguos alumnos son los santos”. Santos lo podemos ser todos. No todos podemos ser deportistas de élite o grandes escritores o grandes científicos o grandes empresarios..., pero santos lo podemos ser todos.

Juan Pablo II, nos recordó que la Eucaristía es la fuente y, al mismo tiempo, la cumbre de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo.

Maria, es quien mejor nos puede ayudar a vivir la Santa Misa.

Jesús nos dice: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Permaneced en mí, como yo en vosotros”⁴. La unión de Cristo con los bautizados es una comunión viva y vivificante. “Yo soy la vid; vosotros los sarmientos”⁵. Los sarmientos no tienen vida propia: viven sólo si permanecen unidos a la vid donde han brotado. Su vida se identifica con la de la vid. La misma savia circula entre la vid y los sarmientos; ambos dan el mismo fruto. Entre ellos existe, por consiguiente, un vínculo indisoluble, que simboliza muy bien el que existe entre Jesús y sus discípulos. Si todos los sarmientos tienen en común con la vid la misma savia, también están *unidos entre sí* por una comunión recíproca. De esta comunión nace la comunión de los cristianos entre ellos. Cuando nos alimentamos con el pan de Vida debidamente preparados vivimos una comunión profunda con Jesús, y renovamos, fortalecemos y profundizamos la incorporación a la Iglesia ya realizada por el Bautismo: “El bautismo es el vínculo sacramental de la unidad que existe

⁴ Jn 15, 1.4.

⁵ Jn 15, 5.

entre los discípulos de Cristo”⁶. En la vigilia pascual, el Papa Benedicto XVI nos recordaba que en el bautismo: Jesús, el Resucitado, viene a nosotros y une su vida a la nuestra, introduciéndonos en el fuego vivo de su amor. Formamos una unidad, sí, una sola cosa con Él, y de este modo una sola cosa entre nosotros. Estamos en comunión desde nuestra identidad más profunda: Cristo en nosotros.

De esta *comunión de vida* brota la exigencia de la *comunión en el amor*: “que os améis los unos a los otros como yo os he amado”⁷. Se trata de un amor que no tiene límite, Jesús relaciona este amor con su muerte, ofrecida para redimir a sus amigos: “Nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos”⁸.

Juan Pablo II dirá que la *comunión* es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama sobre nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da, para hacer de nosotros “un solo corazón y una sola alma” (Ac 4,32).

Esta comunión es con el Cristo total: la persona de Jesús, la cabeza y los miembros de su cuerpo, los hermanos.

“Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y acudisteis a mí” (Mt 25, 35-36). Juan Pablo II, cuando comenta estos versículos, señala que nadie puede ser excluido de nuestro amor desde el momento que, con la encarnación, el Hijo de Dios se ha unido a cada hombre.

3. Nos unimos a Jesús a través de la oración

En la oración gozamos del encuentro amoroso con el Señor. Dios siempre nos espera, el Evangelio nos invita a pedir el Espíritu Santo, con Él rezaremos y haremos vida el Padrenuestro.

⁶ Juan Pablo II, Audiencia general, 25 enero 1995.

⁷ Jn 15, 12.

⁸ Jn 15, 13.

La oración comunica con Dios. Necesitamos ser almas de oración. Veinticuatro horas de cara a Dios se viven con gozo, veinticuatro horas de espalda a Dios se viven tristemente.

Una de las claves para analizar la oración nos la da el Catecismo: El Amor es la fuente de la oración⁹. Como dice Charles de Foucauld: "La mejor oración es aquella en la cual hay más amor". A veces podemos caer en el error de buscar salirnos con la nuestra, cuando la oración auténtica consiste en que Dios pueda salirse con la suya.

La oración tiene que ser amorosa, humilde, con una actitud de sinceridad, de confianza, de agradecimiento, de diálogo, de disponibilidad, de escucha de la Palabra de Dios, Palabra que tenemos que meditar, asimilar, hacer nuestra, como María, que lo guardaba todo en su corazón. Cuando hago mío un pasaje del Nuevo Testamento entonces mi vida cambia. Hay que plasmar el evangelio de Cristo en la vida diaria. Cristo me invita a ser fiel al Evangelio. Cambiar es una respuesta a Cristo.

Amar a Dios es, sobre todo, escucharlo, dejar que su Palabra nos entre bien adentro y nos transforme. Santa Teresa de Jesús decía: "Nadie que se acerque a Dios queda igual que estaba".

Dios es Amor y con su contacto mejoramos, nos hacemos más aptos para amar.

Dios nos ayuda a ir cambiando todo aquello que provoca ceguera y parálisis espiritual, que no nos deja caminar, para poder caminar necesito escuchar la voz de Jesús.

Jesús, es el Buen Pastor, cuida de sus ovejas y nos guía hacia las praderas eternas.

Si no fuéramos inmortales, no valdría la pena perfeccionarnos. Cuando se tiene que acabar en la nada, un grado más o menos de perfección no tiene ningún valor. No valdría la pena hacer de nuestra vida una obra de arte, si no tuviera que durar eternamente (Carles Cardó, presbítero).

Jesús, describe así el comportamiento de sus ovejas: "Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las

⁹ Punto 2658 del Catecismo de la Iglesia Católica.

arrebatará de mi mano. El Padre, que me las ha dado, es más grande que todos, y nadie puede arrebatár nada de la mano del Padre. Yo y el Padre somos uno" (Jn 10, 27-30).

Primeramente remarca que reconocemos su voz. Es bien cierto, a mayor oración más capacidad de reconocer la voz de Jesús, cuanto más lo conoces más necesidad tienes de estar a solas con Él, "la conversación con un amigo es inagotable"¹⁰. Nuestra relación con Jesús es una relación viva y amorosa. Jesús nos conoce y nos ama más que nadie.

Fijémonos en la siguiente particularidad de las ovejas: lo siguen. El conocimiento amoroso del Pastor nos empuja a seguirlo. Seguir a Jesús no es fácil, el Buen Pastor ha dado la vida por nosotros, por lo tanto sus seguidores, sus ovejas, tenemos que entregar nuestra vida al Padre para el bien de los hermanos. Cuanto más amemos más felices seremos porque estaremos más identificados con el Señor que es la fuente de la auténtica felicidad.

4. El Padrenuestro modelo de oración

El Padrenuestro, oración cristiana fundamental. El Padrenuestro no es sólo una oración para ser rezada, sino que es también un programa de vida para ser vivido. Rezar a nuestro Padre tiene que desarrollar en nosotros la voluntad de parecernos a Él, y también un corazón humilde y confiado.

De las siete peticiones, las primeras nos llevan hacia Él, para Él: *¡vuestro nombre, vuestro Reino, vuestra voluntad!* Lo propio del amor es pensar primeramente en Aquel que amamos¹¹. En primer lugar lo que quiere Dios, en la seguridad que todo lo demás nos será dado por añadidura¹². La segunda parte de la oración del Señor menciona cuatro peticiones: el pan de cada día, el nuestro, no sólo el mío; el perdón de los pecados, al cual sólo podemos aspirar si nosotros también perdonamos; vencer las tentaciones, cómo las venció Jesús en el desierto; ser liberado de todo mal y del

¹⁰ *Aprender a orar con Isabel de la Trinidad*, Jean Lafrance.

¹¹ Punto 2804 del Catecismo de la Iglesia Católica.

¹² Cf. Mt 6, 33.

maligno.

Rezar bien el Padrenuestro compromete toda nuestra vida.

5. Oración y compromiso

La oración, cuando es auténtica, lleva siempre a vivir la vida con más responsabilidad y profundidad. Y vivir responsablemente y profundamente la vida hace experimentar cada vez más la necesidad de la oración. Es decir de la *vida* a la *oración* y de la *oración* a la *vida*.

El Espíritu del Señor se nos ofrece para que brote la oración en todo tiempo¹³. Oración y vida cristiana son inseparables¹⁴.

Ora continuamente el que une la oración a las obras y las obras a la oración. Sólo así podemos encontrar realizable el principio de la oración continua¹⁵.

La oración también es fuente de paz.

San Pablo a los Filipenses les dice: "Hermanos: no os inquietéis por nada". La Palabra de Dios, que no engaña, no nos puede pedir una cosa imposible de cumplir, por lo tanto si que es posible esta paz, San Pablo en la misma carta da el medio para alcanzarla: "En cada ocasión, acudid a la oración".

Si queremos tener paz interior, hemos de rezar. Pero no para que la oración nos elimine las dificultades. Al contrario: la oración nos impulsará a introducirnos de pleno en la vida: a preocuparnos, como dice San Pablo de *todo aquello que es verdad, respetable, justo, limpio, amable...*

No sólo en la oración uno va descubriendo la voluntad de Dios en los asuntos diarios. Recordamos cómo San Pablo se deja ayudar por Ananías para conocer la voluntad de Dios en su vida. Nosotros también nos dejamos ayudar por la comunidad, por el padre espiritual.

Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica Christifideles

¹³ Punto 2659 del Catecismo de la Iglesia Católica.

¹⁴ Punto 2745 del Catecismo de la Iglesia Católica.

¹⁵ Orígenes, or. 12.

Laici en el punto 32 nos dice: Dar fruto es una exigencia esencial de la vida cristiana y eclesial. El que no da fruto no permanece en la comunión: "Todo sarmiento que en mí no da fruto, (mi Padre) lo corta" (Jn 15, 2).

6. Oración y comunión

Recordemos que la comunión con Jesús, de la cual brota la comunión de los cristianos entre sí, es condición absolutamente indispensable para dar fruto. Y la comunión con los otros es el fruto más bello que los sarmientos pueden dar: es don de Cristo y de su Espíritu.

"No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca" (Jn 15,16). La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta el punto que *la comunión representa al mismo tiempo la fuente y el fruto de la misión.*

¿Qué amante no querría poner el mundo a los pies del amado? El amante no conoce la distinción entre orden y deseo; el deseo del amado es una orden para el amante. Su libertad no debe consistir en adelante el elegir lo que le gusta a él mismo, sino *lo que le agrada al amado.* (Von Balthasar).

La unión con Jesucristo, con la vid, a través de la oración y los sacramentos, nos lleva a la unión entre nosotros.

Qué oración más conmovedora, la de Jesús poco antes de dar la vida: "Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti"¹⁶. La unión es el signo de la presencia de Dios entre nosotros. Cuanto más haga presente a Cristo en mi vida más unida estaré a mis hermanos. "Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí"¹⁷. La unión tiene fuerza evangelizadora. Lo dice Jesús y lo dice la experiencia. Los primeros cristianos tenían un solo corazón y una sola alma. Y por su testimonio,

¹⁶ Jn 17, 21.

¹⁷ Jn 17, 23.

muchos creían. Mirad cómo se aman nos tienen que decir tanto en la parroquia como en el movimiento.

7. Oración y misión

Dice la Christifideles Laici en el punto 31: "los laicos se asocian libremente de modo orgánico y estable, bajo el impulso del Espíritu Santo, en comunión con el obispo y con los sacerdotes, para poder servir, con fidelidad y laboriosidad, según el modo que es propio a su vocación y con un método particular, al incremento de toda la comunidad cristiana, a los proyectos pastorales y a la animación evangélica de todos los ámbitos de la vida".

Trabajar en comunidad, multiplica los frutos, en gran parte gracias a los Cursos de Evangelización, pero también con la colaboración directa en parroquias, en jornadas diocesanas, en los medios de comunicación del obispado... Como muy bien detallan los estatutos de la asociación de fieles.

El fin del Movimiento (movimiento de iglesia) es la evangelización. Como señala el artículo 3 de sus estatutos. En su misión colabora plenamente con la jerarquía. Hallamos también en el artículo 5 *Sometiéndose al superior juicio de la jerarquía, el movimiento Christifideles Laici se define como un movimiento de evangelización, en comunión con toda la iglesia católica, y dispuesto a colaborar con ella.*

Bajo la superior supervisión y en comunión orgánica con la jerarquía de la iglesia. Los militantes, ya se ofrezcan espontáneamente, ya sean invitados en la acción y en la directa cooperación como el apostolado jerárquico, actúan bajo la orientación de la jerarquía.

Es un gozo para los miembros del Movimiento ver cómo colaboramos en que haya llegado la fe a tantos hermanos a lo largo de los años, y que el Señor haya suscitado diversas vocaciones a la vida sacerdotal, religiosa y consagrada.

La palabra y la vida de cada cristiano pueden y deben hacer resonar este anuncio: ¡Dios te ama, Cristo ha venido por ti; para ti Cristo es "el Camino, la Verdad y la Vida"! (Jn

14, 6)¹⁸.

Hace falta que la *comuni3n de vida* de los sarmientos con la vid resulte una imagen m1s adecuada de Aqu3l que es la vid verdadera: Jes1s.

T1 eres la vid verdadera, oh Cristo, y nosotros los sarmientos: gu1rdanos bien unidos a ti, para que demos mucho fruto y glorifiquemos al Padre. Haz que en todos los hombres reconozcamos tu imagen, y que sirvi3ndoles te sirvamos a ti.

Bibliograf1a

Armengol, Llu1s. *El pa de la paraula*. Eines 20. Editorial Claret. 2001.

Campalans, Jaume. *Constants en la preg1ria*. Editorial Claret. 1988.

Carrera, Joan. *El gust de la fe*. Editorial mediterr1nia. Abril 2000.

Asociaci3n de editores del Catecismo. *Catecismo de la Iglesia Cat3lica*. Madrid 1992.

Juan Pablo II. *Audiencia general*, 25 de enero de 1995.

Juan Pablo II, 1988. Exhortaci3n apost3lica *Christifideles Laici*. Ediciones Paulinas.

Lafrance, J.. *Aprender a orar con Isabel de la Trinidad*. Editorial de Espiritualidad. Madrid 2004.

Salvarredi, G.. *Los cinco minutos de Juan Pablo II*. Editorial Claretiana. Buenos Aires 2005.

¹⁸ Juan Pablo II, 1988. Exhortaci3n apost3lica *Christifideles Laici* (punto 34).



**ESTAD ALEGRES EN EL SEÑOR, OS LO REPITO:
ESTAD ALEGRES**

**LA SANTA ALEGRÍA Y SU RELACIÓN CON LA
COMUNIÓN**

**Grupo de Perseverancia de Santa Eulalia: Ferran
Calafell, Eduardo Durán-Sindreu, Manuel Obradors,
Vicente Tomás**

1. ¡Alegraos!¹

Muchísimas veces nos lo dice Jesús y la Santa Madre Iglesia.

Quizás le respondemos, ¿ahora? , ¿qué esté alegre ahora que lo veo todo negro, ahora precisamente que me han humillado y disgustado, ahora que me siento tan pecador?

.. Sí, nos responde tantas veces Jesús

.. Sí, para esos momentos vine, para salvar, sanar, curar y alegrar a mis hijos ahora y siempre.

“¡Mi alma glorifica al Señor , se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador !”

Palabras de la Santísima Virgen María en el Magnificat en su inicio y que mejor inicio y síntesis, para hablar de la alegría como Carisma de nuestro Movimiento Christifideles Laici..

Carisma es, tal como leemos en la Exhortación Apostólica número 24: *“gracias del Espíritu Santo, que tienen directa o indirectamente, una utilidad eclesial, ya que están ordenadas a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres o a las necesidades del mundo.”*

Y así es como tanto por las experiencias propias vividas, como las oídas y observadas en tantas vidas de hermanos y hermanas, que viven en Gracia de Dios por y con el

¹ Mateo 28, 8

Movimiento, vemos como han convertido su santuario interior en un depósito inagotable de profunda alegría, que brota ya en todas las circunstancias de su vida, aún inconscientemente, ya que *“la lengua habla de la abundancia del corazón”*.

A mayor grado de dificultad, mayor alegría; voy bien, así sumo a la acción, la unión con Cristo y la penitencia necesaria, que fue pedida por Cristo para *“vencer esa clase de diablos”*.

Así también la definió San Francisco de Asís *“eso es la perfecta alegría: nieve, frío, hambre, y no nos dejan entrar en el convento.”*

La alegría es profunda, viene de Jesús, del hecho de sabernos perdonados y redimidos y por ello supone profunda esperanza. A pesar de los pesares habidos o de los nuevos que vengan, nunca superarán el amor, el perdón y los méritos de Cristo; esto se manifiesta, sale a flote aún sin hacer memoria de ello, esta alegría no tiene nada que ver con las diversiones, distracciones, hobbies, éxitos o ganancias.

Tampoco la turba el dolor de los pecados, porque nos serán perdonados, ni las necesidades reales o imaginarias, porque somos como los niños que están felices con sus padres. Ni la turba la conciencia de conocer realidades dolorosas propias y ajenas, todo lo contrario, a mayores dolores, mayor necesidad de alegría profunda que consuele y alivie a propios y extraños. Manifiesta e este respecto el Papa Benedicto XVI²

“Si nos fijamos un poco observaremos que, ahora, la alegría espontánea y desenfadada escasea cada vez más. Parece como si la alegría actual estuviera hipotecada por cargas morales e ideológicas. Cuando nos alegramos de algo sentimos temor; es como si temiéramos faltar a la solidaridad con los que sufren e, incluso pensamos: <no debo alegrarme tanto, con tantas necesidades y tanta injusticia como hay en el mundo>.

Yo entiendo que se piense eso, porque aquí actúa un sentimiento moral. Sin embargo, esa conclusión es un error porque con la pérdida de la alegría no mejora el mundo. Al revés, no alegrarse en

² Sal de la Tierra, por Joseph Ratzinger

aras del sufrimiento no ayuda nada a los que padecen. Exactamente pasa lo contrario; este mundo nuestro necesita de muchos hombres y mujeres que descubran la alegría de hacer el bien y, así todos recibirán el ánimo y el empuje suficientes para seguir haciéndolo. La alegría no excluye en absoluto la solidaridad. Cuando la alegría es sana, cuando no es egoísta y procede de la percepción de un bien, es difusiva y se extiende con facilidad. Siempre me sorprende que en los barrios de mayor miseria, por ejemplo en Sudamérica, haya tanta gente alegre y risueña. Es evidente que, pese a todas sus penurias, siguen percibiendo el bien y se aferran a él para levantar su moral y sacar nuevas fuerzas.

Por esto nosotros necesitamos nuevamente esa confianza original que sólo la fe puede proporcionarnos. Hemos de confiar en que el mundo es bueno, que Dios existe y es bueno. Y hemos de confiar también en que vivir es bueno y ser hombre es bueno. Y, en consecuencia, tendremos fuerza suficiente para alegrarnos nosotros y para hacer a otros también partícipes de ese mensaje de alegría."

Y ese mensaje, no solo lo oímos, si no que lo recibimos con vida en el Movimiento. "Mirad como se aman ", como conviven entre normalidad en hacer lo debido y con santa y sobria alegría, mirad como se ayudan y consuelan sin rencores ni envidias... Es la experiencia que nos sorprendió en el Cursillo y después, nos confortó.

La alegría es uno de los distintivos del Movimiento Christífideles Laici, a nivel general y de cada uno de sus miembros en particular. Es una virtud que unifica a toda la universalidad de la Iglesia, y en prueba de ello solo cabe recordar que en la liturgia eucarística, existe una fórmula de introducción al Padre Nuestro – la oración que el mismo Señor nos enseñó-, que dice: "Con la alegría de sabernos Hijos de Dios..."

Es decir el motivo de la alegría del hermano no es perecedero, no mantiene una razón humana, fruto de una situación más o menos jubilosa o de un estado de ánimo, ya que esta puede desaparecer por las circunstancias, sino que tiene un motivo sobrenatural, que es reconocer la filiación divina. Filiación divina que tiene un momento evangélicamente cumbre, que es en el Gólgota, cuando Cristo Dios Hijo e Hijo del Padre, nos regala la maternidad de María

Santísima, por extensión de la de San Juan. Podríamos decir que nos la regala el Señor, como un don maravilloso, que nosotros debemos fructificar en el hermano y obviamente en nosotros mismos.

2. Manifestaciones de esa alegría sobrenatural en el entorno de la Comunidad

La Comunidad de Barcelona – la decana del resto de comunidades-, nace bajo la protección de la advocación de Nuestra Señora de la Alegría. La mayoría de los Cursos de la Comunidad así como infinidad de actos se habían realizado originariamente en la Casa de Espiritualidad María Inmaculada de Tiana, que se halla muy cerca de la Ermita de esta advocación mariana, y cuyo jardín de entrada preside. Cuanta oración y charlas apostólicas se han desarrollado frente a esa imagen.

El hermano que realiza el Curso de Evangelización se encuentra inmerso en esa alegría, lo cual constituye el punto de acceso a la Comunidad, y le impregna de esa espiritualidad mariana tan propiamente nuestra. En el propio Curso existe la alegría, como nota característica, alegría obviamente sobrenatural de tratar de las cosas del Señor, que nos permite que cada hermano descubra la cantidad de hombre viejo que existe en su interior y, con la fuerza del Espíritu Santo y el testimonio de los hermanos veteranos, fundamentalmente los profesores, transformarse en hombre nuevo.

Pero existe además en el Curso, un hermano muy especial, que es el denominado hermano asistente, para los antiguos la “chacha”, o a quien podríamos llamarlo por sus funciones en el curso el “Fray Escoba” o el hermano lego.

Ese hermano veterano, normalmente miembro de la escuela de dirigentes, es quien desarrolla las funciones oscuras del curso, al servicio de los demás, y ese es especialmente el parangón de la alegría. Porque la alegría cristiana es la que sirve al prójimo como virtud, como capacidad de entrega a los demás. Pongamos un ejemplo evangélico como muestra de esta alegría transformada en capacidad de entrega y servicio al prójimo:

El hombre que bajaba por un camino de Jericó fue atracado y herido, el levita y el sacerdote pasan de largo. Solo el samaritano se queda, limpia las heridas, lo monta en su cabalgadura, lo lleva al hostal, paga los gastos y se preocupa. Esta es una capacidad de entrega a los demás que brota del corazón alegre, inflado por el Espíritu Santo.

La alegría de los hermanos de la Comunidad se ve en todos nuestros ambientes, cuando los hermanos nos encontramos por nuestras calles y plazas, y comprobamos que poseemos una inmensa alegría,

Alegría que es especial porque supera la banalidad de una alegría humana, que solo se sostiene en relaciones sociales, sino que más bien se basa en el compartir el principio de nuestra fe, que comporta la necesidad de entrega al prójimo con el testimonio de nuestra propia vida.

La alegría se refleja entre los hermanos, cuando participamos en actos que nos son propios. ¡Cuántas efusiones de afecto se producen!. Se nos dice que en el Encuentro no aplaudimos al hermano, para vanagloriarlo, sino que lo hacemos a la acción que el Espíritu Santo produce en el hermano; dicho de otra manera, la alegría auténtica, la alegría sobrenatural, solo proviene de Dios, por ser hijos del Padre, hermanos del Hijo, y por movernos por la influencia del Espíritu ¿ O, no es menos cierto que al iniciar cualquier acto colectivo, o muchísimas veces en actos individuales- como el testimonio de los hermanos- invocamos al Paráclito?. Es decir, continuamente solicitamos el don de la alegría cristiana.

Podemos detenernos en dos detalles de alegría desbordada:

1.- Cuando los hermanos en la Celebración Eucarística se dan la paz, muchas veces no se dan la mano: sino que se abrazan.

2.- Cuando los hermanos se encuentran al inicio o finalización de los actos comunitarios, lo hacen con desbordante alegría.

Porque tal como decíamos al principio de esta comunicación la auténtica alegría procede del hecho de ser

hijos de Dios.

3. ¿Y qué hacer con la alegría?

Nuestra actitud ante la alegría es primero agradecerla, ya que se trata de un don de Dios que, de la misma forma que nos da un cuerpo físico, también nos proporciona un cuerpo espiritual y la alegría podemos asimilarla en este caso a uno de sus miembros, y por lo tanto también hay que cuidarla y alimentarla.

Y en segundo lugar debemos comunicarla, tal como oímos de un dicho de la sabiduría popular: *“alegría no comunicada, alegría malograda”*. También indica el Papa Benedicto XVI en la Encíclica *Deus Caritas Est.*, en su oración a la Virgen María, que solicitemos. *“ser fuentes de agua viva, en medio de un mundo sediento”*

O sea, debemos alegrar a los otros siempre, en toda ocasión. Y siempre es dar alegría, cuando se evangeliza, ya que el evangelio es la Buena Noticia.

Se nos pide una Nueva Evangelización, nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión, pero con el mismo contenido inalterable e inmejorable. *“Jesucristo mismo es la noticia nueva y portadora de alegría que la Iglesia testifica y anuncia cada día a todos los hombres”*.³

Esfuerzo, misión, carisma, es igual como lo denominemos, pero siempre alegrar.

No debo esperar a que yo esté alegre, los demás no han de pagar mis errores, o pecados....

aunque esté compungido....dar alegría
aunque tenga dolor de mis pecados...dar alegría
aunque me sienta triste o melancólico... dar alegría
aunque me encuentre cansado... dar alegría
aunque este preocupado... dar alegría

Dijo Jesús a la Samaritana...“ *el que beba del agua que Yo le daré, nunca más volverá a tener sed”*

³ Christifideles Laici número 7

Cristo resucitó ¡Aleluya!, la tristeza, el dolor y el mal, no tienen la última palabra, sino que la tiene la alegría. Esta es la suprema explicación de las vivencias conocidas de la historia, de tantos mártires por Cristo, que vivían su sacrificio alegres, manifestado por las palabras de perdón a sus verdugos y cantos de alabanza a Dios. Como San Agapito, niño martirizado en Roma el año 270, que dijo: *“mi mayor felicidad es morir por Jesucristo”*.

Los santos atraen por su alegría, son superabundantes en la alegría contagiosa.

La purificación de la alegría pasa por nuestra debilidad y fragilidad, desencantos, desengaños, miedos, sufrimientos, inseguridades, imprevistos, proclividad que tenemos a la tristeza, en definitiva mi pequeñez. Estos momentos me recuerdan que soy un niño y eso es definitivo en la vida espiritual, ya que me hace recordar que...

mi Padre es Dios.

Citas relativas a la Alegría

Salmo 105,3

I Corintios, 13,12

I San Juan 3,2

Sabiduría 11, 24-26

Act.4,20

I San Juan I, 1-4

Act 13,24

Mateo,3,3

Lucas, 1,7

Mateo, 11,13

Act. 1,22

Lucas 16, 16

Lucas 1,11

Juan, 3,29

Marcos, 6, 17-29

San Agustín Confesiones 1, 1-1

San Basilio, spr 15,36

Santo Tomás de Aquino, Summa Theologica 2-2, 4.1



LAS FIGURAS DE MARTA Y MARIA Y SU APLICACIÓN A LA VIDA DEL FIEL LAICO

Carmen Hernando

Resumen

La narración evangélica sobre Marta y María (Lc 10, 38-42) y sus diferentes actitudes, es leída muchas veces como el paradigma de la acción -personificada por una hermana- y la contemplación -identificada con la otra-. Se interpreta como reproche de Jesús a Marta por su actividad y elogio a María que le está escuchando. De ahí se pasa a poner la contemplación y la acción como actitudes en un lugar diferenciado y determinado, una por encima de la otra.

En esta comunicación se plantea una visión diferente. Se defiende la necesidad en el fiel laico de conjugar ambas cosas. La contemplación no es el papel último del laico. Por otra parte, toda acción que no es alimentada y suscitada por la oración, es acción vana. Es acción que desemboca en el activismo, tan cansado y tan poco fructífero. Necesitamos horas de Sagrario para discernir qué quiere Dios de nosotros, cual es su plan en nuestra vida y así poder actuar en consecuencia.

También se analiza como se vive todo esto en el día a día del militante de Christifideles Laici. Importancia del trípede de la hoja de servicios. En la oración y el estudio escuchamos al Maestro, como hizo María. En la acción y el apostolado le servimos, como hizo Marta.

1. Introducción

Marta y María. Acción frente a contemplación. Hay fuentes donde se defiende esta división, contraponiendo ambas cosas. Esta comunicación, ante la meditación de los pasajes evangélicos que muestran las figuras de Marta y María (Lc 10,38-42, Jn 11, 1-8, Jn 11, 17-35 y Jn 12, 1-8), propone una visión diferente. En el Movimiento Christifideles Laici

se nos ha animado siempre al trato diario con Dios en la oración y de ahí ha de partir nuestra acción. No se entiende una cosa sin la otra. El fiel laico actual tiene la necesidad de conjugar ambos papeles. Por una parte, toda acción que no esté alimentada por la oración es acción vana, desemboca en el activismo, tan cansado y tan estéril. Pero, por otra parte, no podemos quedarnos sólo en la contemplación. Esta debe impulsarnos a actuar. Necesitamos horas de Sagrario para discernir que quiere Dios de nosotros, cual es su plan en nuestras vidas y actuar en consecuencia. Sólo así nuestra acción dará fruto. Sólo así podremos decir como San Pablo *"Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí"*. Así nuestras obras serán un reflejo de ese vivir Cristo en nosotros.

Así lo entendieron los apóstoles. Santiago nos dice: *"La fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma"* (Santiago 2, 17). Y añade: *"Alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras."* (Santiago 2, 18-20)

San Agustín, San Gregorio Magno y otros Santos Padres de la Iglesia quisieron llevar una vida que estuviera dedicada totalmente al estudio de la Palabra de Dios y de las cosas espirituales, eligiendo de este modo "la mejor parte". Pero movidos por su amor a Dios y a los hermanos deben abandonar la tranquilidad de su retiro para asumir su actividad de pastores. Joseph Ratzinger *El nuevo Pueblo de Dios* estudia la figura de Marta y María en los Padres de la Iglesia. Extraemos de allí algunos textos de San Agustín. *"En estas mujeres están representadas las dos vidas: la presente y la futura, la trabajosa y la que ha llegado al descanso, la necesitada y la bienaventurada, la temporal y la eterna. Estaban, pues, en aquella casa las dos vidas y la fuente misma de la vida: en Marta la imagen de lo presente, en María la imagen de lo que está por venir. Lo que Marta hacía, eso somos aquí; lo que María hacía, es lo que esperamos"*. Es decir, María y Marta designan según Agustín no dos posibilidades de esta vida, sino el término y el camino, el allende y el aquende. La figura de la vida en este mundo es Marta, para todos. Y María escogió "la mejor parte" sólo en cuanto que es tipo de lo permanente, de aquello que ya no se le quitará, de la hartura eterna por el Verbo en el nuevo mundo. Nos dice Agustín en otro texto *"El trabajo pasa y el descanso permanece, pero sólo se llega*

al descanso por el trabajo.” Pero en esta vida el obispo de Hipona opta por el estilo paulino: “Todavía sigo, todavía voy adelante, todavía camino, todavía estoy de viaje, todavía tiendo hacia adelante, aún no he llegado al término”. El destino del cristiano en este mundo es el destino de Marta, que servía al Señor, necesitado todavía en sus “pequeños” del servicio de los hombres. Y el papa San Gregorio Magno insiste en que “nadie puede ser perfecto en la contemplación, si no viene del trabajo de la obra activa” y añade: “puede uno sin duda entrar sin la contemplación en la vida eterna, pero no sin el trabajo”

Imposible citar aquí la ingente cantidad de santos que han sido contemplativos en acción. Por poner algunos españoles, nombraremos a San Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola. Por poner alguien cercano en el tiempo, citamos a Teresa de Calcuta, la incansable servidora de los más pobres de entre los pobres: *“Sin la oración, yo no podría llevar a cabo mi trabajo, aunque fuera tan sólo una media hora. Yo saco mi fuerza de Dios por medio de la oración”*

2. María: a los pies del Señor. Necesidad de la oración

En tres escenas diferentes los evangelios nos presenta a María a los pies del Señor: En la escucha atenta de su palabra (Lc 10, 39), llorando en los momentos duros de la muerte de su hermano (Jn 11, 32) y perfumando los pies del Maestro (Jn 12, 3). Quien está cercano al Señor, atento a lo que le dice, está también con el Señor en los momentos de prueba y su buen hacer, su “buen olor” perdura en el tiempo.

Muchos se preguntan sobre el porqué de la necesidad de orar. ¿Por qué hemos de orar, particularmente los laicos, si Dios ya sabe nuestras necesidades? ¿Qué utilidad tiene la contemplación en nuestro quehacer diario? Ciertamente Dios no necesita que le digamos lo que nos pasa, ya lo sabe. Vamos a ver a continuación algunos de los motivos por los que la oración no es algo de lo que podamos prescindir, no es un lujo para unos pocos sino una necesidad para todos.

Necesitamos orar para conocernos mejor a nosotros mismos

Dios ya nos conoce. Pero nosotros no nos conocemos suficientemente. Si analizamos nuestra oración, nuestras peticiones, ¡cuánto podemos aprender de nosotros mismos! En no pocas ocasiones si estudiamos con detenimiento aquello que llevamos a la oración descubrimos que hay mucha miseria en nuestra actitud. Podría decirse "Dime cual es tu deseo y te diré quien eres". Por nuestros deseos, nuestras preocupaciones, nuestros anhelos, se puede saber mucho de nosotros, y puesto que todo esto lo llevamos a la oración, en la oración nos vamos conociendo un poco más a nosotros mismos.

"Nada tenemos que no nos haya sido dado" dice la Sagrada Escritura pero muchas veces no somos conscientes ni de los talentos que poseemos. También en la oración vamos haciendo discernimiento de ello. Y somos responsables de hacer fructificar los talentos recibidos. No podemos "guardarlos" (ver Mt 25, 14-30, parábola de los talentos). Por otra parte los talentos que hemos recibidos no son para provecho solo nuestro. Nos han sido dados para bien de toda la comunidad. Así pues, el trato con Dios no es algo teórico sino algo que tiene unas consecuencias muy prácticas.

Necesitamos orar para saber que quiere Dios de cada uno de nosotros

Por otra parte la oración, más que exponer lo que espero o necesito de Dios, es escuchar lo que Dios espera de mí. Necesitamos conocer lo que Dios quiere de nosotros. Nuestra felicidad nos va en ello. El, que nos ha dado unos talentos, tiene un plan para cada uno de nosotros. Sólo en la medida en que descubramos este plan y seamos dóciles a él conseguiremos nuestra plenitud. En palabras del Cardenal Lluís Martínez Sistach, se trata de vivir nuestra vida en clave vocacional.

En la oración por excelencia, la que nos enseñó Jesús, el Padrenuestro, decimos *"Hágase tu voluntad"*. La suya, la de Dios, no la nuestra. Frente al relativismo tan en boga

actualmente, San Agustín nos dice: *“La voluntad de Dios es como una regla. Mientras hay una regla inalterable tienes un medio de enderezar y corregir tu deformidad, tienes un medio de alinear lo que en ti está torcido.”* Tenemos necesidad de tratar con Dios para saber cual es su voluntad y ajustar la nuestra a la suya. Necesitamos buscar la voluntad de Dios sobre cada uno de nosotros. Esta búsqueda es una exigencia de todo cristiano.

Necesitamos orar para conocer más profundamente a Dios

Los fieles laicos somos los amigos de Dios. Pero para que esta amistad sea real es necesario el trato. Tenemos necesidad de profundizar nuestro conocimiento de Dios y para ello necesitamos ponernos a sus pies como María, contemplarle, leer los evangelios, escuchar lo que nos dice hoy a cada uno de nosotros, tratarle como le trataron los apóstoles, como le trataron María, Marta y Lázaro, hacer de nuestro corazón una nueva Betania donde el Señor se sienta a gusto.

No queremos llegar a un conocimiento teórico y abstracto de Dios, sino un trato afectivo, una vivencia beatificante. *“Nuestra ansia de un mayor conocimiento de Dios se asemeja a la del enamorado que no se cansa de saber más sobre su amada. No es el conocimiento del experto, del científico que estudia ratones disecándolos”*. San Agustín nos dice: *“Es más fácil amar a Dios que comprenderlo y es más útil amarlo que explicarlo”*. Se trata pues de tener trato con el Señor para poder conocerlo mejor, Decía Santa Teresa: *“Oración es tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama”*. Sólo así podremos después transmitirlo a los demás.

Necesitamos orar para ser “capaces de Dios”

En definitiva, Dios no necesita que le digamos lo que nos pasa, pero nosotros si necesitamos capacitarnos para recibir lo que Él nos quiere dar. Nos dice Juan Pablo II en *Christifideles Laici*: *“Para actuar con fidelidad a la voluntad de Dios hay que ser capaz y hacerse cada vez más capa.”* Sobre esto nos dice San Agustín: *“Dios pretende ejercitar con la oración nuestro deseo y así preparar la capacidad para recibir lo que nos*

ha de dar. Tanta mayor capacidad tendremos cuanto más fielmente creamos, más seguramente esperemos, más ardientemente lo deseemos."

Al orar, al formular nuestra petición, nos hacemos conscientes de nuestra necesidad y pequeñez. A veces parece que Dios no nos escucha, no atiende nuestra oración. San Agustín define la oración como un ejercicio del deseo. *"Dios, retardando [su don], ensancha el deseo; con el deseo, ensancha el alma y, ensanchándola, la hace capaz [de su don]"*. El hombre ha sido creado para Dios mismo, para ser colmado por Él. Pero nuestro corazón es demasiado pequeño para la gran realidad que se nos entrega. Por eso tiene que ser ensanchado, tiene que vaciarse del vinagre que llevamos para que Dios pueda llenarlo de la miel (símbolo de su ternura y de su bondad) que quiere darnos. Esta imagen que utiliza San Agustín, la toma también Benedicto XVI en su última encíclica.

3. Buscar el trato con Dios. Contemplación

Hemos visto que nos es muy necesario buscar el trato con Dios. Y ¿dónde lo encontramos? Ya en el Cursillo de Evangelización se trata extensamente este punto. Concretamente en el tema Dios Padre se nos anima a entablar un mayor conocimiento de Dios a través de la creación, a través de Cristo, por la lectura y meditación de la Sagrada Escritura, por el trato íntimo con el Señor, frecuentando los sacramentos, a través del trato con la Virgen María y los Santos. Y también a través de la Iglesia.

Poco se puede añadir a eso. Destacaré aquí solamente tres aspectos.

Intimidad e interioridad

Jesús nos dice *"A vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer"* (Jn 15, 15) El trato con los amigos necesita intimidad. También nuestro trato con Dios. Pero ¿dónde encontrar esa intimidad?

El primer lugar donde podemos buscarla es dentro de

nosotros mismos. El camino de la interioridad es el más seguro para el mejor conocimiento de Dios. Nos puede servir la experiencia de San Agustín que tuvo una larga búsqueda de Dios: *“Yo te buscaba Señor y te buscaba mal, te buscaba fuera y Tú estabas dentro de mi”* y añade: *“más dentro de mi que yo mismo”* Y a aquellos que como él están en la búsqueda Agustín les dice: *“En tu alma está lo que buscas. ¿Quieres ser feliz? Busca en tu misma alma.”*

Por otra parte tenemos el ejemplo de Jesús. En varias ocasiones nos dicen los evangelios que Jesús se retiraba a orar. Buscaba esos ratos de intimidad con el Padre. De forma especial en los momentos decisivos. Jesús pasó noches enteras en oración.

Siguiendo su ejemplo en el Movimiento se nos ha animado siempre a buscar ese trato con Dios, ese rato de oración diaria. Y en la medida en que sea posible, el acercarnos a la Eucaristía. Allí está Jesús esperándonos. Allí podemos ponernos a sus pies como María de Betania. También se nos exhorta a que si nos es posible la asistencia a la Misa diaria, no dejemos de hacerlo. Si no es posible, al menos efectuemos visitas al Sagrario, estando allí un rato con el Señor. Si esto tampoco es posible, siempre podemos unirnos a Él espiritualmente. Destacamos aquí dos instrumentos que pone a nuestro alcance el Movimiento: la Adoración Nocturna que cada fin de semana se realiza de forma ininterrumpida y las tandas anuales de Ejercicios Espirituales.

Presencia de Dios en nuestra vida

La presencia de Dios en nuestra vida es continua y muy real. Uno de los objetivos del Cursillo de Evangelización es contemplar nuestra vida desde esta visión. Reconocernos criaturas, hijos amadísimos de Dios, sea cual sea la trayectoria hasta ese momento en nuestras vidas.

Anualmente los Ejercicios Espirituales que nos ofrece el Movimiento nos brindan una oportunidad para examinar los beneficios que Dios nos ha dado como hace María en el Magnificat. Es bueno recordar el paso de Dios en nuestras vidas, sus huellas reconocibles. Santos hay que, como

Ignacio de Loyola, van apuntando estos datos con la certeza de que recordar esos momentos que sabemos especialmente iluminados por el Señor nos han de ser de provecho en los momentos duros de nuestra vida. Observemos el relato de nuestro pasado y descubriremos que hemos sido guiados. *“Me guiará tu mano y me asirá tu diestra”* (Salmo 139, 10). El verificar que esto ha sido así en nuestra vida en el pasado nos da certeza para confiar que siempre será así.

Pero la presencia de Dios es algo que debemos tener presente cada día todos los cristianos. Conscientes de esta importancia, la presencia de Dios es el primer punto de la hoja de piedad que revisamos semanalmente en el Grupo de Perseverancia. ¡Cuántas de las cosas malas que hacemos las dejaríamos de hacer siuviésemos presente que Dios está a nuestro lado! ¡Y cuántas obras buenas haríamos que ahora omitimos por no vivir bien la presencia de Dios! ¡Cuán diferente sería nuestro proceder si fuéramos más conscientes de que caminamos en Su presencia! Pero, especialmente en el fiel laico, por sus múltiples ocupaciones diarias y por la gran cantidad de distracciones que se le presentan, no siempre es fácil mantener la presencia de Dios.

Ciertamente hay sitios donde sentimos con más facilidad la cercanía del Señor. El Sagrario es el lugar por excelencia. En ningún otro sitio aprenderemos tanto del Señor como ante la Eucaristía. *“He aprendido más de rodillas ante el Señor, que en la lectura de todos los libros”* decía Santo Tomás. También la naturaleza puede ser lugar privilegiado de encuentro con Dios. A Jesús lo vemos orando en el Monte de los Olivos, la montaña es el lugar elegido por Dios para comunicarse con Abraham, Moisés y otros profetas. Los eremitas se retiraban al desierto para aumentar su trato con Dios.

Pero el fiel laico en muchas ocasiones no puede retirarse al templo, ni a la montaña ni al desierto. No es necesario. *“Dios anda también entre los pucheros”* nos decía Santa Teresa. Yo añadiría que Dios también anda entre los libros, en las aulas universitarias y entre los pequeños que cuidamos los padres cristianos, etc. Cada laico podría alargar la lista con sus quehaceres diarios. Se trata de que *“Si coméis, ó bebéis, ó hacéis otra cosa, haced lo todo á gloria de Dios”* (1Co 10, 31) como nos dice San Pablo. San Juan Crisóstomo manifiesta

en [9] *“La oración no es el efecto de una actitud exterior, sino que procede del corazón. No se reduce a unas horas o momentos determinados, sino que está en continua actividad, lo mismo de día que de noche. No hay que contentarse con orientar a Dios el pensamiento cuando se dedica exclusivamente a la oración; sino que, aun cuando se encuentre absorbida por otras preocupaciones (...) hay que sembrarlas del deseo y el recuerdo de Dios”.*

Pero para ello, para tener presente a Dios a lo largo de todo el día, hace falta un rato, que puede ser breve, pero diario y a poder ser por la mañana y ocasionalmente más extenso, para poder *“calentar motores”*. A este respecto nos dice San Agustín *“Con objeto de mantener vivo este deseo de Dios, debemos, en ciertos momentos, apartar nuestra mente de las preocupaciones y quehaceres que de algún modo nos distraen de él, y amonestarnos a nosotros mismos con la oración vocal; no vaya a ocurrir que nuestro deseo comience a entibiarse y llegase a quedar totalmente frío, y, al no renovar con frecuencia el fervor, acabe por extinguirse del todo”*. El encuentro con Dios no es una cosa artificiosa y complicada. No busquemos a Dios en la lejanía. Él está a nuestro lado siempre. Él se hace presente en el amor. Pongamos amor en todas las cosas que hacemos y ahí lo encontraremos. *“Donde hay caridad y amor, ahí está Dios”*

El trato con los hermanos

En la vida de muchos santos vemos como en este camino hacia Dios han buscado el trato con personas espirituales. Ya en época de los Padres de la Iglesia muchos eran los que iban a buscar a los ermitaños o a aquellos que eran considerados como hombres de Dios para pedirles consejo y que les sirvieran de guía. San Ignacio de Loyola defendía la conversación espiritual entre personas que buscan la vida interior.

Así también nosotros, entre los hermanos del Movimiento, en los Encuentros, Grupos de Perseverancia, y otros actos, Dios se nos manifiesta mediante la palabra que nos dirige el otro. *“Allí donde haya dos o más reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”*. (Mt 18,20) ¡Cuántas veces hemos constatado esto en cada una de nuestras reuniones! Y en

cuántas ocasiones hemos sentido que el Señor se valía del comentario de un hermano para indicarnos el camino a seguir. ¡Cuánto se aprende al escuchar testimonios de los hermanos! Dios nos interpela a través de ellos.

En la vida de muchos santos observamos cuanto bien les ha hecho la lectura de vida de otros santos (podríamos poner otra vez el ejemplo de San Ignacio). Nosotros también experimentamos que el ejemplo de los santos nos ayuda. Pero en la vida de muchos santos observamos "los santos del entorno". Santo Tomás tuvo por maestro a San Alberto Magno y por compañero de estudio a San Buenaventura. En el siglo de oro español se encontraron Santa Teresa con San Pedro Alcántara, San Juan Borja, San Juan de la Cruz y este con San Juan de Dios. No se entiende Santa Clara sin San Francisco, ni habría sido Francisco Javier quien fue sin Iñigo de Loyola. Y podríamos alargar cuanto quisiéramos la lista.

La santidad es contagiosa. El testimonio, la vida de los santos es semilla de santidad. Y ese es el gran tesoro que tenemos en cada Encuentro, en cada Grupo de Perseverancia. Ahí los hermanos con nuestro testimonio abrimos nuestras vidas. Somos libros vivos. No somos santos de ayer. Somos hombres de hoy, hombres que buscamos a Dios, que queremos a Dios, que queremos ser santos y hacemos juntos el camino. Este es, creo yo, el mayor tesoro del Movimiento.

4. Marta: al servicio del Señor. Necesidad de las obras

Tanto Lucas (Lc 10, 40) como Juan (Jn 12, 2) nos muestran a Marta sirviendo al Señor en lo material. En ambos evangelistas se advierte, por como le trata, que Marta tenía confianza con el Señor. Y se nos presenta como una mujer de fe. Las palabras que Juan pone en boca de Marta refiriéndose a Jesús: "*Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios*" (Jn 11,27) sólo son comparables a la confesión de Pedro, que le vale ser cabeza de los apóstoles. Y es que quien está al servicio de Dios, por fuerza da testimonio de Él. Y dice mucho la afirmación de Juan: "*Jesús amaba a Marta*" (Jn 11,8)

Como hemos dicho en la introducción, muchos son los

que ven un reproche en las palabras de Jesús *“Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola, María ha elegido la mejor parte”*. Pero San Agustín no lo interpreta así: *“¿Cómo podría Jesús dirigir un reproche a Marta, contenta por recibir a tan excelente huésped? Si eso fuera un reproche, no habría nadie para cuidar de los necesitados. Todos escogerían la mejor parte para decir: empleemos todo nuestro tiempo en escuchar la palabra de Dios. Pero si esto ocurriera, no habría nadie para atender al forastero en la ciudad, al necesitado de alimento o vestido, nadie para visitar los enfermos, nadie para liberar a los cautivos, nadie para enterrar a los muertos. Las obras de misericordia practicadas en favor de los necesitados son imprescindibles aquí en la tierra”*

Antes hemos visto la necesidad de la oración. Pero esta nos debe mover a la acción. Nos dice también San Agustín: *“Pero pensad que si ya el oír es cosa hermosa, cuánto más no lo será practicar lo que se oye. Si no oyes, si descuidas el oír, no edificas nada. Pero si oyes y no obras según lo que oyes, sólo edificas un tronco mutilado”*

El problema de Marta no puede ser el servicio, pues Jesús mismo se nos presenta como siervo. El problema no es la acción sino el activismo. El problema es el exceso de acción que distrae, impide o mengua la escucha de la Palabra de Dios. Nos dice Benedicto XVI en [7], al hablar sobre las tentaciones: *“La acción debe estar precedida por el recogimiento, y este recogimiento es necesariamente lucha interior por la misión, una lucha contra sus desviaciones, que se presentan con la apariencia de ser su verdadero cumplimiento”*. Pero tras ese discernimiento la acción es querida por Dios. Todo el mundo espera ver buenas obras en la vida de los cristianos. Estas dan testimonio de Dios, pues a Él remiten. En Mateo 7, 20 leemos: *“Por sus obras los conoceréis.”* Y añade *“No todo el que diga “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre”* (Mt. 7, 21).

Así pues, no podemos separar la oración de la acción. Nuestras elecciones, nuestras decisiones y nuestras acciones diarias tienen una gran importancia en nuestro caminar hacia Dios. Y ojalá todos podamos decir al final como San Pablo: *“He combatido bien el combate, he corrido bien la carrera, he conservado la fe”* (2 Tm 4,6-7).

5. Dar testimonio de Dios. Apostolado

Jesús nos dice: *“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”* (Mt. 5, 16) Este debe ser el fin de nuestras obras: que sirvan para dar gloria a Dios. Y tienen que ser luz para los demás. No podemos quedarnos con lo que nos ha sido dado. Tenemos necesidad de compartir nuestra vivencia de Dios con los demás. Eso es el apostolado.

No me alargo más en este tema pues daría para otra comunicación. Sólo decir que no siempre será fácil, pues el mensaje de Jesús muchas veces no es entendido y es rechazado. También a Él lo rechazaron en su época. Tal como dijo San Ignacio: *“Convendrá tener el ánimo preparado a aceptar el éxito o el fracaso, con buena voluntad, como de la mano de Dios. Baste a nosotros hacer según nuestra fragilidad lo que podamos, el resto dejémoslo a la divina providencia, cuyo curso no siempre entienden los hombres.”* Y si alguna vez sentimos que nos fallan las fuerzas, sigamos el consejo de San Agustín: *“Haz tú lo que puedas, pide lo que no puedes, y Dios te dará para que puedas”*.

6. Testimonio final

Termino esta comunicación como es habitual acabar cualquier intervención en nuestro Movimiento: dando mi testimonio concreto sobre como he vivido yo esta dualidad de contemplación y acción en estos veinticinco años de militante. Cuando realice el Cursillo tenía dieciocho años y estudiaba el primer curso de la Licenciatura de Matemáticas. En aquel entonces no siempre me resultaba fácil coordinar mi vida de estudiante, la asistencia y colaboración en el Movimiento, el apostolado en el grupo parroquial en el que estaba, las actividades apostólicas que hacíamos en la Universidad, las clases particulares que daba, mis deberes familiares y la oración.

De aquellos primeros años recuerdo especialmente, de cara a lo que aquí nos ocupa, dos cosas. La primera es que en el Movimiento aprendí la importancia del estudio. Del religioso desde luego, pero también del profesional. Y también aprendí que Dios también estaba ahí entre mis libros y que las muchas horas que debía estudiar podía convertirlas en oración grata al Señor. La segunda tiene que ver con la lectura. Pese a que siempre me ha gustado mucho leer, al principio no encontraba tiempo para la lectura espiritual. Analizándolo un día ante el Sagrario tomé la decisión de eliminar toda lectura superflua. Ello me llevó a que los siguientes ocho años –hasta el nacimiento de mi primer hijo– toda la lectura que realicé era propia de mis estudios universitarios o era de materia religiosa. ¡Cuántas vidas de santos llegué a leer! Un recuerdo especial merece Santa Teresa. Leí todas sus obras en esa época. ¡Cuántos trayectos de autobús hicimos juntas! Y que fácil es sentir la cercanía del Señor cuando uno va con “estas compañías”. Pese a todas mis actividades, de Teresa aprendí entre otras cosas, que *“Sin este cimiento fuerte (de la oración) todo edificio va falso.”*

Mucho ha cambiado mi vida en estos años, pero es en la oración diaria, en el encuentro con Jesús en la Eucaristía, donde el Señor me sigue recordando cuanto me ama, me da luz para ver mis miserias y el camino por el que debo avanzar. De la oración saco las fuerzas para llevar a cabo mis múltiples ocupaciones como esposa, madre de seis hijos y profesora universitaria y para ser testigo de Cristo en todos mis ambientes. Soy consciente del tesoro que poseo y que tengo que cuidarlo. Es mucho lo que el Señor me ha dado y sigue dando. Y no puedo guardarlo sólo para mí.



**YO PABLO, POR LA VOLUNTAD DE DIOS
LLAMADO A SER APOSTOL DE JESUCRISTO – EL
APOSTOL DE LAS GENTES COMO MODELO DE
EVANGELIZADOR**

Jesús Manzanares Chocano

1. San Pablo

San Pablo, al que de una manera recurrente los miembros de Christifideles Laici invocamos como nuestro Patrón, es también el modelo perfecto del fiel laico.

Con la presente comunicación se pretende demostrar como desde siempre, incluso antes de su conversión, el denominado Apóstol de las Gentes fue un hombre íntegro que persiguió, con todas sus fuerzas, la fidelidad a Dios.

En su *“idea equivocada”* de Dios, tal como él mismo la define, San Pablo cayó preso de sí, al perseguir a todos aquellos que predicaban lo que a la larga se comprendería como una Trinidad, para él, herética; idea disculpable por ignorancia.

Dios, en su divina misericordia, probablemente al ver la coherencia de vida de Saulo de Tarso, le eligió para Sí, vio en su persona sustancia de hombre auténtico: idealista, apasionado, que lo daba todo por “su ideal”.

A partir de ese momento descubrió a Jesús, *que desvelaba su error, su idea*, y su vida dio un giro de ciento ochenta grados.

De esta forma San Pablo “ensambló” su totalidad humana con la Totalidad Nueva encarnada en Cristo, y, con esa misma intensidad, “se entregó a muerte de Cruz” como su divino Maestro Jesús Nuestro Señor.

Por lo tanto lo que le invadía ya no era un ideal religioso sino mas bien “asunción” (ser asumido) de Pablo por Cristo.

2. ¿Quién fue Jesús para él?

Jesucristo era pues para Pablo su Señor, la Voluntad del Padre encarnada; era el Dios humanado, el auténtico, sacrificado por la Redención, que demostraba la totalidad del Amor del Padre.

Más aún, Jesús era su compañero inseparable, su amigo del alma, su anhelo más hondo, su pasión, y su fuerza (que ya era divina), su todo.

Era la Segunda Persona Trinitaria, consustancial al Padre y anhelo de su alma, que “le solicitaba” todo su ser, como hijo de Dios.

Era aquel que siempre quiso conocer y servir, el Único que merecía todos y cada uno de los instantes de su vida.

San Pablo es, posiblemente, después del Único y de su Madre, el primero en servir al Amor de Dios.

Si miramos la realidad presente, podemos concluir que hoy el mundo va mal porque faltan corazones de Pablo, que son de Cristo, del Padre.

Es por tanto preciso que el Espíritu Santo purifique nuestra conciencia, sagrario de Dios, para que nos conceda esta Gracia.

A continuación iremos desgranando diferentes facetas del Apóstol a la luz de la Escritura

3. Pablo Perseguidor

Posiblemente Pablo fue como tú, como yo, que a lo mejor vivíamos una vida atea, criticando a tu familia, a tu Iglesia.

“Despierta tu que duermes y levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará “ (Efesios 5:14)

4. Pablo Ciego

Pablo se encuentra arrojado del caballo, como cada uno de nosotros por nuestro tu pecado, es conducido a Damasco

(figura en este caso del Cursillo de Evangelización) para ser acogido y formado por Ananías y otros que hacen sus veces, siendo de esta forma conducido por el Espíritu Santo.

“Saulo, Saulo, por qué me persigues” (Hechos 9,4). Pero también Pedro, Juan Jordi, ¿por qué me persigues?

5. Pablo Humilde

Solo la humildad hace posible la encarnación de la Verdad de Cristo en ti, tu esfuerzo y sacrificio por la predicación.

Parece como si dijera: “Yo, Pablo, aborto de Cristo, el primero de los pecadores y el último de los Santos”

Su humildad y optimismo destacan en su humanidad. La humildad con la Cruz es su gran ley ¿Qué puedo temer?

6. Pablo Paciente

Como dice Santa Teresa de Jesús La paciencia todo lo alcanza. Saber esperar es saber obedecer. ¿Y tú, de qué te quejas? ¿Como es tu mortificación?

Tras su conversión, el Apóstol San Pablo estuvo tres días de ayuno, permaneció tres años en el desierto de Arabia, y aún así tuvo que esperar cuatro años más, antes de comenzar su predicación ya que los Apóstoles no le consideraban “digno”, o bien recelaban de su antigua condición de perseguidor y carcelero.

“Somos espectáculo para el mundo” (1ª Corintios 4,9)

7. Pablo Pobre

Encontramos en numerosos pasajes del Antiguo Testamento la cita: *“Abandonadas todas las cosas le siguió”*. Vale la pena entonces preguntarnos: ¿Qué cosas te poseen e impiden que Cristo actúe, con libertad, en ti?

Como San Pablo, si el Señor te ha concedido una inteligencia genial, sufre y goza hasta con lo más pequeño,

Si tienes una voluntad gigante como el Apóstol, trabaja como un atleta, como un soldado vencedor, cueste lo que cueste.

Si tu temperamento es fogoso, cultiva un corazón ardiente y entregado como Pablo lo hizo.

Bien dice a este respecto la Escritura: *“Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?”*

Si vives una sensibilidad superior, exquisita y vibrante, y estás lleno de vida, aplícala como hizo nuestro Santo Patrón desde la ternura propia de una madre con caricias y frases seductoras hasta la sequedad inflexible de un jefe. El mismo Apóstol manifiesta su ternura en el comienzo de sus epístolas: *“La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el Amor del Padre y la Comunión del Espíritu Santo esté con todos vosotros”* en 2 Corintios 13, 13. Pero también se presenta duro en Gálatas 6, 17: *“En adelante que nadie me moleste pues llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús”*

8. Pablo Orante

Para entender la fe. ¿Cómo es tu oración? ¿Cómo comulgas? Por esto te veo como a él.

Y esto lo encontramos en numerosas citas: *“Si confesares con tu boca al Señor Jesús y creyeres en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo”*. También leemos en otro lugar: *“Mi suficiencia viene de Dios, llevo un gran tesoro en vasija de barro para que se vea con sublimidad que es la fuerza de Dios y no mía”*.

Su Amor a la oración le convierte pues en un hombre sumamente agradecido. ¿Cómo es la oblación de tu corazón a Dios?

Es notable su pureza de intención, San Pablo solo se preocupa de agradar a Cristo.

Lo que quiere, por encima de todo, es que Cristo sea predicado.

“Os atiborráis de ideas, de ellas llenáis vuestras jornadas y no sabéis que no he venido a traer una idea sino Mi Vida”.

(Carlo Carreto: Mañana será mejor)

9. Pablo Fiel

Para el Apóstol San Pablo Jesús es su Señor, su Sabiduría, su Modelo, su Vida misma, su Gloria Eterna,

Vive en el Cielo aunque camine por la tierra, peregrino a la Ciudad Eterna. Dice al respecto: *“El tiempo es breve, las tribulaciones no son nada comparadas con el peso de Gloria Eterna que nos proporcionan”*. De esta forma está siempre con el Señor.

Vive alegre por la fuerza del Espíritu Santo, tal como nos recordamos frecuentemente con el dicho: *“Un santo triste es un triste santo”*. Nos lo concreta en Filipenses, 4,4: *“Alegraos siempre en el Señor; de nuevo os lo digo, alegraos. El Señor está próximo”*.

Su santidad no es más que la lógica vivida de su entusiasmo por Cristo: se apoya en Él y a Él se afana. Su ideal se puede resumir en: *“Para mí la Vida es Cristo y la muerte una ganancia”*.

En medio de todo padecimiento Cristo habita en mi corazón, me ama siempre, me ama como soy, queriendo que yo sea como Él es.

Su vocación le conmueve, y le arrebató el designio de Dios para él: llevar el Evangelio de Cristo en su corazón, ser su vocero.

Por último, Pablo sabe que el cristiano ya participa aquí debajo de la plenitud del Cristo Glorioso, y es conciudadano de los Santos, ya salvados en la Gloria.

10. Pablo Contemplativo

¿Cuántas largas visitas al Santísimo realizas a la semana? ¿Cómo le tratas en tu turno de Adoración? Asómate por un momento a la actitud vital de Pablo. Es penetrante, rápido, va a lo esencial: *“Todo lo tengo por pérdida a causa del sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por cuyo amor todo*

lo sacrifique y lo tengo por basura, con tal de ganar a Cristo"
(Filipenses 3,8)

Pablo ha visto en Cristo la *"Irradiación de Su Gloria (del Padre) la impronta de Su Sustancia"* (por el Espíritu Santo)" (Hebreos.1, 3). Cristo es tal cual el Padre es, por el Espíritu Santo, que en Él habita: *"Él, que con su poderosa Palabra sustenta todas las cosas"* (Hebreos. 1,3)

11. Pablo Estudioso

El Apóstol estudia para de esta forma ser útil a Cristo. Y tú dispones de la posibilidad de asistir a todos los medios de formación que la Comunidad te brinda ¿Estudias, por ejemplo, el Manual del Grupo de Perseverancia? Si no tienes hábito de estudio puede parecerle la más grande penitencia a realizar. Pero vale la pena a este respecto escuchar lo que expresa el gran Apóstol de las Gentes: *"Nunca me precié de saber cosa alguno sino a Jesucristo y éste crucificado"* (1ª Corintios 2,2)

12. Pablo Obediente

Pablo fue obediente porque supo esperar y prepararse par ser digno apóstol. Incluso pareciera que quiere destruir todo lo que opone a Cristo. El Apóstol da testimonio de cómo se sujetó en todo a la obediencia en Cristo, a través de los apóstoles, por Quien daría toda su vida. Nos enseña que obedecer es amar, resucitar, reinar

Y esto San Pablo lo hace presente en la forma en que se refiere a Él en sus escritos. Dos veces le llama como *"Dios mismo"*, tres veces como *"Salvador"*, en diecinueve ocasiones lo nombra como *"el Hijo de Dios"*, en treinta y tres *"Jesús"*, ochenta y dos veces dice *"Jesucristo"*, doscientas veces habla de *"el Señor"* y doscientas veinticinco de *"el Cristo"*.

En resumen, su actitud ante el Hijo de Dios queda sintetizada en el texto *"Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas y las tengo por basura para ganar a Cristo"* (Filipenses. 3,8)

13. Pablo Evangelizador

El Apóstol de las Gentes destaca en su acción apostólica. Los miembros de Christifideles Laici nos vemos a este respecto como vemos a Pablo, conscientes de la misión que Cristo nos encomienda. ¿Hacemos una recta Dirección Espiritual?

Su capacidad de sufrir va ligada a la capacidad de convencer. Sin embargo tuvo que ser Bernabé, el otro único apóstol fuera de los Doce, quien le buscase en Tarso y le lanzase al apostolado. A partir de ese momento todo su ser lo pone la servicio de sus hermanos: “como Cristo que me amó y se entregó por mí”

Es asimismo como una madre que, sabiéndose de Cristo, hace todo lo posible para que los demás también sean de Cristo”, tal como vemos en las siguientes citas

“Hijos míos por quienes sufro de nuevo “dolores de parto” hasta ver a Cristo formado en vosotros”. (Gálatas . 4,19)

“Hermanos míos amadísimos, mi alegría, mi corona, perseverad firmes en el Señor, carísimos”. (Filipenses. 4,1)

“Desearía ser anatema de Cristo por mis hermanos” (Romanos 9,1 - 3)

San Pablo evangeliza con toda el alma: *“que no me envió Cristo a bautizar sino a evangelizar y no con sabia dialéctica para que no desvirtúe la Cruz de Cristo”. (1ª Corintios 1,17)*. Una Cruz de Cristo “que es poder de Dios para los que se salvan”, de tal manera que “Cristo lo es todo en todos”. Resuenan de esta manera sus palabras en la común unidad y misión del Grupo de Perseverancia que los miembros de Christifideles Laici celebran semanalmente.

Siempre apuntando alto, afirma en Colosenses 3,1: *“Si fuisteis resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, vuestra vida está escondida con Cristo Jesús en Dios”*

San Pablo vive una relación de amor por todos aquellos que serán objeto de su apostolado. Por ellos dará toda su vida en un parto “glorioso”: Dicha idea podríamos también

referirlo a aquellos con los que compartimos nuestra vocación al apostolado como fieles laicos para una nueva evangelización, concretamente en la vivencia del amor a los Consiliarios y a los hermanos. Dice también en esta línea: *"Testigo me es Dios de cuánto os amo a todos en las entrañas de Cristo Jesús"* (Filipenses 1,8)

En éste amor no hay peligros: es constante, universal y llega al heroísmo. Solo sentiré morir por los que me aman.

San Pablo se atribuye el nombre de apóstol, el primero luego de los Doce. Y lo hace, según sus propias palabras, porque vio al Señor Resucitado, que lo eligió. Lo mismo nos pasa a nosotros en nuestro Cursillo de Evangelización. Y lo asume de forma categórica: *"Pablo, por voluntad de Dios, apóstol de Cristo Jesús"* (2ª Timoteo 1,1)

El Apóstol afirma haber trabajado más que todos los otros, recorre más de cinco mil kilómetros sin contar sus viajes por mar. Es generoso, desprendido, magnánimo.

14. Pablo Valiente

Pablo de Tarso demuestra su valentía superando los respetos humanos: Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, número 2548). Encuentra su fuerza en la Persona de Cristo: *"Todo lo puedo en aquel que me conforta."* (Filipenses 4,13) Y también: *"En todo vencemos fácilmente por Aquel que nos ha amado"* (Romanos.8, 37)

El mismo Apóstol da testimonio de su valentía y audacia: recibe cinco veces los treinta y nueve azotes que establece la tradición del pueblo judío, es golpeado tres veces con varas, en tres ocasiones intentan lapidarlo, en una de las cuales es dejado por muerto. Sufre cuatro naufragios, en una ocasión está un día y una noche en alta mar, en otra permanece siete días a la deriva. En sus mismas palabras, se expone a peligros de ladrones y de judíos, en despoblados, en ríos, en mar, en ciudades, de falsos hermanos, con fatigas, noches sin dormir, hambre, frío, sed, y desnudez. Y, no obstante, es arrebatado al tercer Cielo.

Después de dos años, cautivo en Roma, se libra de la muerte durante Nerón a causa del incendio de Roma, y llega hasta los confines del Occidente, dando testimonio probablemente en España. En la epístola a los Filipenses y a manera de testamento, dirá, poco antes de morir: *"Dimas me ha dejado, enamorado de este mundo presente, Crescente y Tito se han ido, a Títico lo he mandado a Éfeso, Alejandro se ha portado mal conmigo, ten cuidado porque se opuso violentamente a mis palabras, solo Lucas está conmigo"* (2ª Timoteo 4,9). Pero no obstante sabe en quien se apoya en todo momento: Cristo y yo somos una mayoría aplastante, tal como dice en 2ª Timoteo 4,16: *"La primera vez que me defendí todos me abandonaron y nadie me asistió, pero Dios me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el Evangelio. Fui librado de la boca del león"*

15. Pablo Santo

Finalmente, aspira a la santidad, que es nuestra meta más auténtica: *"Sed perfectos como mi Padre Celestial es perfecto"* (Mateo 5, 48). Pretende vivir como corresponde a santos, consagrados a Dios. Invita a vivir en el Amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros. Se hace todo para todos a fin de ganarlos para Cristo, y sabe que sus obras nada valen sin la fe en Cristo Jesús. Como todo depende de la fe, todo es gracia, y vive de la fe en el Hijo de Dios, que nos amó hasta entregarse por nosotros.

De esta forma, su vida se configura como una entrega, una consagración, un sacrificio litúrgico. De esta manera nos invita a nosotros, santos, a ser Santos y poder decir como el Apóstol: *"Estoy a punto de ser sacrificado, el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe, ahora me espera la corona merecida"* (Segunda Timoteo, 4, 6 - 8)

El Ideal de santidad es por tanto vivido por San Pablo como pocos, de forma que configurado con el Señor, el corazón de Pablo se une al Corazón de Cristo. San Pablo es entonces el verdadero laico fiel a Cristo. Dice en Gálatas 2,19/20: *"Ya no soy, es Cristo quien vive en mí. Vivo de la fe en el"*

Hijo de Dios que me amó hasta entregarse por mí". Por último, haciendo balance de su vida de Apóstol, establece una conclusión rotunda, que resuena en los oídos de todos los fieles laicos: "Para mí la vida es Cristo y la muerte una ganancia" (Filipenses 1,21)

Bibliografía

San Pablo cuenta su vida. Luis López de las Heras O.P., Audiolibro. Edibesa.

San Pablo, - Josef Holzner. Editorial Herder.

San Pablo, conquistador por Cristo. Daniel Rops. Editorial Aymá

Teología de San Pablo. J.M.Bover. B.A.C.

EVANGELIZACIÓN

COMUNICACIONES



**LA FIDELIDAD AL PROPIO CARISMA
EL COMPROMISO CON LA MISIÓN
EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA EN
PARROQUIAS Y DIÓCESIS COMO FRUTOS DE LA
VOCACIÓN DEL MILITANTE**

Manuel Fernández Benz

1. En la civilización del deseo

La modernidad, desde que nació hace dos siglos, siempre había tenido enfrente frenos y contrapesos, ya fueran el marxismo, el nacionalismo o el cristianismo. Y ahora ha dejado de tenerlos. Vivimos en un orden desregulado, emocional e hiperindividualista. Hoy día se da un consumo hedonista, experiencial, por placer, subjetivo. De hecho, hemos pasado de una sociedad de consumo a otra de hiperconsumo. Un ejemplo que da el sociólogo Gilles Lipovetski (Millau, 1944) es el fenómeno social de la obesidad, imagen de este universo de desaparición de límites: antes la alimentación se regulaba por tradiciones, reglas. Hoy se puede comer a cualquier hora. Es uno mismo el que se tiene que regular.

Una característica básica de este momento es que el hiperconsumidor experimenta cierto poder sobre el mundo y sobre la vida. En efecto, la actual sociedad permite construir de modo individualizado el propio estilo de vida o el empleo del tiempo. Pero aquí también hay una trampa: La avalancha de novedades y posibilidades que permiten satisfacer las propias emociones, anhelos, necesidades corporales, estéticas, comunicativas, lúdicas... exigen que sea uno mismo el que se autoregule. Antes éramos regulados por ideologías, tradiciones y reglas sociales, pero ahora la carga recae sobre el individuo. Para soportar mejor esta carga de responsabilidad individual, el hombre actual se complace en "ser niño". Según Lipovetski "no es la levedad del ser lo insoportable, sino de manera creciente, la inseguridad del mundo liberal, el exceso de eventualidades, el peso del libre gobierno de uno mismo. Cuanto más se preocupa uno de sí, más crece la necesidad de levedad

vacía, de despreocupación inocente.” (Gilles Lipovetski, *La felicidad paradójica*, 2007)

En nuestra sociedad hiperconsumista el ritmo es trepidante, no sea que se escape alguna oportunidad. Ya no trabajamos para sobrevivir, sino para consumir. Afortunadamente no tenemos tiempo para pensar y recapacitar, porque posiblemente muchos detectarían sus vidas vacías y caerían en la depresión.

2. Las verdaderas fuentes de la alegría y la felicidad

En una conferencia a la Confederación de la Industria India (Jaipur, 1999) el Dalai Lama invitó a los ejecutivos indios a mirar hacia dentro de sus vidas y encontrar paz y armonía interior. Les recordó que la técnica y el dinero no lo pueden arreglar todo: hay mucha gente con medios materiales que no es feliz, porque “la felicidad última depende de una correcta actitud ante la vida”. Les aconsejó que gastaran menos en su vida diaria y en lujo. El mejor uso del dinero es aquel del que se pueden “obtener bendiciones”.

Una vida de espaldas a Dios no consigue la plena felicidad. Podemos recurrir a múltiples citas para subrayar esta realidad. Las palabras más directas son las de propio Jesucristo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”. San Agustín lo expresaba bellamente con su famosa frase: “Mi alma no descansará hasta que descansa en ti”. Más recientemente, Chiara Lubich, fundadora de los Movimientos Focolares, utilizaba la siguiente expresión: “Alimentándonos de lo que Dios quiere de nosotros, momento a momento, experimentaremos que obrar de ese modo nos sacia, nos da paz, alegría y felicidad.” (Palabra de Vida, “El alimento que sacia”, marzo 2008).

3. El carisma evangelizador de los fieles laicos en un mundo cambiante

El artículo 3º de nuestros Estatutos, en línea con la misión de la Iglesia Universal, expone que “el Movimiento Christifideles Laici se propone la evangelización y la

santificación de los hombres” y “llevar el espíritu del Evangelio a los diversos ambientes sociales”. Nuestro método de evangelización es a través de la formación cristiana de las conciencias con el testimonio de palabra y de obra.

Las conversiones se fraguan; es decir, pasan necesariamente por un proceso de maduración personal de la fe que requiere tiempo, paciencia, respeto a los ritmos personales. Precisamente, estos factores no son valorados por las sociedades superficiales de los países occidentales. Las decisiones basadas en la meditación y el raciocinio han dejado paso a decisiones emotivas corto-plazistas, basadas en modas y en los sentimientos.

Lamentablemente, se está produciendo una fuerte descristianización en los países occidentales. El hiperconsumismo está bastardeando festividades cristianas muy arraigadas en Europa como la Navidad, Todos los Santos (frente a *Halloween*) “fundamentalmente debido a una débil transmisión de tradiciones y valores. Se ha roto la cadena generacional en nombre de... ¿de qué, de la Coca-Cola, de Hollywood, de la hamburguesa?” (Baltasar Porcel en su artículo *La presente involución*, *La Vanguardia* 8.11.07)

El cristianismo está perdiendo influencia, no sólo en nuestras viejas sociedades europeas, sino que incluso se está viendo desplazado de los ámbitos de la solidaridad y la cooperación internacional. Por ejemplo, los pueblos del hemisferio sur, antaño feudos de la Iglesia misionera, están ahora también bajo el radio de acción de una legión de ONG's, de organizaciones mundiales dependientes de la ONU y, por qué no decirlo, de algunos ejércitos, que últimamente también asumen labores humanitarias. Los ejércitos occidentales han transformado a sus soldados en cooperantes armados, y se podría dar la paradoja que curen hoy a los mismos que bombardearán mañana.

Las parroquias, nuestro ámbito natural de trabajo apostólico colectivo están cada vez más vacías. Podemos sentir la tentación del desánimo o de la impotencia ante un mundo que puede parecernos que no tiene remedio, o ante una comunidad eclesial poco viva y creativa, que puede presentar síntomas de cansancio y hasta de muerte.

Cabe plantearse la siguiente pregunta: ¿Qué papel juega o debe jugar el cristianismo en este mundo globalizado, donde priman la inmediatez y la caducidad de los logros? La respuesta nos la da el mismo Jesucristo: *“Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda criatura”* (Mc 16, 15). La buena noticia que debemos proclamar es que *Dios nos ama y tiene un plan de vida plena para nosotros, que empieza con el bautismo y culmina con la resurrección.*

4. Urge una nueva evangelización

“El individuo no es hoy más pueril” dice Lipovetski, pero “el ideal de la vida adulta, seria y equilibrada desaparece en beneficio de modelos que legitiman las emociones lúdicas e incluso infantiles.” ¿Puede el hiperconsumista llegar a aceptar la fe o bien es tarea imposible, porque vive cegado por su modo de vida? Hoy como ayer encontraremos hombres de buena voluntad capaces de entender y aceptar el mensaje de salvación.

El mejor servicio que la Iglesia puede dar es el de transmitir la fe en Cristo. La tarea es difícil, máxime porque hoy día la Iglesia tiene poca penetración en los grandes medios de comunicación social, que son el principal elemento de formación y modificación de la opinión pública. Los *mass media* son controlados por los gobiernos, ciertos *lobbies* sociales y algunas empresas, conscientes de que las decisiones del actual prototipo de hiperconsumista son coyunturales y manipulables. La verdad ha pasado a un segundo plano. Frecuentemente no se duda en tergiversar la verdad en los *mass media* con fines partidistas.

Ni nos debemos desanimar ni podemos quedarnos encerrados en nuestras parroquias o en nuestras comunidades cristianas. En tal caso vencería el mundo que pretende relegar el fenómeno religioso al ámbito privado. “Una fe que no se hace cultura no es una fe plenamente vivida”, escribía Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Christifideles Laici*. La voz imperiosa de Jesús a Lázaro en el sepulcro: *“Sal afuera”* nos la dirige hoy día también a nosotros. Efectivamente, tenemos que *“quitar la losa”* y salir al encuentro del mundo.

El pasaje evangélico de Lázaro en el sepulcro y sus hermanas Marta y María llorando nos dan una clave para afrontar la Nueva Evangelización, especialmente en un modelo de sociedad que legitima muchas cosas simplemente por las emociones que despiertan. “La muerte es la gran maestra” decía el Padre Ginés Fernández del Águila. La muerte nos conviene, porque lleva a la meditación personal y, sobre todo, porque la gran noticia de los Evangelios es *que Cristo resucitado ha vencido a la muerte* y ha abierto para todos los hombres un camino de gracia y bendición.

Urge una Nueva Evangelización, nueva en su ardor y en sus medios. Einstein decía que las situaciones de crisis requieren soluciones creativas. No nos confundamos. No se trata de cambiar el *kerigma*, sino de adaptar el lenguaje, las formas. San Pablo, el gran apóstol de los gentiles afirmaba rotundamente: “Nosotros anunciamos a Cristo y éste crucificado, escándalo para los judíos y necedad para los griegos” (1 Corintios 1, 23-24). Cristo no cambia, es el mismo ayer, hoy y siempre: “Christus hieri, hodie et semper”.

La Nueva Evangelización debe abarcar a todos los pueblos para ser creíble y, por ende, efectiva. Ni siquiera el Islam puede quedar al margen de nuestros esfuerzos evangelizadores. En este sentido ha sido muy significativo el gesto valiente del Santo Padre, que bautizó personalmente en la Basílica de San Pedro a un converso musulmán durante la vigilia pascual del 23 de marzo de 2008, aun a expensas de poder ser el blanco de las iras de grupos islámicos radicales y violentos. El propio bautizado, vicedirector del *Corriere della Sera*, lo describía así: “Benedicto XVI con su testimonio nos dice que hay que vencer el miedo y no temer a la hora de proclamar la verdad de Jesús incluso a los musulmanes”. (Carta al Director de Magdi Cristiano Allam, tras su bautizo en la fe católica)

Cabe destacar la alabanza que el citado Magdi Cristiano Allam hace de las personas que influyeron en su conversión: “En virtud de su testimonio y de su amistad, se convirtieron, poco a poco para mí, en punto de referencia en el plano de las certezas de la verdad y de la solidez de los valores. Comenzando por tantos amigos de Comunión y Liberación, con Don Julián Carrón a la cabeza; por sencillos

religiosos como Gabriele Mangiarotti, sor Maria Gloria Ria, Don Carlo Maurizi y el padre Yohannis Lahzi Gaid; por el redescubrimiento de los salesianos gracias a Don Angelo Tengattini y Don Maurizio Verlezza, culminando en una renovada amistad con el Rector Mayor, Don Pascual Chávez Villanueva; hasta el abrazo de altos prelados de gran humanidad como el cardenal Tarcisio Bertone, monseñor Luigi Negri, Giancarlo Vecerrica, Gino Romanazzi y, sobre todo, monseñor Rino Fisichella, que me ha acompañado en mi recorrido espiritual de aceptación de la fe cristiana.” (sic)

En efecto, la Nueva Evangelización pasa necesariamente por el testimonio individual de una vida cristiana coherente en los diferentes ambientes en los que nos movemos: familiar, laboral, asociativo, etc. En el siglo XXI el apostolado volverá a ser “cuerpo a cuerpo”, como en los primeros siglos del cristianismo. La exclamación de los romanos al ver la forma de vida de los primeros cristianos: “¡Mirad cómo se aman!” (Tertuliano, *Apología contra los gentiles*, s. III d.C.) es como la piedra de toque de toda evangelización. “Seremos juzgados sobre el amor” (Madre Teresa de Calcuta) no sólo el día del Juicio Final, sino también hoy día por nuestros coetáneos.

**A UNOS LOS LLAMO A LA HORA SEXTA
LA EXIGENCIA DEL APOSTOLADO EN LAS
DIFERENTES ETAPAS DE LA VIDA DEL FIEL LAICO**

Alfonso Ramos

1. Parábola de los obreros de la viña

“Porque el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que salió muy de mañana a contratar obreros para su viña. Habiendo convenido con los obreros en un denario por día, los envió a su viña. Salió luego hacia la hora tercera, vio a otros que estaban de pie, en la plaza, sin hacer nada. Y les dijo: ‘Id vosotros también a mi viña, y os daré lo que sea justo’. Y ellos fueron. Saliendo otra vez a la sexta y a la novena hora, hizo lo mismo. Saliendo todavía a eso de la hora undécima, encontró otros que estaban allí, y les dijo: ‘¿Por qué estáis allí todo el día sin hacer nada?’. Le dijeron: ‘Porque nadie nos ha contratado’. Les dijo: ‘Id vosotros también a la viña’. Llegada la tarde, el dueño de la viña dijo a su mayordomo: ‘Llama a los obreros, y págales el jornal, comenzando por los últimos, hasta los primeros’. Vinieron, pues, los de la hora undécima, y recibieron cada uno un denario. Cuando llegaron los primeros, pensaron que recibirían más, pero ellos también recibieron cada uno un denario. Y al tomarlo, murmuraban contra el dueño de casa, y decían: ‘Estos últimos no han trabajado más que una hora, y los tratas como a nosotros, que hemos soportado el peso del día y el calor’. Pero él respondió a uno de ellos: ‘Amigo, yo no te hago injuria. ¿No conviniste conmigo en un denario? Toma, pues, lo que te toca, y vete. Mas yo quiero dar a este último tanto como a ti ¿No me es permitido, con lo que es mío, hacer lo que me place? ¿O has de ser tú envidioso, porque yo soy bueno?’. Así los últimos serán primeros, y los primeros, últimos”. (Mt. 20,1-16).

La meditación de esta parábola me recuerda constantemente la exhortación apostólica que escribió Juan Pablo II en 1988, recogiendo los trabajos del Sínodo sobre vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo (“*Christifideles Laici*”). A la luz de ese documento y de algunas meditaciones sobre este texto, voy a intentar

explicar las enseñanzas que me sugiere esta parábola.

2. Las Analogías

En primer lugar, quiero analizar a qué se refería Jesús con las imágenes que nos propone en esta parábola, para que podamos hacer la correspondiente aplicación práctica a nuestra vida.

El padre de familia es Dios, que invita a trabajar en su viña. La viña es el mundo entero (Mt. 13, 38), que debe ser transformado según el designio divino. La familia de ese padre somos todos los hombres (los hijos de Dios), que a la vez, somos los obreros llamados a realizar ese trabajo. El trabajo es el apostolado. El día es la vida. El jornal es el Reino de los Cielos (la salvación), que no se puede fraccionar.

3. La llamada universal a la Viña del Señor

El padre sale a buscar obreros a todas horas. Dios llama a todos y en todo momento. ¡Existe una llamada universal a la viña del Señor! Este es el modo en que nuestra parábola es utilizada en la exhortación "*Christifideles Laici*": "Los fieles laicos pertenecen a aquel Pueblo de Dios representado en los obreros de la viña... "Id también vosotros a mi viña"".

El llamamiento del Señor Jesús "Id también vosotros a mi viña" no cesa de resonar en el curso de la historia desde aquel lejano día. La llamada no se dirige sólo a los Pastores, a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, sino que se extiende a todos. También los fieles laicos son llamados personalmente por el Señor, de quien reciben una misión en favor de la Iglesia y del mundo, según la diversidad de vocaciones y situaciones, carismas y funciones.

El Señor llama, en el sentido de hacer concreta y precisa su santa voluntad, a todas las horas de la vida. Por eso, la vigilancia, como atención solícita a la voz de Dios, es una actitud fundamental y permanente del discípulo.

En la vida de cada fiel laico hay además momentos particularmente significativos y decisivos para discernir

la llamada de Dios y para acoger la misión que él confía (ejercicios espirituales, retiros, cursillos, peregrinaciones, pruebas, sufrimientos, etc.). En otras ocasiones la llamada puede ser más sutil (lectura espiritual, sacramentos, oración, testimonio de alguien, etc.).

Los que pertenecemos a movimientos o grupos de apostolado tenemos una experiencia clara de esas llamadas. Por ejemplo, el cursillo de evangelización del Movimiento Christifideles Laici es una llamada explícita y contundente para trabajar en la viña del Señor, en su Iglesia. Y en el peregrinar diario dentro del Movimiento se van recibiendo llamadas sencillas y constantes para continuar en esa labor sin desfallecer. Los encuentros, las reuniones de los grupos de perseverancia, las escuelas en las que nos formamos, las convivencias, la oración diaria, el estudio religioso y la acción apostólica son llamadas, más sutiles, pero igual de claras para mantenerse con la mano en el arado y sin volver la vista atrás.

Lo importante es responder a esas llamadas a trabajar en la viña del Señor. A menudo los operarios se niegan a seguir ese camino. Y ponen excusas de todo tipo. De jóvenes, porque "la juventud es para divertirse" o por el miedo al "qué dirán"; de adultos porque las cargas familiares y las obligaciones profesionales "no les dejan tiempo para Dios"; de mayores, porque "a mis años...que me dejen ya como soy". Y puede ser que, al final del día (de la vida) se quejen: "Es que nadie nos ha contratado". Y también hay personas que trabajaron en la viña algún tiempo, pero que antes de finalizar la jornada, la han dejado y vuelven a estar ociosos.

Dios Padre quiere que todos esos hijos suyos trabajen en su viña, es decir, alcancen su Reino. Para contratarlos, utiliza de ordinario a otros de sus obreros. Ese es uno de los principales trabajos de la viña, reclutar nuevos trabajadores, para que nadie se quede sin el salario que necesita. Por eso, ante los que dicen que nadie les ha contratado, ¿te has planteado si no eres responsable de esa situación?, ¿y si eras tú el medio por el que tenía que llegarle la llamada? Por ejemplo, a tus hijos, a un amigo desviado, a tu compañero de trabajo... ¿Has pensado alguna vez en esta responsabilidad incumplida?

4. El salario

Llama la atención el hecho de que todos reciban “el mismo salario”, aún los últimos. Es que el Reino de los Cielos no puede dividirse, y su participación es siempre un don libérrimo de la infinita misericordia de Dios (Luc. 8, 47; 15, 7). El único denario que se da a todos es el Reino de los Cielos que Jesús ha traído a la tierra; es la posibilidad de entrar a formar parte de la salvación mesiánica.

La parábola comienza: “El Reino de los Cielos es semejante a un padre de familia que salió a primera hora de la mañana...”. Es ese Reino, por lo tanto, el tema central y el fondo de la parábola.

Aquel padre sabe que los obreros de la última hora tienen las mismas necesidades que los de la primera. Dando a todos la misma paga, el propietario muestra no tener en cuenta tanto el mérito como la necesidad. Muestra ser no sólo justo, sino también “bueno”, generoso, humano.

A la hora del pago, el que se queja del “peso del día” no se da cuenta de que el trabajo se lo ha dado su padre. Que es un don más que una carga. Se considera un obrero y no un hijo. No puede construirse vínculo alguno de padre a hijo si éste empieza por considerarse peón y creer que su Padre le quiere explotar como a tal.

Hay una gran diferencia entre el modo de pensar de Dios y el de los hombres. Estos sólo valoran la duración del esfuerzo. Dios en cambio aprecia, más que todo, las disposiciones del corazón. De ahí que el pecador arrepentido encuentre siempre abierto el camino de la misericordia y del perdón en cualquier trance de su vida (Juan 5, 40; 6, 37). Pensemos en cómo Jesús anuncia desde la cruz al ladrón arrepentido que ese mismo día estará con Él en el paraíso. (Lc 23, 39-43)

5. El trabajo en la Viña

La parábola despliega ante nuestra mirada la inmensidad de la viña del Señor y la multitud de personas que son llamadas por Él y enviadas a trabajar por el Reino de Dios.

Dios nos busca a todas horas a lo largo de nuestra vida, para convertirnos en hombres nuevos y para que trabajemos en establecer el Reino de Dios en la tierra, reino de justicia, de amor, de paz y de felicidad.

Una vez conocido el Reino, esto es, una vez abrazada la fe, entonces sí que hay lugar para las diferenciaciones. No es idéntica la suerte de quien sirve a Dios toda la vida, haciendo rendir al máximo sus talentos, respecto a quien da a Dios sólo las sobras de la vida, con una confesión reparadora, en cierto modo, en el último momento.

Cuando uno responde a la llamada y trabaja por el Reino de Dios, unido a Él, con entrega generosa, recibe ya en este mundo el "ciento por uno", y al final de su vida, la eterna bienaventuranza.

Es absolutamente necesario que cada fiel laico tenga siempre una viva conciencia de ser un "miembro de la Iglesia", a quien se le ha confiado una tarea original, insustituible e indelegable, que debe llevar a cabo para el bien de todos.

En esta perspectiva asume todo su significado la afirmación del Concilio Vaticano II sobre la absoluta necesidad del apostolado de cada persona singular: "El apostolado que cada uno debe realizar, y que fluye con abundancia de la fuente de una vida auténticamente cristiana (Jn 4, 14), es la forma primordial y la condición de todo el apostolado de los laicos, incluso del asociado, y nada puede sustituirlo.

A este apostolado, siempre y en todas partes provechoso, y en ciertas circunstancias el único apto y posible, están llamados y obligados todos los laicos, cualquiera que sea su condición, aunque no tengan ocasión o posibilidad de colaborar en las asociaciones".

En el apostolado personal existen grandes riquezas que reclaman ser descubiertas, en vista de una intensificación del dinamismo misionero de cada uno de los fieles laicos. A través de esta forma de apostolado, la irradiación del evangelio puede hacerse extremadamente capilar, llegando a tantos lugares y ambientes como son aquéllos ligados a la vida cotidiana y concreta de los laicos.

Se trata, además, de una irradiación constante, pues es inseparable de la continua coherencia de la vida personal con la fe; y se configura también como una forma de apostolado particularmente incisiva, ya que al compartir plenamente las condiciones de vida y de trabajo, las dificultades y esperanzas de sus hermanos, los fieles laicos pueden llegar al corazón de sus vecinos, amigos o colegas, abriéndolo al horizonte total, al sentido pleno de la existencia humana: la comunión con Dios y entre los hombres.

6. Fuera de la Viña estamos desocupados

Al padre de la parábola le molesta encontrar a personas que no están en su viña. “¿Porqué estáis allí todo el día sin hacer nada?” ¿Qué significa esto, espiritualmente hablando? ¿Estás tú en el lugar preciso? ¿O estás fuera de la viña? Tal vez haya mucha obra que tú estás haciendo para Dios, pero todavía estás fuera de la viña. Porque es su viña, no nuestra viña; son sus labores, no son nuestras labores.

La viña del Señor debe ser el ámbito de nuestro trabajo. Es en ella donde nosotros podemos invertir el tiempo, y ser hallados útiles, ocupados, dando fruto. La viña representa la obra de Dios, el trabajo de Dios.

Si nosotros estamos fuera de la viña, estamos desocupados. No importa cuántas cosas hagamos en nuestra vida, cuántos planes desarrollemos, cuántas empresas creemos, cuánta riqueza acumulemos. Es un tiempo desocupado; es decir, no hay labor, no hay obra alguna, no hay nada, no cuenta.

Eso no significa que estar en la viña comporte dejar todas nuestras ocupaciones terrenales y dedicarnos a servir al Señor a tiempo completo. Significa, simplemente, estar haciendo precisamente lo que Dios quiere que hagamos, estar en el lugar preciso.

El significado fundamental del Sínodo sobre “vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo”, y por tanto el fruto más valioso deseado por él, es la acogida por parte de los fieles laicos del llamamiento de Cristo a trabajar en su viña, a tomar parte activa, consciente y responsable en la misión de la Iglesia en esta magnífica y dramática hora de

la historia.

Nuevas situaciones, tanto eclesiales como sociales, económicas, políticas y culturales, reclaman hoy, con fuerza muy particular, la acción de los fieles laicos. Si el no comprometerse ha sido siempre algo inaceptable, el tiempo presente lo hace aún más culpable. A nadie le es lícito permanecer ocioso.

Lo recuerda San Gregorio Magno quien, predicando al pueblo, comenta de este modo la parábola de los obreros de la viña: *“Fijaos en vuestro modo de vivir, queridísimos hermanos, y comprobad si ya sois obreros del Señor. Examine cada uno lo que hace y considere si trabaja en la viña del Señor”*. No hay lugar para el ocio: tanto es el trabajo que a todos espera en la viña del Señor.

La clave para trabajar en la viña como el Señor quiere nos la da la exhortación *Christifideles Laici*. Los fieles laicos no son simplemente los obreros que trabajan en la viña, sino que forman parte de la viña misma: *“Yo soy la vid; vosotros los sarmientos”* (Jn 15, 5), dice Jesús.

Enraizados y vivificados por la vid, los sarmientos son llamados a dar fruto. *“El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto. Separados de mí, no podéis hacer nada”* (Jn 15, 5). Es necesario un continuo proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Cristo para saber discernir lo que Dios quiere de cada uno y hacerlo.

Y el camino mejor para alcanzar esa unión con Cristo, según la voluntad del Padre, con la guía del Espíritu Santo, es acudir a María santísima, como hace Juan Pablo II al final de la exhortación:

*“Virgen valiente,
Inspira en nosotros fortaleza de ánimo
y confianza en Dios,
para que sepamos superar
todos los obstáculos que encontremos
en el cumplimiento de nuestra misión.
Enseñanos a tratar las realidades del mundo
con un vivo sentido de responsabilidad cristiana*

y en la gozosa esperanza
de la venida del reino de Dios,
de los nuevos cielos y de la nueva tierra”.

**SALIÓ EL SEMBRADOR A SEMBRAR
EL CURSILLO DE EVANGELIZACIÓN COMO
HERRAMIENTA ACTUAL PARA LA NUEVA
EVANGELIZACIÓN DE LA SOCIEDAD DEL TERCER
MILENIO**

Anabel Monjardín

1. Qué es la Nueva Evangelización

Juan Pablo II usó por primera vez la expresión “nueva evangelización” en una visita pastoral a Latinoamérica en 1983

En su encíclica *Redemptoris Missio*, Juan Pablo II escribió: “ Si miramos al mundo de hoy, nos impactan muchos factores negativos que pueden llevar al pesimismo. Pero este sentimiento es injustificado: nosotros creemos en Dios, Nuestro Padre y Señor, y en su misericordia. ... Dios está preparando la gran primavera del Cristianismo, y ya podemos ver sus primeros signos ”¹.

Una cosa “nueva” de esta evangelización es que no solo va dirigida *ad gentes*, o a “las naciones” que no han oído el Evangelio sino también a los que ya han sido bautizados y han perdido el sentido vivo de su fe, o incluso ya no se consideran miembros de la Iglesia, y viven alejados de Cristo .

El extendido fenómeno del “*bautizado-no-creyente*” ha salido a la luz a medida que han caído las estructuras sociales que favorecían al Cristianismo en Occidente. Las anteriores generaciones se habían sometido en distintos grados a la ética cristiana, pero a medida que la presión social ha menguado, se ha comprobado que faltaba el ethos cristiano esencial.

Hombres y mujeres en gran número eran “culturalmente cristianos”, pero no habían *experimentado una conversión de corazón a Jesucristo y sus enseñanzas*.

¹ *Redemptoris Missio* n.3 ,

La recuperación del auténtico ethos cristiano, de hecho, fue uno de los principales objetivos del Vaticano II. Tal como lo entendió el Concilio, esto sólo puede pasar a través de una proclamación de salvación a través de Jesucristo que sea auténtica, convincente, y evangélica.

Como Juan Pablo II aclaró en su Carta Apostólica el cierre del Gran Jubileo, la nueva evangelización *“no consiste en inventar un programa nuevo. El programa ya existe: es el plan que encontramos en el Evangelio y en la Tradición viva, es el mismo de siempre”*. Lo que es esencial para satisfacer las necesidades sin precedentes de nuestros días es una proclamación del evangelio que sea *“nueva en ardor, métodos y expresión”*².

De acuerdo con Juan Pablo II, *“la nueva evangelización implica un esfuerzo vital en entender más profundamente los misterios de fe y en encontrar un lenguaje elocuente con el que convencer a nuestros contemporáneos de que están llamados a una nueva vida a través del amor de Dios”*.

2. Qué es el auténtico *ethos* cristiano

Someter nuestro comportamiento a una norma externa no es suficiente. Es posible seguir “las normas” sin llegar a conseguir nunca la santidad (esto es, tener un corazón inspirado por el amor de Dios). Esta clase de sometimiento rígido y sin vida se llama “legalismo” o “moralismo”.

La mayoría de la gente ve la moralidad cristiana como una lista opresiva de normas a seguir. Esto está lejos de la “moralidad viva” proclamada por Cristo. El Evangelio no nos da más normas a seguir. El Evangelio pretende un *cambio en nuestros corazones* de manera que ya no tengamos que seguir las normas (CIC n 1968). En la medida que experimentemos este cambio en el corazón, experimentaremos estamos “libres de la ley” (Romanos 7; Gálatas 5), no libres para romperla, libres para *completarla*.

Un ejemplo de lo que es estar libre de la ley: ¿Tienes algún deseo de asesinar a tu mejor amigo? Damos por supuesto que no lo deseas, así que no necesitas el mandamiento “No

² Redemptoris Missio n. 33

matarás a tu mejor amigo” porque no tienes el deseo de romperlo. En este sentido estás “libre de la ley”. En otras palabras, no ves esta ley (“No matarás a tu mejor amigo”) como una imposición, porque tu corazón ya se ajusta a ella.

Cuando experimentamos la ruptura entre nuestros deseos y la voluntad de Dios es donde la ley tiene un propósito esencial. Se nos da para darnos a conocer el pecado (Romanos 7:7).

La libertad de la ley no nos libera de la “obligación” externa que nos llama a lo bueno, sino de la obligación interna que nos entorpece nuestra elección de lo bueno. Cuando deseamos lo que es verdad, bueno y bello, es cuando somos verdaderamente libres. Aquellos que rechazan la ley para justificar su lujuria por ejemplo, se imaginan que son libres, pero libres como un alcohólico que no puede decir no a la botella; una persona que no puede decir no a la lujuria, está esclavizada. “Para ser libres nos libertó Cristo” (Gal 5:1)

3. Cómo contribuye el Cursillo a la Nueva Evangelización

En primer lugar, es una proclamación de la salvación a través de Jesucristo dirigida mayoritariamente *a los bautizados con una fe débil o incluso no creyentes*.

Pretende provocar un encuentro personal de Cristo de manera que el cursillista, a partir de esta experiencia, pueda formarse *un auténtico ethos cristiano*, es decir, a partir del cursillo, reforme su corazón

No tiene un programa nuevo, sino que todos los temas proclaman el Evangelio y la Tradición viva de la Iglesia, en unión con el Papa.

La proclamación del Evangelio es nueva en ardor, se lo proporciona la fe viva de los hermanos y hermanas profesores y los sacerdotes.

Es nuevo el método, se intenta llegar al corazón de nuestros hermanos a través de la amistad y del compartir la fe, acompañándonos unos a otros en el camino.

Es nueva la expresión, se basa en testimonios personales y

en vivencias de fe de laicos. "Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en vosotros, a fin de que ellos vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre que está en el cielo." (Mt 5, 16)

A través del estudio, todos los cursillistas y en especial los profesores, profesoras y dirigentes, se esfuerzan en *entender más profundamente los misterios de la fe*, para poder de esta forma transmitirlos.

Se emplea un *lenguaje elocuente*, que es la propia vida donde se transparenta el amor de Dios por sus hijos.

4. Salió el Sembrador a sembrar

Muchos hermanos han tenido un encuentro con Cristo a través del cursillo, pero la renovación del corazón requiere algo más.

La semilla se siembra en el cursillo, a partir de ahí hay que hacer el esfuerzo para que no se la coman los pájaros y resista a la hora de las pruebas, no muera por falta de agua o no se ahogue con las preocupaciones, las riquezas y los placeres de este mundo (Lc 8, 4:15)

Para que caiga en buena tierra y dé fruto con perseverancia necesita de una comunidad que acompañe, oración y sacramentos, estudio y acción; así es como se alcanza la libertad de los hijos de Dios, el cambio en el corazón que nos llevará a vivir una nueva vida en el amor de Dios.

Todo esto se puede encontrar en nuestro movimiento.

Christífideles Laici es uno de esos signos de la gran primavera del Cristianismo que Dios está preparando para la Humanidad.

REFLEXIONES SOBRE LA MISION DE LOS FIELES LAICOS EN EL MUNDO DE LA CULTURA Y LA NUEVA EVANGELIZACION EN LA UNIVERSIDAD

Pere Caminal

1. Introducción

La presencia y la misión de los fieles laicos en la Universidad revisten formas diversas y complementarias. En esta comunicación se presenta una introducción sobre las relaciones entre la Iglesia y la universidad, se analiza la misión específica de los jóvenes cristianos en la universidad, la correspondiente a los docentes universitarios cristianos, se presentan diversas iniciativas de pastoral universitaria y por último se comenta la relación entre la investigación y el compromiso cristiano. El documento está basado en encíclicas, homilías y mensajes de los Santos Padres, así como en documentos de instituciones eclesiales.

2. Iglesia y Universidad

La universidad es, en su mismo origen, una de las expresiones más significativas de la solicitud pastoral de la Iglesia. Su nacimiento está vinculado al desarrollo de escuelas establecidas en la Edad Media por obispos de grandes sedes episcopales. Si bien a lo largo de la historia la universidad ha pasado a ser cada vez más autónoma, la Iglesia continúa igualmente manteniendo aquel celo que dio origen a la institución universitaria. La presencia de la Iglesia en la universidad no es en modo alguno una tarea ajena a la misión de anunciar la fe. Juan Pablo II (1983), cuando instituyó el Consejo Pontificio para la Cultura, nos decía: *“La síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe que no es plenamente acogida, enteramente pensada o fielmente vivida”*.

La presencia y la misión de la Iglesia en la cultura universitaria revisten formas diversas y complementarias. La

Congregación para la Educación Católica (1994) destaca las siguientes facetas. Primeramente está la tarea de apoyar a los católicos comprometidos en la vida de la universidad como profesores, estudiantes, investigadores o colaboradores. La Iglesia se preocupa luego por el anuncio del Evangelio a todos los que en el interior de la universidad no lo conocen todavía y están dispuestos a acogerlo libremente. Su acción se traduce también en diálogo y colaboración sincera con todos aquellos miembros de la comunidad universitaria que estén interesados por la promoción cultural del hombre y el desarrollo cultural de los pueblos.

Juan Pablo II (2004) decía a los jóvenes: *“En nuestra época es importante redescubrir el lazo que une a la Iglesia con la universidad. La Iglesia, de hecho, no sólo tuvo un papel decisivo en la institución de las primeras universidades, sino que ha sido durante los siglos fragua de cultura, y hoy sigue siéndolo a través de las universidades católicas y de las diferentes formas de presencia en el amplio mundo universitario”*.

La Iglesia ve en la universidad uno de *“esos lugares de trabajo, en los que la vocación del hombre al conocimiento, al igual que el lazo constitutivo de la humanidad con la verdad como fin del conocimiento, se convierten en una realidad cotidiana”* para muchos profesores, jóvenes, investigadores y multitudes de estudiantes (Juan Pablo II, 1980).

En cuanto a la presencia de la Iglesia en las estructuras de la universidad, en la Carta Encíclica *“Veritatis Splendor”* el Papa Juan Pablo II nos dice: *“Enviada por Cristo a los hombres de todas las culturas, la Iglesia se esfuerza por participar con ellos en la buena nueva de la salvación. Siendo depositaria de la Verdad revelada por Cristo sobre Dios y sobre el hombre, tiene la misión de conducir hacia la auténtica libertad mediante su mensaje de verdad. Fundada en el mandato recibido de Cristo, se abre para iluminar los valores y las expresiones culturales, corregirlos y, si necesario fuera, purificarlos a la luz de la fe para llevarlos a su plenitud de sentido”* (Juan Pablo II, 1993).

La Congregación para la Educación Católica (1994) señala además que en la universidad la acción pastoral de la Iglesia, en su rica complejidad, comporta en primer lugar un aspecto subjetivo: la evangelización de las personas. En esta perspectiva, la Iglesia entra en diálogo con las personas

concretas, hombres y mujeres, profesores, estudiantes, empleados y, por medio de ellos, aunque no exclusivamente, con las corrientes culturales que caracterizan ese ambiente. No hay que olvidar después el aspecto objetivo, o sea, el dialogo entre la fe y las diversas disciplinas del saber. En el contexto de la universidad, la aparición de nuevas corrientes culturales está estrechamente vinculada a las grandes cuestiones del hombre, a su valor, al sentido de su ser y de su obrar, y, en particular, a su conciencia y a su libertad. A este nivel, es deber prioritario de los intelectuales católicos promover una síntesis renovada y vital entre la fe y la cultura.

3. Misión de los jóvenes cristianos en la Universidad

En este apartado se comentan los peligros para los jóvenes de vivir aisladamente en ambientes que con frecuencia son difíciles, la necesidad de participar activamente en la vida de movimientos que actúan en el ámbito universitario, la importancia del testimonio elocuente de la vida, la conveniencia de edificar la Iglesia en la universidad, es decir, una comunidad visible que cree, que reza, que da razón de la esperanza.

Juan Pablo II habló en múltiples ocasiones con los jóvenes universitarios. Cabe destacar las siguientes palabras cuando hablaba a los jóvenes universitarios de testimoniar a Cristo en el ambiente universitario (Juan Pablo II, 2004): *“¡Jesús es la Verdad del cosmos y de la historia, el sentido y el destino de la existencia humana, el fundamento de toda realidad! A vosotros, que habéis acogido esta Verdad como vocación y certeza de vuestra vida, os corresponde demostrar su carácter razonable en el ambiente y en el trabajo universitario. Surge, por tanto, la pregunta: ¿hasta qué punto incide la verdad de Cristo en vuestros estudios, en la investigación, en el conocimiento de la realidad, en la formación integral de la persona? En cuanto cristianos, tenemos el deber de testimoniar lo que afirma el Concilio Vaticano II en la Gaudium et spes: “La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre toda la vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas”. Tenemos que demostrar que la fe y la razón no son inconciliables, es más, la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu*

humano se eleva hacia la contemplación de la verdad”.

Continuaba alentando el Papa Juan Pablo II a los jóvenes universitarios, dándoles recomendaciones bien concretas: *“Que el período de la universidad sea para todos vosotros, por tanto, un período de gran maduración espiritual e intelectual, que os lleve a profundizar en vuestra relación personal con Cristo. Pero si vuestra fe depende únicamente de fragmentos de tradición, de buenos sentimientos o de una genérica ideología religiosa, no seréis capaces de aguantar el impacto con el ambiente. Tratad, por tanto, de permanecer firmes en vuestra identidad cristiana y de arraigaros en la comunión eclesial. Alimentaos, por este motivo, de la oración asidua. Escoged, cuando sea posible, buenos maestros universitarios. No os quedéis aislados en ambientes que con frecuencia son difíciles, sino más bien participad activamente en la vida de las asociaciones, de los movimientos y de las comunidades eclesiales que actúan en el ámbito universitario. Hay que edificar la Iglesia en la universidad, es decir, una comunidad visible que cree, que reza, que da razón de la esperanza y que acoge en la caridad todo rastro de bien, de verdad y de belleza presente en la vida universitaria”*.

Al comienzo del nuevo milenio, el Papa Juan Pablo II, daba estos importantes consejos: *“No es suficiente “hablar” de Jesús a los jóvenes universitarios: hay que hacer que lo “vean” a través del testimonio elocuente de la vida”* (Juan Pablo II, 2001a).

Por su parte, el pasado diciembre Benedicto XVI se dirigió a los jóvenes universitarios de Roma, en la que les propuso dos breves reflexiones, la primera de ellas relativa a imitar a la Virgen María, y la segunda más relacionada con la formación espiritual. Decía el Santo Padre a los jóvenes: *“Fijad la mirada en la Virgen María y aprended de su “sí” a pronunciar también vosotros vuestro “sí” a la llamada divina. El Espíritu Santo entra en nuestra vida en la medida en que le abrimos el corazón con nuestro “sí”. Cuanto más pleno es nuestro “sí”, tanto más pleno es el don de su presencia. Que ella os ayude a dar también vosotros un “sí” libre y pleno a Dios, para que podáis ser renovados, más aún, transformados por la luz y la alegría del Espíritu Santo, ... La segunda reflexión que quiero proponeros concierne a la reciente encíclica sobre la esperanza cristiana, que como sabéis lleva por título “Spe Salvi”, “salvados*

en la esperanza”, palabras tomadas de la carta de san Pablo a los Romanos (cf. Rm 8, 24). Os propongo, en particular, que hagáis objeto de reflexión y confrontación, también en grupo, la parte de la encíclica en donde trato sobre la esperanza en la época moderna” (Benedicto XVI, 2007a).

4. Misión de los docentes universitarios cristianos

En este apartado se plantea que la universidad necesita personas atentas a la voluntad de Dios, necesita profesionales cualificados y testigos creíbles de Cristo, lo cual exige un esfuerzo permanente y se alimenta de la oración y del estudio. La vocación de estudiosos y profesores consiste en vivir y testimoniar eficazmente la relación entre cada uno de las ramas del saber y el “saber” supremo que se refiere a Dios.

Durante la celebración del Jubileo del año 2000, el Papa Juan Pablo II organizó un jubileo específico de los docentes universitarios. En su homilía se pueden entresacar las siguientes ideas, que son como un programa a desarrollar sobre la misión de los docentes universitarios cristianos (Juan Pablo II, 2000): *“Cristo abre al hombre al conocimiento de Dios y de sí mismo. Lo abre a la verdad, porque Él es la verdad (Jn 14, 6). La palabra de Cristo llama a los docentes, comprometidos en el ámbito de la investigación y del estudio, a convertirlos en intermediarios ante muchedumbres de jóvenes, de abrir el espíritu a la acogida de uno u otro aspecto de la verdad en los diversos campos del saber. Visto desde esta perspectiva, vuestro compromiso diario se convierte en seguimiento de Cristo por el camino del servicio a los hermanos en la verdad del amor. Cristo es aquel que “todo lo ha hecho bien” (Mc 7, 37). Es el modelo que debéis contemplar constantemente para que vuestra actividad académica preste un servicio eficaz a la aspiración humana a un conocimiento cada vez más pleno de la verdad.*

Vuestra vocación de estudiosos y profesores que habéis abierto el corazón a Cristo consiste en vivir y testimoniar eficazmente esta relación entre cada uno de los saberes y el “saber” supremo que se refiere a Dios y que, en cierto sentido, coincide con él, con su Verbo encarnado y con el Espíritu de verdad que Él nos ha dado. Así, con vuestra contribución, la universidad se convierte en el lugar

donde Cristo, sirviéndose de vosotros, sigue realizando el milagro de abrir los oídos y los labios, suscitando una nueva escucha y una auténtica comunicación.

Frente a los desafíos de un nuevo humanismo que sea auténtico e integral, la universidad necesita personas atentas a la palabra del único Maestro; necesita profesionales cualificados y testigos creíbles de Cristo. Ciertamente, es una misión difícil, que exige empeño constante, se alimenta de la oración y del estudio, y se expresa en la normalidad de la vida diaria.

Amadísimos profesores, esta es vuestra vocación: hacer de la universidad el ambiente en el que se cultiva el saber, el lugar donde la persona encuentra perspectivas, sabiduría y estímulos para el servicio cualificado de la sociedad. Encomiendo vuestro camino a María, Sedes sapientiae, cuya imagen os entrego hoy, para que acojáis, como maestra y peregrina, en las ciudades universitarias del mundo. Ella, que sostuvo con su oración a los Apóstoles en los albores de la evangelización, os ayude también a vosotros a animar con espíritu cristiano el mundo universitario”.

5. Pastoral Universitaria

En la misma homilía del jubileo de los docentes universitarios, el Papa Juan Pablo II señaló unas recomendaciones para la pastoral universitaria, destacando lo siguiente (Juan Pablo II, 2000): *“La pastoral universitaria es al mismo tiempo atención espiritual a las personas y acción eficaz de animación cultural, en la que la luz del Evangelio orienta y humaniza los itinerarios de la investigación, del estudio y de la didáctica. El centro de esa acción pastoral son las capillas universitarias, donde, profesores, alumnos y personal encuentran apoyo y ayuda para su vida cristiana. Situadas como lugares significativos en el marco de la universidad, sostienen el compromiso de cada uno en las formas y en los modos que el ambiente universitario sugiere: son lugares del espíritu, palestras de virtudes cristianas, casas acogedoras y abiertas, y centros vivos y propulsores de animación cristiana de la cultura, mediante el diálogo respetuoso y sincero, la propuesta clara y motivada (1 P 3, 15) y el testimonio que interroga y convence”.*

La Congregación para la educación católica (1994), el Consejo Pontificio para los laicos y el Consejo Pontificio de

la cultura, presentan las siguientes iniciativas en el campo de la pastoral universitaria:

a) Instauración de cursos regulares de moral y de deontología profesional en los Institutos especializados y en los Centros de enseñanza superior.

b) Promoción de movimientos eclesiales dinámicos. La pastoral universitaria logra mejores resultados cuando se apoya en grupos o movimientos y asociaciones, a veces poco numerosos pero de calidad, sostenidos por las diócesis y las Conferencias Episcopales.

c) Búsqueda de una pastoral universitaria que no se limite a una pastoral de jóvenes genérica e indiferenciada, sino que tome como punto de partida el hecho de que muchos jóvenes se encuentran profundamente influenciados por el ambiente universitario. Aquí está en juego en gran medida su encuentro con Cristo y su testimonio cristiano. Esta pastoral se propone, consecuentemente, educar y acompañar a los jóvenes para afrontar la realidad concreta de los ambientes y de las actividades en que conviven.

d) Promoción de un diálogo entre teólogos, filósofos y científicos, capaz de renovar profundamente las mentalidades y de dar lugar a nuevas y fecundas relaciones entre la fe cristiana, la teología, la filosofía y las ciencias en su concreta búsqueda de la verdad. La experiencia demuestra que los universitarios, sacerdotes y laicos especialmente, están en primera fila en el mantener y promover el debate cultural sobre las grandes cuestiones que afectan al hombre, la ciencia, la sociedad, y los nuevos desafíos que se abren al espíritu humano. Toca especialmente a los profesores católicos y a sus asociaciones promover iniciativas interdisciplinarias y encuentros culturales, dentro o fuera de la Universidad, y, conjugando método crítico y confianza en la razón, confrontar los datos metafísicos y las adquisiciones científicas con los enunciados de la fe, en el lenguaje de las diversas culturas.

En la Diócesis de Valencia, desde la Comisión de Pastoral Universitaria, se han propuesto diversas iniciativas que ayuden a evangelizar en y desde la universidad, con ella la cultura y, en definitiva, la sociedad. Consideran que sería

importante la formación de grupos de reflexión sobre los problemas que afectan a la sociedad, que se podrían llamar Talleres. Lugares experimentales, donde ir trabajando a lo largo del año temas que se consideren importantes y sobre los que se pueda dar luz. La fe, que ilumina la inteligencia, permite dar un enfoque nuevo y fresco a todos estos problemas, planteando soluciones más optimistas y amables. Soluciones de largo alcance y que enraízan más y mejor en la realidad del hombre. Los temas-objeto de reflexión de los Talleres pueden responder a diversos ámbitos, humanísticos, tecnológicos, sanitarios, biológicos...

La universidad es un lugar de formación, de crecimiento humano y espiritual, de desarrollo integral de la persona, tarea siempre inconclusa. Por ello la Comisión de Pastoral Universitaria de Valencia considera importante incluir la formación teológico-espiritual. Indica que no sería descabellado organizar, al menos, un grupo de reflexión, que tenga como objeto los textos del magisterio, o algún tema teológico. Para ello se podría contar con la ayuda de profesores de Teología.

Tampoco quieren olvidar el componente espiritual. Desde la pastoral universitaria de Valencia se ofrecerá la posibilidad de realizar retiros, durante los tiempos fuertes de la liturgia y alguna charla espiritual, sin olvidar una oración para profesores, que podría tener carácter semanal.

En el reciente Encuentro de Delegados Nacionales de Pastoral Universitaria (2007) se ha declarado que la pastoral universitaria encuentra su verdadera vocación pastoral, no como mera asistencia espiritual de los universitarios, sino verdadera experiencia eclesial de misionariedad y de animación cultural. Para realizar estos objetivos se ha programado el Encuentro europeo de estudiantes universitarios en Roma, del 27 de julio al 2 de agosto de 2009, sobre el tema "Testigos del Evangelio en la Universidad", así como el Encuentro europeo de profesores universitarios en 2010, prosiguiendo en la reflexión de las cuatro grandes áreas en las que se articula el tema del nuevo humanismo: la persona humana, la ciudad del hombre, la visión de las ciencias, la creatividad y la memoria.

6. Investigación compromiso cristiano

Con relación a la presencia de los fieles laicos en los ambientes de investigación, el Papa Juan Pablo II, en la Exhortación Apostólica *“Christifideles Laici”*, nos dice: *“La Iglesia es plenamente consciente de la urgencia pastoral de reservar a la cultura una especialísima atención. Por eso la Iglesia pide que los fieles laicos estén presentes, con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura, como son el mundo de la escuela y de la universidad, los ambientes de investigación científica y técnica, los lugares de la creación artística y de la reflexión humanista. Tal presencia está destinada no sólo al reconocimiento y a la eventual purificación de los elementos de la cultura existente críticamente ponderados, sino también a su elevación mediante las riquezas originales del Evangelio y de la fe cristiana”* (Juan Pablo II, 1988).

El mismo Santo Padre, en una audiencia concedida a un grupo de rectores de universidades y de centros de estudios superiores de Polonia, trató con detalle esta temática. Algunas de sus reflexiones, de una gran trascendencia, son las que se indican a continuación (Juan Pablo II, 2001b):

“Como fruto de los esfuerzos de muchos ambientes de intelectuales y teólogos, sostenidos por la gracia del Espíritu Santo, aumenta cada vez más la convicción de que la ciencia y la fe no son extrañas, sino que, por el contrario, ambas se necesitan y se complementan recíprocamente. Creo que la buena acogida de la encíclica “Fides et ratio” se ha debido precisamente a la conciencia cada vez más profunda de la necesidad de diálogo entre el conocimiento intelectual y la experiencia religiosa. Doy gracias a Dios por toda inspiración que nos lleva en esta dirección.

Parece ser que el fundamento de la aspiración a esa orientación de la universidad es la solicitud por el hombre, por su humanidad. Cualquiera que sea el campo de la investigación, del trabajo científico o creativo, quienquiera que aplique en él su ciencia, su talento y sus esfuerzos debería preguntarse en qué medida su obra forja primero su propia humanidad; luego, si hace que la vida del hombre sea más humana, más digna de él, desde todos los puntos de vista; y, por último, si en el marco del desarrollo, del que es autor, el hombre “se hace de veras mejor, es decir, más maduro espiritualmente, más consciente de la dignidad de su humanidad, más responsable, más abierto a los demás, particularmente a los

más necesitados y a los más débiles, más disponible a dar y prestar ayuda a todos” (Juan Pablo II, 1979).

Esta concepción de la ciencia, entendida en sentido amplio, manifiesta su carácter de servicio. En efecto, la ciencia, si no se ejerce con sentido de servicio al hombre, fácilmente puede subordinarse a intereses económicos, con el consiguiente desinterés por el bien común, o, peor todavía, puede ser utilizada para dominar a los demás e incluida entre las aspiraciones totalitarias de las personas y los grupos sociales.

Del carácter de servicio de la ciencia nacen obligaciones no sólo con respecto al hombre o a la sociedad, sino también, o tal vez sobre todo, en relación con la verdad misma. El científico no es un creador de la verdad, sino su investigador. La verdad se le revela en la medida en que le es fiel. El respeto a la verdad obliga al científico o al pensador a hacer todo lo que está a su alcance para profundizarla y, en la medida de lo posible, presentarla con exactitud a los demás.

Ciertamente, como afirma el Concilio, *“las cosas creadas y las sociedades mismas gozan de leyes y valores propios que el hombre ha de descubrir, aplicar y ordenar paulatinamente”* (Concilio Vaticano II, 1965) y, al respecto, es preciso reconocer las exigencias metodológicas propias de cada ciencia y arte. Sin embargo, conviene recordar que la única búsqueda correcta de la verdad es la que se realiza con un examen metódico, de manera verdaderamente científica y respetando las normas morales. La justa aspiración al conocimiento de la verdad no puede descuidar jamás lo que pertenece a la esencia de la verdad: el reconocimiento del bien y del mal.

Bibliografía

Benedicto XVI. 2007a. *Discurso a los universitarios de Roma.*

Benedicto XVI. 2007b. *Carta Encíclica “Spe Salvi”.*

Comisión de Pastoral Universitaria de Valencia. 2004.

Propuestas para una Pastoral Universitaria.

Concilio Vaticano II. 1965. *Constitución "Gaudium et spes"*.

Congregación para la educación católica. Consejo Pontificio para los laicos. Consejo Pontificio de la cultura. 1994. *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria*

Encuentro de Delegados Nacionales de Pastoral Universitaria. 2007. Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa. *Líneas maestras para la pastoral universitaria en Europa hasta 2010*.

Juan Pablo II. 1979. *Carta Enciclica "Redemptor hominis"*.

Juan Pablo II. 1980. *Discurso a la UNESCO*.

Juan Pablo II. 1983. *Carta autógrafa instituyendo el Consejo Pontificio de la Cultura*.

Juan Pablo II. 1988. Exhortación Apostólica *"Christifideles Laici"*.

Juan Pablo II. 1993. *Carta Enciclica "Veritatis Splendor"*.

Juan Pablo II. 2000. Homilía en la celebración del Jubileo de los Docentes Universitarios.

Juan Pablo II. 2001a. *Carta Apostólica "Novo millennio ineunte"*.

Juan Pablo II. 2001b. *Audiencia a un grupo de rectores de universidades y de centros de estudios superiores de Polonia*.

Juan Pablo II. 2004. *Mensaje al VIII Foro Internacional de los Jóvenes*.



LA PREPARACIÓN AL MATRIMONIO COMO POSIBILIDAD REAL DE EVANGELIZACIÓN DEL FIEL LAICO - PROBLEMÁTICA ESPECÍFICA Y COMPROMISO POSTERIOR

Javier Marcuello

1. Introducción

“...Y creó Dios al hombre a imagen y semejanza suya, a imagen de Dios lo creo, y los creo varón y mujer...”

Con estas palabras, la Sagrada Escritura nos indica en donde radica la verdadera dignidad del ser humano: la de ser imagen y semejanza de Dios. Después de crear los cielos y la tierra, las plantas y animales, Dios, que todo lo juzgaba bueno, se detuvo a crear al hombre, y para ello entró en sí mismo, la Santísima Trinidad, desde donde lo juzgó “muy bueno”. El hombre es la obra de arte de Dios, y por ello no es algo más, sino el centro de la creación:

“...sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra...”

Pero el hombre no es creado simplemente para “dominar o gobernar” sobre la tierra, sino para amar, a semejanza de Dios, que es el Amor con mayúscula. Amar a Dios y amar al prójimo. Amar la Creación para convertirse en colaborador de Dios de la continuación de propia Creación.

Y creo hombre y mujer, distintos, pero, como exclamó el propio Adán: *“...esta sí es carne de mi carne, y hueso de mis huesos...”* Hombre y mujer amados infinitamente por Dios y capacitados para amarse el uno al otro con una entrega total de cuerpo y alma:

“...Y bendíjolos Dios, y díjoles Dios: “Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra...”

Desde el principio, Dios instaura el matrimonio, ese consentimiento entre hombre y mujer que les lleva a prometer y hacer público, ante Dios y los hombres, la

“ayuda mutua y la educación de la prole...” en definitiva, ayudarse a hacerse santos entre sí y, unidos, ayudar a los hijos que Dios conceda. Lo hace sagrado.

2. El matrimonio como sacramento

Pero Dios ha querido, mediante su Hijo Jesucristo, elevar dicha unión natural a un rango superior, sobrenatural: la hace Sacramento. Y Cristo mismo nos enseña cómo ha de ser el amor entre los esposos: “...como Cristo amó a su Iglesia y se entregó por ella para santificarla...”. Y esa entrega llevó a Cristo a entregar la propia vida, por amor a su Iglesia, que somos todos los bautizados.

Ciertamente el reto de los cónyuges es grande, pero también Cristo nos estimula a “...ser perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto...” y “...amaos los unos a los otros como Yo os he amado...”

¿Es posible alcanzar dicha meta? Al hombre no le es posible “...sin mí nada podéis hacer...” pero con Cristo lo puede todo, y por eso es posible amar como Cristo, por eso es posible llegar a convertir el amor entre hombre y mujer, amor conyugal, en signo visible del amor de Cristo a su Iglesia.

Cristo asegura su presencia entre los hombres y, concretamente, entre esposos.

“...estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo...”

Es muy significativo ver como, antes de comenzar su vida pública, Jesús quiso bendecir el matrimonio acudiendo como invitado, junto a su Madre y sus discípulos, a las bodas de Cana. Quiso acompañar a aquellos novios en su promesa de entrega, y quiso dar muestras de que su Presencia es “eficaz”:

“...Díjoles Jesús, Llenad las tinajas de agua. Las llenaron hasta el borde, y El les dijo: Sacad ahora y llevadlo al maestra sala. Se lo llevaron, y luego que el maestra sala probó el agua convertida en vino –él no sabía de dónde venía, pero lo sabían los servidores, que habían sacado el agua -, llamó al novio y le dijo: Todos sirven

primero el vino bueno, y cuando están ya bebidos, el peor; pero tú has guardado hasta ahora el vino mejor."

Esa falta de vino son nuestras limitaciones, nuestras pocas fuerzas, nuestras caídas, enfados, frustraciones, desánimos. Cristo nos tiene reservado el mejor vino para nuestras vidas, vino que son gracias que posibilitan que día a día, el amor en nosotros sea más fuerte, más generoso, más sincero, más semejante al de Cristo por la Iglesia.

El matrimonio como vocación del hombre y de la mujer, requiere de los cónyuges esfuerzo diario para llegar, juntos, a la santidad, vocación a la que estamos llamados todos los hombres y mujeres.

El cónyuge asume, mediante su compromiso, la "obligación" de buscar el bien, la felicidad, la realización personal, en definitiva, la santidad del otro. No cabe el egoísmo, la cosificación del otro,

Decíamos anteriormente que el amor conyugal implica "darse" mutuamente, pero ¿hasta qué límite? Dios nos lo indica en el principio:

"...por lo que dejará el hombre a su padre y a su madre; y se adherirá a su mujer, y vendrán a ser una sola carne..."

Se produce una auténtica e íntima comunión hombre-mujer, que ha de llevarles a tener

"...un mismo pensar, sentir y querer..."

La elevación del matrimonio a Sacramento instituida por Cristo, es la confirmación de que el consentimiento libre de ambos cónyuges ante Dios genera una "íntima comunión" que ningún hombre tiene autoridad para romper:

"...por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre..."

No se debe entender esta afirmación como una "condena" de por vida, o una esclavización, sino todo lo contrario, sino como una afirmación del amor infinito de Dios al hombre y a la mujer, del compromiso que El mismo tomó desde el principio.

Asegurar sus gracias, ese vino, mediante el sacramento, gracias propias de éste y gracias actuales a lo largo de la

vida que permiten decir y cumplir con inmensa alegría:

“...hasta que la muerte os separe...”.

3. La preparación al matrimonio

Ciertamente, desde la concepción, el hombre arrastra el pecado original heredado de nuestros primeros padres, pecado que siempre incita al “non serviam” a Dios. El Sacramento del Bautismo, por la inmensa gracia de Dios, nos limpia totalmente y permite nuestra entrada en la gran familia de Dios, la Iglesia, pero queda en cada uno de nosotros la semilla del mal, que nos acompaña toda nuestra vida hasta el fin de nuestros días. Y esa semilla, que siempre puede ser vencida por la gracia de Dios, “...donde abundó el pecado sobreabundó la gracia...”, no siempre es rechazada por el hombre. Es más, en este mundo se ha llegado a instalar y ha llegado a esclavizar a muchos hasta el extremo de que ya no quieren saber nada de Dios, erigiéndose ellos en sus propios dioses, haciendo un nefasto uso de la libertad concedida por Dios.

Y esa elección afecta también a la disposición del hombre y la mujer ante el don del matrimonio, llevándoles en muchas ocasiones, y frecuentemente sin ser del todo conscientes, a tergiversar y confundir todas y cada una de las verdades del matrimonio.

¡Cuántos hombres y mujeres acuden al matrimonio ignorando las gracias que Dios está dispuesto a concederles! ¡y muchos son bautizados...y quieren casarse por la Iglesia...!

Muchos son los motivos: la ignorancia, una educación familiar exenta de Dios, indiferencia ante todo lo trascendente, preocupación excesiva y exclusiva por lo terreno, egoísmo, falta de generosidad, una sexualidad mal entendida, donde se cosifica al otro para la propia satisfacción y placer, en definitiva, el pecado.

¿Y quién o quienes pueden y deben abrirles los ojos, quienes deben ilusionarles, enseñarles, animarles a abrazar su futura vida matrimonial no como un mero contrato o

“una foto bonita” sino como un verdadero encuentro con Cristo y en Cristo?

El mismo Cristo nos lo dice:

“...id por todo el mundo y proclamad el evangelio a todas las gentes...”

Cristo quiere transformar el mundo, pero no lo quiere hacer solo, quiere necesitar de nuestra ayuda, utilizar nuestras manos, nuestro tiempo, nuestras propias limitaciones, nuestra vida.

Cristo nos necesita, nos necesita a nosotros, para llevar a esos novios que se acercan a la Iglesia el verdadero mensaje evangélico, la riqueza de la gracia de Dios, la gracia del sacramento, el conocimiento del auténtico amor que viene de Cristo, que es referente del verdadero amor conyugal.

En nuestra querida Iglesia, es verdaderamente urgente llevar a cabo la misión de evangelizar mediante los cursos de preparación al matrimonio. Pero no de cualquier manera, sino teniendo una formación adecuada:

- del sacramento del matrimonio
- del conocimiento del hombre, de su sexualidad
- de las características verdaderas del amor conyugal
- de la presencia real de Cristo en dicho amor
- del fruto de ese amor que son los hijos, don gratuito de Dios
- y, por supuesto, junto a la formación, una auténtica vida cristiana, coherencia entre conocimiento, pensamiento y vida que pueda ser testimonio para ellos

“No se puede ofrecer aquello de lo que se carece”

Los futuros matrimonios necesitan saber que el verdadero amor consiste:

- en “darse” al otro hasta el punto que de desear lo del otro por encima de lo mío.

- en luchar cada día por profundizar en el amor, relegando la rutina, la costumbre, el aburrimiento, el desamor

- en cultivar el diálogo, la comunicación, porque todo lo del otro me importa

- en la plena confianza mutua, que lleva a una auténtica unidad

- en la fidelidad

- en la aceptación del otro, y de uno mismo, de cómo es y como soy, con las limitaciones y las virtudes

- en conocer sin deformaciones el significado de la entrega de la persona entera, cuerpo y alma, viviendo una sexualidad, creada y querida por Dios, auténtica, generosa, abierta a la vida como solo la generosidad sabe hacer, recibiendo los hijos como don precioso de Dios, no como derecho o capricho

- en orar juntos, pedir y dar gracias por todo lo recibido

- en vivir la vida con el estilo de Cristo, es decir, viviendo los auténticos valores cristianos

Y además, mostrarles las excelencias del Sacramento del matrimonio. No da igual cómo unamos nuestras vidas, no es igual “juntarse”, o casarse por lo civil, que poner por testigo al mismo Cristo de nuestra determinación de amarnos para siempre. No es lo mismo tomar un buen día una decisión más o menos seria que “obligar” a Dios (y Dios encantado) ha entrar a formar parte de nuestro matrimonio, de nuestras decisiones, proyectos, ilusiones, trabajos, hijos, de nuestra vida entera en definitiva.

“...el mensaje de Dios nunca cae en saco roto...”

Toda semilla de Dios depositada en los corazones del hombre, por muy alejado que esté de El, tiene efecto. A veces imperceptible en un primer momento, pero si se sabe alimentar puede llegar a convertirse en fuente de conversión. Por ello, la labor de la Iglesia no acaba con el curso y la boda, sino que ha de procurar acercarles una vez casados hacia sí y hacia Dios. Invitarles y animarles a enamorarse de Dios en la Iglesia, que, como sabemos, es la familia de Dios.

Requiere por nuestra parte oración, sacrificio, paciencia, confianza en Dios que hace todas las cosas, insistencia sin perder lo más importante, la caridad.

Y, como no, presentarles a María Santísima, Madre Dios y Madre nuestra y Madre suya, que nos ama y los ama como ninguna madre ha amado y que los conducirá de la mano hacia su Hijo Jesucristo, fuente de la verdadera felicidad.

Como decía nuestro querido Papa Juan Pablo II: "... no tengáis miedo, abrid las puertas a Cristo..."

Dejándole hacer a El, y así nuestra labor seguro obtendrá los frutos deseados.



PROCLAMAR LA LUZ DE CRISTO EN LA UNIVERSIDAD

Joaquín Buxó - Carmen Hernando

Resumen

No se puede influir en el mundo de forma decisiva dejando al margen el mundo de la cultura. Y la Universidad juega un papel privilegiado. A lo largo de los siglos numerosos santos lo han tenido muy presente.

Por otro lado, los jóvenes llenan las aulas universitarias. Los años de estudios universitarios serán años decisivos en sus vidas. Son años de gran transformación, momentos de importantes decisiones. Tenemos presente el testimonio de Juan Pablo II en sus encuentros con los jóvenes. Él salió a buscarlos. Fue allí donde estaban. Y un grueso importante de nuestros jóvenes está en la Universidad.

. En esta comunicación se reseña el apostolado comunitario llevado a cabo en el ambiente universitario por hermanos de Christifideles Laici. Se hace un repaso desde los años ochenta, cuando el Padre Navarro realizaba funciones de consiliario de Antorcha (grupo universitario creado por hermanos del Movimiento) hasta las implicaciones en la actual pastoral universitaria.

1. Introducción

Al hablar del mundo de la cultura, es incuestionable la importancia del papel que desempeña la Universidad como lugar privilegiado en la elaboración y difusión de ideas, centro de formación y de debate.

Son muchos los documentos que tratan la vinculación de la Universidad con la Iglesia en sus orígenes y muchos también los que recuerdan la importancia de construir en la actualidad puentes entre la fe y la ciencia. Como decía Juan Pablo II, *“la fe y razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad”*.

Por otra parte desde el punto de vista pastoral también existen libros, manuales y memorias que recogen las directrices de las diferentes delegaciones de pastoral universitaria de cada diócesis.

La visión que se pretende desarrollar no corresponde a ninguna de las mencionadas. Se ha querido poner de manifiesto como se ha intentado hacer presente el mensaje de Cristo en la Universidad y las actividades llevadas a cabo por algunos hermanos en su andadura universitaria. Las iniciativas que Dios ha suscitado en los hermanos del Movimiento han pasado siempre por evangelizar allí donde se encontraban, también en la Universidad durante sus años universitarios. Las acciones realizadas por cada hermano a nivel particular no es posible recogerlas aquí, no sólo por la abundancia segura, sino también por desconocimiento de quienes escriben. Se tratará a continuación del apostolado comunitario desarrollado en el ambiente universitario por hermanos del Movimiento.

2. Universidad e Iglesia

Recientemente Benedicto XVI, en el discurso que envió a la Universidad La Sapienza de Roma, recordaba que la fundación de esa universidad fue impulsada por el Papa Bonifacio VIII y que en su origen la institución dependía directamente de la autoridad eclesiástica.

Efectivamente, las primeras universidades (Bologna, París, Colonia, Sapienza, Salamanca y otras) nacieron en el seno de la Iglesia. La Universidad es, por decirlo de algún modo, una "invención" de la Iglesia. *"El dialogo entre fe y razón que en los siglos ha hecho posible no sólo el nacimiento de las Universidades "ex corde Ecclesiae" (del corazón de la Iglesia), ha desempeñado un papel decisivo para el desarrollo de la cultura europea."* Durante siglos el nexo entre ambas ha sido muy fuerte. Y hoy en día sigue habiendo muchas Universidades vinculadas a la Iglesia.

No se puede influir en el mundo de forma decisiva dejando al margen la cultura. Esto lo han tenido muy claro a lo largo de la historia muchos santos. Santo Tomas de Aquino, San Alberto Magno, San Buenaventura, y muchos

otros dominicos y franciscanos de su tiempo, pasaron gran parte de su vida en las Universidades de Colonia, Bolonia y París. Son hombres que marcaron la Universidad de su tiempo. A San Ignacio lo vemos formándose en las Universidades de Alcalá y Salamanca antes de marchar a formarse a la Sorbona de París, donde inició, junto con otros siete compañeros, lo que sería la Compañía de Jesús. Santa Teresa da por buenos todos sus problemas con la duquesa de Éboli por ver que al final "sus frailes" fundan en Pastrana un convento que les permitirá formarse en la cercana Universidad de Alcalá de Henares. Y así podríamos poner una larga lista de ejemplos.

Hoy en día la Iglesia sigue teniendo esto presente. En nuestro país, junto a centros de larga tradición - como la Universidad Pontificia de Salamanca o la de Comillas, o centros de la Compañía de Jesús como ESADE, Instituto Químico de Sarriá o Universidad de Deusto, o la Universidad de Navarra vinculada al Opus Dei - han surgido numerosas iniciativas relativamente recientes: Universidad Católica San Antonio de Murcia (1990), Universidad Francisco de Vitoria (1993, Legionarios de Cristo), Universitat Internacional de Catalunya (1997, Opus Dei), Universidad Abad Oliva (2003, CEU), Universidad Católica San Vicente Ferrer de Valencia (2004), entre otros ejemplos.

3. Juventud Universitaria

En la actualidad miles de jóvenes llenan las aulas universitarias. Los años de estudios universitarios serán años decisivos en sus vidas. Más allá de los conocimientos técnicos, artísticos o humanísticos que allí reciban, son años de gran transformación en sus vidas. Llegan aún con ecos de adolescencia. Muchos tienen todavía fresca su vivencia escolar en un colegio, frecuentemente católico. Han optado por una carrera pero casi todo en sus vidas está por hacer. En la etapa universitaria harán amistades, forjarán proyectos que marcarán toda su vida. Es momento de grandes decisiones. Muchas parejas, futuros matrimonios, se forjan en estos años.

Un grueso importante de nuestros jóvenes está en la

Universidad. Allí pasan muchas horas en años que, como hemos dicho, son decisivos. Unos cursarán sus estudios en universidades católicas como las que antes hemos citado. Otros, la mayoría –en la realidad actual de nuestro país- los cursarán en universidades públicas. En algunas facultades no se hará mención de Dios prácticamente nunca. En otras se bombardeará al alumno con mensajes claramente opuestos al sentir cristiano.

Es necesaria la presencia de cristianos bien formados y comprometidos en estos centros universitarios. Y urge su testimonio. Es de vital importancia que aquellos jóvenes que viven en cristiano cuando llegan a la universidad no se sientan solos. Lamentablemente esta sensación de soledad, de ser un alguien raro por ser cristiano, es frecuente hoy en día en muchos ambientes, pero de forma especial en los ambientes universitarios. Muchos se alejan de la Iglesia, no por convicción, sino por abandono, por mimetismo con el ambiente.

Cabe preguntarse lo siguiente. Si un joven en su etapa universitaria –etapa en la que se va a plantear muchas cuestiones- se cuestiona sobre Dios ¿encontrará cerca alguien a quien poder dirigir sus dudas? Y no menos importante: el joven cristiano universitario ¿encontrará con quien compartir su fe?

Estériles son los sermones que se quejan de ver las iglesias vacías de jóvenes. Tenemos presente el testimonio de Juan Pablo II en sus encuentros con los jóvenes. Él salió a buscarlos, allí donde estaban, en sus lugares de origen. Para ello no dudó en dar la vuelta al mundo. Y Benedicto XVI sigue su ejemplo.

4. De la mano del Papa

Juan Pablo II con su palabra y testimonio fue guía y aliento constante en nuestro actuar. Algunos de sus discursos, dirigidos a los jóvenes en general y en ocasiones directamente a universitarios, fueron –y siguen siendo- para nosotros un claro referente. Sus visitas a España y algunas Jornadas Mundiales de la Juventud fueron etapas importantes en este camino recorrido.

Recogemos a continuación, por la gran significación que aún tienen, algunos textos.

En 1981 Juan Pablo II dirige un discurso a los estudiantes en la Universidad de Santo Tomás, Manila (18-2-1981). Reproducimos aquí algunos párrafos. Justifica la extensión de la cita, el que este discurso fue prácticamente el Manifiesto fundacional de la Agrupación Estudiantil Antorcha que presentamos más adelante.

Citando documentos del Vaticano II, Juan Pablo II recordaba que teníamos que ser *“hombres de auténtico prestigio por su doctrina, preparados para desempeñar las funciones más importantes en la sociedad y testigos de la fe en el mundo”*. Y añadía: *“Si queréis estar capacitados el día de mañana a cumplir vuestra triple misión de adultos y maduros, servidores de la sociedad y representantes del Evangelio debéis vivir hoy con plenitud vuestra vocación de jóvenes, de estudiantes universitarios y de católicos auténticos”*.

“La dirección de la sociedad de mañana está puesta sobre todo en la mente y en el corazón de los estudiantes universitarios de hoy”. (...) *“Sed conscientes del privilegio y responsabilidad que tenéis muchos de los que estáis aquí, por ser jóvenes pertenecientes a una institución de alta cultura. (...) Un estudiante universitario debe, por tanto, tener como programa permanente captar la verdad. No es tarea fácil. Requiere estudio y perseverancia; exige generosidad y sacrificio propio”*.

“Para un estudiante universitario, ser católico no es algo sobreañadido. Incluye valores que son originales y específicos; confiere poder incomparable de construir un mundo mejor y proclamar el Reino de Dios. (...) Como católicos debéis confesar a Cristo abiertamente y sin encogimiento en vuestro ambiente universitario.

El modo particular con que se desempeñará la misión depende de los misioneros, ¡de vosotros! (...) Cristo cuenta con vuestra colaboración.

Cada uno de vosotros está llamado a levantar la antorcha y proclamar la verdad de Cristo. ¡Lo podéis hacer! Podéis hacerlo con vuestro entusiasmo juvenil y con la confianza — la seguridad — desplegada por los primeros Apóstoles cuando la Iglesia era joven. Lo podéis hacer si lo acometéis juntos todos y si lo hacéis

con Cristo y con su Iglesia.”

En 1982 Juan Pablo II visitó por primera vez España y en la Universidad Complutense de Madrid decía: *“Sé que en vuestra generosidad de jóvenes no os satisfacen tantas cosas de nuestra sociedad actual, que desearíais más justa y solidaria. Sé también que buscáis algo que pueda dar razón, de verdad, a lo más profundo de vosotros mismos, a esa hondura del espíritu humano que sentís, o al menos presentís. Sé que no os bastan —para fundar vuestras vidas— los datos secos de la cultura técnica o de la informática. No os basta disponer de noticias y conocimientos dispersos y fragmentarios. Vislumbráis que es preciso dar con una realidad que comunique a las realidades disgregadas un sentido decisivo y final.”* Con motivo del Año Internacional de la Juventud, en 1985, escribía en la Carta a los Jóvenes: *“La juventud es por si misma una gran riqueza. (...) Es la riqueza de descubrir y a la vez de programar, de elegir, de prever y de asumir como algo propio las primeras decisiones, que tendrán importancia para el futuro en la dimensión estrictamente personal de la existencia humana. Al mismo tiempo, tales decisiones tienen poca importancia social.”*

Y en 1989 en la segunda Jornada Mundial de la Juventud, en Santiago de Compostela decía: *“Mis queridos jóvenes, Cristo os llama no sólo a caminar con El en esta peregrinación de la vida. El os envía en su lugar para ser mensajeros de la verdad, para ser sus testigos en el mundo, concretamente, ante los demás jóvenes como vosotros, porque muchos de ellos hoy, en el mundo entero, están buscando el camino, la verdad y la vida, pero no saben a dónde ir.”*

Y en la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* exhortaba: *“Los jóvenes no deben considerarse simplemente como objeto de la solicitud pastoral de la Iglesia; son de hecho —y deben ser incitado a serlo— sujetos activos, protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social.”* Y podríamos alargar mucho más las citas. Ciertamente nuestra generación fue *“la juventud del Papa Juan Pablo II”*.

Llegado aquí es momento de hacer repaso de cómo se ha vivido todo esto en el Movimiento. Y más concretamente, como se vive por los jóvenes universitarios. A fecha de hoy, el Movimiento no ha actuado de forma representativa en la gestión y dirección de una universidad concreta, al modo

en que lo han hecho Jesuitas, Legionarios de Cristo u otros grupos de la Iglesia, antes mencionados. Veamos como se ha desarrollado el apostolado comunitario llevado a cabo en el ambiente universitario.

5. Levantar la antorcha, proclamar la luz de Cristo en la Universidad

A principio de la década de los años ochenta, un grupo de hermanos del Movimiento frecuente las misas que se realizan en la capilla de la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona. Allí conocerán al Padre Navarro, que era el sacerdote que habitualmente las celebraba. El discurso que Juan Pablo II dirige a los jóvenes universitarios en Manila [4], al que nos hemos referido más arriba, cala hondo en ellos. Sienten la llamada que el Papa les hace. Entienden que el discurso les está especialmente dirigido. En este contexto surgiría la idea de constituirse como grupo que actúe apostólicamente en el ambiente universitario. Asumen que deben *“levantar la ANTORCHA y proclamar la verdad de Cristo en la universidad.”* De ahí tomará el nombre la asociación universitaria que constituyen.

6. Actividades realizadas

Las actividades que se realizarán serán muy variadas, pero girarán en torno a tres ejes: oración, formación y actividades lúdicas que ayuden a fomentar la convivencia.

Conscientes que nada podían hacer sin Cristo, la oración ocupaba un papel relevante. Entre las actividades que se llevaban a cabo, destacamos aquí dos que sirven especialmente para mantener la presencia de Dios: el Padrenuestro que se realizaba al entrar en la Universidad cada día y el Avemaría que se realizaba al empezar las clases. Por otra parte, cada miembro de Antorcha se comprometía a rezar un rosario un día concreto de la semana por el apostolado universitario. Y con periodicidad mensual, aprovechando algunas fechas destacadas (Inicio de curso, San Alberto Magno, Inmaculada Concepción, Navidad, Santo Tomás de Aquino, Virgen de Fátima, San José, Virgen de Montserrat, Fin de curso), se

celebraba una Misa en alguna de las capillas universitarias.

Asumiendo la responsabilidad como universitarios y como cristianos, la formación era nuestra actividad principal. Y esto tanto en las materias propias de nuestras carreras como en todo aquello que nos ayudaban a crecer como apóstoles de Cristo. Se organizaban sesiones de estudio en las bibliotecas universitarias y nos ayudábamos unos a otros en los estudios. También nos animábamos en el estudio de diferentes documentos de Iglesia, desde el Vaticano II a las diferentes encíclicas del Santo Padre. Y compartíamos libros de vidas de santos y otros que nos hubieran hecho bien. Con una periodicidad que fue cambiando con los años, se organizaron conferencias en diferentes facultades sobre algún tema de Iglesia y de actualidad, que interesara a los jóvenes. Estas conferencias las impartían profesores o catedráticos de universidad.

Finalmente, también se organizaban actividades lúdicas que tenían como fin fomentar el trato entre los componentes y poder invitar a otros estudiantes. Para ello se hicieron excursiones, convivencias, cine-forums, cenas de final de trimestre, etc.

Aparte de estas actividades generales, se realizaban también las reuniones por facultades. En ellas se efectuaba una revisión de vida, se impartía una charla que se había preparado alguien del grupo, se convivía. Y se animaba a otros compañeros nuestros a que asistieran. Estas reuniones se empezaron haciendo en el local del Movimiento, pero, con ánimo de una mayor presencia en la Universidad a partir del año 1986 se realizaron en las facultades universitarias. Algunos rasgos característicos los señalamos a continuación.

7. Actuar siempre en el marco universitario

Los primeros pasos de este grupo estarán marcados también por la vivencia muy cercana de los sucesivos cierres de capillas universitarias que tuvieron lugar en la década de los años ochenta. El primero fue el cierre de la capilla de la Facultad de Derecho, posteriormente la eliminación de la capilla de la Facultad de Económicas y ya

en los años noventa la conversión en aula de la capilla de la Facultad de Filología, en el edificio de plaza Universidad y la reducción de la capilla de Empresariales. El cierre de la capilla de Derecho fue el único que fue acompañado por algo de revuelo e indignación de los que asistían a las misas que allí se hacían. La falta de actividad en las otras capillas propicio su eliminación, ante la pasividad y conformidad de los encargados de ellas por parte de la diócesis. Sólo el celo de Mn. Clapès y su constancia han permitido que la capilla de Empresariales no se eliminara, siendo en estos momentos la única capilla en una universidad pública en el campus de la Diagonal.

Frente a todo esto, los componentes de Antorcha tomaron clara conciencia de que el marco idóneo para hacer actividades con los universitarios eran los campus universitarios pues eran conscientes de que *“la Iglesia pide que los fieles laicos estén presentes, con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura, como son el mundo de la escuela y de la universidad, los ambientes de investigación científica y técnica, los lugares de la creación artística y de la reflexión humanística.”* [9, punto 44]

El realizar las actividades dentro del campus universitario facilitaba el poder animar a nuestros compañeros a asistir a ellas. Y nuestra presencia era motivo para plantearse varias cuestiones a otros compañeros que nos contemplaban y oían hablar de nuestras actividades.

8. Contar con Cristo para anunciar su mensaje

Como punto de encuentro entre los grupos de las diferentes facultades, especialmente cuidábamos las eucaristías que se organizaron en las capillas universitarias (Empresariales, edificio de Plaza Universidad, Colegio Mayor de San Raimont de Penyafort y de la Virgen de Montserrat) como máximo exponente de ese hacer presente a Cristo en nuestro ambiente universitario. A este respecto sigue llamando la atención las voces de los que ven la realización de la Eucaristía en la Universidad como algo secundario. Estas voces afirman que la práctica religiosa es algo estrictamente personal y que cada cual vivirá según

su sensibilidad e insisten en que la Eucaristía es algo que puede hacerse en cualquier otra parte. Sin embargo, los que asistimos a Misa, sabemos cuán difícil es encontrar una celebración de la eucaristía en la que la mayoría de los asistentes sean jóvenes. Y los que tratamos con los jóvenes sabemos cómo valoran el participar en una Eucaristía donde la mayoría de los asistentes son de su edad. Por otra parte, nuestros estudiantes saben que en el día a día de la Universidad no sólo tiene cabida la parte académica, sino también todo tipo de actividades. De ello dan muestra no sólo los bares y gimnasios que hay en las facultades, sino la gran variedad de asociaciones que congregan a los seguidores de diferentes aficiones. Crear comunidad creyente dentro del campus universitario, que se reúne en torno al altar, que es *“el rostro próximo y palpable de la Iglesia, expresión visible e inmediata,”* es algo que ayuda al crecimiento de los que allí pasan la mayor parte del día.

9. Vivero de vocaciones

Una constante a lo largo de los años que duraron las actividades de Antorcha, y en la actualidad en el grupo que ha heredado su estructura, es la abundancia de vocaciones al sacerdocio y a otras opciones de vida consagrada. De entrada sorprende constatarlo, pero si uno reflexiona es bastante natural que sea así pues los años de juventud son años de toma de decisiones que orienta la vida.

A veces, se hace una simplista dicotomía ente los creyentes y los que no lo son. Y señalando que es más grande el número de los segundos, se orienta sólo a estos cualquier actividad pastoral. Asombra escuchar hablar de los que ya creen como si ya estuvieran “asegurados”. Padres de jóvenes y adolescentes, profesores de bachillerato y Universidad, y cualquiera que contacte con los jóvenes sabemos que la realidad es otra. Cada vez se retrasa más el proceso de maduración y muchos llegan a la universidad presentando claros síntomas de adolescentes. Muchos inician su carrera universitaria sin tener nada claro, prácticamente todo en ellos está por construir. *“La juventud es el tiempo de un descubrimiento particularmente intenso del propio yo y del propio proyecto de vida, es el tiempo de un crecimiento que ha de realizarse*

*“en sabiduría, en edad y en gracia ante Dios y ante los hombres.”
(Lc. 2, 52)”*

Este dato que se debería tener muy en cuenta. Es necesario llegar a los que están lejos de la Iglesia, que son la mayoría. *“Descubrir puntos de encuentro con los creyentes alejados y también con los indiferentes, los ateos y los agnósticos.”*[9]. Pero no menos importante es acompañar a los que están dentro o los que están cerca. No pocos son los que entran en la universidad sintiéndose católicos y salen de ella habiéndose alejado de la Iglesia. Y en muchas ocasiones no son las razones, sino el estilo de vida imperante el que marca ese proceso. Es especialmente importante en un momento como el actual, crear espacios donde los jóvenes oigan la llamada de Dios, y no podemos olvidar que *“todos debemos sentir la responsabilidad de favorecer el surgir y madurar de vocaciones específicamente misioneras, ya sean sacerdotales y religiosas, ya laicales.”*

Tampoco hay que infravalorar el bien que todo esto hizo para la perseverancia de muchos hermanos en la Comunidad, así como los matrimonios cristianos que se forjaron.

10. Evangelización a través de los carteles

Todas las actividades eran abiertas y se anunciaban, siendo “la pegada de carteles” una actividad más. Esto nos dio a conocer no sólo a gente que no era creyente y a gente que siendo creyente no tenía con quien compartir su fe en el ambiente universitario. También hizo que nos conociéramos y fuera frecuente la colaboración con otros grupos de jóvenes católicos que actuaban en la Universidad.

En los espacios dispuestos en las distintas facultades universitarias se pueden encontrar anuncios de muchas cosas. Pero no abundan los anuncios de actividades llevadas a cabo por grupos religiosos. De hecho durante mucho tiempo, Antorcha y el Gbu (Grupo Bíblico Universitario, grupo protestante), fueron los únicos en colgar carteles.

Los carteles anunciando una conferencia o una excursión eran normalmente respetados pero no así los que anunciaban la celebración de la Santa Misa. Estos eran rápidamente

arrancados, repuestos y vueltos a arrancar.

Al hablar de estas cosas en ciertos ambientes, supuestamente cristianos, se repite el siguiente hecho. Gente que jamás ha puesto un cartel anunciando una Misa en la universidad y que no ve la necesidad de hacerlo –generalmente tampoco ve la necesidad de organizar una Misa en la universidad- manifiesta su seguridad sobre la ineficacia de un cartel. Estos no los mira nadie, afirman. Por el contrario, cualquiera que ha pegado un cartel y que, poco después ve como *sólo* el cartel que anunciaba la Misa ha sido arrancado, no tiene duda de que hay quien sí ve el cartel. Es indudable que hay quien ve el cartel y le molesta muchísimo, hasta el punto de censurarlo. También otros ven los carteles y Dios nos permite ver algunos de sus frutos. En una ocasión, con motivo de una de las conferencias que se organizaron, el conferenciante –José M^a Alsina, actual rector de la Universidad Abad Oliva- nos decía que los carteles que había visto colgados antes de entrar y que anunciaban su charla eran posiblemente más importantes, de cara a hacer presente el mensaje de Cristo en la Universidad, que las palabras que nos iba a dirigir. *“Mucho de lo que os voy a decir a los que estáis aquí”,* añadió, *“posiblemente ya os lo han dicho antes, pero, para muchos de los que están ahí fuera, es posible que esos carteles sea la única manifestación cristiana que han visto en mucho tiempo.”*

11. Formación de dirigentes

Elaborar una programación de actividades, sincronizar los diferentes grupos, organizar una excursión o una convivencia con todos sus detalles, reservar un aula, contactar con un catedrático para que imparta una conferencia, prepararse un tema, son algunas de las actividades que debían llevar a cabo los diferentes responsables. La realización de todo ello es una forma práctica e inmejorable de preparar un grupo de dirigentes. En otros contextos los jóvenes participan de las actividades que organizan gente de más edad. La dinámica universitaria no permite esto, fuerza a que sean los propios jóvenes los que tomen parte activa en las actividades que antes hemos descrito. Y eso es tremendamente enriquecedor para ellos en esa etapa y les aporta un rico bagaje para el futuro.

12. Seréis mis testigos

Todo lo que hemos descrito, quienes lo vivimos no lo podremos olvidar. Años de juventud. Años de celo apostólico, de vivencia comunitaria ¡Cuánto bien hizo todo aquello! No solo los frutos que se vieron en otros, sino el bien que supuso para los que se implicaron en serio. Pero una dificultad que presenta este tipo de apostolado es que ser estudiante universitario no es un estado permanente. Hay, pues, mucho relevo y no es posible tener un grupo responsable de forma estable durante demasiado tiempo. Este fue el motivo de que en el año 1995 cesaran este tipo de actividades.

Pero aquel fuego que sintieron quien lo vivió no ha querido Dios que se apague. Durante estos años ha habido hermanos que no han interrumpido aquel rosario semanal rezado por el apostolado universitario y que no han perdido ocasión de manifestar al pastor de la diócesis de animar realidades como Antorcha.

Y de aquellas cenizas Dios ha suscitado nueva vida. El impulso lo dio Juan Pablo II en su viaje a Madrid en 2003. Allí una vez más nos dijo: "sois mis testigos". ¡Cuántos recuerdos! Imposible guardar tantas cosas vividas. Algunos hemos visto la obligación de pasar el testigo. En el viaje de vuelta del encuentro en Cuatro Vientos vimos la necesidad de pasar el testigo. En octubre de ese mismo año, nos reuníamos en la capilla de Empresariales un grupito para rezar un rosario con motivo de la celebración de los 25 años de pontificado. La semana siguiente, nos llegaba la noticia de el pastor de la diócesis nombraba a Juan Carlos Montserrat consiliario del SAFOR Diagonal. Se iniciaron así las misas que semanalmente nos sirven de lugar de encuentro. La estructura que tiene el grupo a nivel de actividades es la heredada de Antorcha. Ciertamente hay una diferencia importante. Mientras Antorcha estaba organizada por hermanos del Movimiento y abierta a toda la comunidad universitaria, SAFOR está formado y animado por jóvenes de diferentes procedencias. Resaltamos aquí la riqueza que supone compartir la fe con otros grupos, todos ellos en línea con el magisterio de la Iglesia.

Dada la brevedad del espacio que nos queda, poco

podemos decir de esta nueva etapa, dejamos sólo alguna pincelada. De nuevo se ha revivido la guerra de carteles, las conferencias, las excursiones, las misas en las capillas universitarias, el compartir los libros cuya lectura tanto bien nos hace, etc.

De las misas en la Capilla de Empresariales merecen especial mención la realizada el 11 de marzo de 2004. La noticia del dramático atentado acontecido en el metro de Madrid no era fácil de asumir. Con toda la actividad académica suspendida y la Diagonal todavía cortada por las manifestaciones, la Eucaristía ofrecida por la víctimas fue muy especial. También merece especial recuerdo la misa y otros actos de oración que se llevaron a cabo a raíz de la muerte de Juan Pablo II y que congregaron en la capilla universitaria a muchos estudiantes y varios profesores. Comentar también que cuando pedimos celebrar misa en el colegio Mayor de Sant Ramon de Penyafort, (de la UB situado enfrente a la Facultad de Derecho), nos dijeron que hacía más de siete años que no se hacía Misa en su capilla. Durante este tiempo sólo se ha utilizado para recitales de piano.

De las vivencias vividas, lo primero que se viene a la mente es la imagen de un gran círculo de jóvenes sentados en el césped de Empresariales escuchando el testimonio de alguien que ha decidido dar un sí a una entrega total a Dios. La primera fue Maria Adela al comunicarnos su decisión de dejar la carrera de Arquitectura técnica para hacerse Clarisa. Poco después la intervención de su hermana Isa -en su paso por el SAFOR- fue decisiva para realizar la primera romería del grupo desde Rubí a Montserrat y que desde entonces se repite cada año. Javi, Santi y otros seminaristas también dieron su testimonio.

No valen los desalientos, todo esto son signos de esperanza, *una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar el presente* y seguir trabajando para llevar la luz de Cristo a nuestra universidad, pues como estudiantes y como profesores universitarios *está es la viña y este es el campo en que estamos llamado a vivir nuestra misión.*

**EL COMPROMISO TEMPORAL DEL CATOLICO EN
LA PERSPECTIVA
DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN**

Javier Ainchil

Resumen

Los tiempos presentes plantean al católico la tentación siempre recurrente de convertir su fe en una actividad reducida a una dimensión exclusivamente personal, y por lo tanto no susceptible de adquirir proyección en la sociedad, postura que se ve reforzada por una presunta imposibilidad de conciliar una actitud trascendente ante la vida con un mundo que se sitúa cada vez más alejado de Dios. El mensaje evangélico, interpretado por el Magisterio a la luz de la tradición de la Iglesia, permite descubrir no obstante la llamada al fiel laico a vivir las realidades temporales y reordenarlas manteniendo la perspectiva de no tener en la tierra ciudad permanente. En este contexto la Nueva Evangelización propuesta por primera vez por Juan Pablo II en Haití en 1983 en su discurso al Episcopado Latinoamericano puede ser de esta manera explicitada en la vivencia de la dignidad y responsabilidad del seglar que se santifica en el mundo a través de las realidades más inmediatas de su vida familiar y profesional, así como de otras más complejas como la cultura e incluso la política, en una síntesis vital entre el Evangelio y las ocupaciones cotidianas

1. Introducción

Dentro de los documentos del magisterio pontificio referidos al apostolado de los fieles laicos, y surgidos a partir del Concilio Vaticano II, destaca por su alcance y profundidad la exhortación Apostólica Post-Sinodal Christifideles Laici del Papa Juan Pablo II dedicada a la vocación y misión de los fieles laicos en la iglesia y en el mundo. La lectura y el estudio hechos vida de dicho documento permiten

descubrir nuevas llamadas a la evangelización en todas las circunstancias y momentos de la vida del seglar.

2. No te pido que los quites del mundo

Una de las ideas que con frecuencia se han puesto de manifiesto a lo largo de la historia de la civilización cristiana ha consistido en considerar que la fe es una cuestión exclusivamente relacionada con la vida interior, limitada a la relación entre la persona y el Creador, sin más trascendencia exterior que la meramente de culto, ya sea este público o bien privado. Esta pretensión de aislar al hombre del mundo en el que reside, como si fuera habitante en tierra extranjera, ha sido causa históricamente a juicio del autor de no pocas esterilidades en el compromiso temporal de los católicos.

Sin embargo, el mismo Jesucristo en su discurso después de la Última Cena (Juan 15, 18) manifiesta a sus discípulos: *“Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí primero. Si fuereis del mundo, el mundo amaría lo suyo, pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por esto el mundo os aborrece”*.

De esta manera, el compromiso temporal del cristiano parte de una primera premisa, de esta realidad vital de no ser del mundo, dicho de otra forma, no tener miedo a desentonar, a ser políticamente incorrectos, a llamar la atención o a no seguir las tendencias preconizadas desde los medios de difusión o las agencias de comunicación que forjan la opinión pública. A ese respecto escribía en su día Gilbert Keith Chesterton: *“Solo la Iglesia Católica puede salvar al hombre ante la destructiva y humillante esclavitud de ser hijo de su tiempo”*. Dicha actitud requiere de una exigente vida interior que alimente actitudes profundamente cristianas, en un ambiente cuando no hostil al menos indiferente.

La no pertenencia al mundo no quiere de ninguna manera significar separación, segregación, aislamiento, marginación. A ese respecto se continúa leyendo en el Capítulo 17 del Evangelio de Juan: *“He manifestado tu nombre a los hombres que estaban en el mundo, tuyos eran, y tu me los distes, y han guardado tu palabra ... Yo ya no estoy en el mundo,*

pero ellos están en el mundo, mientras yo me voy ... No te pido que los quites del mundo, sino que los libres del mal"

La vida de los hombres y mujeres en los países de antigua identidad y cultura católica se caracterizaba hasta mediados del siglo XX por una cierta preponderancia social del hecho religioso, tanto en los aspectos más cotidianos como en aquellos más trascendentes. En esa época las congregaciones religiosas contaban con numerosas instituciones educativas, sanitarias y asistenciales que hacían patente, en el día a día de la existencia cotidiana, el ejemplo y testimonio de legiones de consagrados que, acogiendo el mensaje en su corazón, habían dejado todo y seguido al Maestro (Mc 10, 21). En ese contexto podía interpretarse que la única manera de no ser del mundo era la vivencia de los consejos evangélicos en comunidades activas o contemplativas o bien la vocación sacerdotal. Es no obstante a partir del Concilio Vaticano II cuando de un modo explícito se consigna que también se sirve a Dios y se santifica el fiel laico de una manera eminente en el compromiso temporal. No se trata de una mejor ni una peor vocación, ya que el Señor llama a cada a uno según su beneplácito.

La especificidad del compromiso temporal se pone de manifiesto meditando en paralelo sobre las figuras evangélicas de Marta y María tal como las recogen los Evangelios de San Lucas y San Juan. Aunque históricamente han sido consideradas como modelos identitarios de las vocaciones activa y contemplativa, en el fiel laico coexisten de forma simultánea en un vivir en el mundo sin ser del mundo, gracias a la oración y la acción por esta alimentada. Así, el fiel laico reza, medita y ofrece su labor al Señor en su trabajo en la oficina, en la fábrica, en el taller y en el campo, y de esa oración obtiene fuerzas para que el Señor a través suyo se manifieste en el testimonio y en el apostolado de palabra y obra. Evangeliza y se santifica en su casa con su familia, que es el objeto inmediato de su vocación, escuela de oración y evangelización e iglesia doméstica. Evangeliza y se santifica en su ambiente, con sus amigos y relaciones, yendo y viniendo, en la consulta y el mercado, y de manera particular asistiendo con su familia al banquete de la Eucaristía.

3. Estar en el mundo sin ser del mundo, mandato intemporal

Es posible que muchos de nuestros hermanos en la fe, con una visión quizá nostálgica de tiempos pasados, consideren que el compromiso temporal del católico es en realidad una solución alternativa o una mera respuesta a la sociedad secularizada en la que actualmente vivimos, donde la Iglesia ha perdido poder de convocatoria. Parten probablemente de una idealización algo tergiversada de la denominada cristiandad, aquella sociedad casi perfecta nutrida por valores cristianos donde la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. Pudiera creerse incluso según ese enfoque que aquella época hubiera estado exenta de las angustias y tribulaciones que hoy en días se suscitan. A ese respecto el Evangelio de San Juan presenta oportunas aclaraciones como las contenidas en el episodio donde Jesucristo responde a Pilato en el Pretorio *"Mi Reino no es de este mundo"* (Jn, 18, 36). Es decir, con independencia de formas sociales más o menos próximas al Evangelio, la verdadera bienaventuranza está reservada a la Eternidad. De particular importancia son también las palabras del Señor en la Última Cena: *"en el mundo tendréis tribulación, pero no temáis, Yo he vencido al mundo"* (Jn, 16,33)

La tribulación es inherente a la vida del cristiano en el mundo, como el trigo es inseparable de la cizaña en la parábola evangélica. Pero igualmente inherente, similarmente esencial, es la llamada a la evangelización *"Id al mundo entero y proclamad la Buena Nueva a todas las criaturas"* (Mc, 16,15). Evangelizar constituye precisamente la identidad del fiel laico que ha asumido maduramente su responsabilidad dentro de la Iglesia. El compromiso temporal del católico se vive pues, entre los gozos y las esperanzas, la tribulación y la llamada a la evangelización.

El Concilio Vaticano II en el Decreto sobre el apostolado de los seglares *Apostolicam Actuositatem* propone una doble misión temporal para los fieles laicos. Por un lado el anuncio, el apostolado específico de los laicos, y por el otro la reordenación del orden temporal, de todo lo creado ya que *"vio Dios todo cuanto había hecho, y era muy bueno"* (Gen 1,31). De esta forma se reconoce lo que ha sido una

realidad a lo largo de todas las generaciones de cristianos en cualquier momento histórico, que es el compromiso y la responsabilidad con la sociedad en la que vive. Es pertinente recordar entre muchos el ejemplo eximio de compromiso temporal de Santo Tomás Moro, que fue canciller de Inglaterra, padre de familia numerosa, y gran gobernante movido por un alto sentido del deber y la justicia, y que coronó su vida con la palma del martirio por su fidelidad a la Esposa de Cristo. Otro testimonio más reciente que se ha revelado como providencial es el de los políticos católicos Konrad Adenauer, Alcide de Gasperi y Albert Schümann, quienes al final de la Segunda Guerra Mundial sientan las bases de una Europa unida como respuesta ante la desolación y la destrucción que había producido el conflicto. En su actuación la identidad católica y el compromiso temporal son manifiestos, siendo relevante el encargo del diseño de una bandera europea que confían tras un concurso a Arsene Heitz.. *“Inspirado por Dios, - dice el artista alsaciano – tuve la idea de hacer una bandera azul sobre la que destacaran las doce estrellas de la Inmaculada Concepción de la Rue du Bac en París”* De modo que la bandera de Europa es la bandera de la Madre de Jesús, que aparece en el Cielo coronada de doce estrellas (Apoc. 12,1)

4. Id también vosotros a mi viña

El capítulo 20 del Evangelio de San Mateo presenta la parábola de los Obreros enviados a la Viña, de la cual toma pie Juan Pablo II para desarrollar la Exhortación Apostólica Post- Sinodal *Christifideles Laici*.

La llamada *“Id también vosotros a mi viña”* se puede interpretar a la luz de lo anteriormente expuesto en su doble vertiente, la viña del mundo y la viña de la Iglesia, ambas inseparables como el trigo de la cizaña (Mt 13, 24 - 30). Y dicha llamada puede hacerse vida a un nivel inmediato, cotidiano, próximo, apto para cualquier fiel laico.

En dicha parábola se refiere que la llamada tuvo lugar a unos a la mañana, a otros al mediodía, otros a la tarde y otros al anochecer. Incluso a los que al final del día se los encuentra en la plaza sin hacer nada el Dueño de la Viña les

inquire: “¿Por qué estas ociosos todo el día? Id también vosotros a mi viña”. Siempre es el momento de la llamada.

Cuando se es joven, el Señor manda a la Viña para formarse de una manera entregada, a ser generoso con el tiempo, a aprender a amar el bien y detestar el mal, a ser testigo ante los amigos, a discernir y prepararse para la propia vocación.

Al casarse y establecer una familia, el fiel laico es llamado a responder con generosidad recibiendo y educando a los hijos y cultivando el amor de donación al otro. La educación ha de ser integral, es decir material en cuanto a conocimientos académicos, humana por lo que respecta al aprendizaje y desarrollo de las virtudes humanas, y trascendente al descubrir a los hijos el misterio de la fe, iniciarles en la oración y manifestar el testimonio cristiano de vida.

En esta etapa de vida es primordial educar a los hijos con tiempo, lo cual es causa de no pocas dificultades. Frente a los que abogan por un denominado tiempo de calidad es conveniente procurar que sea de cantidad y de calidad y poner los medios para que esto ocurra, lo cual requerirá probablemente sacrificios que se verán rotundamente compensados. La elección del colegio es en nuestros días fuente de grandes desazones en las familias católicas, que ven que numerosas órdenes religiosas sufren graves crisis de identidad que no garantizan la autenticidad del ideario escolar. Frecuentemente se presenta un mensaje cristiano edulcorado, horizontal, ajeno al misterio de Muerte y Resurrección del cual procede nuestra fe. Es por ello preciso que dentro de la vocación y misión del fiel laico sea prioritaria la evangelización de los hijos por parte de los propios padres a través de la enseñanza de la oración vital y cotidiana, el ejemplo y testimonio de la virtud de la pureza y la honradez, así como el ejercicio caritativo pero responsable de la oportuna corrección. Al acercarse la adolescencia y abrirse a la juventud cobra singular importancia la aparición de modelos auténticos de vida cristiana que sean ajenos al ambiente familiar y que es posible encontrar indudablemente en los movimientos y asociaciones de la Iglesia. Es entonces posible que nuestros hijos descubran a través del testimonio y la convivencia que es posible vivir en cristiano como un

joven de su generación.

Cuando los hijos abandonan el hogar familiar para cumplir la propia vocación a la que el Señor les llama, el matrimonio cristiano encuentra que dispone aún de salud y tiempo para dedicarse al servicio y amor al prójimo, ya sea en su misma familia o la gran familia de la Iglesia. A ese respecto los matrimonios mayores y los abuelos se convierten en referentes morales de los que les rodean.

Por último el compromiso temporal puede significar en ocasiones una mayor entrega en la campo del asociacionismo y concretamente en la acción política, campo en el que es hoy por hoy imprescindible la participación de cristianos honestos y comprometidos. A esto se une la obligación moral de participar responsablemente en el gobierno de la sociedad a través del ejercicio del voto.

5. La Nueva Evangelización y el compromiso temporal

La llamada a la Nueva Evangelización es expresada por primera vez por Juan Pablo II en Puerto Príncipe el 9 de marzo de 1983 en una triple vertiente: nueva en su celo, en métodos, en su ardor. Consecuentemente y fruto de esta múltiple novedad, el compromiso temporal del católico es por tanto susceptible de ser vislumbrado como objeto de dicha nueva evangelización. Al efecto la dimensión temporal hace referencia no solo al ahora del momento presente, sino también en lo que respecta a la dedicación y entrega que los fieles laicos hacen de su propio tiempo. Para evangelizar es preciso dedicar tiempo a esta dichosa labor. No es factible el trabajo apostólico de recristianizar el orden temporal sin dedicarle tiempo, tiempo para la oración, tiempo para el estudio y tiempo para la acción. Evangelizar no es un pío divertimento para personalidades ociosas.

Toda la acción evangelizadora de la Iglesia, de cada uno de los cristianos, se sostiene por la oración incesante de cada uno de los miembros de su Cuerpo Místico, De esta manera todos participan de la vocación al apostolado esencial en la Iglesia, orando por nuestros hijos, por nuestros hermanos en la fe, por nuestros nietos, por nuestros amigos, pero también con nuestros hijos, hermanos, nietos o amigos.

La necesidad de una formación adecuada para dar más fruto (ver *Christifideles Laici*, Capítulo V) consiste no solo en dedicar tiempo al estudio personal sino también en evitar que determinados momentos de ocio se conviertan en deformación. Es este sentido es precisa una actitud vigilante ante determinados medios de información de masas, que de manera más o menos intencionada socavan de manera capilar y cultural una visión moral del hombre y la sociedad. Existen periódicos y programas de televisión que solo producen daño a las conciencias, y ante los cuales es preciso hoy más que nunca reaccionar activamente como mínimo negándoles el derecho a acceder a nuestros hogares.

La Nueva Evangelización es multiforme como lo es la sociedad a la que se dirige, pero pasa indudablemente por el anuncio y el testimonio. Son numerosos los fieles laicos que sin abandonar sus obligaciones de estado se vuelcan al apostolado con una responsabilidad y entrega que recuerda a los albores del cristianismo, en su familia, en su profesión y con sus amigos y conocidos. En épocas de globalización y facilidad de comunicación no es extraño que familias enteras se trasladen temporal o definitivamente a otros países con el anhelo de hacer presente la palabra de Dios hasta los confines de la tierra. En tiempos recios o de persecución, los fieles laicos encuentran el consuelo en la familia de la Iglesia y en el testimonio de las legiones de santos que les han precedido, y particularmente de la Santísima Virgen, Estrella de la Evangelización y Reina de los Fieles Laicos. Dicha Nueva Evangelización suscita constantemente respuestas ante las situaciones inéditas que se producen en nuestros días y es indudablemente fruto de la asistencia divina de Jesucristo a su Esposa. A partir de carismas y estilos diferentes, el Espíritu Santo sigue renovando a su Iglesia en la multitud de fieles laicos que perciben a través de una oración fecunda lo que el Señor, día a día, les va pidiendo

PROYECCIÓN APOSTÓLICA EN INSTITUCIONES EDUCATIVAS

Patricia Velloso de Heber

1. Introducción

Muchas veces nos preguntamos dónde encuadrar nuestro apostolado, y frecuentemente se nos ocurre dirigimos al ámbito parroquial, pero no obstante puede ser interesante incursionar en otros terrenos que descubrimos como carentes de atención apostólica, o, al menos, sin estar abordadas íntegramente.

Uno de estos ámbitos es el de las escuelas, ya sean no confesionales o católicas, ya que éstas últimas, a veces, presentan huecos que necesitarían ser cubiertos.

La actividad que se presenta tiene forma de talleres y fue ensayada y desarrollada en el Instituto Parroquial Sagrada Familia de Los Cardales, en la provincia de Buenos Aires.

Se trata de cuatro opciones distintas, tres de las cuales están íntimamente relacionadas: Taller de Virtudes, Taller de Teatro y Concurso Literario. El cuarto taller es el de Reconocimiento de los Indicadores de Fertilidad Cíclica de la Mujer.

Los tres primeros se dirigen a alumnos secundarios y son los que se tratan en este texto. El cuarto se ofrece a alumnas de 14 a 17 años.

Cualquiera de los talleres requiere de un fuerte compromiso, ya que no se limitan a una conferencia, sino que tienen un desarrollo a lo largo de determinado tiempo, que puede ir de tres años a dos meses y medio, según el taller en cuestión.

En todos los casos los talleres fueron altamente gratificantes y resultaron novedosos, atractivos y de provecho para los chicos.

2. Taller de Teatro y Concurso Literario

Encontramos que en el teatro, una actividad muy atractiva, teníamos una herramienta complementaria para seguir profundizando el desarrollo de las virtudes humanas. En una primera etapa, convocamos a incorporarse voluntariamente a chicos y chicas motivados por esta actividad, que no sólo incluye la actuación, sino todo lo relacionado con la puesta en escena de la obra elegida.

La respuesta fue muy positiva y dos años seguidos presentamos a nuestros actores en acción a la comunidad educativa.

El tercer año incorporamos un elemento más al desafío: crear la propia obra de teatro. Para esto propusimos un concurso literario con los siguientes objetivos:

Que los alumnos:

- Incrementen su gusto por la lectura y el teatro.
- Se expresen por escrito en forma correcta y manifiesten su creatividad.
- Logren trabajar en grupo respetando ideas y sugerencias.
- Practiquen las virtudes necesarias para llegar al objetivo deseado y logren presentar un trabajo digno.
- Descubran y valoricen la aplicación de la virtud en la vida cotidiana.
- Encuentren en la práctica de la virtud una fuente de alegría.
- A través del humor, descubran que la virtud no es una realidad que pertenece al pasado, sino que es tan actual como los buenos ideales.
- Reflexionen, fuera del ámbito escolar, sobre la universalidad de los beneficios de una vida virtuosa.

La obra de teatro a presentar debe ser una comedia, de no más de treinta minutos de duración, y debe mostrar claramente una virtud como mínimo. El trabajo se realiza en grupos, con el apoyo de la docente de literatura en la

presentación, guía de la propuesta y recepción de los trabajos, ya que este proyecto está integrado a esa materia. La evaluación de las obras de teatro se realiza en forma conjunta entre la docente y los responsables del taller de virtudes.

En esta primera experiencia se plantea el trabajo como obligatorio, ya que las obras de teatro forman parte de la currícula y es utilizado como trabajo propio de la materia y parte de la calificación de la misma.

La obra de teatro ganadora es promocionada en la cartelera del colegio, los alumnos responsables reciben un premio (en esta oportunidad, un libro donado por la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Exaltación de la Cruz), y la obra ganadora es, además, representada por el grupo de teatro, a la comunidad educativa.

3. Taller de Virtudes: “Un desafío para vos”

El taller está planteado para acompañar a los alumnos desde 8º año hasta 5º año del Polimodal, con una frecuencia de un taller mensual de una hora y media, aproximadamente, en horario escolar, tratando de no hacer coincidir el taller con las mismas materias escolares para que ni los alumnos ni los profesores se vean perjudicados por la pérdida de clase.

Los talleres son paralelamente atendidos por dos mujeres (para las chicas), y dos hombres (para las chicas), ya que los intereses, inquietudes y pudores de los chicos y las chicas son naturalmente distintos y pensamos que respetando estas diferencias, todos podríamos sacar mayor provecho de esta iniciativa.

El taller busca acompañar a los chicos durante tres años seguidos, agrupando a 8º y 9º; a 1º y 2º del polimodal; y a 3º año. Esta división no es caprichosa, sino que responde a las recomendaciones del autor David Isaacs, cuyo libro *La Educación de las Virtudes Humanas*, es el que guía el desarrollo de cada taller.

Cada encuentro comienza con la recapitulación del taller

anterior, y luego la presentación de alguna canción, sketch, cuento, audiovisual, entrevista a personas conocidas por los alumnos, o cualquier otro recurso, lo que tiene por finalidad la presentación de la virtud de manera tal que los alumnos puedan inferir de qué virtud se trata, ya que el concepto de la virtud tratada les es conocido, aunque desconozcan el nombre de la misma. A partir de este descubrimiento, sigue la elaboración de la definición y todos los aspectos relevantes de la virtud tratada, utilizando distintos recursos motivadores y tratando de no repetirlos durante el año. Es fundamental que “Un Desafío para vos” lleve a los chicos a descubrir que la virtud es algo personal, diferente de un valor, en cuanto que comporta un compromiso personal de hacer vida determinado valor. Una de las maneras de conseguirlo es tratando de generar y posibilitar la máxima participación de los chicos, sin coartar su expresión ni criticar sus puntos de vista, sino más bien llevarlos, a través del diálogo, a descubrir el error si es que lo hay. También es fundamental que después de todo el desarrollo de las distintas etapas del taller, quede claro el concepto de la virtud tratada. Para esto, tanto para los varones como para las mujeres, elaboramos carteles que incluyen los datos relevantes de la virtud tratada y que quedan expuestos en distintos lugares visibles del establecimiento a lo largo del año (salones de clase, pasillos, salones comunes), y de esta manera se extiende el contenido de cada encuentro a toda la comunidad educativa.

También probó ser útil contar con un cuaderno personal para cada alumno, en el que cada uno vuelca lo que le parece relevante además de lo mostrado en los carteles. De esta manera, el contenido del taller no queda olvidado con el transcurso del tiempo, sino que cada alumno puede conservarlo para siempre.

4. Objetivos del Taller para Secundaria Básica y Polimodal

Los objetivos generales planteados para el alumno son los siguientes:

1. Que descubra una necesidad de mejora personal,

reconociéndose hijo de Dios.

2. Que identifique esa mejora personal con el desarrollo de sus propias virtudes y adquisición de nuevas.

3. Que reconozca el significado práctico, en la vida cotidiana, de la aplicación de la virtud.

4. Despertar en el alumno la inquietud de adherir libremente al desafío de llevar una vida virtuosa, asemejándose a Cristo.

5. Que desarrolle la madurez natural de su persona viviendo con la alegría de ser hijo de Dios.

6. Dotar a los alumnos de herramientas que los ayuden a hacerse fuertes como personas, no solo en relación con Dios sino también dentro de las circunstancias en las que viven.

7. Que a través del fortalecimiento de las virtudes humanas, acrecienten el don de la gracia de Dios en sus vidas.

Bibliografía

–Aristóteles, *Ética a Nicómaco*.

–Aristóteles, *Metafísica*.

–Basso, d., *Las normas morales*, Claretiana, buenos Aires 1993.

–Catecismo de la Iglesia Católica.

–Gilson, *El tomismo*. Desclée Brouwer, Buenos Aires 1951.

–Guardini, R., *Una ética para nuestro tiempo*, Cristiandad, Madrid 1974.

–Isaacs, D., *La educación de las virtudes humanas*. Eunsa, Pamplona 1991(décima edición).

–Léonard, A., *Le fondement de la morale*. Cerf, Paris 1991.

— | | —

—Lewis, C.S., Los cuatro amores. Editorial Universitaria, Santiago de Chile 1991.

—(Magisterio de la Iglesia Católica)

—Pieper, J., Antología. Herder, Barcelona 1984.

—Pieper, J., Las virtudes fundamentales. Rialp, Bogotá 1988.

—Royo Marín, A., Teología moral para seculares. Bac, Madrid 1957.

—Sáenz, A., Siete virtudes olvidadas. Ediciones Gladius, Buenos Aires 1998.

—Santo Tomás de Aquino, Cuestiones disputadas sobre las virtudes en común. Cuadernos de filosofía n. 22 del Departamento de Filosofía de la Universidad Iberoamericana, México 1994.

—Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica. Bac, Madrid 1954...

—Simon, R., Moral. Herder, Barcelona 1987.

—Urdanoz, T., "Introducción a la cuestión n. 62º en Santo Tomás de Aquino, Suma Teológica. Bac, Madrid.

—Planificación Familiar a distancia, Unidades I y II, Módulos I, II, III y IV, Pontificia Universidad Católica Argentina, 2002.

— | | —

TESTIMONIO
COMUNICACIONES







LA FE SIN OBRAS ES FE MUERTA
EL VALOR DEL TESTIMONIO EN LA VIDA DEL
CRISTIANO

Carmen Peris

1. Testimonio

A la hora de llevar a cabo la misión de evangelizar, uno comprueba que el testimonio es necesario. Pablo VI destaca que *“evangelizar es, ante todo, dar testimonio de una manera sencilla y directa, de Dios, revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. Testimoniar que ha amado al mundo en su Hijo”* (E.N. 26) y se llega a preguntar: *“En el fondo, ¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la propia experiencia de fe?”* (E.N. 46)

Este testimonio necesario no sólo es el testimonio de obra, sino también el de palabra. El testimonio es siempre *“con obras y palabras”* (D.V. 5). Como destaca el Concilio Vaticano II, particularmente en relación a los laicos, *“La obligación principal de los seglares, hombres y mujeres, es el testimonio de Cristo, que deben dar con la vida y con la palabra”* (A.G. 21) y *“Los laicos quedan constituidos en poderosos pregoneros de la fe... cuando, sin vacilación, unen a la vida según la fe la profesión de esa fe. Tal evangelización, es decir, el anuncio de Cristo pregonado por el testimonio de la vida y por la palabra, adquiere una característica específica y una eficacia singular por el hecho de que se lleva a cabo en las condiciones comunes del mundo”* (L.G. 35). En el mismo sentido la exhortación apostólica *Christifideles Laici* recuerda que los laicos hemos de anunciar el Evangelio *“con la palabra y las obras”* (Chl, 14)

Recordemos, de nuevo, las palabras de Pablo VI:

- En cuanto al Testimonio de obras:

E.N. 21: *“La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar mediante el testimonio”*

E.N. 41: *“para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana”*

- En cuanto al Testimonio de palabra:

E.N. 22: *“La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser, pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios”*

Y ambos testimonios van unidos, pues como también señala Pablo VI: *“El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan... o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio”* (E.N. 41)

Y constatamos, a la hora de evangelizar, que el testimonio no sólo es necesario, sino que también es muy eficaz, tiene mucha fuerza. Esta realidad la vivimos nosotros, *“envueltos como estamos por una gran nube de testigos”* (Heb 12, 1) muy intensamente en el Movimiento, que por ser Iglesia es *“un ámbito donde el testimonio de los hermanos (y en particular de los santos) crea una atmósfera favorable para la maduración”* de sus miembros, y en el que *“el crecimiento de cada uno en la vocación a la santidad procede (como en toda experiencia humana de educación) ante todo mediante la vida, es decir, por ósmosis”* (Levina, y otros, *Caminar a la luz del amor*, 514). En este sentido se pronuncia el C.E.E. 2.030: el cristiano *“de la Iglesia aprende el ejemplo de la santidad... la discierne en el testimonio auténtico de los que la viven.”*

En el Movimiento se vive intensamente esta verdad que destaca el Concilio Vaticano II: hacia Cristo *“somos atraídos poderosamente con tan gran nube de testigos que nos envuelve y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio... la comunión cristiana entre los viadores nos acerca más a Cristo.”*

En la eficacia del testimonio se basan los dos grandes medios de formación y santificación que nos ofrece el Movimiento: el Grupo de Perseverancia y el Encuentro, que realizan de forma muy concreta y visible esa *“comunión cristiana entre los viadores”*. Así, en el Manual del Grupo de Perseverancia leemos: *“Caminar con otros es siempre una clara referencia para verificar nuestra propia dirección y mueve sin imposiciones, a seguir el paso, como respuesta al testimonio vivo de los hermanos”* (Manual del Grupo de Perseverancia, 5.2., pág. 102). Y en el Manual del Encuentro encontramos estas

afirmaciones: *"En el Encuentro Jesús, a través de los testimonios de los hermanos nos invita a obrar: "Haz tú otro Tanto" (Lc 10,37) (Manual del Encuentro, 3.1), "El testimonio comunicado en el Encuentro siempre es eficaz y bien recibido. Es bien cierto que las palabras mueven y los ejemplos arrastran... Sí, en el Encuentro el Evangelio se transmite por contagio, con el contagio de la vida" (Manual del Encuentro, 4.2.)*

Es lo que, con otras palabras, nos dice Santa Teresa de Jesús: *"en gran manera aprovecha tratar con quien ya le conoce... porque algunas cosas que nos parecen imposibles, viéndolas en otros tan posibles y con la suavidad que las llevan, anima mucho y parece que con su vuelo nos atrevemos a volar, como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan, que aunque no es de presto dar un gran vuelo, poco a poco imitan a sus padres. En gran manera aprovecha esto, yo lo sé" (Las Moradas, cap. 2, 12)*

Para comprender la eficacia evangelizadora del testimonio, hay que enfocar el testimonio desde el amor. El testimonio fluye de un amor: *"Vivir para un amado significa comunicar el bien de su amor a los que le rodean y esto se realiza ante todo por la propia transformación que el amado realiza en el amante." (Melina y otros, Caminar a la luz del amor, página 887). Testimoniamos al que amamos, que nos ha cambiado el corazón, y por ello lo buscamos comunicar a los demás, a los que también puede llenar de felicidad.*

Pero el testimonio, que es necesario, que es eficaz, y que obedece a un amor, también tiene sus límites:

2.En quien lo da:

- Debe tener siempre presente que el testimonio que da es de Otro.

Lo recuerda Benedicto XI, en su exhortación Sacramentum Caritatis, 85: *"Nos convertimos en testigos, cuando, por nuestras acciones, palabras y modo de ser, aparece Otro y se comunica"*

Un ejemplo lo encontramos en el Evangelio de San Juan, en el que *"el testimonio es una dimensión omnipresente... y significa ante todo hacer referencia con las palabras, pero sobre todo con la vida, a otra persona de la cual se da fe. El testimonio*

es, pues, mucho más que el ejemplo de una buena acción, apunta a un tipo de presencia especial de una tercera persona en el ámbito de comunicación de otras dos. Implica necesariamente una vinculación personal del testigo con el contenido del testimonio. No se habla simplemente de otro, sino que, al mismo tiempo, se quiere comunicar la certeza de la verdad de lo que se testimonia... El testimonio de las obras va a ser esencial en el cristianismo como fundamento para despertar la fe, porque apunta siempre a algo más grande que nosotros mismos que está envuelto en lo inefable" (Melina y otros, *Caminar a la luz del amor*, pág. 886)

Así, en el capítulo 5 del Evangelio de San Juan, la idea principal es: "Otro es el que da testimonio de mí" (Jn 5, 31). En este capítulo vemos cómo Jesús muestra que de Él dan testimonio:

- Juan el Bautista ("*dio testimonio de la verdad*")
- Las obras de Cristo: ("*las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, porque el Padre me ha enviado*")
- El Padre ("*El Padre... dio testimonio de mí*")
- Las Escrituras ("*Las Escrituras dan testimonio de mí*")
- Moisés ("*Moisés... escribió de mí*")

Así pues, el testimonio no ha de ser de uno mismo. Si doy testimonio de mí mismo es porque vivo para mí mismo y mi testimonio para nada vale. Nos lo recuerda Jesús: "*Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero.*" (Jn 5, 31)

Dejar de dar testimonio de Cristo y empezar a dar testimonio de uno mismo sería perder el norte y significaría dejar de ser un testigo. "*Un cristiano que perdiera... la conciencia de ser testigo de Otro no solo habría empezado a vivir para sí mismo, sino, además, habrá apartado su vista de la luz y empezará a ser tentado por una opacidad contra la misma luz*" (Melina, pág. 887)

Por eso Jesús, en el mismo capítulo de Juan, reprocha a los judíos que no le aceptan a Él, que ha venido, no en nombre propio, sino del Padre, y sin embargo aceptan a los que dan testimonio de sí mismo. Por ello les dice: "*si otro viene en su nombre, a aquél sí lo recibiréis*" y les echa en cara:

“vosotros, que recibís la gloria unos de otros y no buscáis la gloria que sólo viene de Dios”

3. Debe ser auténtico:

Lo recuerda Pablo VI: *“Este siglo tiene sed de autenticidad... Tácitamente o a grandes gritos, pero siempre con fuerza, se nos pregunta: ¿Creéis verdaderamente en lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís? Hoy más que nunca el testimonio de vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a una eficacia real de la predicación... Sin andar con rodeos, podemos decir que en cierta medida nos hacemos responsables del Evangelio que proclamamos...el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente... Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda”* (E.N. 76).

4. En quien lo recibe:

Decimos que las palabras mueven, y que los ejemplos arrastran, que no hay mejor predicador que “Fray Ejemplo”. Y es cierto, pero con todo, el testimonio no opera de una forma automática en el corazón del que lo recibe. Éste puede adherirse al testimonio y acogerlo, pero también puede malinterpretarlo, rechazarlo e invalidarlo.

Ya Pablo VI insistía en esta realidad: *“el anuncio no adquiere toda su dimensión más que cuando es escuchado, aceptado, asimilado y cuando hace nacer en quien lo ha recibido una adhesión de corazón. Adhesión a las verdades... aún más, adhesión al programa de vida... que él propone. En una palabra, adhesión al reino, es decir, al “mundo nuevo”, al nuevo estado de cosas, a la nueva manera de ser, de vivir, de vivir juntos, que inaugura el Evangelio”* (E.N. 23)

El mismo Papa reconoce en esta exhortación apostólica que pueden haber resistencias en los que reciben el testimonio, y que nos podemos encontrar *“resistencias, muchas veces humanamente insuperables, de aquellos a quienes el*

evangelizador se dirige" (E.N. 50)

Benedicto XVI hace hincapié en esta realidad dramática del hombre, que es libre, y que puede por tanto acoger el testimonio, pero que también puede rechazarlo. Así afirma: *"el testimonio es el medio con el que la verdad del amor de Dios llega al hombre en la historia, invitándolo a acoger libremente esta novedad radical. En el testimonio Dios, por así decir, se expone al riesgo de la libertad del hombre."* (S.C. 85)

En el testimonio Dios se expone a ser rechazado: Así ha ocurrido con el testimonio de Jesús, que no ha sido recibido por muchos, de lo cual Él es bien consciente: *"No queréis venir a mí para tener vida... Yo vine en nombre de mi Padre y no me recibís"* (Jn 5, 40)

Jn 8, 43: *¿Por qué no entendéis lo que yo digo? Porque no podéis oír mi palabra."*

Jn 10, 25-26: *"Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí. Pero vosotros no me creéis porque no sois mis ovejas"*

En diversas ocasiones, Jesús, se lamenta de que su testimonio no es bien recibido por sus destinatarios: *"vosotros no recibís nuestro testimonio"* (Jn 3, 11), *"nadie recibe su testimonio"* (Jn 3, 32).

El mismo Jesús reprocha a los judíos que su reacción, ante el testimonio recibido, sea, paradójicamente, el del rechazo absoluto hasta el punto de intentar apedrearle: *"Muchas obras buenas de mi Padre os mostré, ¿por cuál de ellas me apedreáis?"* (Jn 10, 32), y les invita a creer en su testimonio: *"si no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, aunque a mí no me queráis creer, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí y yo en el Padre"* (Jn 10, 37-38)

Y es que es sorprendente que, a veces, el que recibe el testimonio, lo llega a convertir en excusa para un mayor rechazo de Dios.

Recordemos, en la misma línea, que la resurrección de Lázaro fue motivo desencadenante de la decisión de los príncipes de los judíos de prender y matar a Jesús: *"Así, desde aquel día pensaron cómo le darían muerte"* (Jn 11, 53)

Esta experiencia de que el testimonio no es recibido, o que es rechazado, tergiversado y ridiculizado, y de que se convierte incluso en un motivo más para el rechazo, es una experiencia de todo discípulo de Cristo.

Así lo constata Tatiana Goritchéva, en su obra *La fuerza de los débiles*, pág. 167: “Al mismo Cristo lo tomaron por un loco: se rieron de Él, y lo tomaron por demente como también a los apóstoles y a los cristianos hoy. Es la locura de la cruz”

Una causa, sorprendente, de este rechazo, según esta autora estriba en que “Hay personas que no pueden soportar lo santo” (pág. 78). Y es que, en definitiva, el testimonio busca comunicar al Santo. Como afirma dicha autora, en la página 80: “Cada encuentro con lo santo es una llamada a ser santo”, lo que exige una conversión para poder ser acogida. Por ello, el testimonio es una llamada que, dramáticamente, uno puede rechazar o ignorar.

Bibliografía

L.G.: Lumen Gentium

D.V.: Dei Verbum

A.G: Ad Gentes

E.N.: Evangelium Nuntiandi

Chl: Christifideles Laici

C.E.E.: Catecismo de la Iglesia Católica

S.C.: Sacramentum Caritatis

Movimiento Christifideles Laici, *Manual del Grupo de Perseverancia*, Ediciones Scire, Barcelona, 2007.

Movimiento Christifideles Laici, *Manual del Encuentro*, Ediciones Scire, Barcelona, 2007.

Tatiana Goritchéva, *La fuerza de los débiles*, Ed. Encuentro, Madrid 1988.

Livio Melina, José Noriega, Juan José Pérez-Soba, *Caminar*

a la luz del Amor, los Fundamentos de la Moral Cristiana,
Ediciones Palabra, Colección Pelicano, Madrid, 2.007.

¿HASTA CUANTAS VECES HE DE PERDONAR A MI HERMANO?

LA RECONCILIACIÓN EN COMUNIDAD

Miguel Ángel Martínez

“Entonces, acercándose Pedro, le preguntó: Señor ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano, cuando peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le respondió: No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Por eso el Reino de los Cielos viene a ser semejante a un rey que quiso arreglar cuentas con sus siervos. Puesto a hacer cuentas, le presentaron una que le debía diez mil talentos. Como no podía pagar el señor mandó que fuese vendido él con su mujer y sus hijos y todo lo que tenía, y así pagase. Entonces el servidor echándose a sus pies, le suplicaba: Ten paciencia conmigo y te pagaré todo. El señor compadecido de aquel siervo, lo mandó soltar y le perdonó la deuda. Al salir aquel siervo, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándole, lo ahogaba y le decía: págame lo que me debes. Su compañero, echándose a sus pies, le suplicaba: Ten paciencia conmigo y te pagaré. Pero no quiso, sino que fue y lo hizo meter en la cárcel, hasta que pagase la deuda. Al ver sus compañeros lo ocurrido, se disgustaron mucho y fueron a contar a su señor lo que había pasado. Entonces su señor lo mandó llamar y le dijo: Siervo malvado, yo te he perdonado toda la deuda porque me lo has suplicado. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo la he tenido de ti? Y su señor irritado, lo entregó a los verdugos, hasta que pagase toda la deuda. Del mismo modo hará con vosotros mi Padre Celestial, si cada uno no perdona de corazón a su hermano.” (Mateo 18, 21-35)

He querido comenzar esta comunicación con este pasaje del evangelio, porque me resulta muy familiar la pregunta de Pedro. Es una pregunta que, en no pocas ocasiones ha aparecido en mi corazón, la vida en comunidad es una vida preciosa y que merece la pena vivir, porque así lo ha querido Dios desde el momento de nuestra creación. Hemos sido creados a su imagen y semejanza y al igual que en el mismo Dios aparecen las tres personas en una comunión perfecta, nosotros somos creados y llamados a la comunión.

No obstante, el pecado original y por tanto mis tendencias no hacen siempre fácil mi vida en comunidad. Es aquí donde se hace necesario tener muy presente las palabras que Jesús le dice a Pedro. Amar a quién nos ama es algo común con los paganos. Todos los hombres lo hacen, más o menos. Pero el seguidor de Cristo debe vivir un amor superior. Debe amar también cuando le ofenden y le persiguen. Debe perdonar.

Perdonar de corazón es uno de mis grandes retos. Perdonar como soy perdonado. Sólo dándome cuenta de lo que representa mi pecado como ofensa a Dios, una auténtica traición al ser que más me ama, puedo percibir la grandeza de un Dios que me perdona. De esta forma puedo aprender ese difícil y divino modo de amar.

“Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”, rezo cada día. El Señor espera esta generosidad que me asemeja al mismo Dios. Porque no debo olvidar que he sido creado a su imagen y semejanza, por tanto tengo esa capacidad que con la ayuda de Dios puedo ejercitar. Siempre con la ayuda de Dios. “La medida que uséis con otros, ésa se usará con vosotros”, nos dice Jesús. Son infinitas las referencias en el evangelio, que nos llama a amar al prójimo, a perdonar, pero todo ello será posible desde nuestra unión con Cristo, ya en su Encíclica **Ecclesia de Eucharistia**, el santo padre Juan Pablo II llamó la atención sobre la relación entre Eucaristía y *comunión*. Se refirió al memorial de Cristo como la “*suprema manifestación sacramental de la comunión en la Iglesia*”. La unidad de la comunión eclesial se revela concretamente en las comunidades cristianas y se renueva en el acto eucarístico que las une y las diferencia en Iglesias particulares.

Quisiera acabar, reconociendo mi comunidad como un don, como un bien supremo que Dios por su misericordia ha puesto en mi vida, para guiar mis pasos hacia El, por tanto, como tal la he de reconocer y cuidar. Como manera concreta de cuidar ese bien precioso, no tengo mejores palabras que las que podemos leer en Efesios 4, 31-32: “*Alejad de vosotros toda amargura, arrebatos, cólera, gritería, blasfemia y toda malignidad. Sed más bien unos para otros bondadosos, compasivos y perdonaos los unos a los otros, como Dios os ha perdonado en Cristo*”.

LA HUMILDAD Y LA OBEDIENCIA, PRECURSORAS DE LA PERSEVERANCIA

Manuel Quero

La humildad y la obediencia son dos virtudes que están estrechamente ligadas. No puedo vivir una virtud sin pretender vivir la otra.

Jesucristo es el primero que me da ejemplo de humildad y obediencia. Siendo todo un Dios se rebajó incluso hasta la muerte y una muerte de cruz, que era la muerte más horrorosa de aquel tiempo, no sin haber pasado antes por insultos, escupitajos, bofetones, burlas, etc.

Todo un testimonio de humildad y obediencia al Padre. Por eso digo que humildad y obediencia están estrechamente unidas.

Esta humildad y obediencia fue de la que me enamoré en mi cursillo. Porque, aunque hice mi cursillo con 17 años, ya había vivido muchas experiencias lejos de la humildad y la obediencia.

Jesucristo con su humildad y obediencia, abrió una puerta en mi vida para mi felicidad, y esa puerta fue el cursillo de evangelización. Los 36 años de perseverancia en este santo movimiento no son fruto de la casualidad, sino del amor y la misericordia de Dios nuestro Señor. En el movimiento conocí lo que es la Iglesia de Jesucristo y el sentido del porque y para que fui bautizado. En el movimiento he aprendido a vivir en una comunidad cristiana, que me está enseñando cada día como debo vivir con coherencia de vida.

Una vez me dijeron: "Vive como piensas o acabarás pensando como vives", y recordé las palabras del apóstol Santiago: "muéstrame tu fe sin obras que yo por mis obras te mostraré mi fe".

El movimiento me enseña como debo vivir mi fe en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía y la Confesión, con exigencia cristiana, sabiendo que es vida para mi alma. Como

san Pablo yo también me atrevo a decir: “Yo se bien en quién me he fiado”. El Espíritu Santo sigue soplando en mi alma y me guía en la comunidad para luchar en el apostolado por la salvación de las almas, siendo este el espíritu del movimiento. Predicar como el apóstol San Pablo, a tiempo y a destiempo, pensando que todas las almas tienen derecho a conocer la verdad y salvarse.

Recuerdo cuando mi esposa y yo decidimos marcharnos a Jaén por la repentina enfermedad de ella, y como el Señor tenía sus planes preparados para nosotros. Y sus planes fueron 4 cursillos de hermanos y un cursillo de hermanas, almas que estaban esperando ese encuentro con el Señor. En aquel momento tuvimos que evangelizar puerta por puerta, invitándolos a la parroquia y tras recibir una formación inicial, hacían el Cursillo de Evangelización. Pero sabíamos que la base del apostolado estaba en hablar primero a Dios de las almas, antes de hablar a las almas de Dios. Es por ello que nos incorporamos a la adoración nocturna diocesana, porque la fuerza de la gracia procede siempre de Cristo Eucaristía. En nuestro movimiento hemos aprendido que es necesario ponerse moreno del sol que nace de la gracia del Sagrario.

Jesucristo me llamó a su Iglesia y me quiso dar un regalo especial y ese regalo es nuestra Madre la Virgen Santísima de la cual me enamoré y sigo enamorado, ella me enseña con su testimonio a ser humilde y obediente como lo fue Ella. “Hágase en mí según tu palabra” y “haced lo que Él os diga”, dos frases que encierran un gran misterio de amor, humildad y obediencia. Este testimonio de la Virgen María es el que mueve mi alma y mi corazón en la educación de mis 6 hijos, con los que el Señor ha querido bendecir nuestro matrimonio, respetando siempre su libertad de hijos de Dios. Que bonito, cuando un hijo a los 12 años te dice que quiere ser sacerdote de Jesucristo, y como después de casi 20 años en el seminario y a punto de ordenarse si Dios quiere para el próximo año, sigue con una gran ilusión y sobre todo es realmente feliz. Y que maravilloso que una hija a los 15 años te diga que quiere ser monja, que quiere consagrar su vida a Jesucristo y como después de casi 4 años que ingresó en el convento de las hijas de Santa María del Sagrado Corazón de Jesús. Está feliz y con una gran ilusión.

Quiero terminar, dando gracias a Dios nuestro Señor, a la Virgen Santísima, a la Iglesia, al movimiento, al grupo de perseverancia y a mi familia, porque todo ello hace posible vivir cada día la humildad y la obediencia, necesaria para mi perseverancia y para estar más cerca de mi meta que no es otra que la santidad.

Christifideles Laici

Movimiento para la Nueva Evangelización

Consejo de Ciento 474 bis, 08013-Barcelona (España)

congreso@fieleslaicos.com / www.fieleslaicos.com